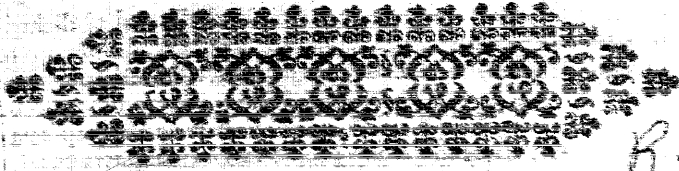


112

R. 13.425



# CARTA

DE EL P. MARCELINO GOZALVO,  
Rector del Colegio de San Pablo de la Com-  
pañia de Jesus de Granada para los Padres  
Superiores de la Provincia de  
Andaluzia.

CON ALGUNAS NOTICIAS DE LAS  
virtudes, y muerte del

## V. P. MANUEL PADIAL.

RELIGIOSO PROFESO DE LA  
misma Compañia.

**S**EGUN LA EXTRAÑA CELERIDAD,  
con que en alas imperceptibles voló por Gra-  
nda, España, Europa, y la Christianidad la noti-  
cia, no sé si fausta, ó funesta, de la preciosa muere  
de el Venérable Padre Manuel Padial, pareció,  
estar muy vez preparados aquellos sanctos Angeles  
pregoneros del Señor, ó para repetir los clamores de sus roncadas  
troupeas anunciadoras de plagas, ó para publicar al mundo  
con

con sonoros clarines alguna tasa felicidad. Pues si el dichoso tránsito de nuestro Venerable Difunto fue plaga, que nos quitó su amable trato, y viros exemplos; tambien fue felicidad, que nos asseguró su patrocinio en la Gloria, a que quiso el Señor exaltarle, como de su bondad confio, y de que nos dió apreciables prendas, haciendo le mas visible la Divina gracia en tales prodigios, y aclamaciones, que llenando de expectacion, y pasmo al Orbe Christiano, auyeron mas los dellos, que ya se explicaban en ansias, por mas extensas noticias de este hombre admirable, dezian, de este *Maron Justo*, de este *Jesús Santo*: persuadida la comun piedad, que para citas, y otras mas altas expresiones, no necesitaba en este caso ni aun de aquellas veniales licencias, que se toman, como si fuesen privilegios, que la exceptuassen de las Leyes mas sagradas.

Aseguro a V. Reverencias, me ha herido continua, y vivamente el coraçon esta piadosa comun impaciencia, que no hallando consuelo en la esperança, de que lograria finalmente: sus deseadas noticias, se hazia por instantes mas insufrible, hasta tenerlas. Pero ni lo grande de el assumpto, ni lo corto de mi talento, ni lo rato de su humildad han permitido satisfaccion, mas proata a tan Religiosos deseos. Solo teniamos de lo inferior las noticias, que pudo colegir el discurso de aquellas qual palabra, o accion, que como furtiva; pero felizmente, se escaparon del prelixo recato, con que las escondia. Despues del tiempo indispensable para la embarazosa sollicitud de recogerlas, me hallé con materia tanta, y tan fecunda, que ocasionó nueva dilacion en discurrir, si se imprimiria desde luego la Historia de su vida, ó una breve Carta circular. La comun piedad, hecha a santificar con devocion su impaciencia, no sufriria las tardanças de vna Historia, a que debia preceder informacion juridica de los favores, y prodigios, en que parece previno el Cielo, para prueba de sus heroicas virtudes, otros tantos abonados testigos, que contrarrestassen las objeciones de su humilde espíritu, peritissimo Maestro de mil artificios contra las ocultas. Por otra parte los estrechos limites, y severas leyes de vna Carta no parecian correspondientes a la expectacion, en que puso a todos el sublime concepto de su santidad. El consuetudinario de tan poderosos motivos, y las distancias de los Sincronos; que debian deliberar, retardaron hasta agora la vltima resolución, que fue embiar delante vn resumen de su vida, ni cenir a las leyes de vna Carta, ni estendido por todo el campo, de que

que es capix una Historia. Haciendo puz las quantas con un poco caudal, me ceñite a dar alguna pequena idea de este hombre grande: pero figura de que para ser primorosa, y aun admirable, no le haran falta los fines colores de hermoias frías, que con gallardo pincel de limado estilo la pinten.

Dierala muy en brevedad a V. Reverencias, que en su infancia se vieron aquellos amorosos cineros, con que la Providencia Divina sule pre venir las Almas, que destina a cosas grandes: en su puericia crecieron los innatos caadores de la inocencia con los dones tafus de la gracia: en las peligrosas caréas de sus estudios recogió su compostura aquella: largas licencias, que la estudiva juventud quiere apropiat a sus años, y a sus rades: en nuestro Noviciado aquellas tantas imprudencias, a que llama fervores el espíritu contra las maximas de la carne, lo declararon Maestro de la Ciencia de los Santos, en que salió del siglo Discipulo tan aprovechado: en los años de sus Cathedras pareció solo Misionero, segun inspiraba virtudes en sus Discipulos, y solo Doctor segun los formaba Maestros. Ya Superior compitieron hermanadas la suavidad de Padre con la integridad de Juez, el zelo de la obertancia con la solitud de Religiosos alivios, la seguridad de quien confia con los rezelos de quien teme. En el empleo de Operario fue infatigable en padocer, inimitable en trabajar, su zelo le apretaba el coraçon, su Charidad se lo dilataba, en los Hospitales era alivio de los enfermos, para los moribundos asylo de sus confianças, en el Confessionario confuso de atribulados, consejo de los dudosos, y fuego, que encendia las voluntades en aquel amor Divino, que lo abrasaba: en el Púlpito vo Clarin de el Cielo, cuyos ecos eran sucesos felizes ooda Milioia Christiana: si tocabat a embestir contra las huestes infernales, se embostia con denuedo: si a marchar por la senda estrecha de la vida, se marchaba sin pezza, y ana con velocidad se volaba: si a batir el Reyno de los Cielos, se batia hasta abrir la brecha: si a assaltarlo, se assaltaba con ofensa hasta entrarlo con aquella santa violencia, que lo arrebata. Su paciencia le hizo parecer un Job: su austeridad un Scyira: su zaire un Hilarión: su pobreza un Francisco: su castidad un Thomás: su obediencia un Borja, su zelo de las almas un Xavier: su eloquencia un Chrysoloto: su mansedad un Ambrosio: su ingenio un Chryologo: su espíritu un Ferrer: y su zelo de la mayor Gloria de Dios un Ignacio. Y finalmente el Señor por su bondad nos dió en este

†  
 Bendito Padre, como impresso para leerlo, y como de bulto  
 para tocarlo, lo heroyco de las virtudes, lo estrecho de la Reli-  
 giosa observancia, lo elevado de la contemplacion, lo puro de  
 sus delicias, lo copioso de sus gracias, lo regalado de los favores  
 del Niño Dios, y lo ardiente del amor Divino.

Contentarame yo por agora con este succincto epilogo, si se  
 contentara tambien la devota curiosidad; pero esta no satisfe-  
 cha con los perfiles, desea algunas pinceladas, que aunque ros-  
 ticas le hagan mas visible la pintura para Gloria del que pulió:  
 su bello Original, para confusion de nuestra tibieza, y para  
 nuestro aliento á su imitacion. Con este fin las daré, aunque  
 reconozco, quanto me tiembra la mano. Antes debo asegurar á  
 V. Reverencias dos cosas: vna, para que se alegren; y su gozo  
 sea gozo lleno, que quanto dixere es aquello mismo, que le he-  
 mos oydo, visto, y tocado con nuestras manos, añadiendo otros  
 testimonios por todas circunstancias tan fidedignos, que indu-  
 cen vna moral certeza de la verdad: Otra, que no por esto pre-  
 tendo mas fé, que la correspondiente á vna authoridad hu-  
 mana, que es dezir, falible: mientras no diere su vltima decisi-  
 on la Cathedra de la verdad nuestra Santa Madre Iglesia, de  
 cuyos sentimientos no quiero, ni en vn apice apartarme.

S. II.

*San Patricio.*

**D**E dos hombres bien grandes entre los mayores es deudo-  
 ra nuestra Compania á esta en todo excelente Ciudad de  
 Granada, cuya preciosa Corona se guarnece de vna raultitud  
 de santos hijos, que en tan altos, como diversos empleos han  
 ennoblecido á España. Vno es el Doctor Eximio Venerable Pa-  
 dre Francisco Suarez, hijo legitimo de la illustre Casa de los  
 Viscondes de Rias, Oraculo de las Cathedras, Augustino de  
 sus Siglos, y exemplar de Religiosos, á quien la misma Sabidur-  
 ia labró las borlas, y á quien desea quemar incienso la devo-  
 cion. Otro es nuestro Venerable Padre Manuel Padiál, faze-  
 nado fruto de este benigno Cielo, y floridos campos. Esta di-  
 chosa Ciudad fue su Cuna, la Escuela, el Tellér de sus virtudes,  
 el Theatro de su Magisterio, el Pulpizo de su Apostólica Predi-  
 cacion, el campo de sus batallas, y el Capitulo, en que con-  
 santes la vorte, y maravillas lo coronó aquel Señor, que así  
 quiere elevar á los humildes. Fuera de dos años de Noviciado-

en Sevilla, y pocos meses de Seminario en Carrizosa, todo el resto de su admirabile vida se lo llevó esta gran Ciudad, que con especial privilegio exceptuada de aquella universal sentencia, *ninguno es profeta honrrado en su Patria*, lo adoró como á su hijo, lo oyó como á su Dios, y piadosa lo veneró como á su Profeta.

Los dichos Padres, á quienes bendixo el Cielo con este fruto de su legitimo, y santo matrimonio, fueron Don Alonso Padiál de la Peña, á quien sirvió de vasto sepulcro el mar á la vuelta de su segundo viage á Indias con generos de este País: y Doña Francisca Ruiz de Castilla, á quien con singular ternura de la moribunda madre, y constancia del piadoso hijo alenó en la última enfermedad, hasta entregar á su Criador el alma adornada con la primera estola de la gracia del Bautismo, segun que con Religiosa moderacion, y confianza aseguraba el Venerable Padre, que la confesó generalmte, y por muchos años. El antiguo esplendor de estas dos illustres familias mas se conserva en los autenticos monumentos, joyas con que se enriquecen las paredes de sus antiguas Casas, que en la pompa correspondiente á su acendrada nobleza, por que la fecundidad de las familias, y la esterilidad de los tiempos les quitaron los brillos del sobrecrudo, con que el oro haze aparecer mas colorada la sangre, quando la cubre de púrpura. Tuviéron estos felices Padres por fruto de bendicion siete hijos, y el último, qual amado Benjamín, el Venerable Padre Manuel. De la severidad amable, y de los atraçivos tembles, con que inspiraban á sus hijos sobre un honrado porte la piedad Christiana, formaron una educacion tan discreta, que oy se conserva por norma: y la bendixo el Cielo con el buen logro de sus hijos, haziendo vér la verdad de aquella sentencia: *Qui docet filium, laudabitur in illis*: como hasta oy han sido alabados Arifon en Xenophonte, Sophronifco en Socrates, Grillo en Platon, y Octavio en Augusto, y lo serán con mas gloria en los suyos estos afortunados Padres. Quatro les arrebató para sí el Señor, antes que la malicia los permitiera, y los tres fueron tres modelos de la virtud. El mayor Don Alonfo Padiál dexó á su Colegio Real de Santa Cruz de la Fé la gloria de aver dado á la Cathedral de Almería un Collegial *libellus Theologo*, y Sacerdote de tan especial virtud, que todavia se conserva su buena memoria en el renombre de el *Sanctissimo*. Ni es inverisimil la tradicion, de que se conserva su cuerpo incorrupto, por que lo embalsamó la Cha-

Sus Padres.

Edif. 300 21.

6.  
ridad, que lo expuso hasta morir como su víctima, asistiéndolo a los enfermos en aquella peste, que el año de 1679. infestó a las Andaluzias. El segundo fue Don Ignacio, a quien veíamos muy continuo, y como extático en nuestra Iglesia por las noches para respirar con Dios del inexcusable comercio con los hombres: y por las madrugadas aguardando el día, la Misa, y frecuentemente la Sagrada-Comunion, indispensables prevenciones suyas para el Cristiano manejo de sus negocios.

### Su Nacimiento.

De tales Padres nació el Niño Manuel con el ser también como infusa la piedad. Nació el Viernes Santo quince de Abril de 1661. circunstancia, que cotejada con el suceso pareció Sagrado anuncio, de que sería una bella Imagen viva del Crucificado original muerto. Pero la humildad la gloriaba con faryra contra sí. diziendo, que si como nació en Viernes Santo, muriese el día de Navidad, vendría a ser desde el principio hasta el fin de su vida un Anti-Christo. Esta, como hereditaria, virtud se elevó purificada en las aguas del Bautismo el día doze de Mayo del mismo año en la Parroquial de las Angustias, Santuario, en que penden muy gustosos los corazones Granadinos, como festivos trophos de su angustiada Señora, y Madre. Entre los blasones, que ilustran a este Oratorio de Granada, se lee con elogio bien discreto, y expresivo el de aver recibido en su pila este dichoso Infante el ser primero de la gracia. Por el día Santo, en que nació, y como anunciando lo que avia de ser el Niño, lo llamaron MANVEL SALVADOR. Y hablando con respetosa proporción a tan soberanos nombres, ya hemos visto en la serie de su vida ser verdad, que suelen a las vezes venir bien los nombres a sus significados. Quando después, o los dolores de su cuerpo, o los delámparos de su alma lo ponian en aquel ponto de tormento, en que solo pudiera montar un espíritu valiente como el suyo, solia respirar diziendo, que todo era correspondiente a quien nació en Viernes Santo, y se bautizó en Angustias.

### Su Niñez.

En los inocentes caudales de sus niñezes se hizieron bien perceptibles aquellos singulares desvelos, con que el Señor especialmente benéfico suele cuidar de los que escoge para sus delicias. En los margenes de aquel brazo de Xenil, que llaman la Azequia-Gorda, siendo como de cinco años, se entretenia el Niño con la incierta diversion propia de aquella edad, tan apra para temer, como inadvertida para prevenir los riesgos, quando repentinamente se hundió en aquel fiso, que se llama de la

7.  
Forma; por los muchos, con que allí se ruere la feda, en que tan  
quantioso comercio ha tenido esta Ciudad. Son cada vno de  
ellos vna maquina tan pesada, que solo bastaria à revolverla la  
compulencia de vna artificial rueda batida con el violento im-  
pulsio de caudalosas, y precipitadas aguas. Las ruedas son siete,  
y sucesiua e en cascena colocadas, continuamente se mueven todas,  
impelida cada vna de todo el golpe de el agua. Para abogar al  
Niño sobra à las aguas mucha copia: para despedazarlo so-  
bra à mucha violencia à las ruedas. Pasó por las siete ruedas,  
nadó por todas las aguas: y los que abanzados à la salida  
las auanzaban con sus leguimas, como con sus clamores el cir-  
ruendo de las ruedas, aguardando recoger algunas pequeñas  
reliquias del que ya crecia desmenuzado cadaver: vieron salir  
al Niño tan sano, tan folgado, tan alegre, y risueño, que so-  
bre cogidos de el palmo, ninguno acertaba à preguntar lo que  
todos deseaban saber, como no lo desfizaron las ruedas? Co-  
mo no lo sofocaron las aguas? Pero el Niño con alegre repoto,  
y risueña caridad dixo: *Miren Oficiales, que ya he visto en todas las  
ruedas, que una niña muy linda me lleuó en las aguas à verlas, y me ha  
traido hasta aqui; y ya se ve por donde se fue.* Este raro successo on-  
tonces bien notorio, y agora bien autorizado con seguras deposi-  
ciones, nos haze creer piadosamente, que el Niño Manuel na-  
vegó las aguas en aquella incorruptible Nave, que nos trae de  
lexos su pan, y con este favor adoptándolo por su hijo la Prin-  
cesa del Cielo, lo prefirió en esto à el Niño Moyse, que en vna  
ambiciosa cistilla navegaba el Nilo mas caudaloso; pero tan  
Armeno; que los debiles cables de vnos juncos dexuieron la pe-  
queña barquilla, hasta que la Princesa de Egipto sacandole de  
aquel parcido, pero menor riesgo, lo adoptó por hijo. De  
aqui comenzó aquel cordial obsequio, con que servia à esta  
gran Señora, y ternisimamente la amaba como à Madre.  
Aqui tambien comenzó el Infierno à mostrar sus infantas con-  
jeturas, de que en este gracioso Niño le aruaba el Señor vn Ca-  
pita a triunfante de su triste Imperio. Ya aqui comenzó à hazer-  
se mas sensible, la insuperable eleccion de este Niño para los  
grandes designios de su adorable Providencia.

Crece el Niño Manuel en edad, gracia, y sabiduria. Ha-  
ziales reparar aquel amor tan lleno de respeto à sus Padres, que  
si no lo vieran amarle como hijo, les pareciera que los temia  
como Esclavo: aquella docilidad tan varonil, que jurraba la  
ternura como de otra para dexarle imprimir, y la dureza como

18.  
 de bronce para retener la impresion: veíase en él aquella especie de piadosa niñez, que haze sean entretenidas las devociones. Estos tantos entretenimientos eran los inocentes delahogor tan apetecidos de aquella edad. Gustaba mucho de leer, y de que lo oyessen, como si ya se anunciase Doctor. Y como si supiera aquel Arábigo proverbio, *scientia coronans est pueri*, así se aplicaba él a el estudio aun mas que otros de su edad a el juego. En la Escuela reprehendia con graciosa severidad a sus pequeños Condiscipulos la traviesa inquietud compañera de los diezmos años. Pero sobre todo se hizo advertir en él la devoción, con que rezaba a la Santísima Virgen, el culto, con que la veneraba, el obsequio, con que la servia, el confiado amor, con q̄ la invocaba: efectos sin duda de su feliz adopción. Viendo sus Padres la dicha de su hijo Manuel en aver logrado por fuerza una alma buena, y muy capaz de su Christiana instrucción, se aplicaron a ella con mayor esmero: Sabian aquel fenecimiento de Seneca: *travegendus est puer, ut modo frenis utamur, modo simulis*; pero no necesitó de frenos, que lo retraxesen del anal, el que aun sin saber a dōde corria a el bien. Vieron solo de aquellas dos blandas espuelas, el consejo, y la doctrina, para descubrirle el camino, que fue obligarle a correrlo.

Cent. 2. n. 21.

2. De ira.

Sus estudios  
 en el siglo.

Ya razonado para otros estudios, lo embiaron al de Latinitad a las numerosas Escuelas de este Colegio, en donde siguió sus cursos hasta concluir la Theologia. Su genio nacido para estas letras, la viveza, con que en los discursos se introducía su ingenio, la erudición muy superior a sus años; pero muy igual a su capaz entendimiento intensamente empleado en el estudio, sin mas diversion, que la que hallaba en sus ordinarios ejercicios de piedad, le merecieron el comun credito, que lo preferia a los mas habiles. Y quando así no lo dixessen sus Maestros, y Condiscipulos, de quienes aun viven algunos, que lo aseguran, lo vocearian sus repetidas funciones literarias, que nunca se dexaron vencer de las mas lucidas, en esta Academia tan frequentes. Pero aun lo distinguió mas entre todos la venerable ancianidad de su immaculada juventud, que con sus juiciosas canas lo hizo, *his senex juvenis*, joven dos veces Anciano, contrapuesto a aquellos indignos viejos dos veces Niños, *his pueri senes*, que han quedado por inlame proverbio. Aparecia entre sus Condiscipulos vna ajustada copia del original, que nos dejó San Ambrosio en el uozo Tobias: *Qui albescebat non canis, sed maritus*, respetable, no por las canas de la cabeza, sino es por el can-

Plato in Tim.

1. Epist. 21.



candor de sus costumbres siempre venerables. Su compostura, en que se veia bien copiada la modestia: su apacible sencillez, que se conciliaba con el amor el respeto: los prudentes dictámenes, con que gobernaba sus acciones: el retiro de juveniles festejos, en que la del tiempo suele ser la perdida menor, aunque tan grande: el quotidiano recurso à los Templos, en que gastaba muchas horas sin parecer largas à su devocion: la frecuencia de Sacramentos, de que sacaba su espíritu aquel vigor, que aja las lozanas de la juventud: y finalmente el severo, y agradable porte de este anciano Joven, se tomó tal autoridad sobre sus Condiscipulos, que todos lo amaban, todos lo temian, à unos refrenaba la prudencia de sus consejos, à otros con sus exemplos promovia: y si la juvenil licencia se explicaba en accion, ò palabra menos compuesta, se repetia aquel nuevo language, que introduxo en sus Condiscipulos quando Joven S. Bernardino de Sena: *Tacet, Bernardinus adest*; componerle todos, dezian, que viene Padiál: otras vezes al modo de Jacob, *praesentem tangens, futura prospiciens*, dezian: cuenta, que viene el Jesuita, como que en su presente modestia veian su futura resolución. Es verdad, que no faltò vno, ò otro de aquellos, à quienes ni la circunspeccion compone, ni los consejos reprimen, que exercitaron bien su paciencia fahiriendolo con bur-las tan pesadas, que causaban lastima en los otros; pero el manso Joven los consolaba con admirable serenidad diziendoles: *Como no se digan palabras desbonestas, lo demás por lo que à mi toca no importa*; porque para defender à su Susana la castidad, no reparaba en sus propios oprobrios este puro Daniel. Si midiésemos à este Joven la duracion de su vida con aquella vara, con que media Alexandro la suya, *ego me metior non aetatis spatio, sed gloria*, no con las gyraciones del Sol, sino es con la dignidad de los meritos, sacariamos en el mejor sentido aquel *puer centum annorum* tan mysterioso en la Escritura, y los Padres.

## §. II.

**F**Ve facil à los suyos conjeturar, y de ahí temer, que aquel constante tenor de vida tan arreglado no era para el mundo de la tierra, el siglo; sino para el Cielo de este mundo, la Religion. Aumentaronse los indicios al verlo devoto sobre lo ordinario, retirado de todo comercio, aen de el gustoso con sus libros, abstraído, como quien se entrò allà dentro de sí mis-

D. Mag. Ser. 14  
de Sabid.

Curt. lib. 9.

Su vocacion  
à la Compañia.

mo. En este interior retiro consultaba ya con Dios, ya con el mundo sobre las cosas del tiempo, y de la Eternidad. Y como su vivo ingenio penetraba bien las razones, era mas recio el consiêto. Aun no bien enjutas las lagrimas de los Canonigos de Almeria por la perdida de su Compañero *el Canonigo Santo* hermano de nuestro Manuel, pusieron en este los ojos, para que ocupando su silla mitigasse su dolor, restaurasse su gozo, y se continuasse en vna viva copia el difunto exemplar de Prebendados; no dudando, que á estos parecidos hermanos concedió la gracia aquel fuero, que imprimió la naturaleza en el hijo semejante, en quien vivo resuscita el difunto Padre. No les engañaron las noticias, de que los relevantes talentos de D. Manuel Padiál seguramente lo harian en qualquier concurso muy digno de la mas acertada eleccion. Los suyos pues para embiarlo, y los Canonigos para admitirlo con mayor decoro, facilitaron el de vna Beca de este Colegio Real, que con tan ilustres hijos ha servido de tanto esplendor á la Iglesia, y á la Monarquia. No podia ocultarse á la perspicacia de Don Manuel, que este ya casi asegurado ascenso podria sin dificultad serle proporcionado escalon, de donde sus aplaudidas prendas lo elevasen á otros mayores. Apretaba vivamente este discurso la piedad debida á su anciana Madre pobre, y á su desamparada familia no indigna del socorro, que como en segura finca fundaban en las alegres esperanças de tan faustos principios. Por otra parte la inocencia, y santidad de sus costumbres eran aquel mysterioso camino, que por oculto lo proponia el Señor como enigma á el Santo Job, por donde se esparce á el entendimiento la luz, que le haze ver desengaños, y á la voluntad el calor, con que desea los aciertos. Esta luz le descubria, aunque del todo no acababa de verla, la vanidad de las vanidades del siglo: este calor lo enternecia con el Profero en lastimas de aquellos, que en las delicias de la carne beben aquel vino, que les trastorna el sentido. Semejantes reflexiones fueron aquella feliz Aurora, que ni esparciendo todas las luzes del dia, ni consintiendo toda la obscuridad de la noche, anunció cercano el Sol de su vocacion, que al salir, como halló en el virtuoso Joven todas las puertas abiertas, se le entró hasta el coraçon. Resuelto ya á seguir mas de cerca á Jesus en su Compañia, advirtiendo, que es bueno ocultar el Sacramento del Rey, dexó correr la persuasion comun, de que para tomar la Beca del Colegio Real, iba á graduarse con menores expensas á Oñuna,

por donde pasó con bien diversos designios, hasta llegar á nuestro Noviciado de San Luis de Sevilla, en donde fue recebido el dia 5. de Mayo de 1681.

Luego que pisó los umbrales de aquella Escuela de virtud, esfera propia de la perfeccion Religiosa, y humilde emporio de aquel comercio con Dios; que rinde ciento por vno, al entrar en el gozo de aquel Cielo, reconoció, que aquel era el desierto en poblado, á que lo llamaba el Señor. Y como el bullicioso estrepito de los cuydados del mundo guarda en aquella Casa tan alto silencio, que solo en la duracion parece distinguirse de aquel, que se hizo en el Cielo por media hora; le fue facil perceber bien las voces de Dios, que con distincion lo llamaba por medio de vn exercicio heroyco de virtudes, y singularmente de vna inimitable austeridad, y de vna humildad profundissima, á lo mas alto de la contemplacion, donde bebiesse sin medida aquellas celestiales aguas, que despues á manera de sagrada nube avia de difundir en su Apostolica predicacion. Començò pues á subir por aquellas gradas, que dispuso en su coraçon, con tal denuedo, que en pocos dias pareció aver llegado á lo alto de la escala, donde lo aguardaba el Señor, que con singulares privilegios lo subia. Començò por muy cerca de lo último de aquella regla, que nos manda buscar intensamente en el Señor nuestra mayor abnegacion, y continua mortificacion en todas las cosas posibles. Atemperando á las fuerzas del cuerpo los fervores del espíritu, suele la prudencia de los Superiores poner cierto termino, y modo á los cilicios, disciplinas, ayunos, y otras austeridades; pero el espíritu de rigor contrasi, que lo movia, le hizo buscar mil pretextos, que á su fervor parecian motivos, para sacar vna larga dispensa, que le fue bien costosa. Con ella armado declaró sangrienta guerra á su carne, y la hizo como visfio en los imprudentes arrojos; pero como muy veterano en las victorias, que ganó contra ella: tantas, que viendo los Superiores, que no contento con mortificar su carne se iba acercando á matarla, le recogieron en parte la dispensa para templar la furia, con que la embestia. Sus disciplinas eran tales, que assi en la violencia de los golpes, como en la sangre, que derramaba, conocian todos, sin poderlo remediar su rocato, que era el Hermano Manuel. Sus cilicios tan continuos, como ásperos, y eranlo tanto, que al moverse, á imitacion de los cordales de San Xavier, añadian nuevo martyrio sobre el dolor de sus llagas. En los ayu-

Su Noviciado.

nos aun fue mas extrema su austeridad. Con el bien colorado titulo de esto mago debil establò vn quotidiano ayuno de muy pocas onças de alimento: y governandose por las glosias, con que su severo espíritu explicaba los ordenes de los Superiores, se levantaba sin comer bocado siempre, que lograba ocasion su disimulo. Este, aunque tan santamente artificioso, no pudo en todo ocultar el rigor de sus comentos, que notados de algunos Hermanos le ponian piadosa acusacion ante el Superior. Pero su severidad tenia prontos mil modos de obedecer, y de continuar su ayuno sin acabarse de matar. Con la licencia, que ordinariamente se dà à nuestros Novicios, salia à la porteria à comer con los pobres, y abriendo los ojos, que solo para esto parecia tenerlos, escogia por compañero de plato el que con la falta de su inmundicia le fazonalle con mayor asco aquella inuisible comida. Amargaba con azibar las bien sazoadas, y dexandolo mas comestible se alimentaba de los desperdicios: vive oy con nosotros vn Connovicio suyo, que le ovié yaba dexarse los calcos de las naranjas, mastigando muy de espacio la cascara, como quien se saborea con aquella asperisima amargura. El poco sueño correspondiente à tanto ayuno era bien de ordinario en vn zarço: y para entretener las vigilijs de la noche le permitiò el Señor aquel torcedor de los escrupulos, que tanto le apretò toda la vida. Oforçado del escrupulo, ò seguro, de que los otros dormian, se le oyeron muchas vezes ya satyricos desprecios, ya agrias reprehensiones al Demonio, ya amorosas quejas, ya conñadas suplicas al Señor. Y llevado de la vchemencia de su resolucion dezia con expresivo conato: *Aunque me hagais mil bañicos. Y* porque en el severo tribunal de su espíritu siempre era su pobre cuerpo el reo, que lo avia de pagar todo con costas, como si fuese delito suyo la insolencia del Demonio, le hazia pagarla con golpes, con heridas, y con vigilijs, à que siempre se anticipaban sus ojos, hasta que exercitado, y oprimido con las congojas de sus batallas, desfalleciendo el espíritu, ni aun para hablar entre si le quedaba aliento. Aquel breve rato, en que ya rendido lo sugeraba el sueño, dormia conturbado, como David, por el sobrefalto, en que lo tenian siempre sus temores. Este rigor de vida, que iba acabando con ella, lo hazia à todos vn espectáculo igualmente lastimoso, que admittible: tan extenuado, tan palido, tan cardeno, tan herido, tan silencioso, q̄ cerrada à sus labios la puerta de circunstancia, solo tenia licencia para abrirla la guarda doble, que avia puesto à su boca: sepultados

17.  
sus vivos ojos en la cara de sus parpados, à quienes parecia retir-  
tuir de dia aquel sueño, y aun dormitacion, que los hurtaba  
de noche. Y porque cosas mayores nos aguardan, concluyo  
diziendo, que en el Hermano Manuel nos puso Dios vn bello  
simulacro de todas las virtudes de vn Novicio con los mas deli-  
cados ápices de la perfeccion.

Hechos los votos Religiosos del Biennio asò à nuestro  
Seminario de Humanidad en Carmona. Asistiendo el Superior  
al verlo en aquella, que pareciera estatua de la tífica, llamó al  
Medico, el que pulsandolo le recetò solo, que comiera. Aun-  
que la receta era muy costosa, se comprò no obstante con orde-  
nes mas explicados, que cerraban la puerta à muchas, sino à to-  
das sus rigidas interpretaciones. Estuvo en Carmona como tres  
meses, y algo reparado llegó à este Colegio por Agosto de 1683.  
Y porq̃ sus ya fazonados talentos pedia mas empleo, q̃ el de Dis-  
cipulo, le mandaron los Superiores concluir con el Año general  
de Theologia, que le sirvió de examé para la Profesion de qua-  
tro votos, que hizo à su tiempo el dia 8. de Septiembre de 1694.  
Están todavia frescas las memorias de las extraordinarias aclamaciones,  
que se grangeò este Año tenido de todos por excep-  
cion de aquella comun regla, *pluraque canities novit, quàm lata  
inventus*; pues muy atento el H. Manuel à la observancia de su  
Regla, diò tal especimen de doctrina, que elevò mucho el alto  
concepto, que todos avian formado de su estudiosa habilidad  
en las passadas experiencias de sus lustrosas funciones: pero con  
tal modestia, que hizo ver, no se avia en él entibiado el amor  
de las virtudes solidas, y de la vida Religiosa con el fervor de  
los Estudios; frio pretexto de los tibios. Venciendo los Supe-  
riores con sus ordenes el temor, en que lo tenia su humildad, pa-  
ra el Sacerdocio, facil es de perceber, como se vistió de justicia,  
y santidad, aun mas que de telas, este nuevo Sacerdote para co-  
lebrar su primera Misa, en que lo avia de alimentar el Señor  
con el pan de lagrimas, no ya de dolor, sino es de ternura: y  
avia de darle la bebida de lagrimas en mensura, que se la puso  
el mismo Señor, para que en su devocion tuviesen termino.  
Desde aqui començaron à alternar aquellas afflictiones, y con-  
suelos, de que entretiene Dios la vida de los justos. Hasta aqui  
sus escrúpulos, y temores le hizieron, que fuesen de noche, y  
dia su alimento las lagrimas al oír la insolencia, con que insultan-  
dolo sus enemigos le preguntaban, donde estava su Dios?  
que en quanto à lo sensible parecia averlo desamparado. Pero  
ya

Sus estudios  
en la Compa-  
nia.

Nazianz. in  
Carm. lib. 1.

ya desde aqui halló consuelo à estos insultos tan infufrible: à las almas, que aman de veras à Dios. Ellos cada dia con nueva mota se lo preguntaban; porque permitió el Señor, que los de-  
lamparos de su espíritu fuesen casi quotidianos. Pero el tam-  
bien cada dia con nuevas confianças les respondia, tener en sus  
manos à su Dios, que quiso fuesen tambien quotidianos los ex-  
traordinarios favores, conque lo fortalecia.

### §. III.

#### Leccion de Latinidad.

**F**ue inmediatamente señalado segun nuestro religioso esti-  
lo para el humilde, y molesto magisterio de Grammatica,  
en que trabajó nueve años con igual provecho de esta Ciudad,  
que exercicio de su paciencia. Tambien en esto diré lo que vi,  
y leal; pues lo logré Maestro, no solo en la Theologia, sino es  
tambien en estas letras. Como lo movian con tanto impulso la  
gloria de Dios, su rendida obediencia, el bien publico, y el re-  
ligioso honor de la Compañia tan allegurado en la buena edu-  
cacion de la juventud, no es facil dezir el empeño santo, con  
que, como David, convidaba à sus pequeños discipulos co-  
mo à hijos, para que aprendiesen con las letras el temor de  
Dios. Con el amor, que à todos mostraba, consiguió de los mas  
dociles quanto bueno queria: pero no olvidaba, que aborrece  
à su hijo el Padre, que perdona al azote, quando no bastan el  
consejo, y el cariño. Tal vez por siniestros informes mandó  
castigar à vn discipulo: pero despues, entendida su inocencia,  
dandole vn premio de los que tanto aprecia aquella edad, en  
que se via abuelo de semejante pena, aunque no fuese por se-  
mejante culpa, le pidió perdon con tan humildes muestras de  
charidad, que les hizo ver à todos, era cariño de Padre, el que  
movia su lengua al pronunciar la sentencia de el castigo. Vi-  
ven oy muchas de sus discipulos, en quienes todavia resuena el  
eco de aquellas exhortaciones tan claras, que les hazian ver el  
camino de el Cielo, y tan eficazes, que les persuadian à andarlo.  
Y como la santidad, que veian en su Maestro, hazia, que su voz  
fuese parecida à aquella, que troncha cedros de el Libano,  
y apaga llamas de aquel fuego, en que suele arder la juventud,  
se hizo notar bien, que en su tiempo fue muy extraordinario el  
numero de los joveses, que pisando las vanidades, y delicias de  
el mundo, se abrazaron en la Religion con el improprio de la  
Cruz, y la mortificacion de Jesu Christo.

Començò esta proliza tarea por la Classe de Menores. Despues baxò à la de Minimòs: y como su humildad jamàs perdonò à ocasion de volverle contra sí, solia dezir con gracia, que à él, como à los muchachos rudos, lo avian hecho baxar à Minimòs. Despues pasó à las de el libro tercero, quarto, y Rhetorica. Como en todas fue igual su zelo, y su Magisterio, en todas sacò discipulos igualmente aventajados en virtud, y en letras. En estas hallò tambien su humildad materia de sarkyas contra sí: pues si yo no las sé; dezia, cómo las labré enseñar? Este genero de erudicion mas amena, que vtil, fuele por esto muiño tener muchos, que con aplauso la oigan; pero pocos, que con fundamento la estudien. En nuestro Seminario de Carmona, donde pudiera aver promovido estas letras, fue tan corto el tiempo, como la salud, que ruvo, y à esta causa vino poco cultivado en ellas. No obstante, aunque su entendimiento poseido todo de la magestad de la Theologia, juzgaba por menos serios los divertimientos de las Musas; pero su ingenio para todo feliz, y el religioso empeño de su ciega obediencia le hizieron aplicarse à estos estudios con tan buen logro, que salió ya consumado Maestro de hazer (si es licito hablar así) que la cytara de Apolo sirviessè bien para celebrar el soberano cetro de Jupiter. Entendiò; y habiò en su puridad la lengua Latina: comprehendiò, hasta veriesse toda el alma, las reglas de el Arte Poetica, y Rhetorica con sus tropos, figuras, argumentaciones, y demàs pulimentos del bien dezir, de que nos dexò seguras pruebas, no solo en muchos sobresalientes discipulos, sino estambien en no pocas bien limadas obras, que sin gatar papel quedaron bien impressas en la memoria de quantos logramos oirlas.

En el ameno ocio de estos estudios, y la seca ocupacion de enseñarlos, se llegó el tiempo de que le mandassen leer la Philosophia en este su Colegio, para que al mismo tiempo, que con las solidas ingeniosas de sus discursos disponia à sus discipulos para mas altos, y mas sagrados estudios, promoviesse con su exemplo de religiosas virtudes la juventud tan numerosa, que en este oia. En seis continuados años leyò dos Cursos, y en el segundo tuvo por discipulos tambien à nuestros Hermanos Erudiantes. Las funciones literarias publicas, y domesticas fueron siempre muy correspondientes al extraordinario concepto, que todos renian de su Author. En ellas parecia, que los q disputabá, segun entre sí competian, eran su humildad, y su ingenio, su modestia, y su doctrina. Tal vez en un Acto publico, para que

*Leccion de  
Philosophia.*

fuese mas clara la victoria de vna de aquellas tentaciones, que toman ocasion de la Ciencia para hinchar, respondiendole à vn argumento, no de los que dan, que pensar, se suspendió como quien busca, y no halla la respuesta; despues habló tan poco, y tan sobre los primeros terminos, que con mirarle vnos à otros se dezian: muy profunda es la humildad, que intenta esconder tan sublimis entendimiento.

*Ocasion de re-  
mitir algo sus  
austeridades.*

Quando leia Grammatica padeciò vn insulto epileptico, que con violentísimas convulsiones lo reduxo al lance de administrarle la Extrema-Vacion. Aliviado fue convalenciendole de el accidente con la lentitud, que corresponde à su rebeldia. Duraronle por algunos años las reliquias, que ocultaba en su pecho, de vnas melancolias tan profundas, que no encontraban mas alivio, que aquel, que el V. P. les buscaba en el encierro de vn rincón retirado de todo humano comercio, en que se le iba intinuando la vocacion Divina à la soledad, en que queria Dios hablarle mas de espacio al coraçon. Para que en este tiempo moderasse algo su estremo rigor de vida, concurrieron estas dos causas: la prudente precaucion de Medicos, y Superiores, que, para ayudarle à convalecer, le mandaron afloxar algun tanto la cuerda al arco, que el tenia tan oprimido: y la instigacion de la misma naturaleza por algun honesto recreo en aquellos alternados tiempos, en que, retirado el humor melancolico, podia respirar algo de su opresion violenta.

En estos intervalos de sus severidades, y abstracciones se dexò ver, aunque muy recatado, aquel su genio tan precioso, que en otros pasara por merito, y en el V. P. se reparaba por no tan adequado à su severo espíritu. Se le oian con frecuencia aquellos equívocos, y chistes, cuya oportuna gracia, y prontitud cobran con execucion la risa, y el aplauso. Su agudeza era no punza, que hiriese à alguno, sino salado gracejo, que los divertia à todos. Sus equívocos eran vn natural mixto de tal chiste, y tal seriedad, que juntado en sí quanto cabe en vn religioso recreo, nunca pudo quexarle la religiosa modestia. Quando sus compañeros lograban la honesta recreacion de campo, que la Compañia justamente concede à los que en sus santos ministerios se afanan, era el Padre Manuel quien con sus preciosas gracias los divertia, aun mas que con sus amenidades el campo: y tenian por insulto aquel alueto, à que no fazonaba el saynete de sus sales. Con este mismo gracejo impugnò en sus Cursos de Artes algunas opiniones contrarias,

elpe-



especialmente de cierto noble Recencior, cuyos discursos por recien impresos traia mas entre las manos. Y estas fueron las cñipas rodas, que dieron tanta materia à su llanto, y à nuestro exemplo; pues aunque en esta prolixa convalecencia alternaron las opressions de sus escrupulosas melancolias con alguna honesta recreacion, que mitigaba sus rigores, siempre fue exemplar su Religiosa vida. No estrañaria esta como meseta de la Escala San Anselmo, quien tambien en los Claustros Religiosos fatigado con el peso de la naturaleza interrumpió algo la carrera, aunque no dexò de andar à buen passo por la senda de la vida. Ni le cogeria de nuevo à la Seraphica Madre Santa Theresà, quien para gloria de la Divina Bondad, y para instruirnos en tan celestial doctrina nos describe las imperfecciones, que quitaban lo veloz à su carrera: y tambien los amorosos modos, con que el Señor la iba desembranzando de aquellas distracciones, hasta reunirila à sí con mas delicada estrechez por medio de aquel rapido vuelo de paloma suya hasta los agujeros de la piedra, donde comenzó aquella altísima contemplacion, de que como à gran Doctora venera la Iglesia.

Quiso ya el Señor volver à estrechar mas, y mas consigo al V. Padre. Para esto le hizo advertir con mayor viveza, que para correr por el arduo camino de la heroica Santidad, à que lo llamaba, convenia aligerarse del peso de aquellas gracias, à que ya el mismo Padre llamaba *pesadas, y molestas*. Comenzò convirtiendo contra sí en preciosas satyras aquellas sales, que él y a tenia por infulezes. Y porque no sirviessen de ensañador las escritas, las borrò de quantos cartapacios pudo hallar suyos, ò de sus Discipulos, quienes dizen, lo hizo por su propria mano para asegurarse mas. Y bien lo apoyan los mismos raiços de el que hasta en sus borrones fue primoroso. Y pareciendole corta esta diligencia, es fama constante, que en Carta al mencionado Author llena de humildes expresiones pidió perdón de unos acumenes, que mas fueron preciosos, que casivos. En su último Curso de Artes comenzaron à ser mas profundas, y casi continuas las melancolias, de que solo respiraba con el total retiro de criaturas, y en él con lagrimas, con disciplinas, con ayunos, y otros rigores, que ya eran mas frequentes, y severos, derramaba su coraçon en tristes ayes, y clamorosas suplicas al Cielo, que causaban compasiva devocion en los que tal vez pudieron desde afuera percibirilas. No despreciò el Señor este coraçon contrito, y humillado: antes sirviendose de la

oportunidad de su retiro, se le insinuò tan vivamente la Divina gracia, que le penetrò todos los senos del coraçon. Desde aqui fueron creciendo los fervores de su espíritu, y explicandose cada dia mas, y mas en el exercicio de virtudes hasta aquel excelso grado, à que no alcanza nuestra admiracion; porque como cada dia era el mas liberal para con Dios, cada dia era Dios mas liberal para con él.

*Ministerio de  
este Colegio.*

Claro està, que no se negaba al trabajo el que negandose à si mismo, y cargandose la Cruz queria seguir muy de cerca al que faltaba como Gigante para correr su camino. Pero el fuerte lance de verse obligado por la Obediencia à ser Ministro de este Colegio, empleo, sobre que carga buena parte de el gran peso de su gobierno, le hizo exclamar con intimo dolor, que la tribulacion, y la angustia lo hallaron, aunque escondido en la soledad de su rincón. El pantabalo la timidez de su delicada conciencia, que con solo el escrupulo de imperfeccion se sobrecegia. Al considerar sobre si la observancia, que tanta perfeccion incluye, de vna Comunidad, que aunque tan Religiosa, se compone regularmente de 120. de los nuestros, se comprimía hasta desfallecer su espíritu; porque su empeño, en quanto tomaba à su cargo, y su zelo, que no acertaba à tener por leve lo que tenia por falta, le hazian creer, que su gobierno mas feria prolixo para mortificar, que discreto para promover à los Subditos. Resonaban en sus oydos las voces, y en su coraçon los ecos del Apòstol, que manda à los Padres, no provoquen à ira à sus hijos con immoderados zelos: pero advertia tambien, que las perzozas omisiones, y ciertas humanas condescendencias lo hazian Reo de aquellas negligencias, y aun desordenas, en que vienen à caer los que desprecian las faltas por pequeñas. Descubriòle el Señor estas razones con otra practica luz muy superior à la grande, de que era capaz su ingenio: y agitado de sus temores, con Religiosa indiferencia aplicò todas las veras de su eficacia para librarle de el cargo. No siendo oydas sus suplicas, huvo de baxar la cabeça al yugo, y dar principio à su officio el año de 1698. que ya era el ultimo de los seis, en que leyò Filosofia.

Convencido de que no se huviera Moyfes conciliado tanta authoridad con su Pueblo, si no lo vieran despedir de si tantos rayos: y de que quita la eficacia à su zelo el Superior, que no lo arma con la practica de lo que ordena, començo por si mismo su officio, de cuya authoridad se valiò para hazer mas

rigidas sus austeridades, y de mayor parcimonía sus ayunos, aunque ya antes parecían incompatibles con la vida. No hiziera falta la charidad, con que algunos avisaron à los Superiores, para que moderasen esta abstinencia, que ya parecia exorbitante; porque su color palido, sus carnes consumidas, y sus fuerzas extenuadas eran la delacion mas segura. Pero los Santos artificios de su humildad daban tales coloridos à sus pretextos de estomago debil, hastio à la comida, daño, que le causaba, con muchas encidas suplicas, que añadía, que los Superiores se sentían obligados à dexar correr sus ayunos, persuadidos al principio, que aquellas eran justas causas, y despues, que era especialissima vocacion Divina. Muchos con la compasion de sola su vista, lo instabán para que con vna xicara de chocolate reparasse algo las fuerzas: pero su espiritu de rigor siempre tenía prontos varios sentidos, y elugios, con que ni faltaba à la verdad, ni del todo la dezía. Vnas vezes era su respuesta: *aca estuviera esse por hazer*: otras, *bonico soy yo para hazerme de rogar, si no lo huviera tomado*: otras, *ya oy me ha convidado otro Padre*; otras *dia podrá V. Reverencia exercitar su charidad*. Y à este tenor nunca faltaba à su abstinencia mental para fundir prontas respuestas en el vasto molde de su pulido ingenio. Y porque sospechosos ya de sus excusas lo estrechaban preguntandole, si lo avia tomado aquel dia, halló muy à la mano el modo, que le sirvió mucho tiempo para escaparle de este aprieto. Por las mañanas antes de salir de su aposento tomaba en la mano vn medio bollo, y à el sentirse estrechar con la pregunta respondía, *si Padre, ya lo he tomado*. Solían replicarle, que esso sería ayer, y respondía, *oy, Padre, oy lo he tomado, y es bueno: que no me dexeydo yo en ayunar de mi*. Y con estos santos engaños, en que caían los otros, continuaba el Padre sus ayunos. Al passo de estos corrían tambien las demás austeridades: el violento estruendo de sus azotes, aunque à deshoras, vencia à sus ardidés por ocultarlos. El rigor de sus cilicios se dexaba ver en lo encorvado del cuerpo, y desigual de sus pallos. Y para ser en todo superior vigilante, ya en este tiempo eran sus ojos centinelas de aquellas nocturnas vigiliás, en que el sueño como à escondidas se compensaba algun breve espacio del mucho, que le quitaba su contemplacion, en que respiraba el V. P. de los afanes del dia.

Se perfeccionó tanto en la observancia de las Reglas, que parecia vn vivo Sumario de nuestras Constituciones. Algunas vezes para convencer à alguno de algun defecto solía tomar el

Librico de nueſtras Reglas, en que le leía la decifion de la caufa: pero fe tenía por diligencia eſcuſada, porque en fu tenor de vida fe veían bien impreſos los muchos, y delicados apices de perfeccion, que en ellas fe nos preſcriben. Pudiera ſervir de eſpecimen para las otras el ver como obſervaba la que nos manda varrer nueſtras camaras à lo menos cada tercer dia. La Regla miſma permite, que à juizio de los Superiores puedan ſer ayudados los que por ocupacion de mayor importancia lo neceſitan. Jamis quilo ganar eſta Indulgencia: ſiempre, y en todo ſe ſerviò por ſi miſmo. Variaba, y alicaba con tal eſmero ſu apoſtato, como ſi fueſſe la empreſa de ſu vnica atencion. Vilo vn dia tan aſando en el prolixo, y humilde minifterio, de que quedafſe como bruñido aquel rincòn, donde avia recogido la baſura, que me obligò à decirle, que para qué era tanto empeño, porque ni vna pajilla, ni vn polvillo ſe quedafſe? A que con ſu humilde, y gracioſa prontitud reſpondiò: *por ver ſi puedo acabar me de recoger bien à mi miſmo*: notandole de distraido, y reñicandole por baſura conforme al eſpiritu de aquel, que à ſi miſmo, y à todas las cosas reputaba por eſtiercol por ganar à Chriſto.

Con eſte ardidado porte de vida diò à ſu voz de Superior aquella voz de virtud, à que no es facil reſtitirſe. Y como en la ſevera exacion, conque queria cobrar de todos la debida obſervancia, ſe veía claro, no tener mas interès, que el logro de promover en la virtud, acababa de hazer como impoſſible la reſiſtencia à ſu zelo, à que daba nuevos reales de eficacia aquel viſible amor, conque atendia al religioſo alivio de los fuyos, en cuya conſolacion hallaba el tambien con el Apoſtol ſu conſuelo. A la recreacion de el campo iba con nueſtros Hermanos eſtudiantes tan placentero, y los alentaba à la honeſta diverſion de el animo, como ſi fuera otro hombre, y no aquel, que ſolo en la ſoledad, y los ſuſpiros ſe recreaba. Con los enfermos era tan de Madre el amor, conque atendia à ſu curacion, à ſu regalo, y à ſu conſuelo, que ſe viò, como reſucitada en el V. Padre la compaſion de el que enfermaba con la enfermedad de los fuyos. La ſantidad de ſu vida, las entrañas de Padre, conque tratava à todos, y el deſvelo por ſus alivios obligaren no ſolo à venerar, ſeò à amar la ſeveridad de ſu zelo, aun quando ſe explicaba en algun caſtigo: porque eſtaban todos muy ciertos, que ſolo ſe daba en ſu tribunal la ſentencia, quando ſu conciencia à grandes voces la pedía, y no encontraba conque acallarlaſu

coraçon compasivo. Con esto ya dixen los aumentos, y perfeccion, que debió à su zelosa observancia.

Hallabase esta muy gustosa con su Samuel, que tan fielmente ministraba en la casa de el Señor. Hallabase el Padre Rector igualmente satisfecho con su ministro el Padre Manuel, al modo que Eliseo con el suyo Giczi; porque tenia à quien confiar seguramente gran parte de su gobierno. Pero à el V. P. los poderosos motivos, que al principio tanto lo contristaron, se le hazian en la experiencia cada dia mas sensibles: y con ellos ardian mas sus deseos del retiro, à que lo arrastraban su interior padecer estrecho amigo de la soledad, y las ansias de tratar mas quietamente con su amado Señor, que cada dia lo combatida con amor mas tierno à la bodega de aquellos vinos, en q̄ con sobria destemplança se beben juiziosas embriaguezes. Renovò, y apretò sus instancias, hasta q̄ hincado de rodillas à los pies del Padre Provincial con vna llorosa confesion de su ineptitud le pidió la absolucion de vn oficio, en que el juzgaba hazerse tan culpable. Solo consiguió vnas buenas esperanças, que se frustraron despues; porque entendidas de el P. Rector, clamò este, que al quitarle su Ministro seria consecuencia forzosa quitarle tambien su Rectorado. Con que hubo de continuar en el Ministerio hasta algun tiempo de su Lectura de Theologia, de que à caso no ay exemplar.

### §. III.

**S**olo vn orden muy expreso del Superior pudiera aver conseguido, que el humildissimo espiritu de este gran siervo de Dios subiese al lustroso honor, con que reciben à sus Maestros las Cathedras de Theologia de este Colegio siempre bien autorizadas. No le pareció à su humilde ingenio difícil (aunque se engañò) extinguir en sí aquel esplendor, que pudieran darle las Cathedras: y por esto no lo tuvo por demasiado precio, y mas quando no le era posible hallar otro, para recatarse del Ministerio, y comprar tambien mas soledad, y mas tiempo de tratar con Dios. Subió pues à su Cathedra, y en poco tiempo la hizo con su habilidad, y doctrina como aquella fuerte Torre coronada de valientes, prevenida de mil escudos para sostener, y de mil finas armas para acometer en las lides escolasticas, en que mas lucie volar el polvo, que correr la sangre. Comencò, y debiera no aver acabado sus Lecturas; porque segu-

*Su Lectura de  
Theologia.*

guramente le dió el Cielo con liberalidad no comun todos aquellos talentos, que forman un Doctor en todo grande. Fue lo tanto el V. P. Padiñal, que aunque le afaná siempre en apagarlos, citos por sí se encendian para lucir sobre el candilero, y tan tixos citavo de salir en cito con su empeño su humildad, que ni aun pudo embaxazar, fuese tenido de todos por uno de los grandes Maestros, que ha dado nuestra Provincia siempre fecunda Madre de tan felices, y cultivados Ingenios. Si bien qualquier objeto, que se vino á su capacissima potencia intelectualiva parecia el conatzural á su genio, segun la felicidad, con que concebía, y daba á luz los mas bellos parcos de toda su fecundidad: todavia su estera mas propria fueron las dos Theologias Escolastica, y Expositiva, que hallaron en su entendimiento capacidad correspondiente á su vasta extension, y facilissimo ingenio, que se penetraba hasta encontrar en las mayores dificultades aquellos virtuosos retratos reservados á vna sublimidad precipitacion. Á los escritos escolasticos hizo tan coordinados su metodo, su distincion tan comprehensibles, su claridad tan faciles, su solidez tan incontrastables, su energia tan persuasibles, y obrando su ingenio tan abanzados á lo virtuoso de las dificultades, que todos los pretendian, como que en ellos llevaban allegorado el Discipulo su Magisterio, el Opositor sus premios, y el Maestro todos sus lauros. Y aunque no delagradara á su ingenio aquella especie de artificiosos discursos parecidos á los que nota el Nacionceno, *parum quid differre à fabulis*, eo que es mas facil encontrar los aplausos, que la verdad: pero su juicio tan valiente, que dominó su rarissimo ingenio, le hizo, que, como si estuviera siempre oyendo lo de el Apostol, *depositum custodi, de vitis aut profanas vocem novitates*, siempre escogiese aquellas sentencias, que son parto no del ingenio, sino es de la doctrina, que es el deposito, de que lo avian hecho no Author, sino Guardia. Las opiniones, que encontraba mas fundadas en la Sagrada Escritura, Concilios, y Padres eran el campo llano, donde su juicio soltaba las riendas á su ingenio, y la ilustraba con tan peregrina novedad, que lograban de todos vna admiracion parecida á la que le hizo exclamar á Tertuliano, *à Christum in novis vestrem*. Porque no se hallaba en sus ingenios las novedades, sino es las antiguas sentencias bien defendidas.

Sus funciones eran las que corresponden á este ingenio, y á estos estudios. El soflogado Magisterio, con que en la Cátedra respondia, era igual á la acrimonia, con que replicaba.

1. Ad Thim. 6.  
20. Fine. Liria.  
mens. 1. 4. 27.

4. In Matt. 21.

No avia estudiada destreza , que bastasse à divertir , ò detener , para que no llegasse à herir la punta de la especie , en que insistia . Y si estas prendas le conciliaron tantos aplausos , que velaron mas en su seguiminto , que lo que el corría por huirlos , no sabré yo dezir quanta veneracion le aumentaba ver , que en las practicas de la Theologia Mystica excedia sin comparacion à las especulaciones de la Escolastica . Su raro ingenio , y doctrina , su rostro palido , y penitente , su conaturalizada Angelica modestia , el retiro dentro de si mismo , como quien buscaba la sombra contra el ardor del argumento , obligaron à muchos à dezir , que en este bendito Padre lograron ver nuestros ojos algo de lo que oiamos de otros siglos , quando en las Cathedras , y Theatros se dexaban ver vn Angel Doctor , y vn Doctor Seraphin . No obstante para acrisolar su paciencia permitió el Señor , que tal vez aviendo llegado su replica hasta apretar mucho vn nudo bien difícil , se le respondia con palabras tan de fuego , que cumplieron muy bien el oficio de crisol . Pero el V. P. como mudo , que no abre su boca , ni tiene en ella redarguciones de aquella especie , insistia en la suya con humilde , pero tan viva eficacia , que cada proposicion era vn torno , que daba otra vuelta al nudo . Vno de los Maestros de el Theatro viendo , que se desataban oprobrios , y no se desataba el nudo , edificado , y compadecido de el paciente , y humilde Jesuita , haziendose primero oir , hizo despues ver , que la sustancia , y modo de aquel argumento pedian solacion de otra sustancia , y de otro modo .

Menos violento se hallaba el V. P. en estas tareas Theologicas , que en la aridez de la Philosophia , y embarazos de Ministro ; pues , aunque no encontraba todo aquel bien ocupado ocio , que buscaba para tratar con Dios : todavia la materia misma de tan Sagrados estudios lo tra tambien de su contemplacion ya por este tiempo bien alta . Ayudabale mucho la leccion continua de Escritura , y Santos Padres , de que estava su entendimiento riquissimo , y no menos tierna , y regalada su voluntad : porque , aunque le era forçoso leer como quien estudia , pero tambien estudiaba como quien contempla : de que nos dexaban sin dada las suspensiones , los extases , los languores , en que frequentemente lo cogiamos , ya al beber en estas puras fuentes , ya al derramar por el cañon de la pluma lo que bebía . Pero como es tan difícil , que no se arruine aun à los religiosos coraçones algo de este pegajoso polvo Escolastico , y aun-

que

que el tenia buen cuidado de sacudirlo ; eran cada dia mas vi-  
vas sus ansias por mas soledad , y mas retiro. Con este espíritu,  
pero no con estas expresiones ( sospechando no seria oydo de los  
Superiores de acá ) escribió á N. M. R. P. General, que por  
Dios lo aliviasse de estas tareas : *porque yo, decia, no soy para ellas,  
y necessita de tiempo para disponerme á una buena muerte.* Nuestro  
Padre instruido ya de su contemplativo espíritu bien percibió  
el alma de aquellas dos cláusulas : y así para dar al V. P. algun  
consuelo, y no quitar de él todo á esta Escuela el Maestro de  
perfeccion, mandó su paternidad , se le aliviasse de la Cathedra  
de Prima, en que ya estava ; pero se quedasse por Prefecto de  
los Estudios Mayores, en que duró hasta acabar su Restorado.  
Mas deseaba, pero no logró poco ; porque sobre el mayor de-  
señbarazo de sus deseos, halló su humildad la oportuna  
ocasion de intentar persuadir á quantos por mas sencillos sospe-  
chaba mas capaces de creerlo ( que eran pocos, y de ellos nin-  
guno de hecho lo creia ) que le avian quitado la Cathedra por  
incapaz para ella. Y previniendo el argumento, que le podian  
hazer, añadia, que los Superiores con su charidad, porque no  
perdiessen del todo la honra lo avian hecho Prefecto, en que era  
menos dificultad de ocultar mas su incapacidad. Qué mas prueba,  
añadia, sino que á tan poco tiempo de Prima me la qui-  
ten ?

Tanto deseo por dexar las Cathedras, para disponerse á  
una buena muerte pudiera tener visos de no tan ajustada vida,  
si la sanidad de el V. P. fuera capaz de ocultarse, ni aun á los  
topos del espíritu. El severissimo rigor de todo genero de austeri-  
dades avia ya llegado en este tiempo á parecer increíble. Aum-  
mentaba quantas humillaciones podia. Era frecuente el salir  
por las calles, ya recogiendo basura en vna bestia, ya limpiando  
en vo cipocon para Carcelas, y Hospitales. Leyó la Materia  
*de voto*, y como los Commaestros conocian su genio humilde,  
y talado le dezian, que era *Maestro de voto* ; y su pronta res-  
puesta era : junto no, dividido tengo el voto de ser Maestro, no  
el ser Maestro de el Voto. Intinuando, que le avian engañado  
los que le dieron el voto para leer, y que aunque tenia desseo de  
cumplir en el empleo de Maestro, no sabia. Despues leyendo  
la *de voto* dezia : aqui si, que es verdaderissima la junta  
Maestro *de voto*. En su observancia no avia mas diferencia,  
que ser cada dia mas fino. Volviendo de Conclusiones con vno  
de nuestros Hermanos Estudiantes, le pidió que lo llevassse  
paso



passo à ver la Custodia con el Señor, que estava en la Cathedral en la Solemnidad del Corpus, que trae tantos forasteros. Pero el Santo Padre le respondió, no tenia licencia. Llegando à Casa le dixo, *Se* aguardele vn poco en la Porteria: despues bolvió el Padre diciendole: Hermano, para pedir licencia he buscado al Padre Rector, y al Padre Ministro: à ninguno he podido hallar: no quiere Dios, que lo vea, vamosos à nuestros aposentos. No se juzgó escusado con la Cathedra de los otros ministerios de nuestro Instituto, y aunque quisiera, no lo dexara vna multitud hambrienta de parvulos, que lo forçaban à partirlas el pan. Su expedicion para todos, y su infatigable zelo por la salud de las Almas le hazian exercitarlos todos, como si cada especie de ellos estuviera sola à su cuydado. Como para los Sermones (en que ya tenia entablado, no avian de ser los de aquel genero de enpeño, cuyo solo auditorio basta para el aplauso) le bastaban pocas horas, y à las vezes, ni aun vna ravo de prevenacion, eran bastantemente muchos los que predicaba. La asistencia al Confessionario, à enfermos, à moribundos, à Carceles, à Hospitales, à consolar affigidos, à resolver casos, à responder à consultas parecia del todo incompatible con el puntual Magisterio, con que llenaba las funciones todas de su Cathedra. Pero su habilidad presta para todo, su enemistad declarada al ocio, sus casi continuas vigillias, y su admirable abstinencia, que le redimia todo el tiempo de las cocciones, se lo daban muy cumplido, y le libraban muchas horas para su amado retiro, en que gozar à solas de su Dios.

Pues con demonstracion sensible de que el ardor de los estudios no es contrario al del amor de Dios; ardia en él con tan dulce violencia, que sin poderlas reprimir, se hazian ver en los prodigiosos efectos, que facien, sus llamaradas, de que daré por prueba algunas chispas, arxando por aora entre cenizas mayores algunas. Vn dia como à las nueve oyó vna de los Nuestrros en el apostento del V. P. tan continuados suspiros, que rezelando algun repentino accidente se entró hasta su retrete, donde lo halló casi en el mismo raydo. Oyó, que algunas mal pronunciadas ternezas eran toda, y sola la interrupcion de los sollozos. Pero observando mas de cerca, que suspiraba no como Aza bija de Calch por conseguir de su Padre el viage para sus tierras sin aguas, sino es como quien se ahoga en aquellas aguas vivas, que saltan hasta la vida eterna: comincado no lo ahogó, y la avenida, de que daba bastantes señas lo inuenció, y extir uado

Indic. 1. 157

de los suspiros, llegóse para socorrerlo : hallólo abrazado de un Crucifixo, su rostro sobre la herida de el Costado, y de aquel Sacro Madero tan estrechamente afido, que pudo leer bien claro: estoy clavado en la Cruz con Christo: no temas mi muerte; vivo estoy; pero ya no yo, sino Christo vive en mí. Finalmente, como quien despierta, bolvió en sí, y se retiró el Sacerdote por no aumentarle el rubor, que vió en su rostro encendido. Despues quando se encontraban, baxaba el V. P. los ojos como avergonçado de aquel deliro. Siempre fue difícil responder á su argumento, y divertirlo imposible. Pero tal vez nuestros Hermanos Estudiantes hallaron modo facil de conseguir ambas cosas. En viendose estrechados con el argumento, buscando oportunidad, introducian al resumir los terminos, *summa bonitas, incomprehensibilis Charitas*; y sin ser menester, que le hablasse su amado, para que el alma se le derritiese, con solo mentarlo, tenían pronta la solucion; porque arrebatado el V. P. á su Summo Bien, y á su incomprehensible Amor, caia enfermo de el, y todo paraba en cicufarse el Padre con sus flacos, y con su debil cabeça, que eran sus ordinarios pretextos.

#### S. IV.

*En Retorado de este Colegio.*

**E**Stoy tan seguro de la rica tela, y preciosa guarnicion para el vestido de su Retorado, que ni le temo al mal corte, ni á la poor costura del Sastre. Bien rara sería, y acaló sin compañía, aquella navegacion tan feliz, que aun logrando el Mar pacifico, y favorables los vientos, no necesitasse á las vezes de firmeza en el Navio, y destreza en el Piloto, ya para huir ocultos escollos, ya para vencer improvísas olas, ó repentinias rafagas. Hazia el V. P. la de las Cathedras con bastante serenidad; porque el Espíritu Santo su Piloto con el apacible viento, que sabe, iba conduciendo con felicidad su fuerte Nave entre las olas, y bancos, que suelen no ser muy raros en las Elicuelas, al puerto de su destino, una heroyca, y contemplativa Santidad. Y quando el V. P. cada dia mas deshecho de verse libre de estos riesgos se juzgaba ya en el puerto de su buena esperanza, donde libre de tales sustos pudiase emplear sus caudales, comerciando unas vezes con Dios en la contemplacion, otras con los proximos en aquellos ministerios mas inmediatos á la eterna salud; se halló repentinamente en el golfo mas amargo, y combatido de los mas contrarios vientos, y furiosas olas, que padeció en

en su vida, aunque fueron tales, y raras. N. M. R. P. General, para que sus ricos talentos se viesse mas generos, y mas preciosos, en que negociar, le mandò governar este Colegio. En proponer por el officio echaron todo el resto su humildad, y su eficacia: pero no *sin oydo*. Aqui si, que no sabré yo dezir à V. Reverencias las amarguras de su humildissimo coraçon. Si solo al considerarse Ministro lo dexò tan sin aliento el espanto de su timidissima conciencia con la imagen de su total ineptitud, que le piatò su humildad con artificio tan prodigioso, que el tocarla con sus mismas manos le servia solo para tener por verdades mas firmes las ilusiones de su perspectiva; ¿què haria al considerarse Rector? Yo Rector? dezia: podranse hallar terminos de mayor contradiccion? Yo zelador de la obervancia, que estoy arado con las maromas de mis pecados? Yo prudente en el gobierno, quando soy vn temerario? Yo Padre de mis Hermanos, quando mi sobervia me querrà hazer Señor? Yo para cumplir en las ocasiones de urbanidad siendo vn juemto? Y desoues de varias contrapositiones muy familiares à la eloquencia de su humildad, respondia: yo Rector de Granada? Se podrá pensar chimera mas ridicula? Lo dezia tan de coraçon, que se dexaba este ver asomandose en lagrimas por los ojos. Al consolarlo algunos Padres con ser esta la voluntad de Dios; tambien, dezia, ay en Dios voluntad permissiva. A la instancia, de que N. Padre lo mandaba, respondia: à N. Padre como veridicos le han dicho verdad; pero como hombres se han engañado, y no le han dicho la *verdad*, que ay en mi de vna total ineptitud. Finalmente vno de sus Commaestros nombre de mucha prudencia, y espíritu, à quien el V. P. a ria conñado toda la direccion del suyo, lo estrechò mostrandole, que el alegar segunda vez su insuficiencia solo serviria de confirmar mas à nuestro Padre en la spritud, en que ya estava su Paternidad impresionada. Y concluyendo ser esta la voluntad de Dios, que debia venerar, y amar, se hizo tomar sobre sus hòbros la cruz de su Rectorado el dia 13. de Abril de 1708. Y aunque ya su perspicaz espíritu avia previsto, quan pesada le avia de ser, quito el Señor fortalecerlo con el escudo de la precioncia, que le diò en vna vision al principio de su empleo, y en carta à su Director la refiere el mismo Padre de esta suerte: Muy frecuentemente me acuerdo, que despues de aver entrado en este officio dixiendo vn dia Misa en la Capilla de la Sacristia mirando à la Imagen de Maria Santissima, que està en aquel

„Tabernáculo al pie de la Cruz de su Hijo, vi, que tenía entre,  
 „las manos una Cruz como de una tercia, ó media vara, y que  
 „era tan negra como un carbón. Causóme novedad, y dudaba,  
 „quien avría puesto entre las manos de la Imagen aquella  
 „Cruz, que nunca avía tenido. Pero volviendo à mirar, ya no  
 „parecía. Se me quedó muy impresa esta Cruz, que vi con los  
 „ojos de el cuerpo. El Señor, que por su Bondad lo hizo en el  
 „amor tan semejante à su Apostol Pedro, y en el zelo al vaso de  
 „eleccion, à quien confió la predicacion de el Evangelio, quiso  
 „tambien, como à ellos, con particular vision prevenirlo para  
 „las tribulaciones, que le aguardaban. En el mismo peso de la  
 „Cruz descubrió la levedad, y en la obscuridad la luz; pues ve-  
 „nia por las manos purísimas de su especial Madre, y Directora;  
 „lo que siempre le sirvió de singular consuelo.

Como estava el V. P. tan persuadido, que al compás de  
 los Cherubines se mueven las ruedas de la Carroza, aunque  
 cortado à la medida de San Athanasio, *vita inerat, ut lingua  
 persuadeat*, para persuadir con su lengua lo que mandaba con su  
 vida, estava bien prevenido de eficacia; todavia juzgó, que  
 aviendo de aparecer *forma salus gregis ex animo*, como dechado  
 de una Comunidad por todos titulos respetable, debia ante to-  
 do aplicarse à ir delante en la observancia. Yo no sabré expli-  
 car la pureza de los nuevos rayos, con que brilló esta hacha, ya  
 antes tan luciente, luego que apareció sobre el Candelero para  
 alumbrar à quantos estabamos en esta casa. Solo sabré dezir à  
 V. Reverencias, que lo assombroso, y en gran parte inimitable  
 de su vida hasta este empleo, pudiera parecer tibieza à vista de  
 los intensísimos fervores, con que agora crecia en si, y nos so-  
 mentaba à todos. Dividian el dia en quatro partes compitiendo  
 cada qual sobre llevarse la mayor, la distribucion comun,  
 la especial de su oficio, los Ministerios, que su zelo añadia, y la  
 que Dios queria para si en la contemplacion. A las funciones  
 de Comunidad tiraba de todos su puntual prevencion à ellas, y  
 nunca halló causa para dispensarle à si, el que sin grande ave-  
 riguacion la hallaba para dispensar à otros. Iba al Refectorio  
 como todos; pero à estar en él como ninguno. Servianos de raro  
 consuelo, y edificacion ver à nuestro Santo Rector frecuentemente  
 arrodillado à besar los pies de sus Subditos, y como su  
 debilidad le ayudaba poco, y sus cilicios le esforzaban mucho,  
 causaba compaña à ternura el trabajo, que le costaba esta funci-  
 on. Sentabafcen el sueño à no comer; porque ya estabamos

todos en la dispensa de su aprobada especial vocacion. Y era un admirable espectáculo verlo muchas vezes, ò arrobado con la loccion de la Mesa, ò herido con algunas de aquellas volantes flechas, que improvisamente solia dispararle el Amor Divino. Tal vez al irle à levantar, se caia; y con su ordinario disimulo se sentaba, como que se le avia olvidado un palillo de viznaga, con que se quedaba limpiando, como si huviera de qué. Y quando no podia ocultar el efecto, se acogia à ocultar la causa: no eran menester, dezia, ni platos, ni tan ruin caboga para ser yo mas que inutil. No solo quando le tocaba por su turno, sino otras muchas vezes, fregaba todos los platos: y ya la experiencia de sus manos quemadas obligò à templarle el agua contra el ardor, con que la podia hirviendo con el pretexto de hazer mas limpio el fregado.

Las obligaciones de su officio en la parte del día, que les tocaba, quedaban plenamente satisfechas. No hubo menester sobreponerse como vestido las entrañas de misericordia; porque nacieron, y crecieron con él: y se dilataban en los espacios de su charidad para abraçarlos à todos en las entrañas de Jesu-Christo. Parecia olvidado de su zelo, segun era su quotidiana instancia la sollicitud de los alivios, y ausencias en ropa, vivienda, comida, y demás conuechos, que caben en la Religiosa observancia. El se embriagaba en aquella bodega de charidad, à quejo introduxo el Rey: y nosotros *exultabimus, & letabimur memores vobiscum inuicem*, nos alegrabamos de ver, que de allí salia como una amante Madre bien proveida de leche, y de suavidad, con que acariciar à sus hijos, que no avian menester dazirlo, *verbera Patris habes, verbera Matris habes*, que, si como Padre los corregia, tambien como Madre los recrealle. Tal vez mortificò à un Hermano, porque juzgò estudiaba fuera de tiempo; pero sabiendo despues no ser así, le pidió perdon con tal agrado, y sentimiento, que hubo menester el Hermano consolarlo. Quiso otro con mas fervor, que prudencia, imitar su inimitable ayuno. Alabòle el Padre Rector su aliento, y advirtiòle de su arrojò: mandòle expressamente comer lo regular; porque en esto de el comer, le dixo, quando Dios no haze la coita, es menester alimento proporcionado al vivir, y à las fuerças para trabajar. En que infundò, que si Dios no la hiziera en el V. P. ni trabajar pudiera, ni aun vivir con lo que comia. Y cierto, que, si su humildad supiera darle à algun partido, pudiera añadirle con el Apòstol: *desico, que no solo tu, sino es todos seais, como yo,*

*exceptis vinculis meis*, menos en los rigores, que ellos son para mi solo, y para vosotros los alivios. Con los enfermos era no solo Madre, sino Medico, enfermero, y criado. Y aunque dentro, y fuera sabian todos, que con nada lo avian de regalar, todavia solia aparecerse algun regalillo para sus enfermos, porque venia para el V. Padre.

Al mismo tiempo lo consumia el zelo de la obsequancia: y como era atentissimo à los apices de perfeccion, ni aun el más leve deshydo contra las reglas se oclukaba à su advertencia. Juzgabase como Superior, reo de culpa grave por la tolerancia en los Subditos de defectos aunque leves: y como estos son tan compañeros de la fragilidad humana en los muchos, y menudos puntos, que contienen nuestras Reglas, era su affligido coraçon un campo de batalla, en que con furia, y estrago se embestian de vna parte su natural amor, que siendo por si suavissimo, enternecido mas en las entrañas de la misericordia de aquel, que en ellas nos visitó desde lo alto, parecia amor sin termino, y sin modo. De otra parte los remores de su delicadissima conciencia, que lo queria hazer reo de humanas condescendencias hijas de la prudencia de la carne, eran agudos estímulos, que vivamente lo herian, para que corriese al remedio. Esta interior turbacion salia tambien à su semblante, y como lo indecillo de la victoria lo traia triste, y pensativo, hazia, que à las vezes, no siendolo, pareciese mas severo, que suave. Començaba la correccion por el aviso, passaba al consejo; aadia la reprehension, avivabala con acrimonia, que abochornasse, y si finalmente era necesario llegar al castigo, aunque fuese corto, se ponía à imitació del Señor *opertus quasi pallio zeli*, todo cubierto de zelo como vna capa, que escondia toda la suavidad de su coraçon. Pero como era capa por defuera, facilmente se la quitaba para cubrir defectos leves la charidad, que sabe cubrir multitud de pecados. Este interior combate de su blandura, y su zelo fue el mayor peso, y obscuridad, que le significó el Señor en aquella Cruz negra. Fluctuaba entre los terminos de severidad, y blandura deslicando enconrar aquel punto del medio, en que consiste el de gobernar. En el tribunal de su conciencia, siempre mas que severo contra si, lo acusaba su humildad, ya de hombre prudente de este mundo, que por agradar à los hombres no es siervo de Jesu Christo, ya de indiscreto zeloso *non ferundam scientiam*: y como esta humildad llegó à cobrar tanta eficacia, que efectivamente le persuadia quanto contra él intentaba,

ba, intentandolo todo, le hazia de hecho crecer ambos estremos, q̄, como dos fieros aspides, le despedazaba el coraçõ. Permittia el Señor este engaño de su humildad por prueba de su paciencia. Pero la realidad era, que todos adoraban su zelo, como hijo de sola su Santidad: y todos respetaban su blandura como tan subordinada à su zelo. Para promover la observancia se valia este como de poderosos medios de las pláticas, y conferencias espirituales, que alternadas entre si nos hazia cada quinze dias segun nuestro estilo. Aqui con vna fuerza de espíritu tal, que excedia mucho, y no era poco, à lo ingenioso de sus discursos, y especioso de sus reparos, nos imprimia vnos dictámenes de altissima perfeccion con vnas palabras à manera de las de Dios tan vehementemete encendidas, que era conseq̄encia amarlos. Con su santa vida, y este amoroso, pero eficaz zelo mereció ver su Colegio bien coluado en lo espiritual, y temporal de muy especiales bendiciones de el Señor en vn extraordinario exercicio de virtudes, y considerable aumento en sus caudales, despues de proveida su Comunidad, è individuos con abundancia, que parecia prodiga, y no era, sino que su generoso coraçõ le hazia llegar hasta el confin de la religiosa liberalidad: sin faltarle para muchas obras materiales, que hizo de mucha importancia, y gasto. Si bien otras mas magnificas, de que fue Operario, me llaman ya la atencion.

Pues como si no tuviéramos oficio, assi se afanaba en los Ministerios. Retirado del Confessorio de Mugeres, dexando algunas pocas por mas necesitadas, se vino al de hombres al patio, en que quanto aumentò la fatiga, tanto facilitò el estar mas à la vista de su rebaño. Enfermos, Moribundos, Carceles, y Plazas, todos cobraban largas cantidades de su zelo; porque de todos se tenia por dendor. Mas de vn año, siendo Rector, predicò todos los Domingos en el Sagrario de la Cathedral, y algunos Jubilos del mes en Casa: y tal vez dos Sermones en vna misma tarde. Como su predicacion era tan vehemente, que si otro abriendo su boca atraia el espíritu, el V. P. parecia, que al abrir la suya lo exhalaba todo; le intò el Padre Ministro, para que tomasse algun alimento, pues se le avia pasado el dia con solo vn bien corto desayuno, la mañana toda en el Confessorio, y la tarde en dos Sermones. A que respondió: yo, Padre, me siento con tanto vigor, que pudiera predicar otros dos. Quando Dios di fuerzas, no es menester mendigar las de el alimento. Si yo estuviera necesitado, buen cuydado tuviere

yo de mi. Por aliviarlo algo le mandaron los Superiores dexar los del Sagrario: pero como no le mandaron dexar los de Casa, los continuó. Y para suplir aquellos se valió de vna humilísimá invencion, que, aunque tan repetida del Padre, siempre lo hazia admirable expectaculo. Señalaba vn H. Estudiante para platicar en las Plazas: iba el V. Rector con él, hazíale subir á vn poyo, y el Padre con vna campanilla iba por la Plaza juntandole el Auditorio: como era tan conocido de todos, venian muy gustosos á oír á vn Santo eloqueatísimó. Pero aunque no oían, veían vn Sermon fuyo de los mas persuasivos; porque poniéndole á los pies del Hermano, y haziendo silencio al modo que el Señor San Pedro con la mano, el V. P. con los ojos clavados en el suelo, perseveraba inmutable, hasta que acabando se venían, dexandolos á todos pasmados. Hazíale á el hermano irse á su Apostento, y el V. Rector como su compañero lo iba á servir en lo que necesitaba. Vno de sus mayores Sacrificios eran las visitas: tan muchas, como inescusables por su empleo, ya para negocios de el Colegio, ya por debida urbanidad, en que era puntualísimó: y sin poder contenerse, se le oía á el hazerlas ofrecer á Dios aquella su gran repugnancia.

Dilatáronse los espacios de su charidad á mas que los Ministerios, aunque tantos, del espíritu. Como á todas sus heroicas virtudes descubria el Señor espaciosos campos, se lo ofreció bien proporcionado á su liberalidad, prenda no inferior á alguna de las singulares del V. P. Tito, que exclamaba, *o amici, dico perdidí*, quando su imperial erario no se derramaba en dones, bien pudo excederle en lo magnífico de ellos; pero no lo igualó en la benéfica generosidad del animo. El año de 9. castigó Dios, ó exerció á las Andaluzias con aquella hambre, cuyos estragos superiores al olvido no necesitan de recuerdo, que renueva mas el dolor. Començó el trigo á 60. reales, y subió hasta 90. y 100. la hanega. Mandó el compasivo, y liberal Rector á su Ministro, á sus Procuradores, á sus Porteros, y á los que tenia en las Heredades del campo, que ningún pobre se fuesse de nuestras puertas sin socorro bastante á su necesidad. Facil es de percibir, quan presto correria la noticia de este orden entre los pobres, y quan presto correrian estos, y quantos serian en Ciudad tan populosa, á imitar por la execucion del orden. Añadiáanse familias honradas, y Comunidades pobres, á quienes se llevaba á cargas el pan. Contaronse por millares los ducados, que en solo pan, y no en solo el vívere el hombre, se gastaron para socor-



ret hambrientos; pero nunca satisfecha su liberalidad siempre hambrienta de mayores socorros.

Su asistencia en todo con su Comunidad, su zelo de Prelado para proveerlo todo, sus ministerios, que bastaran à ocupar muchos capaces sugetos, las particulares consultas, que las hizo continuar la fama de su santidad, y doctrina, el Santo Oficio, que como à su Calificador plenamente le confiaba las mas arduas: globo es de empeños, à que pudiera condenar por ladrón del tiempo su fatigado espíritu, si no le huviera dado el Señor vna como llave maestra para entrar se, quando queria, al gabinete de la contemplacion: y aun quando mas ocupado se lo solia llevar el Señor mismo. En las funciones mismas de Comunidad eran frequentes sus raptos, languores, y deliquios: en ellos lo soliamos coger por los quartos: con ellos nos imprimia mas las plasticas, y puntos de meditacion, que nos daba: en su aposento le obligaban muchas vezes à interrumpir el despacho. El Padre, que era su Ministro, asegura, que casi siempre, que lo hallaba solo, lo hallaba con Dios. Luego echaba mano su humildad de sus flatos, y su ruin cabeza: y para hazer le mas verisimil tomaba alguna cosilla calera, que huviesse oydo ser contra los flatos, ò para confortar la cabeza. Quando avia de platicar à la Comunidad, ya se sabia, que la mayor parte de su estudio era con Dios. Avia de platicarnos vna vispera de la Purificacion, y poco antes del medio dia llegó con priessa vn Padre à su aposento, hallando entre abietta la puerta llamò al Padre Rector; entrò insustiendo en llamarlo, hasta que salió de su retrete, como Moyses del monte, despidiendo rayos de fuego por su rostro, y dexandose caer sobre vna silla dixo con voz vehemente, *son indecibles los favores de Maria Santissima*. No entendió el Padre, si hablaba de los favores, que esta Señora recibió de Dios, ò de los que el V. P. recibia de la Señora. Pero en ambos sentidos es decible la proposicion. El Padre compungido se volvió ò con Dios à su aposento, y el extatico Rector con su Madre al monte.

Como regularmente entre dia no eran posibles mas que estos traguitos, como de quien prueba, y su corazón saboreado ansiaba por saciarse de aquellas delicias, que lo dexaban mas hambriento, suspiraba porque llegasse la noche. En quatro vigiliass la dividian las amarguras de su conciencia con raros generos de martyrio atormentada: los azores, que no encontrando ya carnes le herian los huesos: las ternuras de los estrechos

34  
abrazos con su Dios: y el sueño, que à fuerza de violentas pen-  
sias sacaba algun breve espacio, y aun esse no raras vezes se lo  
quitaba la vigilancia de Pastor dando alguna vuelta al aprisco  
para allegurar mas su ganado. Nos parecia estar viendo en él lo  
que desí afirmaba David: *In die tribulationis mea Deum exquisivi  
manibus meis nescire contra eam.* Como los temores de su Alma, ya  
de demasiada blandura en condescendencias, ya de nimias seve-  
ridades en el zelo, le formaron de su Rectorado vn infufrible  
dia de tribulacion por creer, que avia perdido à su Amado, se le  
exhalaba el Alma en suspiros como de viuda tortolilla, que llo-  
ra su soledad. Y buscandolo con indecibles ansias, para gemir  
con mas libertad à voces, hecho como Pelicano del desierto, y  
solitario por los desvanes de la casa se escondia para pagar à su  
oficio en crueles golpes las deudas, de que su humildad lo juz-  
gaba acreedor. Allí despues de aver vuelto sus manos contra si  
mismo, por ver, si compadecido se desaba hallar, las volvia  
tambien confiadamente contra el Señor en amorosas queexas: à  
*facie ira indignationis tuae; quia elevans aliiisti me,* de la severidad,  
con que lo avia tratado. Para que, Señor, le dezia, me elevaste  
sobre mis Hermanos, sabiendo que yo como tan miserable avia  
de caer de lo alto, y estrellarme en la dureza de mi temerario  
zelo, ó ahogarme en la demasiada blandura de la prudencia de  
la carne?

Si no lo hallò la que estandose en su lecho lo buscaba, el  
.V.P. que lo buscaba de otra suerte, con suerte mas feliz lo halla-  
ba: *Es non sum deceptus.* Toda esta tormenta paraba por lo co-  
mun en la dulcissima serenidad de su vnitivo amor, que estre-  
chandolo con su Amado le hazia gustar con soslegada suavidad  
de aquel torrente de deleytes, y dulçuras, que tiene el Señor pa-  
ralos que le aman. Y si algunas noches las gastaba enteras en  
buscarlo, otras se le iban enteras en gozarlo. Mirando al Cielo  
sentia su Alma vn regalo interior tan grande, que sin poderlo  
contener se salia al rostro, alegrandose tambien la carne: por  
esto para respirar en sus congoxas le era frequente levantar los  
ojos al Cielo, como para mostrarles el camino ya à los suspiros,  
ya à las ansias, que embiaba por mensageros de su amor. Vnas  
vezes se quedaba absorto en aquel afecto de nuestro Padre San  
Ignacio, *heu quam serdes terra, cum caelum aspicio!* y volviendose à  
mirar la tierra, con el gesto mismo del semblante explicaba el  
horror, que le causaba su fealdad. Otras admirado de lo mag-  
nifico, y primoroso de aquel Palacio exclamaba con Baruch,

15.

*Israel, quam magna est domus Dei!* Otras subiendose sobre el Cielo gritaba con David para ser oydo, *ad te levavi oculos meos, qui habitas in caelis*: la tierra me causa bafcas: mis ansias no se facian con los Cielos: à ti, Señor, y Amado de mi alma, à ti, que habitas en ellos, se me vãn los ojos, y tras ellos se le iba el coraçon. Con este espirito se affomò à la ventana de su aposento vna noche en tiempo de examen de conciencia, quando ya tenia recogidas las llaves, y dadas las demàs providencias: arrebatado de alguno de estos sus ordinarios afectos se quedò extatico hasta la madrugada, en que hallandolo con calentura, y tan debil, que le fue necesario rendirle, vino el Medico, y aunque le pareciò constipacion; pero como las causas, y efectos de sus accidentes eran de ordinario muy sobre las reglas Medicas, sospechando algo estrechò al V. P. la conciencia, para que dixesse la causa por no errar la cura. A que respondiò, como ando cansadillo, y todo en mi es brutalidad, me affomè la noche à aquella ventana, y como vn jumento me quedè allí hasta esta madrugada, que me hallè así. Sabiamos todos, que ni en cama de plumas pudiera dormir, ni aun la mirad de aquel tiempo: y así nos fue facil el entender, de què jumento hablaba, y de què sueño, que pudo cogerlo en pie por tantas horas. Conocido el origen de su debilidad, y calentura, fue facil la curacion. No quierzo por aora con otros semejantes sueños de su Rectorado despertar mas nuestra admiracion: descante, si pudiere, vn poco hasta despues.

## S. V.

**E**ntre estas intolerables fatigas de su gobierno, que le hazian dezir con el Profeta, que su coraçon estava conturbado, y que padecia angustias de muerte, y entre sus continuos clamores, con que pedia alas como de paloma para huir de las ocupaciones de superior, y volar al retiro de su descanso, se llegó finalmente el dia 3. de Mayo de 1711. dia faustissimo de su desposorio, y de la alegria de su coraçon. No fue mas festivo para el cruel Pharaon aquel, en que con vn regio, pero sangriento, combite celebrò sus mal empleados años: ni para Salomon aquel, en que se dexò ver por Jerusalem coronado por su Madre en la carroza de esposo: ni para David aquel, en que trocando por la libertad los grillos, con que le amenazaba Absalon, y por las quietudes de la soledad los tumultos de Jerusalem, se huyò finalmente al desierto de Jericho; que lo fue para el V. P.

*su vida de Obediente*  
RATIO.

este, en que trocando el paso de Superior por la deseada solitud de Operario dixo con bastante propiedad, *ecce elongavi fugiens, & mansi in solitudine*. Iba dando á todos la noticia, y pidiendo los parabienes para sí, y dándolos á todos, de que ya salían de vn Prefecto, que bastantemente los ha molido, dezía, y de vn Rector tan tibio, tan imprudente, y tan pesado. Se dexò tanto de Cathedras, y Gobierno, que parecia no aver jamás saludado aquellas, segun mostraba del conocerlas, ni manejado este, segun se abitrajo de todo, consiguiendo sus humildes instancias, que ni aun Consultor lo hiziesen. Y todo fue verdaderamente huyendo; pues no con mas desatino se acoge el chucuelo á los brazos de su Madre, quando huye de quien lo espanta, que se acogió el V.P. á los de su Amado Señor, sobre cogido de los horrorosos temores, con que lo tenia espantado su conciencia en el formidable empleo de Superior. Fuelle á la soledad diziendo con veras, *& mansi in solitudine*; pues advirtiendo el nuevo Rector lo oportuno, que sería para los designios del V.P. le señaló despues vn aposento tan distante de todo comercio aun de los Nuestrros, como cercano á vna Tribuna, y sola la distancia de tres passos dividia las puertas. En él logró la inmediacion, que deseaba, al Señor Sacramentado, cuya sola memoria le llevaba toda el Alma, y allí frequentísimamente extatico cobraba en tiernas delicias las amarguras passadas. En el grande Arsenio rezeloso de la muerte, que le machinaba Arcadio, no hizo mas viva impresion para huirle á los desertos de Egipto aquella voz, *fuge tumultus, & saluam asequeris*, que en el V.P. la que lo llamaba á la soledad del corazón. Sabia bien, que si á esta los comercios Apostolicos sirven de segundas aguas, que la hazen deliciosa, y de suaves fragancias, que haziendola como Jardin del Señor, la hazen tambien mas apetecible para el descanso; pero los ratos inuiles con las criaturas son como cierzos, que la esterilizan, y espinas, que la hazen horrorosa con las malezas. Por esto entabló en su aposento vn comercio tan retirado, y vn retiro tan franco á los Ministérios, que le llamaban comunmente el Jesuita Anachorera; porque supo poner en medio del trafago, y delicias de la Ciudad la quietud, y rigores de las Thebaydas. Como Anachoreta hizo, que cortiesse entre todos, aun sus mas parientes, y amigos aquella salutacion, con que recibió Arsenio á dos Personages, que lo visitaban; *Né uelitis amplius eò venire, ubi esse Arsenium audieritis. Ol no me repliquatis*, les dezía este grande Anachoreta; *quia non pos-*

Metaph. dis  
37. July.

*sum me dividere Deo, & hominibus.* Pero el V.P. debió, y supo dividirse sin separarse. Y así como Jesuita les dezia, que era deudor à todos, y que por su parte estaba pronto à evangelizar, y nada mas. Con tal constancia entrabló este su Apostolico desierto, que ya sabiamos todos dentro, y fuera, que nadie lo avia de buscar para negocios temporales; porque estaba tan negado à ellos, como pronto para los ministerios de predicar, confesar, ayudar à bien morir, alentar à la virtud, desatar dudas de conciencia, y quanto fuesse evangelizar. No sabré como empezar la vida activa, y contemplativa, que hizo en este afanado ocio de su solitaria Compañia. Con tanta intimidad estrechó à Maria, y Martha, que pudieran tenerse por vna. Parecia vn San Pablo ya Seraphin extatico en el Cielo aprendiendo lo que no es licito al hombre hablar, ya Clarin Apostolico en el Pulpito empeñado en persuadirlo al Pueblo; ya rebosando aquellas dulçuras, que no caben en el coraçon humano, y ya sudando mas que todos en los afanes de sus ministeros.

Y para singularizar algo, si lo miramos como contemplativo Anachoreta, sus austeridades passaron mas allà de la admiracion: sus cilicios vnos le agoviaban el cuerpo, otros le estorbaban el passo: el efecto de aquellos atribuia à vejez, el de estos à reumatismo, que ya lo molestaba. Sus disciplinas lo desangraban. Su comida llegó à ser casi ninguna, y esta no ya inulsa, sino es tan alquerosa, que hazia apetecible el ayuno. Su corto sueño era ya aquel, en que con mas silencio tiene el coraçon sus vigiliias. Las avenidas de suavidades en la contemplacion solo se interrumpian con aquellas batallas de afuera, que le daban los Demonios, y aquellos temores de adentro, que combatian su conciencia. En lo demás eran tan caudalosas, que inundaban los ministerios mismos. Muchas vezes predicando era arrebatado ya en aquellas ternuras tan violentas, que no se dexaban reprimir: ya en raptos tan inflamado el rostro, que parecia subirse al Cielo en la Carroza de Elias: ya en languores, y deliquios tan profundos, que pudiera juzgarse aversele repeatadamente arrancado el coraçon. Otras vezes absolviendo à los Penitentes llegando al acto de contricion en aquellas sus proprias palabras, *porque te amo, porque te amo, Bondad incomprehensible, Caridad infinita,* se lo llevaba el Amor, y quando volvia despues de vn quarto, ó media hora, avia necesidad informarle del estado de la confesion: hallaba à su Penitente tan pasmado, como compungido, y mejor preparado para ser absuelto.

Si lo miramos como Jesuita, su observancia llegó á los mas sutiles primores de la perfeccion: y sus ministerios á una eficacia propriamente celestial. En las funciones de Comunidad con su prontitud nos llamaba, y con su devocion nos enternecia á todos. En estos vltimos años le apretò el reumatismo en piernas, y pies tanto, que ni andar podia, ni arrodillarse. Eran tan agudos los dolores, que repetidas vezes en el mismo sufrir se delmayò su raro valor: y á los Medicos parecia extraño, no sucediese mas vezes, atendida la debilidad del Padre, lo acre del humor, y lo delicado de la parte, lo mas sensitivo de las articulaciones. No obstante para nada admitia dispensa, ni ayuda. Era vn espectáculo verdaderamente agradable á Dios, tierno á los Angeles, admirable, y compasivo á los hombres verlo en las funciones de Comunidad, quando no podia arrodillarse con los demas, retirarse al vltimo rincón con el espiritu de aquel, que estando en pie desde lexos, y sin atreverse á alzar los ojos hiriendo su pecho dezia: *Propitius esto mihi peccatori*, como no rara vez se le oyò. Tal vez acabandose de rendir las pocas fuerças á las violencias del dolor, trocando el modo del martyrio, se dexaba caer al suelo buscando á aquel Señor, á quien con ternura dezia: *Querens me sedisti lassus*. De esta suerte arrastrando varria su apoliento, aseaba sus traquillos rodos, iba con vn candil á la despensa por azeyte, ganando al andar tan mucho Cielo, como poca tierra; pues el pie izquierdo lo adelaraba bien poco, y con el derecho no podia mas, que igualar al otro. Muchas vezes era tan aguda la punçada del humor, que le hazia dar vn quexido tan penerrante, como extraño á su constantissimo sufrimiento. Y si lo oia alguno, solia sonriyendose dezirle, qué hemos de hazer? Miseria mia, poco mal, y bien quexado. Era puntualissimo en aquellas religiosas visitas, con que la charidad corteja á los huéspedes, consuela á los enfermos; y se complace en las especiales funciones de sus Hermanos: en ellas ya tenia la pacifica posesion del vltimo lugar. Reparòse mucho la pronta noticia, que allá en su rincón tenia, de quien venia huésped, quien caia enfermo, y quien tenia función, en vn Colegio tan dilatado, y de tantos sugetos, á quienes suelen ocultarse por mucho tiempo estas cosas. Quien se las dixesse, nunca se averiguò: y siempre pareció mysteriosa tan puntual noticia, en quien tan abstraído vivia.

No obstante esta vehemencia de dolores, era del todo indispensable la Missa, y gastando en ella lo menos casi una hora.

y à vezes dos, y con la violencia, que al humor añadia à tiempos la destemplança de los frios, difícil seria encontrar dolor semejante al suyo. Pero se templaba con las delicias de su sacrificado Corderico, que así lo llamaba. Quando le fue de el todo imposible el dezirle, que exandose con humilde resignacion dezia, *hostiam, & oblationem nobisisti*, aunque tan de tu agrado, por no ver la indignidad, con que yo la ofrecia. Pero indefectiblemente todos los dias baxaba hecho vn varon de dolores à oír Missas, y comulgar: y porque sospechò, embarazaba en la puerta de la Sacriffia, se salió à vn lado del Presbyterio con vn banquillo sin respaldar: y aunque era à las madrugadas, venian muchas Personas de piedad, y distincion por venerar aquel retrato de los dolores, de la penitencia, de la modestia, y de la devocion. Llegaba à comulgar cayendose en pie, con vn extraño temblor mas hijo de la reverencia, que de la debilidad, trocada en llamas la palidez de su venerable rostro, bañados en lagrimas los ojos, inclinado el cuerpo, como quica queria meter en el abysino de la humildad toda el Alma, hiriendose el pecho con el visible impulso de todo su fervor, y pronunciando aquellas palabras, *Domine non sum dignus*, con todo su espiritu, y el de ellas, y como si con los ojos corporales viera la gloria de aquella incomprehenfible Magistad, que habita luzes inaccesibles, se llegaba à tomar la sagrada Forma de la mano temerosa del Sacerdote, que avia menester espacio para repararse del temblor, que le infundia el ternissimo respeto de aquel sinuacro de devocion, y santidad, en que muchos podemos hablar de experiencia.

La piedad de algunos robò sin pensarlo à los otros este raro objeto de edificacion. Las diligencias siempre sin efecto por retratarlo avian sido iguales à los grandes deseos de muchos. Ahora pareció, que el mucho tiempo, que el V.P. se estaba en su banquillo fijos los ojos en el suelo, ò en el Tabernaculo, daria oportunidad para la copia. Y porque su perspicacia ya en esta parte hostigada no lo atormentasse con alguna nueva sospecha, se discurrió, viniessen unas sobrinas del V.P. y de buena habilidad, para sacar el retrato: las quales puestas en el sitio donde suelen ponerse otras, tapadas con su manto, debaxo de él comenzaron à formar en barro vn modelo con tal disimulo, que ni aun las que estaban allí cerca lo advirtieron, y con intento de volver varios dias hasta darle su perfeccion. Pero aunque el V.P. à nadie miraba, y aunque mirasse, no pudiera conocerlas,

y aunque las conociese, no debiera estrañarlas por ser frequen-  
tes en nuestra Iglesia: no obstante, el successo fue, que desde  
aquel dia nunca mas volvió à salir al Presbyterio: se quedaba  
en un lado de la puerta, donde ni avia luz, ni era posible verlo  
desde fuera. Así les frustró el designio, y à todos la esperança  
de esse consuelo.

Ya oygo à la comun compasion preguntar, donde estava  
la charidad, y prudencia de los Superiores; pues como si su for-  
taleza fuera de piedra, ò su carne de bronce, así lo permitian  
andar sin poder moverse con tan insufribles dolores, à que aun  
la piedra, y el bronce se rindieran. Pregunta, que pudiera es-  
tenderse à la permission de sus extremos ayunos, y demás rigo-  
res. No espero dar respuesta, que satisfaga, sino es, ò à los que  
vimos, y tocamos la humildissima eficacia de sus razones, y sup-  
licas; ò à los que sin verla, perciben el alma de aquella senten-  
cia del Señor, *Spiritus ubi vult spirat*. No manda nuestro Institu-  
to estas vltimas severidades, que en la ordinaria providencia  
deben presumirse incompatibles con los arduos ministerios del  
bien de las Almas, à que para mayor gloria de Dios destina à  
sus hijos. Pero caben muy bien en la prodigiosa capacidad, y  
alteza de esse Instituto, que si no se reconoce obligado à criarlas  
como à hijas, tampoco à repelerlas como estrañas. Quantos  
Superiores tuvo el V. P. todos se empeñaron por su oficio en  
moderarle sus rigores; porque no sirviesen de estorbo à las em-  
presas mas altas en la conversion, y en los progressos de tantas  
almas, que con sus fervorosissimos ministerios los lograban vili-  
bles en la virtud, y la perfeccion Christiana.

No obstante todos desistieron de su empeño convencidos à  
que para este caso se dictó aquel prudente dictamen, à cuya ca-  
nonizacion conspiraron los Santos Padres: *His, qui moventur per  
insinatum Divinum, non expedit consiliari secundum rationem huma-  
nam*, pues al oir sus humildes suplicas, que se hazian mas irrefri-  
biles por los motivos, con que reducía sus rigores à cierto gra-  
do de necesidad, que se comprobó con extraordinarios lucel-  
sos, no les quedaba duda à los Superiores, que era especial ins-  
tincto del Espiritu Santo, que inspira donde, quando, y como  
quiere. Y hablando de la presente materia de sus dolores, estava  
el V. P. persuadido à que el Señor oyó finalmente lo que por  
muchos años, y con vivas ansias le avia pedido, que lo hiciesse  
participede su santissima Pasion. Sufrió sus dolores, hasta que  
el Superior le obligó à la cura, que aunque muy estudiada, y  
pro-

*Christ. 7. Mor.*



prolixa, fue sin efecto, como ya el V.P. lo avia infinuado con alguna accion, ò media palabra, que le sacò à su recato alguna improvisa oportunidad, que ocurría. Apretandole el Superior, para que se estuviere en la cama, ò à lo menos en su aposento, pues parecia temeridad querer seguir à los otros, respondia, Padre, ya hemos hecho aun mas que lo que se debe por sanar: Dios no quiere dar acierto: quiere pues, que yo padezca esto poquillo, ya que no hago nada. Este no es mal de muerte, añadia, y para mi es mucho mas tolerable algun dolor al andar, que estar en la cama, ò en el aposento. Las entrañables veras, con que lo dezía, y rendimiento, con que suplicaba por la Pasion de Jesu Christo, que lo dexasen, obligaba à dexarlo en aquella cruz, en que lo enclavaba el Señor, y no ponerle otra, que se la hazia sin comparacion mas pesada su humildad; porque era visible à todos serle vn tormento insufrible verse obligado à ser servido de otros, ò imaginar, que les daba algun trabajo. Para sufrir esto no le dexò paciencia su humildisimo espíritu.

De sus ministerios, especialmente antes que lo postrasse del todo la enfermedad, nada quisiera dezir; porque todo será mucho menos, q̄ lo que fue. Si entre las faenas de las Cathedras llenandolas cò tanto colmo, si entre los diversos cuydados de Superior entregados à su zelo fuerò sus ministerios tantos, y tã maravillosos, què seria aora, que se miraba deudor à solos ellos? Y si lo buscaban tantos, aun quando lo suponian legitimamente ocupado en Cathedras, y Gobierno, què seria aora, quando todos se tenian por justos acreedores à todos sus talentos, y espíritu? Y mas con la experiencia cada dia mas acreditada de que en el V.P. hallaban prudente resolucion en sus dudas, acertado consejo para sus resoluciones, consuelo en sus fatigas, seguridad en sus temores, salud en sus enfermedades, el pecador alientos para romper sus cadenas, el justo constancia para adelantar sus virtudes, el santo nuevas luzes para ver, y brios para subir à mayor perfeccion. Bien distante de quien pondera asseguro à V. Reverencias, que tenia en el Padre Padial su verdad bien cumplida lo que de los Apostoles dixo San Marcos: *Et convenienter turbata, ut non possent neque panem manducare.* Y aun siendo tan raras las vezes, y tan poco el pan, que tomaba, ni aun para esso le dexaban tiempo. Si yo pudiera aqui sacar la suma liquiera de sus Sermones, exortaciones, confesiones, consultas, enfermos, y moribundos, à que asistió; estoy cierto, que al ver

tal número junto avia de parecer inverisimil aun à los mismos, que lo vieron, aunque no se hiziese reflexion al modo serio, espacioso, y devoto, con que lo hazia. Y porque los de fuera no se llevassen todo, sacaban los Nuestrros buena parte, y mayor los enfermos, que todos lograbán el consuelo de recibir de su mano los Santos Sacramentos: y à todos quantos murieron asistió alentandolos, y enterneciendo à quantos lo oían. Algunos ratos se iba à otros negocios; pero sin fustio del moribundo, que antes se asseguraba de aquel tiempo mas de vida, mientras volvía el V. P. porque ya era observacion comun en toda la Ciudad, que moribundo, à quien començó à asistir, aunque varias vezes lo dexasse, nunca murió sin tenerlo à su cabeçera. Piadosa persuasion bien comprobada con muchos, y raros successos. Vno de ellos fue en vna de las casas de la primera distincion de esta Ciudad. Cayò enferma la Señora, y agravandose llamaron al Padre Padiál: quien aviendola consolado se despidió. Pero con la devota confianza, que à todos hazia creer tenían prendas de su eterna felicidad en la presencia del V. P. en aquella hora, le instaron, que se quedasse. A que respondió: forçoso me es entrar esta noche en exercicios. Pues, Padre, replicaron, segun la enfermedad corre, en pocas horas llegará à su vltimo termino, y el de los exercicios son ocho dias. No es razon muera esta Señora con esse desconsuelo. Confio en Dios, respondió el Padre, que no harè falta en los ocho dias, y se cumplirá à la Señora enferma su deseo. El siguiente à los ocho se agravò tanto, que volvieron con priesa à llamar al Padre, à quien encontraron en el camino, que ya iba à cumplir su promessa, y asistió à la Señora hasta morir. A otra con enfermedad igualmente peligrosa, que dilatada, visitaba algunas vezes el V. P. para confortarla en su largo padecer. Vna tarde ya cerca de la noche se entrò diziendo: esta noche me tendrá osted por su huesped. Agradaciòlo la Señora, y aunque no avia en la casa temor de cercana muerte, los asaltò à todos con las palabras de el V. P. y de hecho aquella noche entregò el Alma à su Criador.

El illustriſſimo Señor D. Rodrigo Marin, y Rubio, Obispo de Jaen, promoviendo aquel su vigilante zelo, que tanto lo empeña en cuydar de su rebaño, dandole por si mismo, y buscandole por quantos medios puede, ya Mattines de ley, que se lo defiendan, ya suenos prados, en que engorde, y se recree; ordenò, que el V. P. fuesse à hazer mision à Jaen, y la hizo tan

fervorosa, que, como su Ilustrísima en carta suya assevera,  
 fue copiosísimo el fruto, que hizo con doctrina, y exemplo, y  
 costó mucha dificultad el que tomasse diariamente el alimento  
 preciso. Algunos años despues viviendo yo en aquella Capital  
 encontré todavia no chispas, sino aguas, y no convertidas en  
 yelos como aquellas del tiempo de Nehemias, sino estan vivas,  
 que sin consentir cenizas, que las amortiguallen, à qualquier li-  
 gero soplo echaban llamas. Hallè muy frescos los sentimientos  
 Christianos, que imprimió en sus oyentes: repetian estos  
 con notable admiracion aquellos lugares de la Sagrada Escri-  
 tura, en que hizo mas fuerça como aquel, *hodie si vocem eius audie-  
 ritis, &c.* y singularmente aquel Sermon, en que por despedida  
 les dexò en prendas de su amor, y zelo los motivos para la per-  
 severancia. Conspiraron à tan Christianas impresiones la per-  
 suasion de su eloquencia, la fuerça de su espíritu, lo preocupa-  
 dos que todos estavan de su santidad, y el aspecto de hombre  
 penitente, contemplativo, y Apottolico; pues sobre su exem-  
 plar vida lo veian frequentemente arrebatarse en el Confesio-  
 nario, y Pulpito, como lo vió el dicho Ilustrísimo Señor en la  
 Parrochial del Señor San Ildefonso. En esta ocasion logró ver,  
 y adorar el Divino Rostro del Salvador, prenda de tanta gloria  
 para aquella Santa Iglesia tan ennoblecida por ella en todo el  
 orbe Christiano. Luego que corridos los velos de aquel Sancta  
 Sanctorum se dexò ver aquella hermosísima fealdad, y obscu-  
 recido resplandor de la gloria, clavando sus ojos en aquel amo-  
 roso, y amabilísimo horror, leyó en caracteres distintos  
 lo que estava escrito, *nole ha quedado faccion, ni bellez a el mas her-  
 moso de las hombres.* Al instante la vista de el que no tenia aspecto  
 le arrebatò toda el Alma, y fue preciso sostenerlo, hasta que  
 algo recobrado acercandose pudo adorar con ternura de quien  
 siente, y con atencion de quien ama observar aquella milagrosa  
 Efigie. Despues preguntado acá, què le avia parecido, se ex-  
 „ plicò assi: Yo, Padres, antes que viese aquel Divino Rostro  
 „ padecia las dudas, y temores, que naturalmente se tienen de si  
 „ seria, ò no, aquel el Rostro mismo, que dexò estampado en el  
 „ lienço de aquella piadosa muger el Redemptor del mundo al  
 „ tiempo de su sagrada Passion. Pero luego que lo vi, se me  
 „ acabaron todas las dudas, y temores. Porque aquellos her-  
 „ mosísimos ojos, aquella magestad de aquel Divino Rostro,  
 „ que al mismo tiempo infunde notable ternura, summo respe-  
 „ to, y afecto tan singular, que se lleva el coraçon, no dexan  
 „ rrazon de dudar. Y assi yo he quedado sin duda de que aquel

„tanto, y venerabilísimo Rostro es el mismo, que estampò Jeshu  
 „Christo nuestro Salvador. Lleno de esta seguridad repartia  
 acà las Veronicas, que le dieron, encargando con notable cona-  
 „to su devocion. Y para entrañarla mas repetia: ha! si V. Re-  
 „verencias vieran aquella afada hermosura, que tanto ena-  
 „mora, y aquella humillada Magestad venerabilísima! El  
 que lo viò, diò este testimonio: y yo sè, que lo tengan por ver-  
 dadero quantos trataron al V. P. tan ageno de ponderaciones,  
 como cauto en sus palabras.

Quando se agravò tanto su enfermedad, que ya ni le eran  
 posibles, ni se le permitian ministerios, solia la devocion de  
 muchos siempre sedienta por beber mas de su espiritu buscarle  
 algun coche para llevarlo à predicar, ò à moribundos. Y como  
 ya se sabia, que nunca de su voluntad entraba en el alegando,  
 que se le andaba su ruin cabeça, era menester mandarfele, y pa-  
 ra hazerle mas sabrosa la obediencia se le dezia, que peor era  
 no hazer nada, y comer el pan de valde, que era el pensamien-  
 to, que mucho lo afligia. Al entrar sonriyendose como quien  
 haze burla de si mesmo dezia: valgame Dios, què son menester  
 quatro bestias para tirar de vna? Tan pesada es ella! Y quando  
 ya ni aun esto podia, lo congoxaba tanto el pensar, que no ayu-  
 daba à sus Hermanos, que viniendo repetidas vezes à mi apolen-  
 to, yo, Padre, dezia, ya veo, que soy mas que inutil; porque soy  
 estorvoso. Pero si V. Reverencia juzgare, que soy para algo,  
 aqui estoy. Era preciso por no desconsolarlo mas entre tenerlo  
 con que comiesse, y en reparando las fuerças se le daria, que ha-  
 zer. Comer? Replicaba, si no trabajo? Reparar las fuerças?  
 Las del espiritu son las que me faltan; pero essas quando las re-  
 cobrarè yo? Al encontrarme por los quartos mirandò, enco-  
 gièdo los hombros, y moviendo los labios con ademàn de quien  
 desprecia su inutilidad dezia, pero no obitante: ecce ego misse me.  
 Finalmente apretado mas de su congoxa, porque no hazia nada,  
 me apretò à mi tambien diziendome, si à V. Reverencia le pa-  
 rece, mandemelo, que la obediencia haze milagros, y yo espero  
 en Dios, me darà fuerças. La veneracion, con que todos oiamos  
 sus palabras, me hizo tener por prudente lo que de su yo parecia  
 temerario. Le encargué algunas Platicas de Comunidad por el  
 consuelo, que todos teniamos en oirlo, y que predicasse los Do-  
 mingos en la Iglesia sentado en vn banquillo, al principio junto  
 al Altar mayor, porque anduviesse menos; pero despues en el  
 Pulpito, porque luego que corrió la voz de que el V. P. predica-  
 ba,

Se llenò tanto la Iglesia, que se quexò el Auditorio de que ni lo veian, ni lo oian bien, sino es en el Pulpito. Salia por esta Iglesia tan consumido, que ya poco sitio hallaba donde ponerse la palidez: tan debil, que solo parecia vivo en aquel rardo movimiento, que mal le permitia el doloroso peso del humor. Sentado en su banquillo començaba, y à breve rato ya no cabia en el Pulpito: con tan veloz impulso se movia à las acciones, que mandaba su fervor, que parecia tirado de el viento, y era el del Espiritu Santo, que baxando sobre el con la vehemencia, que sabe, lo levantaba del banquillo, y con el se levantaban hasta las losas del Templo, y se estremecian sus columnas con la fuerza de su espiritu. El Auditorio ya abraçaba con resolucion sus dictámenes, ya explicaba en lagrimas su ternura; pero sin estorvarse su admiracion, que les hazia preguntarse: es este el que subia al Pulpito medio muerto? Y aunque pudiera quitarse la frecuencia de ver cumplido en el V.P. lo que à Saul profetizó Samuel, que se arrojaria sobre el mudandolo en otro hombre el Espiritu del Señor, que no solo sabe hazer de malos buenos, sino es tambien de debiles robustos; no obitante siempre los admiraba. Tan visible era, y tan prodigiosa aquella gran mutacion de la diestra del Exceso!

Era ya entrado el año de 23. quando la enfermedad con mayor acrimonia, y la naturaleza con mayor debilidad ofrecieron copiosa materia à sus virtudes, y singularmente à su heroica paciencia bien probada hasta el dia 28. de Abril de 725. en que murió. No me aliento à entrar en este punto de tan sensible dolor, si no me entretengo antes en buscar à sus virtudes algun medio termino en este tosco lienço, que ofreci à V. Reverencias. Todas ellas con santa emulacion compitieron para hazer primoroso el Original; pero muy especialmente su mortificacion diò tan valientes pinceladas, su humildad echò vnas sombras tan relevantes, y su amor Divino tirò vnos rasgos tan tiernos, que quanto me hazen imposible la copia, tanto disculpan lo mal parecido de estos borrones.

## S. VI.

Siendo las prendas naturales como el fondo, sobre que echò la Divina gracia el precioso bordado de virtudes, y favores, con que ennobleciò el Señor à este su Siervo, quisiera antes descubrir el fondo, para que luciese mas el bordado. Tenia el V.P. sus talentos como escondidos en la obscura pro-

*En talentos naturales.*

fundidad de la zanja, en que los queria ocultar su humilde espíritu. Solo se escapó, aunque contra su voluntad, su entendimiento, que logrando fueros de Sol, ni hubo zanja, que bastasse à enterrarlo, ni sombra para obscurecerlo. Es verdad, que siempre procuró eclipsarlo; pero en aquellos estudiados eclipses se hizieron mas visibles sus rayos. La moderada licencia, que concedió à su vivo genio para convalecer de la larga enfermedad, que ya dixé, y el rigor, con que antes, y despues lo reprimió, fueron como dos luzes, con que pudicsemos ver sus escondidos talentos.

Dotó el Cielo à este grande hombre con un alma capacissima de las mayores empreñas, y à el mismo tiempo atentissima à sus mas menudas circunstancias. De lo primero se sirvió la gracia para engolfarlo en un Oceano continuamente combatido de contrarios vientos, por donde queria sacar à el Puerto de una extraordinaria, y favorecida santidad. De lo segundo se sirvió para empuñarlo en los mas delicados primores de la perfeccion. La seriedad de su espíritu era proporcionado absienso à toda la circunspeccion: y à el mismo tiempo pudo sentarse con ella todo el gracejo, de que es capaz la decencia. De lo primero se sirvió la gracia para aquella magestad de su porte, y acciones, que infundia veneracion: y de lo segundo para aquella salada afabilidad, con que hazia sabrosa la virtud, y para las preciosas saryras, con que se burlaba de si mismo. Su entendimiento fue tan profundo, que cabia en él quanto estudiaba, aunque era tanto: su ingenio tan sutil, que promovia con delicado, y visible exceso quanto estudiaba: y su docilidad le hazia dexarse llevar tan fácil, y firmemente de la razon, que segun se le descubrian los motivos, ya parecia inflexible, ya inconstante. Las tres prendas sirvieron à la Divina gracia para infundirle aquellas vivisimas luzes, con que conocia sus verdades, y para aquellas agudas reflexiones, que tenian à su docilidad como aprisionada con las suaves cadenas de la verdad conocida. De aqui aquella firmeza en sus dictámenes tan constante, que nunca supo ceder, sino es à algun nuevo motivo, que preponderasse. Pero si lo descubria, era tan pronto en seguirlo, que pudiera parecer inmutable à quien no supiesse el dominio, con que la verdad mandaba sobre su docil entendimiento. El juicio, con que reglaba en la practica sus acciones, las hizo à todas tan serias, que aun las proprias de su festivo genio no dexaron de ser graves. La prudencia, con que prevenia inconvenien-

nientes, era tan prèspicaz, que descubria hasta los mas leves acosos sugetos à la providencia humana: y este era el origen de aquella cordura, que lo detenia en interior consulta antes de resolver: y de aqui salian aquellos cuerdos dictámenes, à que todos vinculabamos el acierto. La verdad, y sinceridad parecian en el V.P. conztruales pasiones esentas de su albedrio; y sin ofenderlas en nada tenia prontos su ingenio mil medios para ocultar, quando convenia, sus designios aun a los mas lincejos ojos empeñados en hallarlos. De que se sirvió la gracia para aquellas santas invenciones tan graciosas, como eficaces para disfrazar sus virtudes, y favores, haziendoles aparecer, quando no podia ocultarlas, vestidastan à la moda de cosas indiferentes, ò vulgares, que caiamos todos en el piadoso engaño hasta que rotos con el tiempo los vestidos postizos, se veian desnudas las verdades. De su tenaz memoria pudiera asegurar, que lo que asió vna vez, no lo soltó jamás: y así los motivos, que vna vez le descubrió la gracia, fueron siempre agudos estímulos, que lo hazian correr el camino de la perfeccion.

Si su entendimiento fue siempre prisionero de la verdad, su voluntad fue cautiva tan fiel de su entendimiento, que era prontissima en pagar con vna ciega obediencia el tributo debido à el imperio de sus dictámenes. Era amorosa, compasiva, y suave en tanto grado, que si por algun superior motivo se lo permitia su dueño el entendimiento, se aflomaba por los ojos tan tierna, y por la boca tan dulce, que veiamos todos quan costoso le era aquel su retiro, y despego de todas las criaturas. Por esto, siendo en grado superior suave, parecia à las vezes, que declinaba en rigido; porque mientras el entendimiento le mandaba huir del objecto, era constantissima la fuga. Si bien à el sentir su contrario imperio, se dexaba atrastrar de todo el peso de su amor. Era de vn coraçon tan noble en sus afectos, que no sabia abatirlos à objectos menos hidalgos: tan honrado, que parecia regla de el pundoonor: tan agradecido à los beneficios, que para sentirse obligar poca diferencia encontraba entre la gratitud, y la justicia. Aqui hallò la Divina gracia talentos para negociar mucho en el seguro trato de su compania, de que salió tan ganancioso el V.P. en aquel odio continuo, è implacable hasta la abominacion del mal; y en aquel constante, y tierno amor hasta las delicias en el bien. Veo en este gran cumulo de talentos tal, ò qual, que pudiera parecer contrario à los designios de la gracia; pero el magisterio de esta sabe hazerlos ocasion.

cion de mas gloriosa victoria, mudandoles el objeto, y dexandoles mas vivo el conato: como lo hizo en la docilidad de Abraham, en la suavidad de Moyſes, en la generosidad de David, en la compaſion de Jeremias, en la sencillez de los Apoſtoles, en el zelo de Saulo, en el amor de Magdalena, en la oficioſidad de Martha, y en el ardor militar de Ignacio.

A el paſſo, que el natural genio de el Artifice ſymboliza mas con el arte, salen mas eminentes ſus obras: maxima, que movió à los Athenienſes (en eſto tan celebrados del Naciaceno) à eſtablecer por ley, que para el feliz logro de ſus publicas artes ſe les buſcaſſe à ſus chucnelos el genio, y ſe lo hallaban à el verlos elegir entre muchos obvios instrumentos aquel, con que mas ſe deleytaban. En eſta guſtoſa eleccion, que en aquella edad mas es hija de la naturaleza, que del albedrio, descubrian, ſeria facil à el Arte elevar à el que ya encontraba ſubiendo à lo eminente de ſus Artificios, ſin perder tiempo en vencer repugnancias. Tambien la Divina gracia, ſi bien no ſugera à eſtas leyes, ſuele ſeguir aquel rumbo, à que ve inclinada la naturaleza: y encontrando la del Padre Manuel nacida para dexarſe elevar à los delicados primores de ſus mas heroicas obras, ya ſe ve, quaa felices ſerian los ſuceſſos de eſte Artifice tan inspirado de la gracia en lo mas fino del Arte de el bien vivir. No deſconfio moſtrarlo, ſi toamando algun vil divertido ocio, diereunos algun paſſeo, aunque corto, por el huerto de ſu dichosa alma, tan hermoſo con la fragante amenidad de ſus virtudes, y gracias, que ſin dificultad haze numero entre los amenos Jardines de aquel Amado de las almas puras, que ſe apacienta entre flores. Aſſi como à quien paſſa vno de eſtos, por mas que vaya con animo de obſervar ſolo las calidades del ſitio, las invenciones del Arte, y los trabajos del Jardinero, no por eſto dexa de notar de paſſo ſus hermoſuras, y percibir ſus fragancias: antes bien llevado de la oportunidad miſma aqui deſgaja vna ramilla, alli corta vna flor, y alli coge alguna fruta: aſſi me ha ſucedido à mi con ſus virtudes por mas que he venido corriendo por el fertil terreno de ſu vida, por el orden de ſus acciones, y por ſus trabajos para el cultivo. Pero agora à imitacion de la que convidaba à ſu Amado Señor, debo yo convidar à V. Reverencias para que entrando mas de eſpacio, y con mayor atencion en eſte dichoso huerto ſuyo, cuyas flores tambien ſon frutos de honor nueſtro, y de honeſtidad ſuya, ſe diviertan con las amenidades, ſe recreen con los obſtos, y ſe alimenten con las frutas de ſus virtudes, y favores.



S. VII.

**L**A Escritura Santa, que haze de las flores vn bello symbolo para las virtudes, hizo à el Señor San Bernardo dezir, que estas tienen su olor en la fama, y su color en la conciencia, *odoratum in fama, colorem in conscientia*. El color (dize el Santo) se lo dà la bondad misma de la obra, y la intencion del coraçon. El olor lo deben à el exemplo de modestia, y de virtud. El justo es vna azuzena en si candida; para el proximo fragrante; porque à el proximo debemos fama, à nosotros conciencia. Segun esto antes de oler las fragancias, que difundidas en exemplos le ganaron la publica voz, y fama de Santo, obseruaremos el fino tinte de su conciencia, en que tonaron sus virtudes; an subidos colores, que las hizieron extraordinariamente admirables. Y siendo la conciencia *titulus Religionis, ager benedictionis, hortus deliciarum*, en la del V.P. verèmos la executoria de sus Religiosas virtudes, y vn fértil terreno hecho con las bendiciones del Señor huerto de celestiales delicias. Tres cosas debo obseruar en su conciencia: su pureza, su delicadeza, y su intencion. Con esto escusando la molestia de repetirla, dexare dicha de vna vez la elevada perfeccion, con que exercitò las virtudes, de que ire hablando.

La pureza de su delicada conciencia.

Ser. y 1. in Carta.

D. Bern. de inter. dem. c. 23.

No creerè aver dicho mucho, diziendo, fue su conciencia mas pura, que el cristal. Era especialmente humilde, y de uoto el conato, con que dezia aquellas palabras, *cor mundum creta in me*, *Dens*, pidiendo à el Señor, le diese aquella pureza, que haze à el coraçon objeto digno de aquellos ojos, que no pueden ver la maldad. El odio de abominacion, con que se apartaba de qualquier culpa, y aun muy leue imperfeccion, nos hará ver como en vn espejo, quan terso estuvo el de su conciencia. En Carta à vn Contellor suyo le dize: *Desse intolerablemente uoirme con la cosa tan estrecho à aquel unico centro de mi coraçon, que nunca mas tengo peligro de darle vn minimo disyusto*. El temor de ofender à su Amado era vna de las agudas puntas, con que lo herian sus vehementes ansias por morirle. Y con vna especie de amor, y de temor pocas vezes oydo; à el ver, que no le le concedia la muerte, solia dezir, que escogiera hasta el fin del mundo estar en el Purgatorio por la seguridad, que alli tenia de no ofender à su Dios. Fatigado con tentaciones aua de otras bien ligeras, se le oia, alli à sus solas, dezir à veces, que se tiraban el coraçon hacia fuera, para que lo viese; *esto no: mori mil veces antes, que de agradarlo una; antes que*

*conocer la mas minima ofensa: à mi Querido, à mi Amado, à mi Esposa en nada, en nada desagravado.* Tales eran sus ansias por ofrecer à el Espóso su alma sin mancha de culpa, sin rugas de vejez, y sin la mas leve imperfeccion.

Daba con las obras pruebas relevantes de la verdad de sus palabras; pues los primores de aquella delicadeza, con que se angustiaba en la solitud, de que su alma fuese santa, è immaculada, pudieran parecer nimiedades à quien no sabe entender, que manda el Señor guardar con demasia sus Preceptos. A manera de vna gran culpa lo atormentaba el escrupulo, de que avia gastado vn palillo entero de viznaga, pareciendole, que para limpiarse los dientes bastaria el medio. Y cierto, que para lo que comia, aun el medio sobraba. Este temor de exceso contra la pobreza lo obligò à ir guardando el palillo, hasta que del todo se gastasse. Gran fabula debe de ser aquella, de q̄ el Amor es ciego: el Divino es tan linco, que descubre vn grande objecto, en lo que es imperceptible, à quien no sabe amar tanto. Los que aman con fineza à Dios perciben bien el grande espíritu, que se oculta en el poquenuelo cuerpo de estas menudencias, que à los tibios parecen ociosidades. Estaba aquella naturaleza tan rendida à la enfermedad, que ni aun podia moverse de vn lado à otro, y tan acobardada con la vehemencia del dolor, que à solo el ademan de arrimarle la ropa se estremecia, y aun sin querer buscaba el corto descanso de algun agudo quaxido, que le soltara de la estrecha prision, en que los tenia su in victa paciencia. Y no obstante con escrupulosa delicadeza, sin bastarle sus estudios, ni acabarle de quietar con el dictamen del Confessor, pedia à el Padre Rector licencia, ò que le dispensasse, ò comutasse para su seguridad los ayunos, el Oficio Divino, la Misa, y cosas semejantes. Reconvenido con su total imposibilidad, respondia, que lo dexassen probar, si podia, ò no; pero que *sin esta experiencia, como podia el por si certificarse, de que no podia.* Lo congoxaban tanto estos temores, que era necessario ir frequentemente à consolarlo, asegurandole, que en esto estaba muy lexos de culpa. Vna noche à el beber agua se le ofreció, si se ahogaria: despues pensò, si el beber con aquella duda seria pecado: y como si lo fuese, así lo atormentò aquella vana sombra de culpa, que haziendole mas obicura la noche, le hizo tambien passarla embuelto en amarguras, que le dieron gran materia para vn heroyco exercicio de virtudes, hasta que à la mañana consultados con extraña confusion sus miedos, se le obligò à comulgar.

A este amoroso temor de no desagradar à su Esposo debemos el bien raro exemplo, que confirmando lo que todos veiamos, asegura va Conovicio suyo, que lo tratò con intimidad muchos años, y lo confesò algunos, y es, que avizendolo observado bien, nunca le notò quebrantar, ni la mas minima de nuestras Reglas. V. Reverencias, que saben bien ser raras, y de tan sublime perfeccion, sabrán tambien concebir mejor, que quanto yo pueda explicar, quanto sería la de este gran Siervo de el Señor. Y no sé, si es todavia mas admirable el cinero, con que las observaba. Era este tal (para hablar de alguna) en la que nos manda tener cuidado con la limpieza en nosotros mismos, y en todas las cosas, que pudiera parecer afectada prolixidad à lo que no supiese, que la mente misma de las Reglas era el alma de sus acciones. Su pobre vestido solo tenia de viejo lo raído, y remendado: en lo limpio siempre era nuevo. Con solo un trapo desechado por viejo limpiaba los trafillos de su aposento: y los tenia tan aseados, que parecian bruñidos, y con un lustre tan especial, que algunos, ya con piedad mucha, lo tenían por mysterioso. Siendo Rector le notò uno por chança, que no estaba tan aseado, como solia, el candil. Al punto se puso à fregarlo, y sonriendose dezia, *aver, si agora se ven de mi candil.* Aunque su estudio era tanto, parecia no abrir vn libro, segun los tenia todos en su lugar, adonde los volvía cerrados à el acabar su actual estudio. Y en vna palabra, su aposento à manera de Oratorio (y lo era para el V.P.) causaba devocion à todos con el asseo de su pobreza. Con este espíritu celebraba mucho, y repetia lo que se dize de los paños, con que la Santissima Virgen vestia à el Niño, que eran viles, y pobres; *pero asseados, y limpios.* El delicado primor, con que observaba esta Regla, darà alguna idea de la perfeccion, con que guardaba las otras. No usaba licencias generales: las pedia quotidianamente, aun para cosas bien menudas, como para que le cortassen vna pluma, quando ya le renablaban las menas. Y muchas vezes haziendole sus etrupulos dudar de la licencia, que se le acababa de dar, volvía à pedirla, por parecerle, que contravenia à la Regla. Dizicndole, que si no la tenia ya? Respondia: *Padre, V. Reverencia perdome por amor de Dios, que tento essa cabeça tan loca, y esta memoria tan perdida, que para nada tengo sentido. sino para ser molesto.* Y no era sino q el puro, y delicado amor al Esposo de su alma lo hazia ser como aquella, *omnia tuta sumus, q aun en la mayor seguridad lo sobresaltaba el temor, no aquel bastardo, cõ*

que no se ayiene la charidad; sino es (para explicarme có S. Fulgencio) aquel temor cauto, *qui etiam illa, que tuta sunt, metuit... non formidat erubescere, sed debere puritatis*, que de la seguridad misma se rezela, no tanto por el miedo, de que ay culpa, quanto por la valentia de la pureza.

Como el amor es vn afecto tan lleno en si, y que llena tanto de congoxosa felicidad, no se quietaba la del V. P. con tan cuydadoso desvelo por mantener à su Esposo mas limpia la hermosura de su alma; antes bien con ojos como de paloma, que à el mismo beber las aguas, *umbra in aquis inspelta*, en ellas como en vn espejo observa sobrefaltada aun vna ligera sombra del peligro mas distante: así el Padre no contento con la media hora, que todos tenemos de examen de conciencia, vn quarto à el medio dia, y otro à la noche, extendia el suyo por todo el, y como à el vivo ingenio de su delicada charidad nada se ocultaba, à el ver en el puro cristal de su conciencia alguna d: aquellas fugitivas sombrillas, que suelen causar los vapores, aun los mas tenues, que vuelan como exalados de la fragilidad humana, de que ni aun el justo se libra, no es decible la turbacion, en que le ponía su affligido espiritu en todas sus cosas siempre atonito: la piedad misma lo sobrenegia con el miedo de que alguna salpicada gotilla de agua remitiesse el fervor de su charidad, ò algun vaporcillo del demandado empañasse el cristal de su conciencia. Este singular desvelo por la pureza de su alma junto con los añosos clamores, que como David, embiaba à el Cielo, para q̄ lavádolo en sus celestiales aguas quedasse mas blanco, que la nieve, no desmerecieron aquel raro favor, de que habiéndole vna, ò dos vezes vn Crucifixo, como lo deseaba David, *audisti meo dolus gaudium*, tuviesen sus oydos el indecible gozo, que pasó à ocupar su coraçon, de asegurarle el Señor có voz clara, que todas sus faltas le avian sido perdonadas: *petii, aures suas recitari, audivit rone junctis venis*. No obstante permitia el Cielo, que amor ligada esta especie, se avivasse la de sus filiales temores para mas probado exercicio de su amor. Era tan agudo el sentimiento de estos miedos, que quando con alguna mayor confianza respitaba algo su ahogado coraçon, le oíamos: *cy Fides mea, dolere: videris: est: non de detunt me, me atormen: an como dolere de la desconfiança effus: remores de si avigusto à el Señor*. Y aunque en la critica se erigida, con que escudriñaba su conciencia, podia dezir con el Apóstol, que nada encontraba: có que le desagradasse; pero no por esto le tenia por justo. *Quod se yo, decia, si en el abyf,*

In Praefat. lib.  
ad Monim.

P. Cyril. in Le-  
vit. 3o.

Di. Marc. 13o  
477.3.

abysmo de mi miseria se esconden à el abysmo de mi ceguedad algunas culpas, que estèn patentes à el abysmo de tu luz, y te delagradan? Yo, Señor, me acojo à el abysmo de tu misericordia. Con este casto temor, que *des solam veretur, ni spem suam possit amittere*, quisiera verie en vn estado, en que ni aun el poder le quedasse para perder à su Amado Esposo. Pero como no le era concedido, para assegurarle quanto le fuesse posible, y para lavar mas, y mas su conciencia, se confessaba indefectiblemente todos los dias, y no pocas dos vezes, y algunas tres. La materia de sus confesiones se reducía à vnas vanas escrupulosas dudas sobre levisimas imperfecciones. Pero aun admiraba mas aquel dolor, con que las confessaba, tan intenso, y tan tierno, que sin poderlo esborrar su natural entereza, le sacaba de el alma las lagrimas, y de los sentidos el alma, dexandolo muchas vezes ya languido como cayendose, ya extatico como elevádose: y para acabar la confesion era necesario aguardar, que se reparasse.

Si esta pureza tan delicada de su alma era mas que admirable, ya no se como llamarla à el verla tan elevda con la recisissima intencion, parto proprio de aquel espiritu recto, que pedía el Profeta. Ni aun para respirar le permitia mas motivo, que aquel soyó; *à mi Querido, à mi Esposo en nada, en nada desagrader*. No es tan fiel para buscar el Norte la aguja bien preparada, quanto su espiritu recto para seguir en todo la voluntad Divina. Tal vez preguntado de vn sugeto de su confianza se explico así: como vn jumento es llevado del diestro, así yo me dexo llevar, y soy llevado de la voluntad de Dios. Sin natural genio, à quien la rara viveza de su entendimiento abultaba tanto aun aquellas menudencias para otros invisibles, algo le sirvió en esta parte, pero no lo necesitaba mucho; porque si ay vidrios de tan artificiosa invencion, que mirado por vno algun bultillo despreciable por pequeño, parece extremadamente grande, y mirado por dos à manera de monstruo horroriza, tambien la fina charidad, y ardiente amor de Dios, primorosos Artificios de mas sagradas invenciones, hazian, que mirando el V. P. qualquier faltilla aun la mas ligera por el motivo proprio de la virtud, à que se opond, la viese tan demasiadamente grande, que, como si lo fuesse, la huia: pero mirandola tambien por aquel otro mas delicado, y mas vniversal motivo de todo su virtud, *à mi Querido, à mi Esposo en nada, en nada desagrader*, se le descubria vn monstruo tan horrible, que temblando todo de miedo,

*D. Aub. Servus*  
 II. in Psalm.  
 118.

y poseído de un sagrado horror, buscaba zozorro donde assegu-  
rarse de tan losmables peligros y lunonentes, como su humil-  
dad le persuadía. Pero como en esta vida no encontraba segu-  
ridad, ardía en mas ansias de quedarse de los deseos de morirle,  
*en una effluvia, de lo, de la el fin del mundo en el Purgatorio*; por-  
que la fuerza de lo caridad le hacia menos insufribles aqueellas  
tan insufribles penas, que el intolerable tormento de vivir entre  
los riesgos de dar algun disgusto, y los remoras, de si lo daba a *su  
Querido, a su Espusa*. Esta fue aquel misterioso principio, que hizo  
à el V.P. experimentar no si, lo que todos en su porte observa-  
bamos, y en, que no sabia como entender, fuese leve, la que en-  
tendia ser falta. El grandioso peso de este principio lo hizo, que  
aquel gaitado palillo de vaxnaga, de que ya hablé, le exprimiese  
el coraçon en angustias, como si fuese la mas violenta viga de  
un lagar.

Si en este vaxnival tiene tan señalado de su conciencia tu-  
vieron sus virtudes por tantos años tan solazada infusion, quien  
ha de extrañar ya, que sacasen tan hermosos, como varios los  
colores, y tan subidos, que llegasen à ser muy eminentes. Yo  
de mi peso allegar a ver quedado tan teñido, que ya no tan-  
to recia por admirable, quanto por correspondiente aquel  
candor, con que la azucena de su castidad ofusca la vista, aquel  
candor, con que el lirio de su penitencia affombra, aquel estu-  
vesi, con que la rosa de su caridad arde: y lo mismo me suce-  
derà con las demas virtudes tuyas siempre, que me acordare de  
esta oficina de su conciencia, en que tomaron el tinte, *colorum in  
conscientia*.

## S. VIII.

En Folio 24.

**Q**uiera con tan para delicadeza guardaba las otras reglas,  
por ventura no tan substanciales, como se enumeran en la  
que nos manda amar la pobreza como à Madre: Amola como  
verdadero hijozanto, que el advenir, que sobre la Regla lo es-  
trechaba el voto, le servia solo para sentirse con nuevo, y ma-  
yor riuulo obligado: en lo demas el vero nada cubierta, que co-  
biere de la pobreza, segun la copiosa observancia, con que pa-  
gaba à la Regla quanto le debia. Era palmar demonstracion de  
quien persuadido estaba, segun lo manda nuestra Regla, à que  
era para el lo peor de casa, ver el gustoso empeño, con que lo  
escogia. En su aposento por no aver mas, que los rastos muy  
preciosos, aun para ellos fue necesario muchas vezes mandarfe-  
lo.

lo: Y de ellos vnió bien pobres, y otros tan viejos, como que solian ser los ya desechados; pero tan limpios, que causaba devocion la asseada pobreza. Pareciendole superfluo, llevó à el Superior un Diurno, de que usaba. Mandaronle los Superiores recibir, y guardar la Venera de Calificador del Santo Oficio (de que no ha podido averiguar, si alguna vez se la puso) pero luego que le empezaron sus males, se la llevó à el Superior, diciendo, que pues no podia ya servirle, cesò el fin de guardarla en la aposenta. Dieronle un relojillo de arena para arreglar sus distribuciones, y dos años antes de morir lo llevó à el Superior, diciendole, que ya no tenia mas distribucion, que la de ser embarazado à la Comunidad, y moltísimo à los Enfermeros. Si le daban algun dulceillo, se lo daba à los Enfermos: y si quando estaba enfermo se lo daban, despues de muchas instancias, mostrando su agradecimiento, lo probaba, y despues hazia, que lo diesen à otros enfermos. Vna cuchara, que le servia para sus sopas, y gaspacho, era vna pastoril tan castiz, que parecia vn pedacillo de tabla, y tan vieja, que ni aun la grande asseada pudo hazerle disimular lo entrapado. Pudiera esta su cuchara ser el molde, por donde se huviesen cortado los demás traños de su aposenta.

En su Persona jamás tuvo otra ropa, que la comun: y esta tan pobre, que algunas vezes no bastaban las remiendos à cubrir de el todo las carnes, que es con lo que se contentaba el Apostol. Persuadido el V. P. à la verdad de aquel Proverbio Arabigo, *quolibet calces calcetatur nudipes*, para que qualquier mal vestido le viniese bien, se imaginaba como el pobre mas desnudo. Y quando le instaban, con que ya parecia indecente à quella ropa, respondia: como cubra las carnes, y esté limpia, está decente: en lo demás, ól à quantos pobres fuera ropa muy grata, y supieran por ella ser agradecidos à Dios, y à los hombres! Sentimientos muy hijos de aquel espíritu de pobreza, à quien la pobreza de espíritu hizo deleytarle en lo vitimo de la necesidad. Sus medias, que eran siempre de estameña, llegaban à estar tan gastadas, que con los mismos remiendos se rompian. La dureza por las muchas costuras de sus zapatos, aunque tan anchos, era vna nueva invencion de cilicios para los pies. À estas medias, y à estos zapatos nada debia la demás ropa, de que usaba. Vna de las ricas alhajas, que nos quedaron de su espelio, fue vna caxilla desquadrada, en que estaban los instrumentos de remendar su ropa, que lo hazia el V. P. con notable destreza:

*Apud Corin.  
Prov. 17. 7.*

y para ello solo se servia de hilo; porque la seda (deza) es muy blanda, y se estroga, y no se puede reconocer bien, si via, ò no, iguales las puntas. Quando le mandaban ponerle alguna prenda nueva, era de tanta edificacion, como gusto, oír las razones, que alegaba su pobreza, para no admitirla: si era sombrero, decia, que le lastimaba su mala cabeza: si manto, que se le trababan con él los pies: si sobretropa, que le pesaba mucho: si forana, que le encendia las espaldas: si jubon, que no le dexaba mover los brazos: si camisa, que estaban mas blandas las viejas: si calzones, que lo lastimaban las costuras nuevas: si medias, que le picaban las piernas: si zapatos, que le hazian mucho ruido, y no lo dexaban andar. Y como la veneracion, que todos le teniamos, daba otra nueva eficacia á las irresistibles suplicas, con que apoyaba sus razones, las mas vezes era forzoso ceder á tan piadosas instancias. Por tener el manto tan gaitado, que se abria con solo su proprio peso, aunque tan poco por estar tan raído, bien que no poco aumentado con los remiendos, mandó el Superior, que le llevassen otro viejo, porque lo admitiessé, pero decente. Resúsióse á el Hermano Ropero, quien para obligarlo le dixo, que el Padre Rector se lo avia mandado traer. Pues, Hermano (replicó el V.P.) ya ha cumplido con la Santa Obediencia en traerlo, vuelvasele á llevar; pues su Reverencia solo le mandó traerlo, y no le mandó dexarlo. Acudió el Hermano á el Padre Rector, para que fuesse á mandarcelo tomar: pero el Padre Rector ya experimentado le dixo, si yo voy, tambien á mi me ha de convencer. Digale á el Padre, que yo le ordeno, le dé aquel, y se quede con esse para su uso. Obedeció á el instante: pero despues intentó, aunque sin efecto, con el Padre Rector la restitucion de su manto.

En sus enfermedades prevenia á el Medico, y Enfermeros, para que no se recetasse cosa de precio: se informaba con gran cuydado de las recetas, y quando halló alguna de tres, ò quatro reales, se lamentaba, de que se hiziesse tan exorbitantes gastos por vn jumento del todo inutil, decia, y estorvoso. Supo, que se avia comprado para el Padre vna libra de nieve, y lleno de confusion, y sentimiento exclamó: valgame Dios! y qué cinco matavedis tan mal empleados! Acudia con frecuencia á el Superior, para que se remediasse estos desordenes contra la Santa Pobreza. Pero no hallando en el Superior el despacho, que deseaba, se acogia á sus ordinarios pretextos, que con los medicamentos se le estragaba el estomago, se le encendia la sangre, aumen-



alimentandolos con suplicas hasta sacar la condescendencia. Tal vez, que lo hallaba el Medico extraordinariamente debil, le obligaba, à que, dexado su regular alimento extraño, tomasse vnas sopas del caldo comun de carne: solia el Enfermero mezclarle ya alguna yema, ya algun poquillo de pisto para confortario; pero luego que el V. P. lo reconoció, no pasó mas bocado. Era indecible su congoxa, quando se hazia para el digo especial; que no fuese para la Comunidad. Y para cerrar del todo esta puerta, se cerró de el todo en no tomarlo. Quanto con mayor severidad se armaba el Superior para mandárselo, con tanto mas rendidas suplicas el V. P. lo venia. Era esto en tanto grado, que viendolo fuera de lo ordinario debil, y designado, lo obligó el Superior, à que dixesse, lo que tomaria con menor repugnancia. Dixo, que vna tostada frita en azeyte: y en esto quedaron. Pero el Enfermero, porque fuese mas alimentosa, la friyó en manteca. Reconociólo à el probarla, y le dixo: Hermano, lo que el Padre Rector mandó no fize esto, ni para esto tengo yo licencia. No se pudo conseguir, que la comiessa. Pero consiguió el Padre con estas cuiterezas lo que su pobreza deseaba, que nada se gattasse con él: y ya estaban todos en que, para q̄ tal vez tomasse algo, avia de ser lo del comun. Quien así le trataba enfermo, y ya cercano à la muerte, qué haria quando se trataba como sano? Su espíritu de pobreza le hizo tenerse, y portarse como el mas mendigo. Su pan ordinario eran aquellas cortezas, ó pedazos, que lo obraban à otros, aunque fuesen los mozos de cocina. Y no raras vezes, que pudo, pareciendole superfluo este gaito, comia de las mismas migajas, que se recogen de las mesas: en que con el espíritu de pobreza iria tambien el de aquella humildad, que decía, que tambien los cachorrillos comen de las migajas, que se caen de la mesa de su Señor. Recogia aquellas frutillas desechadas, las hojas de lechuga perdidas, y hasta en el modo de buscarlas queria parecerse à los mendigos. Para poder dezir con mas propiedad lo del Profeta, *yo soy mendigo, y pobre*, algunas vezes, que ovidados los Oficiales, se avian ya recogido, iba el V. P. de puerta en puerta, como quien iba pidiendo de limosna aquel triste alimento aun: *vas escaso, que pobre, buscando à alguno de ellos, que se lo diese.*

Antes de acabar quisiera dar à el discurso algun principio, de donde infiera lo que yo nunca sabré dezir. Siempre que en su aposento de noche no necesitaba de luz para lo que avia de

hazer, ò padecer, y siempre que salia de él, apagaba su candil; aunque por averle de volver muy en breve, huviesse muy en breve de volverlo à encender. Quando estudiaba, ardia con vna luz tan escasa, que bastasse solo à distinguir con trabajo las letras: y si entraba alguien à algun negocio, pareciendole ociosa tanta luz, la hazia arder en obliquo de la santa Pobreza; pues llegando como à arizarla, la disminuia, dexando solo la que basta para distinguir los bultos. Guardaba su gazpacho en vn pucherillo calcado, desportillado, y tan denegrido, como ya desechado de vno de los pobres, à quienes se dà limosna: vino vn dia à el Superior muy sobresaltado de vno de aquellos vanos temores, dudando, si abria, ò no, pedido licencia para vlar aquella alhaja tan preciosa, que pudiera gozar fueros de singular entre las mas pulidas, con que se adorna la misma Pobreza. Pocos dias antes de su muerte le dixè de parte de su Reverencia el Padre Provincial, que deseaba se aguardasse à morir despues de aver llegado à la visita; porque deseaba hallarse à el espolio. El aguardarme (respondiò) no està en mi mano, ni me siento con valor para pedir à Dios mas vida. Espolio? dixo, y levantando à el Cielo los ojos se le bañaron en lagrimas, que avivaban aquel fuego, que ya començaba à dexarle ver por sus mexillas: *bendito sea el Señor, nada, Padre Rector, nada tengo, ni quiero, nada, nada.* Enteraccidos todos con sus lagrimas, y como ofuscados con el incendio de su rostro, nos retiramos, para que cumpliendose tambien en este sentido lo del Profeta, *tibi derelictus est pauper*, gozasse à sus solas del Reyno de los Cielos, que acá poseen los pobres de espiritu, de cuyos opulentos thesoros sacò la naturaleza para socorro de vn honesto passar aquella bien considerable porcion, *is dives, qui cupiditatem pauper.* Nada, nada tenia, ni queria; porque hasta de sus pensamientos, y deseos se enagenò por el amor de aquel, que siendo tan rico, como Dios, le hizo por nosotros tan pobre, que nos diò por divina para conocerlo vnos pobres paños, que lo embolvian, y vn rustico pefebre, que le servia de cuna, por no tener mas blanda almohada, donde reclinar su cabeça. Ternissimo pensamiento, con que casi hasta lo summo se enriquecia su estremada pobreza.

*Dissectat. apud  
Corn. Prov. 22.*

3:

Alguna perfeccion pudiera acaso faltarle à tanta pobreza, si no tuviera en su mano el estar no solo proveido, sino sobrado de todo. Y era así, que fuera de muchos devotos, que le instaban, porque admitiesse largos socorros, que con liberalidad le

habian; bastaria solo el Illustrisimo Señor Don Martin de Afargorra Arçobispo de Granada, de cuyo aprecio, y amor à el V.P. hablare despues. Pero el Padre Padial touò vna possessiõ tan paciõca de su rica pobreza, que ya nadie se atreuió à inquietarcela; porque sentò por cierto, y lo era, que le sobraaba todo. Este pues gran Prelado superior à toda alabança, por no perder ya el tiempo, de cuyo logro fue zelosissimo, en intentar con el V.P. que se dexasse socorrer con alguna limosna, mandò, le diessen quantiosas mesadas, para que, pues nada queria para si, las repartielle segù el orden de la charidad para socorro de pobres. Bien seguro estava su Illustrissima, que en las manos de el V.P. estaban bien los thesoros de los pobres: y por esto solia dezir, que ninguna limosna daba con tanta satisfacciõ de su conciencia, como la que iba por mano de *mi Senor Padre Padial*, que así lo llamaba este exemplar Arçobispo. Entendiò su Illustrissima, que, aunque entre los muchos Parientes de el V.P. avia no pocos tan pobres, como honrados, no obstante sus limosnas no se estendian à ellos, ò porque la inclinacion de la carne no le inclinasse tambien el afecto, ò porque juzgaba à los otros mas necesitados. Con esta noticia diò su Illustrissima nuevo orden, para que se diessen buenas cantidades à otro Padre, por cuya mano se diesse la limosna à los que por Parientes del V.P. tenian sobre su honrada pobreza nuevo titulo para el socorro.

## §. VIII.

**P**ARA dezir quan intacta, y pura conservò à su Señor la Azucena de la Castidad, que le tenia ofrecida, bastara dezir la cerca, y contracerca de espinas, los solos, y los vallados, que le puso para su defenõa. Aspirò con tales veras à *uniar en ella la puridad Angelica con la limpieza del cuerpo, y mente*, que lo mas arduo de sus mas señaladas virtudes fue efecto de su castissimo amor à la pureza. Bien persuadido, que para gozar en el desierto de este mundo las fragrancias de esta flor, *hic advena, ibi incolata*, es necessario cortarla del Jardin del Cielo, hizo de su coracon vn altar bien parecido al que reconociò San Geronimo en la castissima Virgen Demetriades, *in de aleri transfrem ad altare*, en el qual quemado con lo encendido de sus deseos el Thimiam de sus oraciones, subiesse allà, como las de los Santos, en fragrancias tan suaves à Dios, que se dignasse compensarlas con las de la castidad. *Ay! Señor*, le oiamos dezir, y predicar

*de castidad;*

*D. Amb. 1. de Virg. Epist. 8.*

con entrañable consáto, que ni es confidencia, si no viene de ti, ni esta se guarda, si tu no la guardas. Y porque tenía muy entendido para sí, y predicaba con pasmosa eficacia para precaver errores, que el estilo de su providencia es darla, y conservar la según la medida de nuestra cooperación, nunca acertaré à dezir la resolución tan constante, con que eligió quantos medios le propuso la Divina gracia para lograr mas puro el candor de esta Azucena. Esta lo hizo vn santo, pero terrible verdago de su cuerpo, tan arado con cilicios, tan desahogado con azotes, tan retirado à la soledad de su rincón, y tan martirizado con vna prodigiosa variedad de durísimos tormentos, como quien sabía, que aquella Alba, con que adornaron à Samuel, *ut novae pudicitiae minoribus splenderet*, no hubiera llegado à ser tan candida, si no hubiera sido el lino arrancado, cozido, quebrantado, azotado, sacudido, raillado, y torcido: *Es pluribus alijs subiaceretur cruciatibus*.

El vigor, con que se mantuvo siempre aquella siempre florida vara de su Castidad sin menguar permanencias de la misteriosa de Aaron, *perpetuò virens, & florens*, fueron aquellos ayunos pasmosos, e indispensables, que marchitaron sus carnes hasta pegarle à los huesos aquella porcion de su piel, que pudo librarse de los golpes de sus disciplinas, y puntas de sus cilicios. La Magi: infernal, con que la inmundada Circe transformaba en inmundos Animales, como ella, aquellos hombres bestias, *quorum Deum venter est*, infames esclavos de el vientre, tragadora Chutibdis de la vida racional, como la llamó Diogenes, no pudo estender su eficacia al abstinentes Vilis: y la admirable abstinencia del V.P. alimentada de sus propias carnes hasta consumirlas le hizo vivir en carne, *prater carnem*, tan effento de sus brutales insultos, que parecia transformado en aquel genero de pureza, q tiene por naturaleza el Angel. Y no obitante, quando alguno movido de cópasió lo recóvenia có el lastimoso estado, à que tenia reducido su seco, y herido cuerpo, entonces mostrádo con los ademanes del rostro el desprecio, y asco, con que lo miraba, respondia: *Ha! Padre, si yo lo hiziera, como lo conozco; que es una fiera tan furiosa, que no es de las que se han de tratar con pan, y palo, sino es con muchos palos, y ningun pan: y aun assi suele querer vivir coz es.*

Bien persuadido, à q basta para ajar esta rierna flor aun aquel delicado contacto tan inocente, como officioso, con que la pura abejilla se llega à sacarle la miel, no es decible el desvelo, con que ni aun volar la consentia en sus contornos: Fue tan singular

D. Greg. in 1.  
Reg. 2. 18.

Abul. apud  
Médos. 1. Reg.  
1. 2.

Laers. lib. 6.

Div. Chrysol.  
Sermon. 143.

tar en el V.P. esta precaucion de las ocasiones, que estoy cierto, no prescriera á ella el Señor San Bernardino la que observó en la citta Tortosa, que en tiempo de su viudez, ni aun para llevar su soledad se fienta entre los halagueños riesgos de la frondosidad de los ramos, *ut iudicis inluparum civenia velut virulentis vitare.* Aunque á el passo, que su comercio en el Cielo, estaban en el suelo sus ojos: pero quando le era preciso hablar con alguna muger, parecia tener cerrados los parpados. Y como si estuviera oyendo á el Espíritu Santo, *averso faciem suam á muliere compta,* no contento con cerrar los ojos, volvía el rostro, y cuerpo hazia vn lado. Pero la piedad de el sexo mas arenta á su devocion, que á temer ella riesgos, con aquella confiada sinceridad de quien queria beber las palabras de vida, que salian de su boca, le iban buscando el rostro á el passo, que el V.P. lo iba volviendo: y solia suceder, que en vn estrecho circulo diessen muchas vueltas, el vno por estar á el pacto de pureza, que renia hecho con sus ojos: y la otra por gozar mas de cerca la doctrina del Cielo, que iba buscando, como si dixera, *in circuitu tuo veritas tua.* Aunque se resistia á la veneration, con que todos á el encontrarlo, sin reparar, fuesse en la calle, se querian arrodiillar á besarle la mano; pero del todo la negaba á la devocion de las mugeres diziendo, que besassen á el Crucifixo los sagrados pies. En vna ocasion, q no pudo negarla á vn hombre, quiso vna muger hazer á la virtud el mismo obsequio; pero retirandola el V.P. con norable ligereza, exclamó ella con voces de afligida: *Pues qué? No soy yo tambien Christiana per la gracia de Dios?* Hizo al V.P. tanta gracia su devota sencillez, que sonriendose dixo, *aunque su piedad la engaña, porque no me conoce, pero qué hemos de hazer?* Y cubriendose con el manto la mano, la dexó besarla. En otra ocasion al curarle las llagas de los pies el Hermano Enfermero con inculpable deteydo subió la ropa algo mas de aquel limite estrecho, que le tenia señalado la cautela de su modestia. Sobresaltose el V.P. y con adomán de indignado lo miró con vna magestad tan severa, que asegura el Hermano, se turbó todo, y quedó bien advertido para siempre. De estar muchos meses acostado de espaldas se le hizo vna llaga cerca de la cintura: calló, hasta que la sangre lo dixo, y solo se pudo recabar, que preparando los parches el Cirujano, el mismo V.P. se la curasse.

Serm. 99.  
Caus.

Pero para dezir todo lo que es preciso callar, si ha de tener termino esta materia, solo dire, que siendo la predicacion,

Exodulp. 1. 2. 100  
Zevit. 4.

81.  
como aquellas Fuentes del Levitico, y Rio del Parayso, *qui ser-  
des abluere potest, contrahere non potest*, cuyas claras aguas no se en-  
turbian, ni aun con la corrupcion de los cadaveres, antes lavan-  
dolos, ellas tambien se purifican mas, no obstante observando à  
la letra la maxima del Apollon tan digna de los Santos, *fornica-  
tio, & omnis immunditia nec nominetur in vobis*, ni aun predicando  
nombraba el vicio contrario. Cosa verdaderamente admirable,  
y de todos obviada en vn Hombre Apostolico, cuyo castissi-  
mo espiritu encendido en amor de esta celestial virtud parecia  
en aquellos Pulpitos vn furioso con el zelo de el Señor, que fol-  
tando las presas al Rio de su Christiana eloquencia, corria con-  
tra el vicio contrario con las veftivas tan vehementes, tan acres,  
& imperuosas, que parecia querer con otro diluvio lavar al mun-  
do de su inmundicia: ò con otra tempestad de fuego purificar-  
lo de esta escoria, como à Sodoma, y sus Comarcas. Pero sin  
romar en su boca el nombre, que tambien le parecia abomina-  
ble por la abominacion, con que aborrecia este vicio, expresaba  
con clara distincion quantos sentimientos le sugeria contra  
el su Angelica Castidad. Y si es indicio de su pureza esta sagra-  
da furia, con que se arrojaba desde el Pulpito contra este vicio,  
ya como precipitado torrente para arrollarlo, ya como rayo  
desprendido de la nube para consumirlo: no es menor prueba  
la mansa serenidad, con que corrian las aguas de su eloquencia  
à regar la florida vara de la Castidad, y el viento fresco del Es-  
piritu Santo, con que le hazia esparcir sus gratos olores. Sin  
duda se alegraria mucho el Señor San Bernardo de oir, y ver  
comprobada en el V.P. la verdad de aquel su ingenioso, y tier-  
no comento: *vox turris predicatio castitatis*; pues, como cañi  
Tortola, empleabalo mas la ve de su voz en aficionar, y atraer  
las almas à la celestial hermosura de esta virtud. Sonò en nuestra  
dichosa tierra la voz de esta castissima Tortola, y con ella apa-  
recieron tambien tantas flores de Virginidad, y Castidad, que  
hizieron à nuestra tierra vn jardin. Porque no se llevasen el  
lauro de vnica aquellas palomas, de que habla San Basilio, que  
preparadas por los Cazadores con cierras fragancias, se atraian,  
hasta entrarlas en la red, à las otras, que encontraban; conce-  
diò el Señor à la voz de esta casta Tortola tan dulce eficacia pa-  
ra esparcir los atractivos olores de esta flor, que atrastradas de  
su celestial suavidad se venian, como à vandadas, las palomas.  
Fueron muchissimas las almas, que sacò de la hediondez de este  
vicio, muchas las que al verlo, y oirlo aprendieron à recrearse  
con

Serm. 59. 100  
Cant.

Ps. 175.

con los olores de esta virtud: y no pocas las que enamoradas de ella ofrecieron à Dios su virginidad: *sonnis vox, splendidus flus*. Dexasando otros para otro lugar dire aora solo el caso, que firmado de su mano depone de si cierto Religioso. Hallabale extremadamente affigido con tentaciones contra esta virtud tan vehementes, y porfiadas, que solian dexarlo como abortio, y fuera de si. Continuaba el enemigo sus baterias con furia tan pertinaz, que el affigido Joven aflustado con la inminencia del ultimo riesgo buscaba con las veras de quien ya teme el assalto socorro para rebatirlo, y guardar al Señor la fortaleza de su alma. Levantando sus ojos à aquellos montes, de donde ha de venir el auxilio, eran continuos sus clamores à Dios, à la purissima Virgen, y otros Santos de su devocion, à quienes hizo varias novenas, y otros obsequios. Pero nada bastaba; porque parecia, que el Señor, que de esta victoria se le colgalle el trofeo à su castissimo Siervo Manuel. En vna ocasion fuertemente combatido renovaba con mayores ansias delante del Santissimo, y la Virgen sus clamores, y alli mismo se sintió tan perturbado en el alma, y tan inquieto en el cuerpo, que con extraordinario desconsuelo mirando, sin saber como, al Sepulcro del V.P. se le ofreció à pedir à Dios por sus meritos este favor: *apenas dix e esta supplica (dize de su letra) quando se me apaciguò el movimiento, que entonces padecia: y desde entonces no solo no he sentido guerra espècial, antes si una maravillosa paz, y serenidad.*

Aunque lo hasta aqui dicho prueba tanto: bien sè yo, que es poco para lo mucho, que inferiràn las almas verdadas en materias de espiritu al hazer reflexion sobre el esinero, con que aplicò los medios, que son el especifico cultivo, y regaio, con que se cria, y perficiona esta flor. Va Hombre, à quien su estremo rigor, y ayuno dexò tan en los huesos, que no parecia tener carne, que le pudiesse insultar, y la que le quedó estava tan castigada, que ni aun para quejarse tenia aliento: tan retirado aun de las sombras del peligro, que hasta de la misma seguridad se recataba: tan humilde, tan lexos de hazerse insolente con tan continuas experimentales victorias, que de ellas mismas se aterrorizaba, y, no menos que Josaphat, al ver todo el poder de la Syria armado contra si, *timore perterritus totum se contulit ad rogandum Dominum*: assi el vicado contra si todo el poder del Inferno, sumergido en la nada de su propria flaqueza, todo se volvia al Señor diziendole con assombro, *vide humilitatem meam, & eripe me*, jaculatoria muy familiar à sus temores. Va Hombre tan

D. Ambrosio,  
10. Epist. 80.

jurado enemigo del ocio, quanto el ocio lo es de la Castidad, tan afanado en ministerios de la Gloria de Dios, y en vna perpetua predicacion Apostolica: tan anegado en leccion de la Sagrada Escritura, aquel pozo de aguas tan puras, que son fertilisimo riego de esta planta: tan continuo jardinero de este Paraíso de deluyes, como la llamo San Bernardo, à cuya vista es el mundo vn asqueroso lago de corrupcion: tan bebado en este panal de miel, que haziendo amarguissimas todas las delicias de la carne, haze exclamar con aitho de ellas, *quam dulcis faucibus meis eloquia tua!* y sobre todo vn Hombre tan extatico en la contemplacion del summo Bien, tan acryfolado en el puro fuego del amor Divino, tan embriagado de aquel vino, que haze virgenes, tan regalado con las delicias del Cielo. Vn Hombre pues de este caracter, no saltaràn practicos en el espiritu, que si no lo juzgaren Angel, juzguen à lo menos, que puede hazer numero entre los Elias, los Eliseos, y los Juanes, à quienes San Chrystostomo solo postpone à los Angeles en la fragilidad de la naturaleza: y aun esto no sè, como lo interpretàra el que quiere, sea mas plausible juntar con esta humana fragilidad la Angelica gloria de esta virtud, que tenerla por naturaleza. Y para asegurar la legitima dilacion de esta Angelical gloria adquirida en el V.P. bastaria oirle ya en sus Sermones, ya en los deliquios de su charidad, aquellos coloquios tan llenos de amorosissimas ternezas con la incomprehensible hermosura de la summa Bondad, que hazian visible la pureza de su alma, en que parecia no caber ya las llamas de aquel casto amor, que tanto purifica el Espiritu. Este amor à la pureza lo dierria tanto en aquellos dulcissimos coloquios con su Madre Virgen llamandola, *Madre purissima, Madre castissima, hermosissima Madre de el Amor hermosa, bellissima criatura, hermosura amabilissima, bella e de los Angeles, fragrantissima, y candidissima Aruzena, soberano becbizo de las almas puras.* Con otros mil afectos, en que se le salia el alma, y en que varias vezes lo vimos fuera de si, ya totalmente arrebatado con la vehemencia del afecto, ya como dementado con la santa embriaguez de aquel amor tan casto, *qui ubi veneris, ceteros in se traducias amores, & captivas affectus.*

Serm. 64. ex  
part.

De Virg. sub  
sen.

S. Chrysol. Serm.  
143.

S. Bern. serm.  
83. in Cant.

## S. X.

su Obediencia.

**E**N el Altar de sus Sacrificios no podia faltar el holocausto de la Obediencia, en que todo el hombre, como hostia vi-



se ofrece à Dios en olor de suavidad. Reconoció sin du-  
 da por muy especial hijo suyo el que dexò la Obediencia por  
 caracter proprio, que señalasse à los hijos verdaderos de la Com-  
 pañia. Quedan ya insinuados, aunque esparcidos, tantos, y tan  
 raros exemplos de esta virtud, que, à no ser ella en el V. P. muy  
 admirable, ya, sin ser superfluo, no hubiera mas, que dezir. Lle-  
 gò à lo supremo del infimo grado de esta virtud, que consiste en  
 la execucion pronta, y perfecta de lo que se manda. La exacta  
 observancia de todas nuestras reglas, aun de aquellas, que por  
 la delicada fineza de su perfeccion, suelen no dexarse siempre  
 ver aun de los mas observantes, era en el V. P. vna exquisita va-  
 ra de oloroso humo, en que se exhalaban las suavidades de el  
 aromatico holocausto, que ofrecia al Cielo su Obediencia. Y  
 como ellas nos prohiben muy ordinarias, y ligeras acciones,  
 fino es con licencia del Superior, edificaba à todos, y compun-  
 gia ver à vn hombre de su caracter, y de sus años pedir tantas  
 licencias, que parecia no atender à otra cosa, y para cosas tan  
 menudas, que, si no las abultara tanto el motivo de su obediencia,  
 parecian imperceptibles aun à los que frequentan la Escuela  
 del espíritu. Tal vez yendo (como solia) à pedir consejo en vna  
 de aquellas sus escrupulosas dudas, que aun siendo sobre muy  
 ligeros objetos eran vn fuerte cañol del oro de su charidad,  
 no se atreuió à passar el umbral de la puerta, porque no avia  
 hallado Superior, à quien pedir licencia para entrar, no ob-  
 stante, que la tenia general para buscar esse alivio en estas con-  
 sultas. Necesitó por vn breve tiempo de vna de las escaleras  
 de madera, que sirven en la Libreria, y no se atreuió à  
 usar de ella hasta ir à pedir licencia al Padre Prefecto de la Li-  
 breria, que era vn Discipulo suyo. Dirè en este genero quanto  
 callo, con dezir, que explicabamos algo de nuestra admiracion,  
 y su obediencia diziendo: *quando acabará de llegar el caso, en que  
 el Padre Padiel pida licencia para respirar?* Al oír la campanilla,  
 que llama à las distribuciones, observaba tan literalmente la re-  
 gla, que nos manda dexar la letra comenzada, que efectiva-  
 mente assi le cogió el toque, y assi dexò varias vezes la letra. Si  
 estaba tratando algun negocio, aunque fuesse con persona de  
 especial respeto, nunca le sirvió para tomarle licencia el pre-  
 texto de la urbanidad: antes con bien vibana atencion pedía  
 con cortés la licencia para acudir à lo que con la campanilla  
 se le mandaba, que muy lexos de mostrarse ofendidos, salian  
 gustosamente edificados de la religiosa obediencia de el V. P.

Necessitaban los Superiores de estudiar el modo de ordenarle algo; porque él, como aquel verdadero obediente, à quien celebra San Gregorio, *gladio precepti se immolat*, ni necesitaba de mas Abraham, que el Superior, ni de mas cuchillo, que el precepto, para hazer de sí un entero sacrificio.

In Psalmo. 118.  
Serm. 13.

Segun lo que amaba quanto le era mandado, que es el segundo grado de la obediencia, pudiera dezir à los Superiores lo que el Profeta à Dios, *levavi manus meas ad mandata tua, que dilexi*, pues este amor à los Superiores, à sus ordenes, y el mismo obedecerlos le hizo tan pronta, tan cumplida, y tan gustosa su obediencia, que parecia ella la prueba de aquel comento de S. Ambrosio: *Legem diligetas, ut legem libenter impleres*. Le oíamos explicar este su amor à la obediencia diziendo: *Que mayor gusto puede aver en esta vida, que saber uno, está haziendo la voluntad de Dios en lo que manda la Santa Obediencia? Para mi es este un singular consuelo aun en mis mayores tribulaciones*. Y cierto, que con mayor viveza nos lo dezia aquella sensible alegría, y gozo, con que se entregaba todo à quanto le se ordenaba. Gaitó gran parte de su vida en ministerios bien humildes, è igualmente molestos: pero su amor à la obediencia se los hazia honoríficos, y suaves. En la continuada alternacion de terribles desamparos, y regalados favores del Cielo, que como dos bien batidas alas servian al espíritu de este gran Siervo de Dios para subir volando hazia la cumbre de la santidad, era muy frequente el mandar le varios de nuestros ministerios. Y quien sabrá resolver, quando le eran mas molestos estos exteriores empleos? si quando anegado en amarguras lo ahogaban las desolaciones? ò quando inundado en dulzuras lo regalaban las delicias? No es mas violento à la desamparada Tortolilla trocar en suaves canciones los tristes gemidos por su viudéz, que al V.P. aver de consolar à los otros, quando aun su grande coraçon era pequeño para el insufrible tormento de sus intimos desamparos. Sin embargo, como era verdad, que amaba la ley para cumplir con gusto la ley, le endulzaba tanto esta amargura el sabor de esta obediencia, que, como si oyera la voz de Dios, que lo llamaba con las voces, que al alma santa, assi tambien, como ella, se levantaba, y rodeando plazas, y calles, solia en los mismos ministerios encontrar al Amado de su alma, que en el retiro mismo se le ausentó. Parecia esmerarse el Señor en premiarle tan heroica obediencia; pues se observó, que sus mas celebres raptos en Sermones, y otros ministerios fueron en la ocaçion misma, en que avian precedido estos desam-

desamparados. Por el contrario otras vezes, quando gozaba las mas intimas vniones de su violenta charidad, le dezia la obediencia lo que al Alma su Esposo Dios: presto, presto, ven *ad animarum lucra*, à sudar en el trabajo de ganar almas à Dios. Quando el chicuelo hambriento sepa soltar sin violentarse el pecho, con que acariciandolo lo regala su Madre, entonces no será molestisimo al Alma sentirse arrancar del castisimo regazo de su Esposo Dios. Si bien esta molestia queda admirablemente suavizada al oír la voz de Dios, que, como agudamente notò San Bernardo, no le manda *ir*, sino *es venir*; porque el dexar el ocio santo de la contemplacion, en que està con Dios, es para hallarlo de otro modo en el trabajo de ganarle almas. Y por esso, *sumpto contemplationis gustu, valentius ad conquirenda lucra felicitatis alicrius recurrit*, al salir de su retrete à los ministerios, aunque parecia arrancarsele el coraçon de su centro, se dexaba ver con vn semblante tan aiere, como de quien no dexaba, sino es trocaba el bien ocupado ocio de su privada contemplacion por el gustosissimo afan *acquirendi Deo, qui enim similiter diligant*, de ganarle à Dios almas, que lo acompañen en andarle.

En sus enfermedades tan penosas el orden de solo el Medico, ò el Enfermero, à quienes la regla nos manda tambien obedecer, bastaba, para que repetidas vezes tomasse cosas de alimento bien repugnantes à su paladar, y estemago. En varias ocasiones, que le dezia el Enfermero, tomasse vna cucharada de aquellas inulsas sopas, la tomaba, aun previendo, que se avia de escaldar la lengua, como de hecho muchas vezes se le hizieron llagas en la boca. Bolviendo el Enfermero à darle otra, alegaba para alentar al V.P. que era preciso comer: à que respondió con graciosa serenidad, *pero como no es preciso quemarse, aguardaba, que se templasen vn poco*. Vn poquillo de queso era el mayor regalo de su comida: pero, como alimento tan extraño, y aun opuesto à sus accidentes, le dixo el Medico, que no lo comiesse. *No lo bolverè à tomar*, respondió el obediente Padre, y así lo cumplió el tiempo, que le quedó de vida. Por esta misma obediencia tomó medicamentos tan contrarios à sus accidentes, que le ocasionaron otros unas gravosos. Ya la experiencia se los avia enseñado; pero como la complicacion de enfermedades no permitia el regular curso de vna misma curacion, dexaba obrar à los Medicos, y solo trataba de obedecer. Algunas vezes le asaltaban los temores de sus escrupulos; pero como se trataba de materia contraria à su cuerpo, facilmente los deponia; porque

S. Bernard.  
Serm. 57. 18  
Cant.

D. Bernard. in  
Cant. 58.

con intenso estudio, y reperidas consultas tenia muy a averiguado hasta donde se extendia la obligacion de mirar por la salud, y vida: punto, en que se gobernaba por aquellos principios, que siendo por vna parte firmes, classicos, y no repugnantes à la Ley, eran por otra parte los mas favorables à sus ansias por morirle, ò por padecer viviendo. Estos principios, cuya espaciosa esfera se dilatada mucho con la firme persuasion, en que lo tenia su humildad, de que su vida no era vtil, sino estorvosa, y dañosa, le daban aquellas licencias para tratar à su vida, como quien dessea, que se acabe sin ser el V. P. el homicida. Y ciertamente lo que le observabamos, y tal vez le oiamos, nos hazia ver, que debian contarle entre los mas heroÿcos actos de su obediencia aquellos, con que se reducía à reparar su salud, ò mantener la vida. Bien cierto estoy, que fue extremadamente fino aquel amor à la obediencia, que pudo contener, aunque tan poco, sus ardientes deseos de morirle.

Ni su pronta execucion huviera sido tan exacta sin el imperio de este amor à la obediencia, ni huviera sido tan constante este amor sin vn juicio pleno, y practico, que le asegurasse ser mas conforme à razon quanto el Superior ordena, ò à lo que se inclina, que es el supremo grado de obediencia. Con oydos, y sin ojos en vn modo semejante à el que se suele tener en cosas de Fè, creia, que la voz del Superior era la de Dios: à el oir à su Señor, que hecho obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz dezia, *mis ovejas oyen mi voz*, no necesitò del comento de San Basilio, que añadió, *non disputant, hoc est, non sunt inobedientes*; porque persuadido à que disputar lo que se manda, y ser inobediente es lo mismo, en oyendo la voz de Dios, que resonaba, ò en la regla, ò el orden, ò en la voluntad del Superior, à el instante respondia; como el Novicio Samuel, *ecce ego, quis vocasti me*, con vna rara sencillez, que se hazia mas admirable en la viveza de su ingenio, cuya perspicacia pasó en puntos de obediencia à vna ceguedad tan prodigiosa, que, aunque oyesse encontradas voces, como Samuel, ni aun veia los motivos por mas claros, que fuesen, para dudar. Con menos parece, que se contentò San Gregorio para tener por perfecta la obediencia del mismo Samuel, que obedeciò à la voz contra la voz; *quis nescis indicare quisquis perfectè didicerit obedire*. Llegò esta ceguedad à grado tan subilime, que nada se le ofrecia en contra por mas que pareciese, ò importuno, ò extraordinario el orden del Superior. Y el que en esta materia se hizo tan ignorante para ser

Sabio, era igualmente ingenioso en hallar prontas razones para defender quanto la obediencia ordenaba. Sucedió algunas vezes llegarle algun orden del Superior; pero tan trocado en las palabras de quien lo intimaba, que parecia extravagante: y aunque ya se sabia, que ni en burlas, ni en veras nada se podia dezir en su presencia contra los ordenes de el Superior, no obstante por oír como discurría vna obediencia por otra parte tan ciega, solian algunos buscando ocasion de deseo de saber, qué razon podria aver para semejante orden. Era rato de igual gusto, que edificacion, ver aquel ingenio, que apretado con la dificultad de la especie de disonancia, que traía en su misma frente el alterado orden, se exprimía à sí mismo hasta sacar congruencias, que lo hazian parecer racional. Si el amor gran Maestro de transfigurar semblantes sabe hazer, que à la Madre parezca hermosa la fealdad misma de su querido hijuelo: tambien hazia, que à el V. P. pareciese prudente la misma disonancia aprehendida en el orden, que el tanto amaba.

En solas dos cosas, que por otra parte fueron la mas fina prueba de su heroyca obediencia, se le reconoció aquel genero de repugnancia, para la qual la obediencia misma, bien que despues de muy rogada, da finalmente gustosa su licencia. Vna fue el ser Superior. Este mandato lo contristó sobre manera, y, para que se lo dispensassen, se valió de quantos medios supo discurrir su ingenio capaces de contenerse en los terminos de vna religiosa resignacion. Quando cituvieren entre sí reñidas la obediencia, y la humildad, entonces podrá dezirse, que esta resignada renitencia à la Superioridad no eleva à mas alto grado la rendida ceguedad de la obediencia; porque, si intimamente se mira, como ay creer en la esperança contra la esperança, tambien ay querer en la obediencia contra la misma obediencia; pues todo viene à terminarse en que no quiere mandar, porque quiere obedecer. Nunca será verisimil, que no cupiesen en la mas ciega obediencia aquellos tan repetidos, como resignados esfuerços, con que el humilde Moyse alegaba à el Señor sus razones, *quis sum ego, ut vadam ad Pharaonem, &c.* por librarse del formidable cargo de ser Dios de Faraon, y Superior de Israel, como se le mandaba. Obediencia, à que no negaria el Doctor Maximo aquel escogido elogio, con que hermosamente ilustro, *egregie pudore decoratam*, à la rendida, con que se resistia Jeremias, *quia pauper ego sum*, à la Dignidad de Profeta. La otra cosa, en que la obediencia le permitió vna santa, y constante

repugnancia, fue en quanto miraba à el cuydado de su cuerpo. Ya insinuè, que todos los Superiores, pareciendole à cada vno, que el lo avia de conseguir, intentaron moderar sus extremos rigores singularmente en la abstinencia; pero encontraban en sus instantes suplicas vn genro de eficacia tan persuasiva, y en su misma abstinencia vna especie de vigorosas fuerzas tan estrañas à lo natural, que no dudaron ser Dios, quien dexandolo andar con passo tan lento hacia el alivio de su cuerpo, le hazia correr hacia el rigor, siguiendo los passos de Samuel, que corria llamado de Dios para salir del descanso de su lecho, pero andaba con lentitud mandado del hombre bolver à el molino descanso, como observan los Interpretes. No obstante muchas vezes hizo en obsequio de la obediencia heroicos sacrificios de su entablada severidad, y aun reuivendo, que le quitassen la salud, como de hecho algunas vezes amenazaron à quitarle la vida con los estraños accidentes, que se le ocasionaron de comer algo estraño, ò mas de lo que solia. Y esto sirviò de nuevo motivo à los Superiores para dexarlo correr por donde Dios lo llevaba: y al V. P. para dezir con gracia à los Superiores: *si V. Reverencia quiere, que coma otra cosa, ò mas, mandele à el estomago, que lo admita: que à mi muy bien me sabe.* Y finalmente la eficacia de sus suplicas reverentes à la obediencia lograba de la misma obediencia para sus austeridades aquella licencia, que aun tomandola con mas animosidad el Señor San Pedro, *non lavabis mihi pedes in aeternum*, le adquiriò el glorioso renombre, con que lo llamó San Cyrilo Alexandrino ensalzando su obediencia, *reverenter inobediens*.

Mendoza T.  
Reg. 3. 1.

Apud Mendoza  
ca supra.

su admirable  
sigor de vida.

## §. XI.

Pienso, que ni la mas severa mortificacion podrá ya con razon gloriarse, de que como peregrina de el mundo tiene puesta su habitacion fuera de el mundo allí en los desertos de Egipto, en las soledades de la Thebayda, en las cimas, y entrañas del Sinay: pues este austerissimo Penitente la hizo morar entre las delicias de las Ciudades, y muy satisfecha con los reales de aquellas victorias, à que por ventura no daba oportunidad aquel desierto, en donde, por estar mas distantes los contrarios, pudiera no ser tan difícil el resistirlos, ni tan glorioso el vencerlos. Con este espiritu de rigor se fue à aquella soledad, que el se edificò en la misma Compañia, en que pudo hazer, que los Pablos, Pacomios, y Estercans viesse renovados entre los

mismos enemigos, que con sola su vista doblan las fuerzas, aquellos triumphos, cuyos famosos trophéos dexaron ellos colgados á la eternidad en las breñas de sus desiertos, en las cimas de sus montes, y en las cuevas de sus peñascos. Aqui vieran vn hombre, que estampando sus pies en lo mas arduo de aquellas pisadas, se mantenía con poquísimo alimento no solo vil, sino asqueroso: tan mal pagador á la naturaleza, que pasando las noches en continuas vigiliás, salía de la executiva deuda de el sueño dándole muy pocos quartos de hora, y no pocas vezes falsos, para ella. Vieran vn hombre, que se ponía por vestido el cilicio, que se rasgaba con abrojos sus carnes, que en los ardores del Estio se refrigeraba con fuego, que en las inclinencias de el Invierno eran los yelos su abrigo, y que enjugaba con nuevos afanes los copiosos sudores de su continuo trabajo. Vieran vn hombre, que á el oír por vna parte á el Apostol dezir, que la carne mueve guerra contra el espíritu, y por otra á el Señor, que no vino á poner paz en esta guerra, sino á dar armas á los suyos para la victoria, se declaró práctico enemigo tan santamente furioso contra su cuerpo, que no contento con quanto se le mandò contra él, hizo tambien quanto se le permitió para rendirlo, y huviera sin duda pasado, si le fuera licito, á matarlo. Estos palmosos esfuerços de su espíritu contra su carne eran muy correspondientes á aquellas luzes, con que el Señor misericordiosamente le descubrió la desenfrenada tiranía de la carne contra el espíritu. Ya en sus conversaciones privadas, ya en los fervores de sus Sermones le oíamos exclamar vivísimamente con aquellos sentimientos de San Bernardo, *quam domesticus hostis! quem perniciosam lústra! quam continuum bellum! ò vil! ò traydor enemigo! dezias; con nosotros nace como tierno cachorrillo halagueno: con nosotros crece, y con él los rugidos de fiero Leon, que horrorizaan, y las garras, que despedazan: con nuestro mismo sueño se repara él, con nuestro descanso se recobra, se alimenta de nuestra sangre, se sirve de nuestras fuerzas, se haze insolente con nuestras mismas armas: y tan porfiado en las batallas, que ni aun vencido admite treguas. O infelicissima condicion nuestra! *hostem hunc crudelissimum nec fugere possumus, nec fugare: si tratas con las gentes, allí está él con mil lazos para sus entredos: si huyes á los desiertos, no dudará vestirse de Hermitaño por perderte: si á la celda, allí se oculta para lograr su traycion. Siempre no solo se va contigo, sino es que su lo llevas, siendo vn perfido, que con sus gustos arromenta, y con sus delicias mata.**

Sermo. 7. in  
fragm.

72.  
Sobre todo no podia, ni aun pensar sin summa congoja, que *habet hunc ipsi cogimur sustentare*: puede imaginarse mayor desdicha? dezia; que me vea yo obligado à sustentar à este traydor mi cuerpo, que vive con mi muerte, se alegra con mis lagrimas, y que entre mis mismas cenizas esconde su infernal fuego para consumirme? Que me vea yo obligado à conservarle la vida à esta fiera, que con su respiracion apesta, y con su vista como de basilisco mata, y como va pestilente contagio todo lo corrompe? Si quiero levantar mi coraçon à el Cielo, èl con su peso lo abruma: si quiero embiar alla mis deseos, como con cadenas me los amarra: si quiero clamar à Dios, me turba: si quiero llorar mis pecados, me divierte: si quiero castigarlo, me engaña con mil alhagos, para que lo dexé: que he de hazer con este traydor enemigo, ferioso en sus assaltos, molesto en sus porrias, astuto en sus ardidés, que ni puedo apartarme de él, ni puedo apartarlo de mi?

Con estos vivísimos sentimientos exclamaba con el Apóstol: quien me librarà de el cuerpo de esta muerte? Pero viendo, que no podia librarse, y que era necesario ir siempre cargado con él, resolvió con assombrosa constancia aligerarlo tanto, que su carga no sugeraile à su espíritu. Para esto le cargò à él la mortificacion de Jesu Christo. Y pues yo (dezia) me veo obligado à llevar siempre, y en todo lugar sobre mi à este traydor, lleve èl siempre, y en todo lugar sobre sí la mortificacion de Jesu Christo, q̄ es *longa, & viva mors*, larga, y viva muerte; para que viviendo muerto no tuviese brios de vivo, ni tuviese vigor para matar el que eficazmente lo tenia para vivir. Certifico à V. Reverencias sin passar los limites de vna pura narracion, que con este santo corage reduxo su cuerpo à vna vida tan muerta, que no pensaba en desear demasias el que casi no tenia aliento para sentir el verse tan sin compasión maltratado. Tal vez le oimos explicarse con esta, y semejantes expresiones: *El jumento atrazonado, que solo trata de engorgerse, para que no le alcancen tan recias los palos, no trata por entances de tirar coxas à su amo.* Y à este proposito celebraba mucho la gracia del Señor San Francisco, que llamaba à su cuerpo *el hermano asno*. Y aunque su rara humildad (à quien jamás pidió licencia, ni ella se la dió para hablar de sí mismo, sino es despreciandose) le hazia hablar con esta abstraccion; pero bien veiamos todos, que él era el que trataba à su marchito, y herido cuerpo con mucho mas rigor, que à un jumento atrazonado, y apaleado; pues lo puso con sus severida-

des,

Coro. 2. Co-  
visib. 4. 10.



des, y santas iras en tales terminos, que no pareció temerario à los hombres de mas juicio, contando entre ellos Medieos bien expertos, persuadirse, que, atendidas todas las circunstancias, era fuera de lo natural su vivir. Algo es preciso individuar, ya que su humildad escondió lo mas.

Jorán à el ver turbada su Corte con el sitio tan apretado, con que Benadad Rey de la Syria la puso en la vltima miseria, en que las madres se comian à sus hijos, vistió su carne de cilicio: el perseguido David à el sentir las molestias, con que lo fatigaban sus enemigos animados de Saul, se vestia de cilicio, y humillaba con el ayuno las altanerias de su carne. Pero el V.P. para tener à este enemigo tan sin fuerças, que ni aun pensasse el asedio, y tan acobardado, que antes tratasse de huir, que de asaltar, andaba siempre cargado de cilicios, de los quales vno era al talle de jubon, otro vna cruz de agudas puntas, y otros de varias figuras tan horrorosas à la carne, como agradables à su espiritu; que con ellos tenia tan en prisiones al jumento de su cuerpo, que podia mal moverse, y tan cargado, que le obligaba à agoviarle. Aunque nunca le faltaban pretextos, à que atribuir lo que no era posible ocultar, pero sin ser necesarios los lastimosos indicios, que dexaban sus llagas en su pobre ropa, mu y bien veiamos, todos, que las asperas travas de sus cilicios eran la causa de aquella tarda violencia de sus movimientos. No eran mas suaves las disciplinas, con que apaleaba al jumento, como el V.P. lo llamaba. Sobre ser de hierro, y con muchos ramales, las tenia sembradas de abrojos, y otras puntas de fuerte, que sin mucho estruendo hazian grande estrago: y con esto consiguió, que no fuesen sonadas sus disciplinas, como à los principios lo fueron por lo ruydolo de los golpes. Con ellas se azotaba todos los dias, y creció el rigor hasta tres vezes cada dia, por tanto tiempo, y tan sin lastima de su carne, que ya por el dolor de los golpes, ya por la sangre, que derramaba, solia desmayarse: y lo ordinario era quedar tan sin fuerças, como si lo estuviera. Quando lo encontraba alguno hecho lastimosa victima de tan cruento sacrificio, luego se escondia entre el confuso significado de aquellas sus truncadas voces, *estos flatos, esta ruia cabeza, &c.*

Fueron casi continuas sus vigalias ya como necessarias por su abstinençia. Quando dormia como vna hora, y media interrumpida con los pesados susos de quien teme, y las quietas nozobras de quien ama, le parecia vn grande exceso, y trataba

presto de reformarlo. Para este corto sueño, que la naturaleza se tomaba, cierra, de que el Padre nunca se lo diera, muy poco le servia su pobre cama; pues de ordinario no le consentia mas, que ò el desnudo suelo, ò vn duro baquillo, ò vna dissimulada tabla muy angosta, mejor para dar tormento, que descanso. Sus manos hinchadas, y llagadas con los destemplados frios del Invierno causaban compasivo horror; pero el V. P. tenia muy pronto el remedio, de que vsaba con gran frecuencia; que era bañarlas muy de espacio en agua casi elada, en que con el mismo regalo se bañaba el rostro. Para abrigo de lo restante del cuerpo vsaba el Invierno la ropa del Verano, y tan rayda, que apenas bastaba à cubrir la desnudèz. La compasion de verlo como erizado, y elado obligò à hazerle, que se pusiesse vn soldado: apenas se lo puso, quando se lo quitò diziendo, que *cabeça loca no quiere teca*. El Verano con el pretexto de que tenia las manos llagadas, solia sacar de vna caldera agua tan hirviendo, que aumentaba nuevas llagas: pero en advirtiendolo, que ya seria reparable, para curar las llagas con cauterios las aplicaba à vna plancha de hierro, que sirve en el fogar de recoger las llamas, y quando alguien podia verlo, hazia como quien va à tomar vn plato, en que solian dexarle, ò vnas yervas, ò vnas sopillas à su modo. Estaba el plato de ordinario tan quemando, que en vna ocasion quiso vno con religiosa vrbánidad prevenir à el Padre dandole el plato, pero lo sintiò tan ardiente, que con licencia de su cortesía lo dexò caer, instando à el V. P. que no lo tomasse hasta traer alguna defensa contra aquel ardor. Pero el V. P. tomandolo con gran sosiego en las dos manos, y aplicandolo muy de espacio à los labios para tomar algun forbillo de aquel caldo, ò agua hirviendo, sonriendose dezia: *pues digo, si yo me quemara, le avia de tomar?* Si bien las ampollas, y llagas de sus manos, y boca lo dezian mas claro. Ordinariamente tenia la lengua, y paladar tan quemado, que saltandole la natural temperie para el sabor no se lo tomaba à la comida: pero esto acaso pudiera servirle, para que no le fuesse tan molesta la defabrida, de que se alimentaba. Sufrió los vehementes dolores de vna apostema causada de la acrimonia de el reumatismo, hasta que rebentandose por sí misma, se puso con la falta de curacion tan destemplada, y horrorosa, que le hizo escrupulizar por el temor de mortificacion en la parte, ò corrupcion en los huesos. Descubriòle à vn Medico muy confidente hijo espiritual suyo, y obligandolo à silencio le dixo: *decláremested, si ay riesgo, que*

en conciencia me obligue à la cura: pero si no ay mas consecuencia que mi padecer, esso no importa. Si se sentaba, apretaba contra el aliento el cilicio: si arriunaba la espalda, se clavaba las puntas: si enfermo estaba en la cama, tenia en vago vna pierna: quando esta ya se le caia, ponía en vago la cabeza, y como esto era visible, lo reducía à conveniencia, porque el calor de la almohada lo molestaba. Con la pasmosa mortificacion, que de lo dicho puede colegirse, tenia su cuerpo, à imitacion del Apostol, tan castigado, que no pensaba mucho en dar heridas à el alma, quando tenia tanto, que padecer, y hazer en dolerse, y curarle de las fuyas: tan reducido à vna sujecion de esclavo, que ya no dudaria San Basilio entregarle las riendas de sus sentidos, que como indomitos Cavallos tiran con gran ligereza el Carro, aunque tan pesado, de nuestro cuerpo, en que el pobre espiritu se ve obligado à caminar con el iusto de tan continuos precipicios: à el verlos ya tan domados, y obedientes à el freno, poco tendria, que temer, *ne mens velut auriga ab equis contumacibus rapiatur.*

*Hamil. de le-  
gid. Gen. Lib.*

Como à este furioso bruto el cansancio, que mas lo rinde, la herida, que mas lo desangra, y el freno, que mas lo sujeta, es quitarle las fuerzas con el ayuno; porque mientras tiene bríos, aun cansado se levanta, herido tira cozes, y el freno suele quebrarlo: pero en falsandole las fuerzas, dezia, poco cuesta el sujetarlo: por esso donde el V.P. mostrò con mayor ardimiento aquellas sagradas iras, en que se encendia contra este domestico enemigo, fueron sus inimitables ayunos; con que le puso en la extrema debilidad. Quando le dezian, que mirasse algo por si, si quiera para vivir, solia responder à modo de vencedor, que insulta, y se alegra con los despojos: *hà vil! hà traydor! no Padre, yo estoy bueno, y fuerte.* Estabalo sin duda su espiritu, quanto estaba debilitada su carne. Otras vezes respondia con sus santos dissimulos: *ò Padre! que es indecible, lo que yo me curyo.* Y tal vez, que le replicaron, que claro està ser indecible lo que no ay: el V.P. sonriendose, de que lo avian entendido, se reparaba con otra santa equivocacion diziendo: *que no Padre, yo soy un jumento incapaz de estos mysterios, que P. Reverencias quieren ballar en mis rufficas palabras.* Su especial espiritu de abstinencia se reconociò de la entrada en su Noviciado: fuese perfeccionando cada dia mas, y mas; y mientras mas le iba el Señor dando à gustar las suavidades del espiritu, le causaban mayores vascas las de la carne. En materia de alimento fue continuada su reforma hasta no tomar mas que aquel, que le iban mostrando las continuas expe-

riencia.

riencias, ser absolutamente necesario para no quitarse la vida. Muchos años antes de morir era su regular alimento en las 24. horas del día cosa como de dos, ò tres onças. Pero acaso lo suficiente, y fazonado podria suplir por lo escaso de su alimento? Esto es lo que parece aun todavia mas affombroso. Esta cortisima cantidad era algun pedacillo de pan ya desechado de otros; porque ya no se podia tratar de partirlo de vn pan entero: vnos casquillos de nuez, ò passas, ò alguna poquillo de queso, ò quatro, ò cinco azeytunas, ò vnas delabridas sopas, ò algunas mal fazonadas yervas, sino es las muchas vezes, que las tomaba con toda, y sola la fazon de el agua, en que se cocian. Estas rusticas, é insulsas comidas tal vez eran tan sabrosas á sus continuadas hambres, que no lo serian mas al Rey Artaxerxes fugitivo aquellos higos secos, y pan de cevada, que suplicando las salras de sus robadas acemilas le hizieron con su regalado sabor exclaimar: *Dij boni! eiusmodi voluptatis bastenus inexperius fui!* Y para todo hallaba congruencias. *El pan duro, dezia, se esponja mejor.* Con passas, y nuezes mucho se esponjaria. *Las nuezes son digestivas.* Pero de qué lo avian de ser? *Las passas enjugan los humores.* Como si no estu viera bien seco. *El queso es elimentofo.* Y esto era de lo que él huia. *Las azeytunas sientan la comida.* Como era tanta, necesitaria de essa ayuda. *Las lebugas refrescan.* Pero las tomaba tan hirviendo, que lo quemaban. Estos eran los regalos, y las abundancias de aquellos dias, en que no se ayunaba, antes se trataba de reparar las fuerças para no caerse muerto.

Tanta esplendidez de mesa era preciso moderarla assi en la cantidad, como en la calidad, y se inoderaba con gran frecuencia. El exceso de el regalo se reformaba assi: en vn plato lucio hazia con aquellos mendruguillos, *que se esponjan bien*, vnas sopas, cuyo aderezo no era agua pura, sino del fregado, ò aquella, en que se avian lavado las manos, ò enjuagado la boca otros. Y este era el condimento por cierto muy proporcionado á su asea-do genio; y estas sopas, dezia, *son muy lindas para abrigar el estomago.* Otras vezes hazia vn gazpacho en todo, y por todo muy hermano de aquellas sopas, de que se distinguia en ser fria el agua; y este gazpacho era *muy lindo para refrescar.* Otras vezes baxaba á deshoras á la cocina, y de aquel gazpacho, que bolvia de sobras del Refectorio, y lo amontonaban en vn perol para los pobres de la puerta, se proveia de viveres en aquel su desportillado pucherillo hasta el Jueves en la noche, que bolvia á

*Plut. in Reg.  
Agopht.*

la misma provision hasta el Domingo. Con lo ardiente de los calores del Verano se secaba, se azedaba, se corrompia, y apelmazaba, quanto se dexa entender. Y de aquella pella de manjar, que acaso no la quisieran los perros, iba sacando los primeros dias en vna cecudilla, que podia servir de cobrera à su puchero, y despues cortaba vna como rebanadilla de aquel azedo pelmazo. Otras vezes, recogida ya la Comunidad, iba xaba à la cocina, y con su candil en la mano buscaba por aquellos rincones, si les avia sobrado à los mozos algo, que no fuesse carne, como alguna cortecilla de pan, ò ensaiada. Pero, ò porque le parecian mucho regalo aquellas sobras, ò porque no encontraba otra cosa, por suponer los Oficiales, que ya el V.P. tendria su provision; porque muchas vezes los asseguraba con sus mysteriosas frases, *bien pueden los Hermanos desçnyar, que yo ya tengo lo que me menester*: quando esto sucedia, se tomaban otras providencias, que se vieron en repetidas ocasiones (de que infirieron mayor frecuencia los que con santa curiosidad algunas vezes lo azecharon) y eran estas: se iba debaxo de *v. u. u.*, en donde se arrojan los desechos del Refectorio despues de averles entrefacado quanto puede servir para el pobre mas mendigo, y en aquel monton de basura, que primero sirve de que los gatos lo escarben, y despues de que los cerdos lo hozen, buscaba algunas hojillas de legumbres, ò alguna frutilla escondida, ò otra cosa de este jaez. Este era el pienso (para hablar en su language) que se le hazia tomar al jumento con las vascas, q̄ se dexan colegir de su delicado estomago, y natural asseo. Pero andaba siempre el pobre jumentillo tan hambriento, que se hazia muy verisimil lo que el V.P. solia dezir en defensa de sus comidas no ya insulsas, sino es amargas, y asquetolias: *F. Reverencias piensan, que yo me mortifico en esto: pues asseguro, que muy bien me sabe. Creible es; porque anima esuriens etiam amarum pro dulci sumit*: de sus hambres hazia vn sazonado aderezo para estas amargas comidas con otro espiritu, que el de Socrates, quando preguntado, que hazia passeandose tan tarde, y sin cenar, respondió: *para condimentum in cenam*, estoy dando tiempo, à que la hambre me sazone la cena.

Y porque los excessos en la cantidad ya dicha no dexassen al jumento en estado de tirar cozes, ò al enemigo con insolencia para arreversale, cenian su reforma de esta suerte: en Quaresima, Adviento, Temporas, y Vigilias no hazia mas que la vna de aquellas dos tan pocas comidas, que solia. En las Visperas de  
Apos.

Apostoles, y otros muchos Santos de su especial devocion no comia bocado. En las de las Fiestas del Señor, de la Santissima Virgen, y de Nuestros Santos se le passaban ya dos, ya tres dias sin otra comida, que la del vivifico Pan del Cielo. A estos dias se añadian los muchos, en que se hazian experiencias para observar, quanto tiempo podria dexar del todo la comida sin usarse. En un hombre por otra parte tan gastado en continuados estudios, tan afanado en trabajosos ministerios, tan oprimido con molestissimas vigiliass, tan castigado, y aun delangrado con los rigores de su austeridad, tan consumido con los fervores de su exarico amor, y tan debilitado con su perpetua abstinencia, que estragos no causarían los ayunos de tantos dias, que componen tan gran parte del año, en que ni vna ligera refeccion se concedia à tan delicada naturaleza? En estos mismos dias era mas estrecho su encierro, y lo que faltaba de alimento, se suplia con mas disciplinas, mas cilicios, mas vigiliass, y otros rigores, que se remplaban en las suavidades de su contemplacion. Para disimular la extrema severidad de estos ayunos se solia llevar (y entonces con gran cuidado, de que lo viesse) algunas passas, ò nuezes, que se quedaban intactas. Pero al dexarse ver despues qualquiera pudiera dezir lo que el otro, *valtus loquitur quodcumque negas*. Erizado el pelo, el rostro palido, sumidos los ojos, caydos los parpados, afilada la nariz, los labios cardenos, todo temblando, y con aquel floxo movimiento, como de quien se cae, edificandonos, y enterneciendonos à todos, no nos dexaba valor para mirar aquel lastimoso objecto tan contrario al otro Gloton delicioso, contra quien dezia compadecido por otro termino Pythagoras, *heus! miser, non desinis comitudo ducissem tibi carcerem preparare*; pues el V. P. tenia la caxel de su cuerpo tan rota, que pudiera huirse por muchos portillos el Alma: y el edificio todo tan cascado, que en la inminente ruyna de la clausura se dexaba ver cercana la libertad de su affligido espíritu preso. *Quando en una de estas (soliamos dezir) se ves ba de quedar muerto sin saberlo nadie?* Despues se foflegaron estos temores con la bien fundada persuassion, que era Dios quien lo guardaba. De estas sangrientas batallas salia su triunfante espíritu tan santamente encarnizado contra el enemigo su cuerpo, y como tan insolente con las victorias, que, aunque el pobre cuerpo, ya mas que rendido, pedia, no sueros de prisionero, sino es siquiera la vida para servir de esclavo, jamás se la concedió à el, sino es à solo Dios, que se lo mandaba. Bien cierto estoy.

*Scut. in Hert.  
Al. 1.*

*D. Basil. homil.  
de legend. Gen.  
sil. lib.*

que, si le preguntaran lo que à S. Dorotheo, por que queria mazar à su cuerpo: responderia al punto lo que el Santo: *quia & ipsum occidit me.* Al sentirse ya en el ultimo estrecho de la obligacion de alimentarse algo, ciertamente le sucedia lo que al Santo Job: *quoniam comedam, suspiro.* La irresistible vehemencia de sus afectos tomándose la licencia antes pedida, y siempre negada por su humildad, le hazia tal vez explicarse con medias palabras, cuyo sentido perficionaban los suspiros: *Es posible, Señor, que me mandes no acabar con un enemigo, que quiere acabar conmigo! que me mandes pensar à un bruto, que quiere despenarme! apuntalar esta carcel, cuya prision me retarda el verte! vivir con un traidor, cuyos halagos quieren apartarme de omarte!* De aqui el aver de tomar alguna refeccion le era à las vezes mucho mas intolerable, que el ayuno mismo; porque ò las avenidas de la dulzura de la gracia, ò quando estas se detenian, lo poderoso de estos motivos tocian à puñados el acibar sobre aquellas infuillas viandas. Y esta era la causa, de que aun en las hambres pudiese muchas vezes dezir, como le oyimos, que era notable la repugnancia, que sentia à la comida. Si bien se le observò, que esto solia de-zirlo, quando la comida era menos mala.

Lo que he dicho del extremo rigor, y santas iras de este valiente espiritu contra su enemigo el cuerpo podrá acaso parecer algo. Pero aseguro à V. Reverencias, y no me engaño, que es bien poco respecto de lo que qualquier razonable capacidad puede inferir de aquel palmoso principio, que inviolablemente observò: *no he de dar alivio alguno à esto, ni grande à mi cuerpo, sino aquel, à que me obligare la conciencia: le he de hazer toda aquella violencia, que me permittete el no ser injusto homicida de mi mismo.* Es verdad, que ni lo hemos hallado escrito, ni se lo oyimos perfectamente pronunciado; porque su humildad (sibra dezir, demasiada) se opuso à todo. Pero se nos quedó bien impresso en ciertas medias clausulas, que se acababan de llenar con ciertas acciones mas expresivas, que las palabras, que faltaban. Muy bien penetran V. Reverencias las consequencias tan muchas, tan grandes, tan pequeñas, tan admirables, tan horrorosas, que para todo, y para siempre se continen en aquel principio tan ancho, y tan estrecho. Pnestodar inviolablemente las facè en la practica tanto, que ni el mas mezquino fue tan escrupuloso para repararse en los gastos ordinarios de los que acaso hizo en algun convite, quanto lo fue el V.P. en pagar luego con doblados ayunos, y rigores alguna inexcusable condescendencia à las

las charitativas instancias, de que tornasse algun corto alivio. Mas bien creyera yo sobrarle mucho, que saltarle algo à este tenor de vida para aquel celebrado martyrio, *horrore mitius, dimissuritate molestias*; pues juntó con los honores la longitud. Y ya de este agora nos sirve de prevencion para no estrañar despues los muchos, y raras prodigios, con que ya ha comenzado el Señor à honrar à este se mortificado Siervo; pues segun oportunamente observaron los que en el Prado espiritual escogieron las mejores flores, la gloria de los milagros, con que Dios ilustra à sus Siervos, es como sombra, que sigue à la mortificacion, y austeridad de la vida. Y hablando de los rigores en la abstinencia, à ellos scribye San Ambrosio los prodigios, con que admiró al mundo Elias: su ayuno serend el Cielo, su ayuno le desató en liuuias, su ayuno resucitó al Hijo de la Viuda, su ayuno hizo, que lloviesse fuego, su ayuno, mas que los cavallos del carro, lo arrebató à Dios, su ayuno dividió las aguas de el Jordan dando suelo firme à sus pies.

Hasta aqui el sacrificio de animales, que se degollaban en el Altar exterior de el Atrio. Queda el de Thimiana, que se ofrecia en el Altar interior del Templo de Salomón. No dudare dezir lo que à vista de tanta severidad parece mucho; pero ello es mucha verdad: esto es, que la interior mortificacion de sus pasiones fue en grado muy superior à la externa de sus sentidos. La exterior es aquel Sacrificio, en que algo reserva para sí el oferente: pero la interior es el holocausto, en que todo el coraçon se ofrece à Dios. Esta interior abnegacion es la general virtud, que pelea contra la concupiscencia de la carne, que con el amor proprio haze, que le siga el espiritu aun gimiendo, como seguia llorando Phaltiel à su robada Michol. Esta es aquella valiente, y universal resolucion, que haze à los que son de Christo crucificar la concupiscencia de la naturaleza viciada con los malos habiros, y movimientos de las pasiones. Y ella es la circuncision *cordis in spiritu*, que, ya que no pueda sacar la raiz de la concupiscencia, no la deve brotar aquellos viciosos retoños aun levemente opuestos al amor Divino. Para contraer algo esta materia tan abstracta, *tria in anime circuncidanda sunt, autemodis, irascibilis, concupiscibilis*. Ni aun las racionales operaciones se librán de la tyranta de la carne. Pero el V. P. como si le huviera quitado à Josué aquellos afilados cuchillos, que le mandó Dios hazer para esta segunda circuncision del coraçon *in spiritu*, se armó con ellos para liberrar su espiritu. Porque

Di. Bernard.  
Serm. 30. in  
Cantic.

Apud Corn. 1.  
Corinth. 9. fin.

De Elia, & is-  
junio cap. 2.

Ad Rom. 2. 19.

Albert. Mag.  
in Luc. 2.



su natural suavidad lo inclinaba al trato asable con las criaturas, no solo entabló el reciro ya dicho, sino es que aun en lo preciso solia mostrarle tan serio, que infundia vn respetoso miedo. Ni aun en las mas racionales operaciones de estudios, de leccion, de contemplacion, de ministerios consentia el mas leve desorden de la propria voluntad, ó inclinacion. En sufriendo algun movimiento de el amor proprio, aunque fuese para imitar à Maria, quando era tiempo de trabajar con Marta, al punto publicandose aquel vando contra el amor proprio, *à voluntate tua appetere*, tocaba al arma, y jugando aquella espada, que traxo Christo Señor N. para armar à los suyos, y que, como de dos filos, penetra tambien hasta dividir el alma del espiritu, con vn prontissimo ardimiento embestia, como si tuviera, que hazer grandes divisiones entre la parte inferior del alma, y la superior del espiritu. Pero el hecho era, que su espiritu estaba tan superior, que no consentia liga alguna con la parte animal del alma, y sus encañigos los vicios, y las pasiones, que en ella residia, estaban tan cobardados, que con solo saber eran sentidos, se ponian en precipitada fuga. Todo aquel ardimiento en embestir, y aquel jugar de la espada eran efectos de el ardiente amor de Dios. No pudo el V.P. ocultarnos, que por la Divina Bondad se halló en aquellos dos estados, que distinguió San Agustin: *non concupiscere, animo perfecti est: non ne possit concupiscere, luctatoris*. Por muchos años faciu afligido coraçon la batalla de aquella porfiada lucha, en que la concupiscencia con sus pasiones embestia à su fatigado espiritu con tan desesperada furia, que aun victorioso el V.P. no daban oydos à aque-  
 lle cortes proposicion de treguas, *deixadme, que vieno la Arroya: y nos hazendos*, por su desesperacion mas insolentes, aun quando mas vencida, lo obligaban à retirarse à su fuerte Torre de David la Santissima Virgen, que era el mas frequentado asylo en sus retiradas, à cobrarnuevas fuerzas para nuevas luchas: de que ya quedan bastantes pruebas. Y este es aquel honoroso estado de luchador valiente, y victorioso. En él nos puso à la vista vn fiel copia de aquel patmo lo original San Gerosimo, quize en los desertos de la Syria que cuando, elado, delviado, beuido, palido, contornido, con sola la piel sobre los huesos, que apenas se juntaban vnas con otras, segun estaban delcoyntrados del castigo. Xn el cuerpo frio, y la carne muerta antes de la muerte solo vivian los incendios del apetito, que, con, si lo sacaran de sí mismo, y de la Syria, le hazian parteder prisionero à las pre-

Apud. Aug.  
 Card. in Eccl.  
 18. 10.

vocativas danças, theatros, y delicias de Roma: hasta que el Señor por su Bondad apagó aquellos incendios, que en los mismos nervios, y carne loca prendian, y le dió tal paz, que le parecia hallarse entre los coros de los Angeles. Tambien parece, que aun en esta vida quiso el Señor dar al V.P. alguna parte del premio de sus vencidas batallas: pues sus pasiones en tan continuadas luchas llegaron à cobrar tanto miedo à su victorioso espíritu, que, quando se dexaban ver en su presencia, mas era como feudatarios, que venian à reconocer el dominio, que como vassallos rebeldes, que hazian guerra à su Principe. Este es aquel alto estado de perfectos, en el qual aunque no está muerta la concupiscencia, está tan mortificada, que con admirable facilidad la obliga el espíritu à obedecerle, comenzando ya à gozar buena porcion de aquella abundante paz, que tiene Dios para los que aman su Ley. En este estado lo vimos los muchos años del ultimo tercio de su vida. La soberbia estaba tan sepultada en lo profundo de su humildad, que tal vez se le oyó, y continuamente velamos en su parte estas humildes sentencias: „ Muy lexos estará de vanagloria el que hiziere vna mediana reflexion sobre su nada. Yo estoy lexissimos de tener „ porque teneria; porque Dios ha tenido cuidado de hazerme „ en lo natural tan insufl, y yo de hazerme en lo espirital tan „ abominable, que me sobran los motivos para despreciarme, y „ aborrecerme.

La irascible se serenó tanto en su constante paciencia, que ya ni aun con tocarlo se aflomaba à su ordinario balcón el rostro, ni aun con vn leve indicio de enojo, ó sentimiento, y ni aun en aquellos casos repentinos, en que como àrraycien suelen lograr la fuya las pasiones. Y ciertamente se le ofrocieron tanques adverbissimos, en que sin duda aun la mas heroyca paciencia le huviera dado permiso para alguna racional queixa. Pero no dió oca, que tales prendas de agradecimiento, y amor, que alguno se fió obligado à dezir, *es esse Padre irascibile?* En los intolerables dolores de su enfermedad todos andabamos afligidos, y turbados; pero parecia averse venido à el V.P. toda aquella tranquilidad, con que el mandato de su Señor sossega ba los vientos, y los mares. La concupiscible quedó tan como espagada en su suavidad, que muy lexos de arrojar las llamas, que lucie, parecia estar embudta en frias cenizas. Como si lo animasse aquel espíritu, con que vivia San Bernardo, *omnia, que mundus amos, verax mihi sum, asi se servia ya de cruz quanto ju-*

erm. 7, de Quae-  
drog.

tierra sería deleytable. Las alabanzas propias, aquellas Syrenas, à cuyo Magico encanto para no quedar, como los fuyos, prese el canto Vileses, hayo de taparle los oydos, para el V.P. quando las oia, eran realmente molestisimas, y ninguno se acrevia à alabarle nada, no solo por el temor de la feria repulsa, sino es, porque se sabia, que era con efecto mortificarlo. Estas gloriosas victorias, con que reduxo sus pasiones à vna obediencia fugacion, se hizieron mas perceptibles en las especies de combates, que tuvo en los últimos años; pues, como si ya no fuera su lucha contra la carne, y la sangre, sino es contra los Principes, y Potestades de las tinieblas, así le oiamos voces, y acciones, que dan mostraban la corporal preñacia de los Demonios, los quales viendo en el V.P. tan rendidas à su espíritu las pasiones, que son como las tropas avanzadas de la vanguardia infernal, con que los malignos nos cubisten, desconfiando ya de ellas, trataron de hazerle la guerra por similitos. Y así en este tiempo todas sus combates fueron en pensamientos de vicios espirituales fugeridos con la sutileza de su maligna astucia. Pero su conciencia por el fino amor à su Dios delicadissima sobrefatada con estos pensamientos, aunque involuntarios, se ponía al punto en arma. Todo se reducía à si pensó, ò no, alguna blasfemia, ò algo contra la Fe: si sabia, ò no, la Doctrina Christiana; temor, con que lo vi yo fatigadissimo. Y como si su espíritu estuviera ya abstraído de la carne, así lo combarian con solos aquellos pensamientos, que pudieran servir de sugestion à qualquier puro espíritu peccable.

Los continuados triunfos, con que su dichoso espíritu llegó à ser tan señor de la carne: y sus pasiones, en nada lo aseguraron, en nada lo hizieron remisso: antes las mismas victorias parecian ocasionarle nuevos sustos para nuevas prevenciones, y cautelas, como quien temia mas trayedoras embestidas. Hasta morir cada dia fue mas solícita su vigilancia por mantener à sus contrarios en la fugacion debida: cada dia dió nuevos temples, y nuevos fines à aquel cuchillo, con que circuncidaba su corazón en espíritu: cada dia rebarió con mas eficaz prontitud sus el mas floxo pensamiento de aquellos, que à manera de exhalacion, aunque amortiguada, descubren algun objeto meos digno: cada dia solió mas avenidas de ciadas aguas, para que no se levantasen aquellas llamas, con que el amor proprio quiere abraçar el espíritu: cada dia fueron mayores sus asustidos, mas feroces sus ayunos hasta à aquel grado superior à la ad-

miración, que en univo confitessimo, no xun entre las just as causas de alguna dispoña, que trae consigo las debilidades, y fragilidad de quito agoniza. Tan visible lo hizo el Señor aquel la verdad, para la qual pedía a los suyos Fè el Señor San Bernardino, *creedme, dezia, las pasiones cortadas retoñan, las ahuyonadas buiven, y las ya apagadas se encienden de nuevo.*

*Is Cant. 58.*

## J. XII.

*So humildad.*

**T**omando trochas, aunque con trabajo, por acortar el camino, que huviera sido demasiadamente largo, llegamos ya finalmente al profundo, y delicioso valle de su humildad, tan defendido de huracanes, que solo se perciben en él aquellos apacibles vientos, con que se alegran, y ríen las plantas: en donde se sienta el Sol con tan benéficos rayos, que olvidado de ofender, no haze mas, que fomentar: á donde corren todas las aguas; pero tan bien repartidas, que no inundan, sino es fertilizan el valle. No dudaba, que así fuese, pues con tanta especialidad queria aquella Divina Flor del campo, y Azucena de los valles escoger este, para que en él se gozasse mas su hermosura, y se esparciesen mas sus fragancias, y tambien, porque se avian de criar en él, hasta lograr su perfeccion, las flores de sus virtudes, que fuera de el fértil valle de la humildad, *statim defunnt*, ó no se crian, ó se marchitan presto; porque á estos humildes valles es á donde embia Dios las fuentes de sus aguas vivas. Pero, aunque con su amenidad nos combida, lo miro allí tan profundo, que tiemblo de entrar en él. Antes de baxar á este abismo, quisiera aqui á su vista, como Abraham á la de el valle Mambre, edificarle al Señor un Altar, en que ofrecerte el sacrificio de nuestro dolor, que ya no tiene mas remedio, que el justo desahogo de amorosas quejas contra su humildad. Otros, como humildes Arboles de el Jardin de la Iglesia, aun quando quieren esconder sus flores, y frutas, se dexan ver mas agraciadas entre aquellas mismas hojas, que con sus sombras las ocultan. Pero el V.P. con un prolixo desvelo, porque no se le exhallasen los aromaticos espiritus de sus virtudes, *se aperta senesum*, tapò tanto el vaso, en que los guardaba, que solo pudimos lograr aquellos, que, ó al recogerlos, ó al taparlos, se exhalaron. Esta como avaricenta humildad le hizo, que nos escondiese quanto pudo, y pudo muchissimo, no solo los actos de sus virtudes, y los favores del Señor, sino es tambien aquellos

*Div. Chrysof.*  
*Homil. 15. in*  
*Matth.*

*Div. Bonavent.*  
*Serm. de uncta*  
*fest.*

**Abandono**, y sacrificios de espíritu, cuyas expresiones fuele  
 no possible del todo la humildad aun à aquellos mayores Santos,  
 que se profesan sus mas severos Discipulos. Pero el V.P.  
 aborreció todo en su propia miseria, y convencido à que en lo  
 natural era un jumento; y en lo espiritual una chimbera, esto so-  
 lo, y siempre sebia dudar de si. Y si tal vez, ò con la natural in-  
 advertencia, que fuele ocasionar la confianza, ò con algun so-  
 brenatural impulso apuntó à dezir alguno de estos sentimien-  
 tos, citivo prontissima su humildad para recogerlo, si era ca-  
 paz, ò para gloriarlo contra si con las preciosas sales, con que  
 dexaba tan sazonzada la gloria, que sin repugnancia la passaban  
 los que no tenian experiencia para distinguir estos labores. Y  
 assi solo sabemos de su espíritu lo que se dexa colegir de su pro-  
 digioso porte de vida, y lo que nos descubrió algun natural def-  
 cuydo, ò algun sobrenatural favor. Tan cerrado tenia el vaso  
 de estos espirituales aromas, que ni aun quando se quebró con su  
 muerte, pudimos recoger nada; porque, aunque es verdad, que  
 al romperse, se llenó toda la Casa, y la Ciudad de un nuevo  
 olor; no obstante, corriendo todos tras la suavidad de sus vn-  
 guentos; no pudimos encontrar mas, que lo que ya he dicho,  
 que era lo poco, que no se pudo despegar de los calcos. Acudí  
 luego à sus papeles para seguir, si encontraba el rastro de su es-  
 piritu; pero despues de registrarlos todos, no pude hallar de  
 este genero mas, que vna tirilla de vn sobrescrito, que tenia en  
 el Breviario, en que los actos de Fé, Esperança, Contrición, y  
 Charidad estaban escritos de su liada letra; pero tan confusa,  
 con los borrones, y reclamos de sus dicipulos, que parecian  
 cifra para la memoria. Como su retentiva fue en lo natural tan  
 feliz, y la Divina gracia para sus designios le dió tan nuevos  
 realços, de sola ella se fiaba su humildad, y en sola ella fielmente  
 confia, y leia à sus solas, y despacio todos los distámenes,  
 maximas, motivos, y movimientos, que podian promover su  
 espíritu. Y si acaso con la seguridad de poderlo ocultar, sió algo  
 de esto al papel, buen cuydado tendria de entregarlo al fuego,  
 para que se lo guardasse, como lo tuvo de recoger, y ocultar  
 todos los horrosos instrumentos de su mortificacion, luego  
 que se reconoció del todo impedido.

Que el V.P. nada de su interior espíritu nos quiesse dar  
 en vida, ni dexar en muerte, ya pudieramos llevarlo en pacien-  
 cia; pero no la ay, para que la santa avaticia de su humildad  
 llegasse hasta quitarnos lo que nos daba otro, y con intencion

de enriquecimos dos más. Uno de los más confidentes Confesores, que tuvo el V.P. y que lo confesó ocho años continuos, que duraron hasta los principios de su Rectorado, hombre de gran prudencia, y espíritu, viendo, que el V.P. estaba tan lleno de Dios, trató de ir apurando para común utilidad quanto por sí observó en las virtudes, y gracias, que enriquecían aquella dichosa Alma, y tambien quanto pudo recoger de los otros Directores de el V.P. Aquí teniamos por su orden la especial vocacion Divina à vna heroica santidad: los amorosos émulos, con que lo arrastró, lo promovió, lo perfeccionó, y lo elevó à aquella estrechissima union con Dios, por cuyo medio lo hizo en espíritu consigo. Nos gozabamos de que con esta oculta diligencia avia burlado la común felicidad de su ocultadora humildad. Pero esta logró la ocasion mas oportuna à sus deseos. Murió el Confesor, siendo el V.P. Rector, quien, como tal, yendo à reconocer los papeles del difunto muy apreciabies por su singular habilidad, estudio, y erudicion, vió entre ellos aquel quaderno, cuyo titulo lo turbó mas, que si el mas soberbio leyera el de sus mayores infamias. Lleno de vna santa ira contra su Author por otra parte tan venerado, y cuando del V.P. como si le huviera quitado à Sao Paulino aquel espíritu, que no le consentia leer sus alabanzas, *quin Authorem ipsum re deceptum verbis castiget*, así indignado con aquel enojo, con que sin alterarle le commueve la humilde manifiestacion de coraçon, le rebolió contra el difunto Author: *despacio estaba el Padre, pues perdía el tiempo en esto: que castrenimiento tan escusado!* Allí sin detencion alguna en deliberar se hizo Juoz, que lo sentenció al fuego, y verdugo, que executasse la sentencia. Partió con él detechamente al lugar, y con sus mismas manos lo quemó. Al verlo arder se le trocó el pasado bochorno en desahogo humilde, y el enojo en alegría semejante à la del Eximio Doctor el V.P. Francisco Suarez, quando con la noticia, de que por sentencia publica se avia quemado en la plaza de Londres su tomo de la defensa de la Fé, tuvo tal gozo, que le puló por la punta su santa invidia, *sine me liber ibis in ignem: Hic mihi quò Dominò non licet ire tuo!* Para que todo el castapacio quedalle reducido à cenizas, el mismo V.P. lo menzaba entre el fuego, y al verlo levantar llamas sonriendose con el logro de sus deseos repetia: *si por cierto, despacio estaba vuestro Padre.* Pero su humildad toda embebida en miras, y gozar aquel lastimoso sacrificio, no advertia, que, como en el de Maná, al levantarse la llama al Cielo, *Angelus Do-*

*Tomeq. p. 2.*  
*Uag. cap. 18.*  
*num. 12.*

*omni pariter in flamma ascendit*, aunque pretendia quedarle enterado en aquella ceniza, que finalmente fue vna relevante prueba de su humildad; no obstante, al levantarse las llamas, tambien el Padre Manuel se levantaba igualmente al Cielo. Logró no obstante, que nos aya costado vn prolixo trabajo, y extraordinaria fatiga el hallar aquellas migajas, que no se pudo tragar su humildad siempre hambrienta, y aquellas gotillas de agua, que se resudaban del valle de su humildad. Si bien la mesa de virtudes, que puso à su espíritu, fue tan esplendida, y las gracias, con que el Señor la lazonò, fueron tantas, que pueden criarse muy lucidos los que, como cachorrillos, quisieren alimentarse de las migajas de esta mesa: y las aguas de vida corrieron tan copiosas à este valle, que aun solas las remanentes bastan para la fecundidad de quantos supieren llevarlas al huerto de su alma. Nunca sabré yo explicar lo q̄ facilmente percibimos quantos tratamos al V.P. esto es, que el mas convincente argumento de lo heroico de sus virtudes, y elevado de sus gracias es, que no cupieron en el abifino de su humildad, sino es que, co no rebolando, se dexò ver algo de ellas; porque dentro, y fuera de casa essegura persuasion, que à vista de su humildad, como que desaparecian las demás virtudes, no solo por lo que las ocultaba, sino por lo que parecia excederlas, quizás porque se hizo ella mas visible en los mismos actos de distazar las demás. Vengo pues à dar alguna mas individual noticia.

Si me permitiera el tiempo ir baxando, aunque fuese corriendo, por los doce grados, que señalan à esta virtud los Doctores, especialmente el Metisico, y el Angelico, cierto estoy, que allà en lo mas profundo de el vñimo avizmos de encontrar al V.P. bien exaltado. Se despreciò à si mismo tanto, que se tuvo en lo natural por vn bruto, y en lo espiritual por mas abominable, que Judas. Desconfiò tanto de si, que los temores de caer fueron el martyrio, à que lo destinò el Cielo. Se tuvo, no ya por el infimo de todos, sino es por totalmente inutil, y nada. Se juzgò tan indigno de los Divinos dones, que se palmaba de que no lo huviesse ya Dios condenado. Tan lexos estava de desear sus alabanzas, que en nada estudiò mas, que en ocultar quanto pudiera servir à su propria estimacion. Descoò con tales veras ser despreciado, que el tambien iba gozoso, quando lo graba el feto. Con tal gusto descubria sus faltas, que, aun mas que estas en la lengua, se manifestaba aquel en el semblante. Tan piadosamente se inclinò à la Divina voluntad en todo, que el

tambien pudo dezir, que su Alma estaba sujeta à Dios. Tambien se humillò à toda humana criatura por Dios, que aun à la mas despreciable obedecia, como à Superior. Solicitò con tal conato los mas abatidos empleos, que parecia tener en ellos su gloria. No solo se juzgò inutil para todo, sino estorvoso, y aun pernicioso en todo, y para todos. No solo guardò vn profundissimo silencio en las ocasiones de confusion propria; sino es, que con aquella especie de serenidad, que parece propria de el Cielo, alegaba nuevas razones contra si. Y este es el supremo grado, que señalan estos Santos. Para que lo viessemos en él, permitió el Señor, è dispuso vno de aquellos lançes, que son la mas segura prueba de los suyos. En él se sintió el V. P. bien herido en lo mas vivo del punto, y de la honra: y esto sin poderlo ya nadie remediar, no obstante, que à todos constaba de su total inocencia. A todos nos tenia contristados la tierna compulsion de verlo padecer en punto tan sensible, y tan sin culpa. Solo el V. P. con vna alegre mansedumbre heruana de aquella humildad de coraçon, de que el Señor se hizo nuestro especial Maestro, no solo no se mostrò resentido, ni en queixa, ni en escusa, ni en satisfaccion, sino es que con celestial serenidad, y con semblante de quien se hallaba muy favorecido, alegaba varias razones, vnas para confirmar lo indispensable de la accion, que ocasionò su quebranto: otras para probarse culpado, y que la mortificacion debiera aver sido derechamente contra él. Lo primero era muy cierto. Lo segundo era vngestimonio falso, y verdadero, que solo pudiera darlo vna humildad como la suya: falso, porque à todos era notoria su inocencia; y aun la santidad en el lançe mismo: verdadero, porque la grande humildad tiene vnos ojos por vna parte tan ciegos, que no ven bondad alguna propria, y por otra tan lynces, que entre la mayor sanidad humana descubren faltas, que acular. Admirò tanto à todos, ver esta zarça tan embestida de el fuego, y sin quemarse; à esta nave con vn violento huracan reaper las aguas tan serena, que el Supermediato, quien se hallò à la sazón presente, oblietando la alegre serenidad, con que pasó por el fuego, y por el agua, dixò: *vbi mens ferax nax pucha para vna nave por super al Tado. Radial.* Pero no siendole licito discurtir por todos, no comprendiò el primero; que hmo. *no vtrifima sui cognitione sibi vilescit*, que segun Sab Laurencio Justiniano, es todo de la essencial sustancia de esta virtud; à que se consiguen los demás grados à modo de accidentes sensibles, que la demue-



eran, y de donde van brotando, como de la fuente los arroyos, y del arbol los fratos.

De aqueila clara luz, con que le descubrió el Señor los dos abismos de la propria nada, y de la propria culpa, nacia aquellos inexplicables afectos de desprecio de si, y de sus cosas, de aborrecimiento proprio, de temores de su salvacion, de tenerse por digno de mil infernos, y aun muchas vezes de admiracion, de que ya Dios no lo huviesse condenado. Aun los mayores Santos solian en su misma nada, y miseria reconocer los talentos, y las gracias, de que eran deudores à Dios, no para envanecerse, sino para confundirse mas, y ser mas agradecidos: pero el V.P. sumergido en estos dos abismos, ni veia los preciosos talentos de naturaleza, ni las singulares gracias, con que lo adornó el Cielo. La crueldad le labró, y puso à Nerón aquellos celebrados antojos, con que remplando à la naturaleza su nativo horror, se recreaba con la misma inhumanidad; porque le hazian ver incendios de los Martyres como amenos prados, sus desgarrados nervios como verdes plantas, sus heridas como flores, y su sangre como risueñas aguas, que corrian à regarlos. Pero al V.P. le labró, y puso otros su humildad bien contrarios; pues viendo todos con admiracion en él la capacidad de su entendimiento, la viveza de su ingenio, la solidez de su discurso, la oportunidad de su extensa erudicion, la preciosidad de sus dichos, y sus escogidos talentos para los ministerios; solo el V.P. mirandose por los arroyos de su humildad veia en si vna rusticidad, è incapacidad de jumento, vna molestissima insulz de vn hombre pesadísimo, vna total ignorancia en todo, y vna perfecta ineptitud para todo, que solian ser los terminos, con que se explicaba. Añadire à los que ya he dicho algunos indicios de estos profundos sentimientos de su humildad. El dolor grande, que sentia, por no lograr el salir de Granada huyendo de los aplausos, que aqui tenia, lo templaba diciendo: pero vn hombre totalmente inutil, y estorvoso à donde avia de ir, que no lo fuese mucho mas; porque aqui, dezia, finalmente en vn Colegio de tantos jugetos voy passando con algun disimulo, como vn quarto faljo en vna esportilla de cien reales, que entre pocos se pasara: así passo yo entre tantos, aunque soy tan faljo. Así sentia de si este hombre enriquecido de la naturaleza con tan finos talentos, y que parecia escogido de la gracia entre millares. De quietos, affuctos al campo, y semejantes recreaciones se avia totalmente retirado no solo por no darle este alivio, sino es por la

humilde persuasión, con que al reconvenirlo respondia: *Padre, à qué he de ir? Si soy un jumento tan bruto, que ni se hablar, ni se me ofrece, de qué, y tan pesada, que soy intolerable. A qui he de ir? à mortificar à mis Hermanas: con mi insulsa pesadez? Este era aquel, cuyos donosísimos chistes eran la gustosa recreación religiosa de los otros, y de que hizo à Dios vn agradable sacrificio de alabanza. Leyendo en vna ocaion el Catalogo de los fugetos de nuestra Provincia, llegó à leer su nombre, y haziendo antes vn vivíssimo ademán de desprecio, se suspendió vn poco, y luego dixo: *lo mismo, que si huviera muerto; pero no, que muerto estuviera en un rincón de la sepultura, y agora está sirviendo de estorvo à los demas. Este era aquel Samuel, que valia por muchísimos para servir en el Templo: este aquel Elias preferido à todos en zelar la honra Divina: y este aquel David computado por diez mil en su importancia para el Reyno. Preguntaba frequentemente, como se hazian los actos de Fé, Esperança, y Charidad; porque su humilde espíritu le persuadió, que no sabia darles, ni sus motivos, ni su extension. A vna de estas preguntas le respondió vno con otra, *tu es Magister in Israel, & hac ignoras? O! Padre (respondió) pues si yo fuera capaz de ser discipulo, que me saltaba? Pero soy un jumento. Otra de las muchas vezes, que preguntaba sobre dudillas, que solo lo parecian à su delicada conciencia, le dixo otro: pues V. Reverencia, que ha estudiado, y leído tanta Theologia no sabe esto? Respondió al instante: *ay verà V. Reverencia lo que yo he aprovechado con tanto estudio. Padre, si soy un bruto solo bueno para acurrar, y tirar coxas. Este era aquel capacíssimo ingenio tan lleno de sagrada erudicion, que el llamarle Arca de el Testamento fuera bien acomodado elogio. Llenabase de su mayor confusion, y estrañeza, quando otros lo consultaban. Entonces mas encogido, y sumergido en su nada solia responder: *dexeme ofend por Dios, que no sé, que hazer, ni que dezir: otras vezes dezia, pues no ay Sagesos, que saben resolver, y dirigir esto? Yo soy un haz al ignorantíssimo. Y las veras de su coraçon se comprobaban con sus lagrimas no faciles, pero si fieles restigos. Si finalmente era forçado à responder, solia añadir: *aunque à mi me parece esto, ofend no haga caso, sino es suponga, que lo dize un ignorante haz al. Y este es aquel, cuyas respuestas se recibian con aquel genero de veneracion, que al oir el Oraculo de Joseph obligò à Pharaón à dezir: *numquid invenire poterimus talem virum, qui spiritum Dei plenus sit?*******

Esta misma persuasión le hazia, que al salir de predicar, salies-

Nonc no raras vezes diziendo: *si ponen alli una bestia y un jumento,*  
*que los de haz er fino es rebuz nar?* Este jumento es aquel noble ca-  
 vallo Andaluz, que pudiera ser compañero de aquel blanco de  
 Parmos, en que al romper los sellos de su cerrado libro montó  
 el Cordero para publicar sus mysterios al mundo, aviendole  
 antes puesto el jaez, que previó David, *institio, & iudicium pra-*  
*paratio sedis tua.* Si al encontrarlo, quando acabando de predi-  
 car huia à esconderse, queria alguno alabarle el Sermon, al ins-  
 tante lo interrumpia diziendo, *si, si; bravamente lo bago, berrar,*  
*y gritax os; en esso ninguno me iguala.* En estas retiradas vna de sus  
 acogidas era la cavalleriza entre las mitimas bestias, y viendole  
 tal vez cogido entre ellas, se disculpaba assi: *un jumento sudado*  
*del trabajo, aunque inutil, donde mejor que aqui en su sitio à lo abrigado.*  
*Este calor es saludable para enjugar el sudor.* Assi se trataba con el  
 espiritu del famoso Abad, que se dezia à si mismo: *tu, & asinus*  
*vnum estote;* para que la bendicion de Jacob no se limitasse à so-  
 lo su hijo, *Isachar asinus fortis,* en la austeridad, trabajo, pacien-  
 cia, mansedumbre, y humildad. No sé, si se halla palabra de  
 desprecio, que no se la aplicasse à si, y con tales veras, y efica-  
 cia, que logró creyessen algo, los que por no averlo tratado  
 mucho, estaban poco advertidos en esto. Era edificativa diver-  
 sion oirlo empeniado en persuadir con toda su natur al eloquen-  
 cia animada de su humilde espiritu, que él era *va trasto inutil*  
*de aquellos, que se arrinconan en los desvanes: y no fuera esso lo*  
*por (añadia) sino es que soy trasto esforzado, y dañoso.* Expresiones,  
 que frequentemente interrumpidas con intimos suspiros, y à las  
 vezes con lagrimas, igualmente nos enternecian, que admira-  
 ban de ver claramente, quan persuadido estaba à lo mismo, que  
 en vano pretendia persuadirnos. Este inutil es aquel fidelissimo  
 Siervo, que no solo hazia quanto le mandaba su Señor, sino es  
 quanto juzgaba ser de su agrado.

*Bestero in vitis*  
*Patrum, lib. 5.*  
*cap. 15.*

Efecto de este desprecio de si era la continua humillacion,  
 en que gustaba emplearse. En viendolo extraordinariamente  
 alegre, ya discurremos, que ó lo estaban, ó se estaba humillan-  
 do. Por si mismo hazia quanto era necessario en su aposento, y  
 Persona, y si alguno queria ayudarlo, à l punto lo detenia con  
 estrañeza parecida à la de San Pedro, *tu mihi? Jesus! El Herma-*  
*no, y à mi?* Ya tenia la executoria de posesion (que la de pro-  
 priedad nunca pudo lograr) que siempre, y en todo lo que fue-  
 se, ó pareciesse honra, avia de ser el vitimo, y en lo que fuese  
 humillacion el primero: y con tal empeño, que no avia relis-

rencia. Solicitaba el fregar con frecuencia, y ayudaba en sus oficios á los mozos de cocina. Vn dia estando moliendo en el almirez no sé que lo quiso vno aliviar, al punto le dixo, *no, no, que esto de mazer lo bago yo con eminençia*. Pero para que es detenerme en singularizar acciones, si no puedo contar todas las de su vida? Diré vna, que sirva de ideas para todas. Siendo Rector encontró en la calle vno de los muchos, que ocupa esta Ciudad en recoger basura. Por aversele caído la carga, estaba ran ciego de colera, que con el tiempo, y trabajo, que empleó en recoger gente con sus clamorosas iras, votos, y maldiciones, le huviera sobrado mucho para aver vuelto á recoger su carga. Procuró el V.P. templar su enojo al desbocado rustico, y quitar á los circunstantes el escandalo. Pero advirtiendo, que mientras durasse la ocasion de sus iras, no estaria capáz, el que por si no lo era mucho, de dar oydos á la razon, quitandole su manteo, le dixo al compañero: *Hermano, este nos servirá de puerta para bolverle á hazer la carga*. R. boca se quitó su palio, ó manto para taparle por no ser visto. Elias se quitó su capa para dividir con ella las aguas del Jordán. Ruth la suya para recoger harina, de que alimentarse. El embiado de Elifeo tendió la suya para llenarla de yervas, de que hazer algun potage. Los Israe- litas las suyas para recoger la masa, que avia de servirles de Viatico. Gedeon la suya para recoger las joyas del despojo de los Madianitas. Pero no encuentro, quien aya tendido la suya para hazer á vn maldiciente basureto su carga. Compuso el V.P. el seron sobre la bestia, y recogiendo ya con la azada, ya con las manos la basura en su manteo la iba cargando con agíl destreza. Emmudeció el furioso, affombraronse todos: al principio atonitos con el pasmo, despues recobrados, y oficiosos se avançaron á ayudarle. Arrojàse al suelo aquel infeliz, y afortunado hombre á pedir perdon, y besar la mano al V.P. quien sacudiendo su manteo, se despidió cortesimalmente de los que aun les parecia dudar lo mismo, que avian visto, y yo no dudo, que su humilde espiritu le hazia creer, que se cargaba á si mismo, quando cargaba la bestia, como le avia persuadido, que el recoger la basura era recogerse á si: pensamiento tan vivamente impresso en su animo, que viendolo en medio de vn quarto como aborto, y merido allá dentro de si mismo, le preguntò vno, si le avia sucedido algo? *Efuy* (respondió) *pasnado de ver un alma capáz, de ver á Dios metida en este monton de basura*. De estos humildes empleos se preciaba tanto, que reconociendo, que cierta

Persona de authoridad le gastaba algun tiempo con viſitas ſu-  
perfluas ( y acáſo no le deſagradaſe le fueſſe familiar el comer-  
cio para otros tan deſeado de vn hombre tã venerable) previno  
el Padre al Portero, que ſi lo buicaffe D.N. dixiſſe: *offerat per domum,*  
*que el Padre ha ido à fregar, y no puede venir.* Aſi abatia ſu vuelo à  
tan humildes preſas eſta caudaloſa Aguila hecha à remontarſe  
por las Cathedras, y Pulpitos, y aun hafta poner ſu nido en lo  
mas arduo de la contempcion. El Señor San Gregorio mas  
admiraba à David *ſalcansum, quãvo pugnansum,* baylando delante  
del Arca, que deſbaratando exercitos: y yo no sé, ſi me aduiran  
mas las alas, que lo remontan, ò las que lo abaren. Lo que sé es,  
que el V.P. como buen Diſcipulo de S.Dorotheo, hazia ſummo  
aprecio de eſtos baxos exercicios; porque ſabia, que la vani-  
dad, que ſuele cercar à los tronos, tiene ſu preſervativo en los  
grilletes; como lo tiene en la peſada lentitud de vn maltratado  
jumento la ſobervia, q̄ inſpiran à ſu ginete las fogosas generoſi-  
dades de vn cavallo amaestrado: y por eſſo Platòn apenas ſubido  
en vno le delincentò diziendo, *verecor, nè equino ſaſtu contaminer.*

Serm. 2.

Apud Corneli.  
Apocalyp. 6. 2.

Quien aſi ſe ſepultaba en el abifino de ſu nada, como ſe  
hundiria en el mas profundo de la propria fragilidad, y miſeria?  
No hallaba palabras, aunque ſu ingenioſa humildad le ofrecia  
todas las mas expreſivas, que alcançaſſen à lo malo, que de ſi  
queria explicar. Se llamaba *criatura viliffima, rebeldiſſima, ingrati-  
ſſima, hombre abominable, y peor, que el mismo Demonio.* Ya ſe ſabe,  
que la humildad tiene vnas metaphyſicas muy practicas para  
dezir todo eſto ſin faltar à la verdad. Se convencia como con el  
mas poderoso argumento de la incomprehenſible Bondad de  
Dios, ver, que lo ſufria à el. Se paſmaba, de que no ſe hundieſſe  
la caſa donde eſtaba, de que no ſe abrieſſe la tierra, y ſe lo tra-  
gaſſe el Infierno, de que no lo deſterrãſſen del mundo como pu-  
blica, y vniverſal cauſa de los males, que ſe padecian en el.  
Quando ſucedia alguna deſgracia, ſolia dezir, *harta miſericordia  
de Dios es, que eſtando yo aqui no ſea mayor.* Quando apuradas todas  
las palabras de deſprecio proprio, no encontraba otras, ponía  
con tal geſto el ſemblante, que como con vna viva pintura ade-  
lantaba mucho las expreſiones de quanto acababa de dezir. Eſ-  
to con ſentimientos tan hijos de la humildad de coraçon, que quis  
ſe *veraciter contemnis,* que no nos dexaba duda, de que quando la  
lengua las pronunciaba, era todo el coraçon, quien las ſugería.  
Y aſi lo veiamos vnas vezes, que como ayzado contra ſi ſe le  
encendia el roſtro, y ſe retiraba diziendo, *he vil, abominable crea-*

ura. Otras encogido, y anonadado con la voz baxa, y como desmayada dezia, *Dios tenga misericordia de mi.* Otras como conternecido con la Bondad de Dios se le bafiaban en lagrimas los ojos, y admirado dezia, *que susa Dios, sin averlo quebrado ya, este vaso de abominacion!* Pero segun la regla del Señor San Agustín, *qui sibi vilis videtur, ante Deum pulcher est.* cierto es, que aquella alma, que al V.P. parecia tan fea, era para Dios muy hermosa, y agraciada, y la que á él parecia tan abominable, era un tierno objeto de las complacencias del Espofo Dios.

Esta firme persuasion de ser tan ingrato, y abominable, que efectos no causaria en aquella bendita Alma de confusion, de desconfianza de si mismo, y de temores de perder á su Amado: No se le podia pedir sin confundirlo, que encomendasse á Dios algun negocio; porque se pintaba tan abominable, que quien no lo conociera, se moveria de compasion á pedir á Dios misericordia para él. Visitandolo en su vltima enfermedad un gran Maestro, y aun todavia mas V. Religioso, su grande amigo, le pidió esto lo encomendasse á Dios: *yo?* (respondió el Padre) *que soy una bestia, un bruto bozal,* y solia añadir, *y no es esto lo peor, sino es que soy peor que Judas.* Esto segundo jamás lo persuadiria y por lo primero, en que tanto siempre insistió, si lo creiamos en el sentido de aquella alegoria, *sicut astur pretiosas, & odoriferas res portans,* que, aunque iba cargado de las preciosas joyas, y fragrantes aromas de sus ratos talentos, y heroicas virtudes, como si fuera un jumento, ni conocia su precio, ni lo recreaba su olor. Solian encargarnos, pidiéssenos al Padre, que encomendasse á Dios algo, pero nuestra comun escuta era la mortificacion, que le causaba el dezirielo. Y quando finalmente era forçado á responder algo dezia: *yo lo hare á mi modo segun lo que yo soy: y Dios hará todo lo contrario, si atiende á mi.* Las veras de este sentimiento eran visibles á los que lo oiamos clamar ordinariamente á todos, porque pidiéssen á Dios por él. Sus cartas ordinariamente las concluia, *V. Reverencia por amor de Dios me encomiende muchissimo á su Magestad,* mire, *que lo necesito sumamente, que estoy perdido, y en la extrema necesidad.* Con los que hablaba ponderaba mas su miseria, y solia concluir, que pidiéssen á Dios, *tenga misericordia de este abominable pecador.* Y como le veiamos el coraçon en el conato de las palabras, las veras de aquellos sentimientos en la immutacion del semblante, y algunas vezes la contristacion en las lagrimas, nos llenaba de tierna confusion tanto más pasmosa, quanto veiamos, que su bendita Alma estaba tan llena de Dios,

quanto la juzgaba el indigna. Quando los humildes pensamientos de tu perdicion, que tan vivamente lo herian, deban alguna tregua, se explicaba con algunos en estos terminos: *quando leo las vidas de los Santos, me confundo: aseguro à V. Reverencia, que nada me aprovecho. Yo no llevo cruz a de salvarme con ventajas: si llego à ser el menor en el Cielo, y logro un gradito de gloria, me vendrà muy ancho. Y con profundissima energia repetia, me vendrà muy ancho, si, Padre mio, me vendrà muy ancho. Si yo me huviera muerto, quando Novicio, ó quando Maestro de Minimos, entonces iba menos mal; pero agora; y profeguia la clausula con acciones muy expresivas del ruin estado, en que se juzgaba. Diciendole vno, que tomaria ser el menor de los Bicaavearados: replicó el V. P. *no ay que traer de esso, si por ventaja yo me salvo (ya veo, que llevo mala traxa de ello; pero confio en Dios, y en la Santissima Virgen) esse lugar menor es el mio. Vn enfermo con la experiencia del instantaneo alivio, que sentia en sus vehementes dolores, quando el Padre le dezia vn Evangelio, se lo pidió en vna ocasion, à que respondió; si, el Evangelio es muy bueno; pero ya muy malo: y aun las aguas puras se enturbian, si passan por vn maladar. Si el Hermano me conociera, me hiziera la cruz; porque soy peor, que el mismo Demonio. Y aseguró el enfermo, que al dezir estas palabras se le bañaron al V. P. en lagrimas los ojos. En otra ocasion fatigado de sus dolores pidió al Enfermero, le llamasse al V. P. el Enfermero se olvidó; pero el V. P. se vino, y le dixo desde la puerta: *Hermano, venga à dextirte, que soy un maladar hediondo, y así no llega casa de mí para nada bueno. No obstante clamó el enfermo, y con el Evangelio logró el alivio de su dolor. Aunque no quiero emprender el apartar sus arenas à las playas, no debo omitir lo que diariamente le oiamos, y veiamos en la Letania mayor de los Santos, que se dize en Comunidad todos los dias. En llegando à aquel verso de las Preces, *ego verò egenus, & pauper sum*, era tal la fuerza de su humilde espiritu, que sin poderlo disimular, avivando con extraordinario vigor la voz, encogiendole los hombros, y agoviando el cuerpo con el peso de su confusion, pronunciaba aquellas palabras con tal vehemencia, que hecho ya viva imagen del que dezia, *ego vir videns paupertatem meam*, nos parecia oírle dezir: yo, Señor, yo soy este pobre, muy pobre necesitado, y extremamente necesitado, que como hambriento, y desahuido mendigo llego à la puerta de tu misericordia à pedirte vna limosna por amor de tu Bondad. Aquel Señor, cuyos ojos miran al pobre (porque la humildad es aquel grato color, que se los***

lleva) como miraria à este pobre necesitado? A quien miraria, si no mirara à este pobrecillo, tan humilde, y humillado en el spiritu, y que se estremecia de sus adorables juizios?

Vno de los admirables efectos de su humildad fue este temor de delagrar al Señor: el fue la cruz, en que vivió, y murió enclavado, y el fuego, que purificò su amor. La viveza, con que se le descubrieron los tres motivos de este amor, la fragilidad propia, los peligros de esta vida, y los profundissimos juizios de Dios, le hazia andar tan anonadado, que nos hazia sensible el temor, y temblor, con que trabajaba en el negocio de su salud. Quando miraba la fragilidad humana, que por si misma se cae, nunca le parecia estar, sino caerle: al ver, que en si misma tiene la raiz de su perdicion, dezia temblando, *perditissima*, y para explicar el alma de la sentencia añadia, *ex te*. Quando advertia su instabilidad, no la comparaba à la caña; porque le parecia mucha firmeza: ni al polvo, porque finalmente ha menester viento, que lo mueva: sino al atomo, que casi por si mismo se muda en el ayre sin mas consistencia, que la continua mudança. Se le doblaban estos temores con la multitud, y el poder de los enenigos, que estan conjurados à batir esta flaqueza: tantos lazos, como tiende el mundo, tantos incentivos, que provocan à caer en ellos. Y aun se estremecia mas al pensar, que no sabe el hombre, si es digno de amor, ò de odio. Si al valio de eleccion (dezia) no le recordia la conciencia, y no por ello se daba por seguro, qué será yo *hominatio vilis, et ridiculus*, hombrecillo vil, ridiculo, y valio de abominacion? Aqui se quisiera entrar al fondo mismo del coraçon; pero como no le era posible registrarle todo (disponiendolo así el Señor, que quiere tenernos siempre humillados) lo sobrecogia el miedo de lo que podria ocultarse en lo que no alcançaba à cõprender. Glorilla con pasmo lo del Santo Job, *etiam si habuero quidpiam in flum, non respondebo ei, sed meum iudicem deprecabor*: si este justo no le atrevia à responder por sí Dios, uno que declinando la jurisdiccion de Juez, imploraba la misericordia de Padre: qué haré yo pobre pecador? *meum iudicem deprecabor*. Pero por todas partes estoy cercado de angustias; porque sé, que le estoy dando justissimas causas para no oírme. Sobre todo se ahogaba su coraçon al inculcar aquella sentencia, *iudicia Dei abyssus multæ*. Parecia, que aquel Señor, que para exaltarlo à tan especiales favores, lo disponia por medio de vnà profundissima humildad, lo avia hecho ver, quanto es capaz à vn hombre mortal, el adorable



nable abysmo de sus jaizios. Y de aquí, aunque à las vezes Dios, que consuela à los humildes, lo consolò dándole interiores prendas, y así vez aun sensibles, de que estaba en su gracia; pero no le dexaba gozar de este consuelo aquel vicisísimo pensamiento: que por su soberano dominio, è inescrutable providencia puede justísimamente à todos, y suelto à algunos, dexándoles la comun gracia, iries retirando aquellas especiales, con que efectivamente llegan al puerto de la salvacion los que embarcados en la segura nave de su especial beneficencia navegan el golfo de este mundo. Al considerar, que para esta igualmente justa, que se vera providencia, alguna vez bastan leves culpas, y aun ciertas negligencias, con que malogramos las inspiraciones Divinas, que nos llaman à la perfeccion, como se tenia por pecador abominable, ingratisimo, y rebeldisimo à sus inspiraciones, no hallo, con que explicar el reverente horror, que lo ocupaba, y el filial temor, que hasta anonadarlo, lo encogia. Si cayeron tantos (dezia) que parecian averle levantado hasta poner su nido en el Cielo mismo, qué será de mi miserable pecador, que siempre he andado arrastrando por la tierra? Estos humildes sentimientos lo ponian aun en lo exterior tan humillado; que nos hazia visible vnà cabal practica de aquel precepto del Señor San Pedro, *humilissimi sub potenti manu Dei.*

El que formare alguna idèa, aunque no ajustada, de aquel purissimo amor, que como olvidado de su ternura, con estos miedos, como con vn violento torcedor, exprimió su coraçon hasta hazerle dezir con el Profeta, *tristis cor meum*, y al mismo tiempo lo abraçaba en ansias de *agradar en todo à su amado Dios*, podrá formar tambien algun concepto del insufrible martyrio, en que lo ponian estos temores. La experiencia nos enseñò à concebir algo de este su tormento; pero casi nada sabré explicar de lo que pudimos concebir. Este pensamiento como violentando su natural tan sufrido, tan callado, y tan interior, le hazia prorumpir en varias sentencias saçradas, con que respiraba algo: y Padre (dezia) *cor meum dereliquit me*: ò se me ahogò, ò se me huyó el coraçon, y ya no tengo aliento. Otras vezes, *angustia sunt mihi undique*, por todas partes me aprietan mortales angustias. Otras, *dolores inferni circumdederunt me*, segun la violencia, con que me despedazan lo mas intimo del coraçon estas angustias, parece, que son las del Infierno. Buscando algun consuelo se solia ir à algunos de los Nuestros, para que alenrasen su coraçon, que ya le parecia desfallecer. Padre, dezia, qué será

de este miserable pecador? avrá remedio para mi? ya sè, que lo ay: pero, y si mi perversa voluntad no vía bien de él? me quer-  
 ra dar la perseverancia final aquel Señor, à quien he sido tan  
 ingrato? avrá misericordia para mi? perderè à la summa Bon-  
 dad? Solian interrumpirlo las lagrimas, que se assomaban à sus  
 ojos, y le vantandolos al Cielo, *sicut pullus hirundinis, sic clamabo,*  
 con la voz desmayada dezia, *Dios tenga misericordia de mi.* Los  
 que esto oíamos, reprimiendo, quanto le podia n, las lagrimas,  
 y el impulso de arrojarlos à sus pies para besarlos, procuraba-  
 mos imitando al Angel confortarlo en aquella mortal agonía.  
 Pero su humildad tenia puesta à su dichosa Alma en aquel esta-  
 do, *remis consolari,* capaz de poco consuelo: y así à quantas ra-  
 zones le le dezian (que ya las tenia bien pensadas, y que siempre  
 avian de ser de parte de la Bondad Divina, y nunca de parte  
 suya) respondia como quien quiere respirar, y se lo embaraza  
 la congoxa: *Si, Padre, ya veo todo esto: pero los juizios de Dios son*  
*profundissimos, y yo le doy justissimas causas, para que no quiera usar*  
*conmigo de su gran misericordia.* No obstante se alentaba mara-  
 villosamente su esperança repitiendo, *homines, & iumenta salva-*  
*bis:* pareciendole, que no avria jumento, en cuya salvacion se  
 mostrassen mas los tesoros de la Divina Bondad, y que en sal-  
 varlo à él en todos los sentidos gran jumento, dezia, y con vehemen-  
 tes afectos repetia, *si, Señor, homines, & iumenta salvabis.* Este espí-  
 ritu le hazia, que al consolarlo en sus dolores vn sugeto de mu-  
 cha authoridad, y su gran devoto, con que queria Dios darle  
 aqui el Purgatorio: respondió el V.P. ò! Señor, Purgatorio? pues  
 que mas pudiera yo desear? Porque aun entre aquellas penas esta el alma  
 segura de que en nada desagrada à Dios.

Pero aquel Dios de la esperança, *ponens in thesauris abyssas,*  
 que pone en los tesoros de su riqueza estos abyssinos de humil-  
 dad, y tambien en estos abyssinos aquellos tesoros, acudia con  
 el oportuno consuelo. Entre estos desamparos tan vtiles à su espí-  
 ritu, se iba el V.P. à su Dios, y con aquel santo atrevimiento  
 del Profeta, *memor esto verbi tui, in quo mihi spem dedisti,* le recon-  
 venia con la palabra dada de que le estaban perdonados sus pe-  
 cados. Allí aquel mismo Señor, que para humillarlo le descu-  
 bria tanto los juizios de su justicia, le descubria tambien para  
 consolarlo los de su misericordia, y alentado dezia al Señor  
 con el mismo Profeta, *memor fui iudiciorum tuorum, & consolatus*  
*sum.* Si tu misericordia se derramò sobre Adan, sobre David,  
 sobre Pedro, sobre la Magdalena, y otros muchos pecadores, la

¿Se contendrás en tu ira, para que no me alcance à mi? Por aqui comenzaban los favores, con que lo consolaba el Señor. Si Epher, aquella Reyna tan humilde, que pudo dezirle à Dios, *quod abominer signum superbia*, que abominaba aun la señal de la soberbia, cayendo del mayano *nimio timore*, con el asombro, que le causó la indignacion, y terribles decretos de Añero, lo grò, que, convertida en blandura la severidad, le sirviessen de lecho para reparar su desmayo los brazos de el Rey su Esposo: tambien esta dichosa Alma tan humilde, que llegaba hasta faltarle el aliento por el profundo respeto à los adorables decretos de Dios, lograba en su contemplacion los amorosos abrazos de su Divino Esposo, con que todo le le convertia en dulçuras. Si bien como el Señor, *se exultat humiles, ut non faciat superbos*, exalta à los suyos no para hazerlos soberbios, sino mas humildes: estas dignaciones Divinas de tal fuerte lo consolaban, que salia de ellas mas confuso. Le observamos, que despues de extatico en su oracion salia tan encogido, como que estaba viendo su nada: otras vezes como quien busca, donde esconderse por si pudiera, como solia dezir, *huit de si mismo*: otras, acusando tanto su ingratitude, que prorrumpia contra si, *havit! ha infame!* otras, mostrando en lo palido, y triste de el semblante, y en el caimiento de todo el hombre extraordinarias congoxas, dezia clausulas truncadas, de que colegiamos la violencia, con que le torcia el coraçon aquel su inconsolable pensamiento: si queria el Señor pagarle en esta vida con estos consuelos su exterior apariencia de Religion. No se lo oimos en estos terminos; porque para ellos era necessario confessar algun especial favor. Pero le oimos varias vezes inculcar con asombro aquella verdad, que le agrada à Dios tanto la virtud, que aun à los impios suele premiar en esta vida ciertas acciones solo, porque se parecen en algo à la virtud. Y como por otra parte se tenia por hypocrita, y que era *como la campana, que toca à Missa, y no la oye*: facilmente nos persuadimos, que las aflicciones, que à sus favores se seguian, eran hijas de aquellos miedos. Qué especie de martyrio causaria este temor en vn Alma, à quien tambien martyrizaba el amor con intolerables ansias de amar mas, y mas à quien temia perder? Este humilde temor lo hizo vna perfecta copia de aquel bienaventurado hombre, *qui semper est parvulus, ne offendas Deum*. Lo hizo tener, *cum arripieris gratia*, aun en las mayores suavidades de la Divina gracia, por si vlabá mal de ella. Lo hizo temer, *cum abieris*, en sus desamparos, por si tuvo

Div. Aug. 1.  
P/d. 112.

Prov. 13. 1.  
Vatab.  
Div. Bernard.  
serm. 54. in  
Cant.

la culpa de su retiro, y por si en su ausencia ofenderia à su Amado. Le hizo temor, *cum deus reuertetur*, quando bolvia la consolacion Divina, por si la recebia en vano. Sol debió de ser su humildad; pues pudo ocultarle tanto las estrellas de sus virtudes. Gran Sacerdotisa debió de ser; pues reduciendo à polvos los aromas de sus virtudes las quemò todas al Altíssimo en olor de suavidad. Pero como este temor, y temblor era aquel filial, con que nos manda el Señor, que obrèmos nuestra salud, aunque le quitaba el aliento al cuerpo; porque la veneracion à los Divinos juizios enciavaba con este temor sus carnes; pero no le quitaba sus bríos à e! espíritu: antes era vno de aquellos dos pies, temor, y amor, con que el Alma corre por el camino de los mandamientos Divinos, y vna de aquellas dos alas, con que vuela à la soledad. De aqui nos era muy facil el conocer, quando le apretaban mas los temores en sus desamparos; porque entonces era mas exacta su observancia, mas severos sus rigores, y mas dilatada su oracion, y mas clauorosa al Dios de toda consolacion. Y assi avia de ser, siendo estos miedos hijos de la humildad, que no es pusilanime, sino magnanima, que quanto desconfia de si, tanto espera en el Omnipotente, no diciendole, *yo irè*, sino es con lírias, *aquí estoy, embíame tu*. Y este es el principio, de que el mas humilde sea mas capaz de emprellas grandes de la gloria de Dios.

Para ver, quan perfectamente se desprecio hasta abominar de si, no aviamos menester tanto los que tuvimos la dicha de assomarnos por el brocal de este pozo, en que lo hundiò su humildad. Pero para los que no lo vieron darè todavia mas indicios. Bien se, que seràn cuerda tan cortas, que ninguna baiste à fondarlo; pero vnidas vnas à otras mucha profundidad alcançan, y mas arguyen. Alentando en el Confessionario à vna de sus Penitentes à amar à Dios, se quedò vn gran rato extatico, como solia: bolviendo en si, el primer impulso fue el de su humildad, y como olvidado de lo que antes trataba, solo se acordò del exemplo de aquel Señor, que por aver sido viisto de sus Discipulos transfigurado, les mandò expressamente, que à nadie lo dixessen: *mire ostèd* (le dixo) *que le mando expressamente, que no diga nada*. Y para asegurarse mas le preguntò, si lo avia entendido bien? Notable arreito de su humildad en emprender, y notable eficacia en conseguir, que se revistiese tanto de Superior, que *expressamente manda*, el que tan sugeto vivió à roda humana criatura. Pero no dixo en vano San Bernardo, *hoc solo sum-*

*peribus, quod laudes contemnat*; solo fue sobervio en despreciar sus alabanzas, y aun en eitorvarlas por no oirlas, ni aun para despreciarlas. Como el quere lo honrar era hazerle huir, tratò de retirarle de vn Convento muy observante de Religiosas de esta Ciudad, en donde confesaba à algunas; porque observò en todas la religiosa veneracion, con que lo trataban. Y porque ni aun memoria quedasse de el (como si fuera possible) à vna, que tenia algunos papeles suyos ordenò, que los quemasse, y le diessse aviso de averlo executado. Con repugnante obediencia los quemò, y dandole aviso de que ya estaban todos quemados, le dixo el V.P. *en quemando quatro, que estan en tal sitio, lo estan todos*. Oyòlo con pasino la Religiosa; porque ni ella se acordaba, ni jamás avia dicho à nadie donde los tenia; pero alli los hallò, y aunque violenta obedeciò. Con el desconuelo, que solo sabe quien de esso tiene experiencia, por averle faitado su Confessor tan de su confiança clamaba à Dios, porque se bolviesse. En vna ocasion allà à sus solas llevada de sus deseos, como si tuviera presente al V.P. le dezia, *Padre mio, no me desampare offed*; y allegura, que oyò con los oydos de el cuerpo clara, y distintamente la misma voz del V.P. que le dixo, *valgate Dios, no me quebrante mas: no he dicho, que no conviene?* sin aver mas razon de no convenir, que el grande aprecio, con que veneraban su santidad. Por devocion de vna enferma, que lo pidió, le llevó el enfermero vn vaso de agua para embiar à la enferma la que quedasse, despues de aver bebido el V.P. y aunque otras vezes sin reparo se la dexaba en el vaso, esta, por mas que hizo con disimulo el enfermero, no pudo conseguir, que lo dexasse tomar el vaso, hasta que el mismo Padre la derramò. El arcaduz, por donde aora entendió el mysterio de el agua, no debió de estar cortiente en otras ocasiones, en que otros enfermos lograron con este consuelo el alivio de sus males. Como estaba tan persuadido à que era no solo inutil, sino es molesto, pedia à sus Confesores le perdonasse lo que los mortificaba. Y à la correspondiente respuesta del Confessor replicaba el V.P. *ya veo la charidad de P. Reverencia; pero tambien veo lo molesto, y pesado, que soy*. Y de hecho mudaba à temporadas los Confesores por dos motivos, que hallò su humildad: vno, por no abusar de la charidad de los Padres, antes valiendome de ella (dezia) quiero repartir esta insufrible carga, ya que permite Dios, que yo no sirva de otra cosa. Otro, porque à imitacion de Santa Clara, ya que no podia conseguir de el Confessor, que lo tuviesse por

criatura abominable, adeo hac re affligebatur, ut sepe confessorios cum ob causam mutaveris, mudaba de Confessor por si encontraba alguno capaz de imprimirle sus humildes sentimientos. Aunque esto no era facil, encontro no obstante vno tan sencillo, que le pareció al V.P. podria deslumbrarlo con aquellos santos artificios, que ya para los demás no le servian: imitando tambien en esto à N. P. S. Ignacio, que porque el Padre Diego de Egua, aun despues de severamente castigado, no cessaba de publicar su santidad, no confesò mas con él. Los señores Inquisidores, quanto deseaban el acierto, tanto lo desearon por su Calificador: y como esto no era tratable con el V.P. se tratò hasta concluirlo con otro de los Nuestros. La primer noticia, que el Padre tuvo se la diò el Titulo con vn orden del Superior, para que sirviessè à Dios, y al publico en lo que el Santo Tribunal le mandasse. La estrañeza, la congoxa de su espíritu, los dictérios, y mosas de si mismo bastantemente se dexan ya perceber. Como su predicacion fue tanta, el aplauso tan extraordinario, y el fruto tan copioso, le mandaron los Superiores disponer para la Imprenta sus papeles. Este fue vno de los mas estrechos lançes, en que se viò su humildad: *mis Sermones, dezia, que no son sino unas ruficas conversas, à la Imprenta?* Porque yo ni sé idèar, ni discurrir, ni pulir nada: me he reducido à ir alli, quando me lo mandan, à berrear, y dar gritazos, y esto querian, que se imprimiera? El Padre Provincial no debe de averme oydo: oygame su Reverencia, y siquiera por el decoro de la Provincia, ni aun pensará en esso. La eficacia de su humildad supo alegar tambien, que era menester tanto trabajo para disponerlos, que no le seria posible con sus achaques, añadiendo lo inutil, y aun ridiculo (dezia) de sus cosas, que los Superiores por no acabarlo de ahogar huvieron de desisttir. Lo cierto era, que, aun vencida esta dificultad, quedaba la de ser necesario hazerlo casi todo de nuevo; porque casi todo estaba en apuntamientos tan concissos, que no se entendia, tan borrados, que no se podia leer, y tan divididos en papelillos de sobrefritos, que no se podia coordinar. Así despreciaba lo que todos teniamos por vn tesoro.

A esta humildad sirviò fielmente su ingenio, *ut decur parvulis astutia*, para que se viesse ser verdad, que los humildes son sagradamente astutos. Fue lo el V.P. tanto para ocultar sus cosas, que pudiera averlele dicho à él, *tu tantum providus astus*, que le llevaban toda su prudencia las santas cautelas, con que escondia

dia sus talentos, y sus gracias. No se de esto dezir mas, que pre-  
 guntar con Salomon, *astutias illius quis agnovit?* Quien pudo ja-  
 más comprehender la varia multitud de postizos trages, que te-  
 nia siempre à la mano su ingenio para disfrazar quanto pudie-  
 ra servir à su estimacion? Quando el Ince le cogia de repente,  
 alli en un instante lo cortaba su vestido tan ajustado, y lo surcia  
 con tal arte, que aun à los mas advertidos pudiera dezirles con  
 el Apostol, *cum essem astutus, dolo vos cepi*, que era tan prudente-  
 mente astuto, que con sus piadosos engaños nos burlaba à todos.  
 Si bien la larga experiencia nos avia ya enseñado à distinguir  
 los significados de estas divisas. Como ya he dicho algo de su  
 vida, me ha sido forçoso dezir mucho de esta materia: pero  
 siendo este su mas proprio lugar, colgarè aqui como en el mos-  
 trador vno, ò otro de estos trages, que indique la destreza de el  
 Maestro, y provision de la tienda. Cercano ya à la muerte,  
 quando *pro magno haberi solent verba novissima Parentis ituri ad se-  
 pulchrum*, quando tanto mas se imprimen, quanto mas se apre-  
 cian aquellas vltimas palabras, que suelen venerar los hijos, co-  
 mo oraculos, en sus Padres, le pidió vno, que lo alentasse, y lo  
 enseñasse à meditar, y orar. A que respondió el V. P. *que he de  
 dezir yo, que en letras, y virtud siempre he sido un guachirle: busque  
 V. Reverencia primero quien me enseñe à mi.* Y como quien se lamenta  
 de su tibieza añadió: *esso de meditar es para mi como cosa, que no  
 entiendo; al principio estaba menos olvidado; pero ya ha muchos años,  
 que no trato de esso, pida V. Reverencia à Dios, que me perdone.* Qual-  
 quiera no practico en conocerlo se engañara con la verdad mis-  
 ma; pues lo era, que començò meditando; pero ya avia mu-  
 chos años, que no trataba de esso; porque lo avia Dios subido  
 à vna altísima contemplacion. Algunas vezes en sus enfermeda-  
 des avia pasado la noche, oyendolo algunos desde afuera, en  
 nul tiernos coloquios, suspiros de amor, y canciones de melo-  
 dia por acá no vñada. Preguntandole por la mañana el Medi-  
 co, cómo avia pasado la noche? respondia al instante, *no he  
 dormido mucha, pero he tenido muy buena noche.* El Medico concibió,  
 que avia dormido poco, pero que la vigilia avia sido sin fatis-  
 ga, y con descanso, que era lo que bastaba para dirigir la cura-  
 cion. Pero los que ya le entendiamos el lenguaje, entendimos  
 la verdad; pues lo era, que *no avia dormido mucho*, aunque no hu-  
 viesse dormido nada: y que *avia tenido muy buena noche*; pues la  
 gastò en regalarle, y descansar con su Amado. Otras vezes dan-  
 do otro sentido à la palabra, al informarse el Medico respon-  
 dia,

dia, *fi, Señor, muy bien be dormido, y con sosiego, y descanso*: porque aviendole ya pallado la noche en alta contemplacion, hablaba en aquella viurpacion viada, en que dezia el Señor, que no dispartallen al alma, hasta que ella quisiese. Y el Medico lo entendia de *dermissione somni*, del sueño corporal.

A este mismo entrañable deseo de sus desprecios consagró su humildad aquella gracia, que parecia naturalmente derramada en sus labios para equívocos, y prontitudes preciosas de vn salado inocente gracejo. Dandoles vn nuevo, y no violento sentido à aquellas palabras del Apostol, *sermo vester semper in gratia sicut sit conditus, ut sciatis quomodo oporteat vos unicuique respondere*, tenia y nas respuestas tan graciosas, y vnas vizezas tan saladas para sus desprecios, que à vn mismo tiempo con su humildad edificaba, con su ingeniosidad entretenia, y con su sal habia sabrosa la virtud. Púieronle en vna ocasion vna escudilla muy llena de farró, y al verla, à *vn gran jumento* (dixo) *vn gran pienso, este es mi natural alimento*. Pues, Padre, le dixeron, como V. Reverencia, que tambien comen los jumentos. A que replicó prontamente, *los que sirven de llevar la carga; pero yo soy vn jumento, que solo sirve de carga*. Dandole no sé que dulceçillo lo destinó luego para vn enierino. Instaronle à que liquiera lo probasse, y respondió, *pues si no es la miel, como se rala azucar para la boca del asno?* Otra vez le instaban sobre lo mismo alegandole, que era pobre, y que los pobres han de tomar lo que les dan. Respondió al instante, *yo pobre? soy rico, y mas que rico; porque soy borrico, y vn gran borrico*. Dixo, ser mas que rico; porque borrico tiene mas letras. Admirando algunos los vivos pensamientos de sus Sermones, si V. Reverencia es tan jumento, como dice, como piensa estas cosas? à que respondió, *yo pienso, pobre de mi? à mi me piensan*, y por esto tiro tantas cozes, y acerico tanto. Como aun las calles le servian de Otorio para su contemplacion, en vna lo derribó vno de aquellos frequentes languores de su violento amor. Violo caído vn Maestro grave de vna Religiosa Familia, el qual, ó compadecido, ó boba, uo ó daba voces diciendo: *señores, traygan presto una jilla para llevar à este Santo Padre*, y como su charitativa compasion no lo dexaba sollegar, repetia, *venga presto essa jilla*, recobróse algo el V.P. y al eco de aquellas voces estorçandose à levantarse cayendo, lo agradeció, como pudo, y se huyó diciendo: *jilla para mi? para mi albarda, no jilla*. Y repetia por el camino, que à hombres de razon le les oñezca tal? *jilla, jilla? albarda, y muy albarda*. Al



dir, ó leer su nombre, solia poner con tal gesto el semblante, que era una viva expresion de aquel desprecio, con que San Paulino, ni aun para encomendarlo à Dios, queria, que lo nombrasen; porque no le irritasse Dios al oír su nombre, & pronuntians *labia inquinantur*. Vn aficionado suyo lo hizo retratar. Quien se lo dixesse al V. P. no se supo; pero si, que como el mismo San Paulino se indignò contra San Severo; porque solicitò vn retrato suyo, diziendo de el, *quòd fava mentis delectas fit*, que si avia perdido el juicio? así el V. P. indignado al encontrar aquel su devoto le dixo con severo ceño: *ba hecho ofe'd una gran cosa: yo tambien he visto retratado à Judas, y aun al Demonio*, y se fue. Siendo Rector preguntò à vn enfermo, como le hallaba respondió, *Padre, la cabeza tengo mala*. Y al punto el V. P. y *la sendra, mientras yo fuere Rector*. Esculandose vno de no averlo visitado mas, estãdo enfermo, ando (dixo) *tan ocupado, q no puedo ver à V. Reverencia*, y el V. P. prontamete, *siendo yo tal, siene V. Reverencia tan en no poderme ver*. Aunque ya se sabia, que ni comia carne, ni pescado, no obstante oyendo la campanilla, para que acudiesen todos al Medico à reconocer, si alguno tenia necesidad de carne la Quaresima, acudiò el V. P. y con vn gesto despreciador de si mismo respondió à la pregunta del Medico: *yo ni carne, ni pescado*. En vno de sus deliquios le instaban, que tomasse algun alimento, alegandole, que tenia *debil naturalez a*. A que respondió, *si, Padre, yo tengo naturalez a de vil*. Acababa de predicar con el fervor, que solia, y le dixeran, que *por el ayre se cubriese la cabeza con un canto del manto*. Y el V. P. al instante: *mejor fuera, que en el ayre me la desubrieran con un canto de ladrillo*. Entrò en vn Convento de Religiosas Descalças à confessar vna enferma, y era Quaresima. Vna de las Madres llevada de su devocion se arrojò à quererle besar los pies: pero el Padre con la misma prontitud, con que se retirò, le dixo, *Madre, que baxe V. Reverencia, pies de puercos; y en Quaresima?* Pero estas preciosas satyras contra si no tienen mas termino, que el que nunca se le hallò ni al abyuso de su humildad, ni à la prontitud de su ingenio. Y así sin ponerse me es preciso salir ya de esta materia, à que serviràn de fin, aunque no lo son, dos breves reflexiones.

Vna, su empeño, que ya parecia porfia, sobre que todos aviamos de creer lo que él creia de si, como si su humildad huviera tambien de desvanecer nuestras evidencias. Solo conseguia, que lo viessimos en aquel heroyco grado, que señaló San Bernardo; *nilis vult reparare, non humilis prodicere*. Otra, creia

las cosas, que contra si le dezia su humildad, con vna se tan de bulto, que hazia visible demonstracion de quan bien se componen las teoricas de la humildad con aquella practica tan difícil de entender, que estando tan adornado de talentos, de virtudes, y de gracias, sin duda, y con verdad se juzgaba vn juuiento, y vna abominable criatura. En prueba de esta mysteriosa fe, con que cautivaba su entendimiento en obsequio de su humildad, ya he dicho algo, y aun me queda lo que no es menos. Vno de sus Confesores afirma, que en muchos años, que lo confesò no tuvo mas, que vno, ò dos pensamientos de complacencia, y tan remissos, que no merecen llamarse tentacion. Los que entienden de espiritu, entienden con San Bernardo, que es grande, y rara *humilitas honorata*, vna humildad por vna parte tan profunda, y por otra tan exaltada. Vn hombre, cuyos lustrosos empleos lo hizieron tan plausible, buscado por Maestro, venerado por Oraculo, reverenciado por Santo, à quien aun en las calles se arrodillaban, cuyas cosas buscaban por reliquias, y no obstante tan humilde, que muy lexos de derribarlo, ni aun le tocaba el viento de la vanidad. Sin duda afirmaria San Bernardo, que este exaltado humilde era aquella *rara ave en la tierra*, de que se pafinaba el Santo. La canta abejilla, en sintiendo el viento, se carga con alguna piedrezuela, *ne leve alarum remigium precipitem fabra ventorum*, para que la furia de los vientos no la arrojè precipitando el debil remo de sus alas: y el V. P. como Ave muy rara, para estar mas seguro, se cargò tanto del peso de su confusion, que muy lexos de volar entre los huracanes de la vanagloria, se hundió allà en vna profundidad, à donde estos vientos, ò no llegan, ò llegan ya tan cansados, que casi no se perciben. Si la Divina gracia tampoco admite vacuo en su orden, quanta, y quan impetuosa baxaria à llenar esta capacissima Alma, à quien su humildad dexò tan vacia de si mismo? Y si quanto mas con la humildad se inclina el alma, tanto mas bebe de la Fuente de aguas vivas, quanto beberia la que tanto, y siempre estubo inclinada? Dios lo sabe: el lo quiso negar todos; y nosotros perdimos entenderle algo.

### S. XIII.

**A**L descubrir la cerca de aquel Paraíso, à donde parece, quise el Señor arrebatar tambien al V. P. aun viviendo: al llegar à las faldas del monte de Dios Oreb, à cuyas cumbres tam-  
bien

*Super altissus est.*

*46. in Cant.*

*San Ambros. 2.  
de Virg.*

*su familiar, y  
favorecido tra-  
ta con Dios.*

Bien parece, que quiso subirlo: y al tocar à la puerta de aquel  
*Sancti Sanctorum*, à donde, como à su gabinete, lo llamó el Señor,  
 y un pariente, que como suele à los Siervos de mayor confian-  
 za, le dió aquella llave dorada, que lo abre, para que se entra-  
 se, quando quisiese: al ver, digo, tantas finezas de Dios con  
 este tierno Amante suyo en languores, deliquios, raptos, reve-  
 laciones, y maravillas, me hallara sin duda más poseído de el  
 miedo, que hasta aqui. Pero, por no tener que quitarlo, me lo  
 impidieron de el todo las heroicas virtudes, que dexo dichas,  
 con que lo disponia el Señor para la alta contemplacion, en  
 que se avivaron hasta el grado, que solo su Magestad sabe las  
 llamas de su charidad, y amor. Mientras Moyses tuvo su tien-  
 da en medio de los Reales, trató con Dios poco, y de passo, co-  
 mo jueca dos, que no se conocen: pero, luego que sacandola  
 del bullicio del exercito, se retiró *extra castra praesent*, de el comer-  
 cio de los hombres, le hablaba Dios cara à cara, como suele vn amigo  
 à otro. Para tratarlo assi llamó Dios à este su Siervo à la retirada  
 soledad, que ya vimos. A vn hombre de coraçon tan puro,  
 como ya dixé, quien estrañará, se le concediese, si no ver à Dios,  
 y vivir, à lo menos entender de Dios viviendo lo que es capaz  
 el que vive? Aquel Señor, que puso la mesa de sus dulçuras pa-  
 ra el pobre, como no lo sentaria à gozar de sus abundancias,  
 siendo tan pobre de espiritu? Con qué gusto acompañaria en  
 este convite à vn Alma tan casta aquel puro Epouo, que se apa-  
 ciera entre azucenas? Si à la exacta obediencia de Moyses le  
 siguieron los favores, de que solo fueron testigos Dios, él, y la  
 cumbre de el Sinai; por qué no avia de seguirse mucho de esto  
 à la ciega obediencia de tan rendido siervo de el mismo Señor?  
 Si la sabiduria no se halla en la tierra de los que viven en deli-  
 cias; por qué no se avia de hallar en la del que vivió crucifica-  
 do? Por qué no avian de ser los confacios al passo de los dolo-  
 res del corazon? El que le ayudó à romper el saco de su cuerpo  
 con rigores; por qué no avia de cercarlo de alegría? No lo du-  
 dó aquel tan práctico, como teorico, Maestro de esta ciencia,  
*ver in crucifixione sequitur illuminatio, & deinde unio Divina.* Vn  
 espiritu tan humillado dexa de la poderosa mano de Dios,  
 como no avia de ser exaltado con sus visitas? Como no avia de  
 beber de aquellas dulçuras, que preparó Dios para los que le to-  
 men, vn Alma, que con tan fino amor temblaba de los juizios  
 Divinos? Al que assi se sentó en el mismo lugar, como no avian  
 demandar subir como amigo en aquel convite, en que beben

Inf. epist. ad  
 Florent. 6. 4. m.  
 22.

D. Bernard. de  
vit. solit. coll.  
22.

hasta embriagarse los mas atrevidos? No lo dudó el Doctor, *quod* bió tanto de estas dulçuras, *infra se descendunt, vadit ascendunt supra se*. No estrañar pues los ternísimos favores de Dios á este su siervo, el que al leerlos ruviere á la vista sus heroicas virtudes. Si no es ya, que se quiera estrañar sea Dios tan liberal con siervo, que tanto lo fue con su Señor. Entramos á vn campo dilatadísimo, procuraré correrlo por sendas, que lo acorten, y hagan, quanto pueda ser, comprehensible.

Su Oracion.

Su Oracion vocal, ni ella se separaba, ni fabré yo dividirla de la mental; porque era muy parocida á la de Moyses, que casi siempre, que se ponía á hablar con Dios, hablaba tambien Dios con él. Començaba la lengua, continuaba el corazon, y se paraba el alma con Dios para acabarla. Era esto tan frequente en el V. P. como notorio á todos; porque su humildad, aunque tan fuerte, huvo de confesarse rendida á su amor de Dios, que todo lo vence. De su oracion compuesta de vocal, y mental pudiera dezirse, lo que de la de David, *oratio mea in san meo convertitur*, salia de su pecho, y á su pecho se bolvia, y rebolvia á todas partes, y todos tiempos. Y con otro sentido tambien verdadero en su pecho se convertia vna en otra, la vocal en suspensiones, y raptos, y la mental en dulces suspiros, y tiernos coloquios.

El Oficio Divino era vno de los principales empleos de esta oracion: en él gastaba mas de dos horas, si no era quando las dilataba la mayor frecuencia de suspensiones. La reverencia, devocion, y atencion, con que lo rezaba, no se contentarian con meoos tiempo, aunque iba con gran cuydado de no interrumpirlo, ni aun para estar con Dios de otra fuerte; pero como su corazon estaba á manera de bien refinada polvora, con qualquier chispa se encendia, y despidiendo el Oficio Divino tantas centellas, no le era facil impedir el incendio. No pocas vezes se quedaba suspenso, otras como hablando de otra manera con Dios: y aunque en todo el Oficio encontraba motivos para estos extraordinarios efectos, singularmente lo movian aquellas sentencias, que miran á la Divina Bondad, á su amabilidad, al amor, que nos tiene, y le debemos: y tambien las que tocaban el prodigioso abysmo de sus juizios. Su estudio en las Rubricas para ordenar bien el rezo, lo hizo Maestro en ellas; pero su humilde deseo de acertar lo trahia hecho discipulo, que frequentemente preguntaba, y en su Breviario tenia muchos papelillos, que le servian de registros, con varias notas de aquellas cosas menudas, y no tan ordinarias. Vna de sus mas tiernas

oraciones en el Rosario de la Santísima Virgen, que rezó todos los días hasta aquel mismo de la noche, en que murió. El amor de hijo, con que veneraba à esta gran Señora, le hazia regalarle tanto con las salutations, y con los Mysterios de la Humanidad de el Señor, que todo el largo tiempo del Rosario lo era de dulcíssimas ternuras con la Madre, y con el Hijo. Las salutations Angelicas à la madrugada, al medio dia, y al anochecer le eran otras tantas ocasiones de regalados afectos con la Señora: y enternecido ya su corazon con alabar à la Madre, se acabó de derretir muchas vezes con los Mysterios de Dios Niño su Hijo. Rezaba otras muchas devociones, y se aumentaban con la que tenia à muchos Santos: y singularmente gustaba de los Psalmos, en cuya varia profundidad, y ternura de afectos hallaban los suyos agudos estímulos para moverse. Quando lo encontrabamos por los quartos en aquella humilde compostura, y devota modestia, ya como conaturalizadas al V. P. casi siempre iba rezando, ò en vna oracion tan interior, que esso mismo era tambien visible. Las imagenes, que encontraba, especialmente de el Señor, de la Cruz, ò de la Virgen, le hazian prolongar su oracion con nuevos, y mas fervorosos afectos. Y para decirlo todo, si atendemos à su oracion, parecia cumplir à la letra lo del Apostol, *erat sine intermissione.*

Logró la entereza de su humildad, que nadie se atreviesse à pedirle sus oraciones, sino es con va reverente temor; pero no pudo estorvar la persuasion, de que quantos le las pedian, atribuyessen à ellas los felices successos de sus negocios, ò espirituales, ò temporales. Fundabase este comun concepto no solo en la venerada santidad del Padre, sino en los singulares casos, que todos tenian por efectos de su oracion. En lo que resta de su vida, avré derocar algunos; pero no debo aquí omitirlos todos. A vno de nuestros enfermos affaltó va profundo letargo no previsto de el Medico, que por esso no le avia ordenado los Sacramentos. Nuestro comun desconuelo fue, el que se dexa entender, y el de el V. P. sobre todos. Visitòlo, y despues de alguna suspension, y sus ordinarias miradas à alguna imagen, se tocó vna tribuna, donde estubo largo rato, y mientras allà levantaba al Cielo las manos, sin mas medicamentos, cesó acà la furia de el accidente, y dexandole la razon libre de el todo por algunas horas recibió muy preparado, y con igual consuelo suyo, y de todos los Santos Sacramentos. Bolvió el letargo, y tras él la muerte. A otro de los Nuestros, que en vna enfermedad de

muerte pidió al V. P. que estaba enfermo; sus oraciones, embió la salud instantánea con este charitativo recaudo, que sentia fe mal, y le desfeaba mucho el dize, y se esperaba en Dios la salud. Acafo fue mas admirable otro suceso con el mismo: llegó en vna enfermedad á aquel vltimo estado, en que apurada quanta medicina supo el Medico, como el mismo lo afirmò, y tan sin efecto, que despidiendose dize, no tenia ya, que hazer, que lo ayudasen à bien morir; se lo dexò agonizando. Seria esto como à las nueve de la mañana, sería mucho esta muerte por justas causas el V. P. Fue, y vino muchas vezes de el aposento del enfermo à vna tribuna, mostrando en el sosiego de esta inquietud el cuidado, con que andaba. Gafò en esto como hasta la vna de el dia, en que instantaneamente el enfermo reconoció vna grande alivio, que profugió tan veloz, y felizmente, que à las tres de la misma tarde, hora, en que vino el Medico (por no aver oydo doblar, como el dize) lo hallò, y lo declaró ya sano. Supo lo que avia sucedido, y dize: *¡jalda medicina de el Padre pudo hazer este milage.* Profugió sano, y en pocos dias, ya fuerte, se levantò. Ayudò el V. P. à bien morir, hasta embiarlo con Dios, à vna Sacerdote de los Nuestrros. La noche de aquel dia mismo viendo al V. P. como asustado, le dize vno de los Nuestrros, si se le avia aparecido el difunto? Por donde (respondió) *lo ha sabido P. R.* Con esta ocasion le instrò, y el V. P. le dize, que estando en la tribuna viò tres vezes vna sombra, que lo asustò: y que preguntando quien era, è que queria, respondió, *es N. que pide Missa.* El V. P. acudiò al P. Rector, quien sin explicar para qué, pidió à la Comunidad *infragis*, y el V. P. tomó uno y à su cargo el socorro de aquella dichosa alma. Pasados dos, ó tres dias, yendo de madrugada el V. P. à dezir Missa, poco antes de la Sacristia viò vna luz, que le alumbraba, y oyò vna voz clara, que tres vezes le repitió, *Dize se lo pagar,* y desapareció todo.

*De Contemplación.*

Vno de los mas raros y vnos, que de la Bondad Divina recibió fue la facil entrada al regalado combite de la contemplacion, en donde su alma, como esposa charisissima, se embriagaba en esta vida con los destellos de aquel torrente de delcyres, que viene Dios preparado en la otra para los que lo aman. Si à otra concedió el Señor, que en este descanfado sueño gozasse de su inrima vnion, sin que nadie se lo embrazasse, hasta que ella quisiese: al V. P. pareció averle concedido tambien entrarle à dormir siempre, que quisiese, segun la facilidad, con que su bendicta Alma en todos tiempos, y de todas las cosas hazia escalon pa-

ta elevarse ofreciendo en los brazos de su Amado. El mismo hablar, el comer, las desolaciones mismas eran como una puerta patente, por donde se entraba à este descanso; pues haziendolo exclaimar ya como quien se ahoga, ya como quien se quexa, ya como quien ansia por verlo, tras la exclamacion se le iba à Dios el alma. De aqui no pueden contarfe las horas, que gasta en este mystrioso sueño; porque de la noche èl se llevaba la mayor parte: el resto se repartia entre sus penitencias, sus aslaciones, y su corporal sueño, en que tambien velaba. De el dia estaban destinadas para la contemplacion todas las horas, que le dexaban los ministerios, la oracion vocal, estudios precisos, è indispensables ocupaciones. Pero como todas estas mismas cosas le servian de eficaz oportunidad para icler à Dios, parecia tener siempre su conversacion en el Cielo.

Ni fueron inferiores las gracias, que recibió allà dentro en la estrecha vnion de el amor Divino. Su altissima contemplacion llegó à los quatro grados, los summos, à que con Richardo reducen los Doctores mysticos la admirable variedad de sobrenaturales efectos propios de la *charidad violenta*. Hemos visto, y veremos mas su *charidad vulnerante*, que es el primero; pues penetrando lo mas intimo de su corazon con la tierna, aguda, y encendida flecha de el Amor Divino, ardia en ansias de su Amado, y sin poder disimular sus llamaradas, se hazian sensibles en profundos sollozos, dilatados suspiros, como de quien se ahoga, sin desear, ni acordarse de otra cosa, que de el Amado de su alma. Se percobian tambien en lo palido, y consumpto del rostro, y otras vezes en lo inflamado de èl: efectos todos de el vehemente dolor de aquella herida. A esta profunda herida se sigue el *amor, que liga*, y es el segundo grado; porque, como los vehementes dolores de ella, arrebatando à si toda la atencion, ni dexan pensar otra cosa, que à si mismos, ni desear otra, que su remedio; el V. P. con el vivo dolor de su herida estaba, como con una cadena tan ligado à su Dios, vnico remedio de su dulce tormento, q arrebatada toda su atencion à este summo Bien, en el solo pensaba, à èl solo queria, por èl solo suspiraba, y todo lo demas le olvidaba, si lo advertia; porque muy bien hallado con esta prision de sus afflitos: en los vinculos de la charidad, ni queria, ni le agradaba, ni apenas podia pensar, ni quexar otra cosa, que al vnico remedio de su profunda herida, y dolentissimas ansias. No solo despierro, pero aun dormido, velaba su corazon en los espacios sueños, en que le habla, en que lo oye, y en que se de-

De S. Villan  
1747. de 7. años.  
años. d. 5. at-  
no. 24

leyta con su trato, como el que amarrado à vna cuerda, ni duerme, ni dormado se aparta de aquel sitio; y no son menos fuertes las cuerdas de la caridad. Podiera por el libre albedrio apartarle; pero la vehemencia de el amor, ni sabia, ni querias antes sola la memoria de esta separacion le era intolerable martyrio. Y de aqui aquella intrepida violencia, con que rebatia, ó ahogaba quantos profanamientos, y aun respiraciones, padiesesen, no ya romper, pero aun aflojar estas dulces prisiones, que eran la delgada libertad de su espiritu. Al summo gozo de esta estrecha prision le seguia aquel ternissimo amor, que es el tercer grado, y que haze decir, *amore languore*, estoy enfermo de amor. Este le causaba aquellos languores, delinayos, y deliquios, que no solo le hazian alquerosas todas las cosas de acá, sino es que lo dexaban inhabil para ellas. Era tan vehemente, que con frequencia causaba tambien en su cuerpo estos delinayos; porque aborrio todo su espiritu en el sabrosissimo amor de el summo Bien, no le quedaba vigor para las operaciones de el cuerpo; y llegaba à tierra sensible, que consumiendo muchos espíritus vitales, quedaba tan debilitado, que se caia sin baxarle, ni las grandes precauciones, de que viaba para evitar estos sensibles efectos, ni lo que se esforçaba à encubrir los que no podia evitar. Pero entonces estava mas vigoroso para Dios, segun lo de el Apostol, *cum infirmor, tunc potens sum*, que en su misma enfermedad se sentia mas fuerte; porque el amor de Jesu Christo apricta para servirlo, y amarlo mas. Y si la dulce violencia de este vehemente amor llega à las vezes hasta quitar la vida, como se cree de el Seraphico Padre San Francisco, de la Seraphica Madre Santa Theresia, de Nuestro B. Etanislao Kostka, y de otros; tambien creemos piadosamente de el V. P. que su amor à Dios fue el Sacerdote, que lo hizo feliz victima en las aras de la caridad. Ardía esta à las vezes con tan activas llamas, que llegando al quarto, y suprimo grado, podia decir con el Profeta, *desertis in salutem terram anima mea*, que su alma no solo estava inhabil para todo lo que no es Dios, como en el grado antecedente, sino que causando aquel mystico desfilto, que suele, parecia aversele apartado de el cuerpo, y averlo desamparado su corazon para irse à vivir con su Amado. Estos son aquellos raptos, y extasis, que San Dyonisio tiene por proprio, y victima estubo del amor Divino, *est enim extrasensationis amor Divinus*. Esta es aquella solitud de mundo, de cuerpo, de sentidos, y aun de sí misma, en que descansa el Alma, quando concediendole el Señor aque-



aquellas alas, como de paloma, que ella desea, se haze volar huyendo de todo para hablarle al corazon. Aqui, donde se celebra aquel purissimo de polonio del Alma con Dios, y que solo en el Cielo se consume, y que eleva al Alma a una Angelica castidad, y que es el supremo efecto de la dignacion Divina en esta vida. Aqui la mas estrecha union Divina, aqui las mas amorosas locuciones, aqui las mayores confianzas, aqui los mas puros abrazos, aqui aquellas santas llanezas, y como arrevimientos de el Alma con Dios; porque, como lo experimenta tan conmovido de amor, le parece, como que se separó de la magestad, a que no quiere advenir, porque lo quiere abrazar, *missis oculis claudis, aperis volapari*. Y aunque advierta a tanta magestad, *amor dignitatis vestras reverentiam vestra*, su amor unifino, que no entiende de magestades, la haze en esto dichosa rustica, que por corteses reverencias ofrece tiernas confianzas, y santas llanezas. Todo lo hemos observado en el V. P. y ya se irá haciendo mas patente. Aunque las luzes, que el Señor le comunicó para revelaciones, y profecias, fueron tan grandes, que pudieran dar a su contemplacion el renombre de *cherubica*; pero sobrefalieron tanto las ternuras, y finezas de su amor, que debe llamarse *Seraphica*.

*D. Aug. in Magnif. 20.*

Como huviera rebarido los asaltos de tanto enemigo sin la defensa de la que es muro incontrastable? Como, saliendo al campo huviera logrado tantos triumphos sin las victoriosas armas, de que halló tan prevenida esta torre? Por donde huviera bebido su bendita Alma las aguas de vida en tanta copia, si no se huviera acercado tanto a esta crystalina Fuente situada a la Santissima Virgen? Como huviera llegado a tan alta contemplacion sin subir por este Escaliv? Y como, finalmente, huviera entrado al cobite de las queridas espaldas, si no fuera por esta Puerta de el Cielo? Por ella se entraba el V. P. a aquel Cielo, de que gozaban las Almas santas; porque mirandola siempre no sola, sino es con su Santissimo Hijo, origen de toda la inmenidad de sus gracias, facilmente se subia por el arroyo a la Fuente, y embarcandose en este Rio se hallaba presto en el Mar. Llamabala ya su Señora, ya su Abogada, ya su refugio, ya su consuelo, ya su Madre, ya sus amores. Pero sus mas frequentes ternezas con Maria Santissima eran las jaculatorias, que la explican Madre de Dios, no solo porque en estas concebía mas vivamente las soberanas excelencias de esta Señora, que ni aun ella misma puede explicar, sino es, porque le servian mas para irle desde la Madre al

*Devocion a la Santissima Virgen, y favores de ella Señora.*

*D. Aug. super Magnif.*

Hijo, desde el Trono al Rey, y desde el Tabernaculo à Dios: Llamabala hermoſiſſima Aurora, que viene anunciando al Sol: ſeñal grande de el Cielo, Muger veſtida de el Sol: Sol, donde puſo Dios ſu Tabernaculo: vara, de donde nace la flor: ralamo, de donde sale el Eſpoſo. Pero ſobre todo ſe recreabaſu Alma diziendole, *Madre de el Amor hermoſo*. Eſta tan tierna expreſſion era en el V. P. muy frequente, y caſi ſiempre con tal vehemencia, que, ò le arrebatava el alma, ò hazia caer al cuerpo, ò le inflamaba el roſtro, ò lo arrojaba à darle muchos oſculos en ſus ſagrados pies tan divinamente calçados, como de Hija de el Principe, de quien era Madre. Por eſta miſma razon, como ſi fueſſe el, à quien ſe dixo, *ſurge, & accipe Puerum cum Maria Matre eius*, aſi andaba cargado de eſtampas, ò lienços, en que ſe dexaſe ver la Madre con el Niño. Sin poderſe contener dezia à quien ſe hallaſſe preſente, *mirro oſed, que hermoſa! que bella! que Cielo eſte! nunca hebe Dios para criatura tan linda*, y otras mil coſas, con que ſe encendia ſu amor, y avivaba la piedad en todos. Tenia un lienço, en que eſtaba pintada la Santifiſſima Madre adorando al Niño en la cuna: eſte fue ſu inſeparable compañero por muchos años, lo tenia en ſu alcoba, ò retrete, y aun ſolia llevarſelo à la Enfermeria. Los coloquios, y afectos, que le dezia, y los favores, que de eſta Señora recibió, fueron tantos, que venciendo ſus deſvelos por ocultar, baſtantes llegamos à entender. Pero bien poco reſpecto de lo que allà à ſus ſolas paſſaba. Eſte lienço, que ſe guarda en la alcoba, donde el V. P. murió, como prenda de tanto precio, lo dexò por muchas partes ſeñalado con las tiernas lagrimas, y oſculos, que daba al Niño, à la cuna, y à la Madre en ſus ſagrados pies. Y quando no podia, ſe los cubria desde ſu lecho con ſus ya dichas jaculatorias, ſingularmente aquella, *Madre de el Amor hermoſo*.

Eſte caſtiſſimo amor à la Santifiſſima Virgen explicado en afectos tan puros, no parò en puros afectos, paſò à eſtectos bien extraordinarios de culto, de veneracion, y obſequios à eſta gran Reyna, que ſon la ſegura prueba de el verdadero amor. Las viſperas de ſus Fieſtas començaban para el V. P. dos, ò tres dias antes, en que aumentando rigores, ayunos, vigillias, y retiros, que ſolia tener Octavas, ſe preparaba para la fieſta, en que con gran frecuencia lograba ſingulares favores de la Señora, à quien obſequiaba con una confiànça tan de hijo, que no fue mayor la de Barac en Debora, quando le dixo, *ſi tu vienes conmigo, yo iré con mis tropas à combatir el exercito contrario, aunque manda-*

no por el famoso Syfara, pero si no quieres venir conmigo, ni yo me atreveré á acometerle. Esta Señora era su fiel compañera en las batallas con el Demonio, y explicaba su confianza diciendo con seguridad, de quien ya veia la victoria, *in mea mulieris habitabat Syfara*. Este era su consuelo en sus desamparos, es que le alentaba llamandola con notable ternura, *consolatam afflictorum*, y por aqui comenzaba á respirar. Como los Egipcios para explicar, que ya Jupiter no solo avia mitigado sus iras, sino es, que lo tenían como rendido, pintaban un rayo sobre un blando lecho, mucho mejor el V. P. quando lo conturbaban los temores de la indignacion Divina, luego buscaba el consuelo considerando á Dios en el blando talamo de el vientre virginal de Maria, de donde salió, o como Dios de los Exercitos, que dispara rayos, y vibra lanças, sino como Episo de las almas, que á manera de cautivo reparte favores por su rescate. En hablando de esta gran Madre de misericordia, parecia averse transformado en San Bernardo, quando dezia, *ceteri, Domina, cum se aspicio, nil nisi misericordiam cerno*, pues hablaba de ella con la confianza de quien nada veia, sino es misericordia. Este pensamiento de que era Madre de Dios le hazia dezir con confiada admiracion, *como impossibile, que negare Deo algo á su Madre!* y con extraña dulzura ponderaba lo que Adonias dixo á Bethsábé, *neque enim negare tibi quidquam potest*; pide á tu hijo por mi, pues él nada te puede negar. Y si los reos tenían cierto su perdón en el ruego de Olympia madre de Alexandro, que dezia, *una Mariae lacryma multas delerit epistulas*, que una sola lagrima de su madre bastaria para borrar muchas sentencias de muerte: el V. P. con mucha mas fundada confianza esperaba todo su bien por medio de esta gran Madre del Eterno Hijo. Este espíritu le sugeria aquel expresivo conato, con que alentando en quantos lo oian la confianza, repetia muchas vezes aquel piadosísimo testimonio de S. Bernardo, *hec peccatorum scala, hec mea maxima fiducia; hec tota ratio spei mea*, esta es la escala de los pecadores para el Cielo, esta mi mayor confianza, esta toda la razon de esperar. Y repetia recordandose su alma, *hec tota ratio spei meae*. Y volviendo á hablar del Santo, dezia: si yo supiera dezirlo con aquel espíritu! Aquella noche lo enterneció tanto es amor de esta Señora, y este amor lo descubrió el profundo, y verdadero sentido, en que nos dexó esta sentencia de tanto consuelo. El gozo, que en esto sentia, lo llevaba con gran frecuencia á muchas imagenes de la Virgen, y allí se aparta de varios coloquios se quedaba clavado,

*Piffer in Matre  
admir. conc. 8.  
p. 2.*

*Serm. de Matre  
Virg.*

los ojos con la imagen , como quando mira (en ver) , es inmutable , como quien ve con alma , y á las vezes es inflamado , como quien arde , y no se quema . Las que fuera de su aposento le for-  
 viap de mas frecuente ocasion para estos filiales afectos , eran las  
 dos bellas , y devotas imagenes , que se veneran , vna de la Sole-  
 dad en vna Capilla de nuestra Iglesia , y otra con el Niño en los  
 brazos en la escalera de este Colegio .

Esta escalera , en que descansó Dios , era el recreo de este affligi-  
 do Jacob : esta la Aurora , que le daba aliento en sus luchas para  
 no soltar á Dios hasta hacerle sus bendiciones : esta la vara , que  
 endulçada en el Divino Panal rega lando á este Jonatas aclarò  
 santo su vista , que pareció á verle convertido en luminosa hacha  
 aquella lucerna de la Fè , que en este saliginosò valle nos inuest-  
 tra , como entre sombras , el camino . Y como Jonatas arrebara-  
 do con la dulçura deçaba , que *havia se comido todo el Pueblo* ; así  
 el V. P. deçoto de que todos gustassen las dulçuras de esta vara ,  
 vno de los principales obsequios fue el conato , con que sollicitò  
 inspirar á todos el aprecio , la devocion , y el amor á la Santissi-  
 ma Virgen . Este era bien ordinario objecto de sus còrversaciones ,  
*mirè ofed* (deçia) *que bella ! no la ama ofed muchissimo ? Mirè , que Sol-  
 nacio de esta Aurora ! que flor de esta Vara ! que miel salido de este Panal  
 y que Espojo de este Tbalmo !* y arrebatado de su amor , le era forçoso  
 acudir al pretexto de sus flatos , y debil cabeza . Otras vezes  
 arrojando se á besarle sus pies , deçia , *amela ofed muchissimo , mira ,  
 que es la Escala para subir á Dios ; mirè , que es la Puerta de el Cielo ; mirè ,  
 que es el refugio de los pecadores ; mirè , que es la Madre de el Amor her-  
 moso* , y añadia otras mil ternezas , que se entraban hasta el cora-  
 zon de quantos lo oian . Los que deçaban caminar al Cielo di-  
 rigidos por el V. P. ya sabian , que vno de sus sustanciales passos  
 avia de ser la solida , y cordial devocion á la Virgen . Pero don-  
 de este zelo parecia mas de el Cielo , era en sus Sermones . Ver-  
 daderamente era admirable la transformacion , que se veia , de  
 vn espirito de severidad , en vn espirito de dulçuras , quando pre-  
 dicaba de la Virgen . Avilabanse de cello (que era lo mismo , que  
 atraerse) vnos á otros , y todos venian ansiosos á oir derretido  
 en suavidades vn hombre , cuya natural blandura parecia aver-  
 se convertido en sequedad á fuerça de sus rigores , y retiros . Tres  
 eran las principales cabezas , á que comunmente reducia estos  
 Sermones : las excelencias de esta Señora para el aprecio , y  
 amor ; su misericordia para el recurso ; y el modo de obsequiar-  
 la como hijos , para lograr sus proteçiones de Madre . Para lo  
 pri-

primero alegaba aquellos lugares, que la predicaban Madre de Dios, *de ella nació Jesús, parió a su Hijo primogenito*, y á este tener otros, en que palinardo de tanta dignidad, se desahogaban los afectos con aquellos lugares, que la elogian: bendito (exclamaba) el vientre, que te llevó, y los pechos, que te alimentaron: tu eres la gloria de Jerusalen, tu la alegría de Israel, tu la honra de nuestro linage. Y aquí solia castigar de amor. Para lo segundo insistia en los que la predicaban Madre, y Abogada nuestra: le era muy familiar, *el que se hallare, hallará la vida, y conseguirá de el Señor su salvacion*, y lo decia con tal confianza, como quien tiene ya segura la dicha. Para ambos asuntos glorificaba ya el *Ave Maria*, y ya la *Salve* con unos conceptos tan delicados, con unos sentimientos tan profundos, con unos afectos tan encendidos, y con unas ternezas tan amorosas, que tan facil nes era ver en ellos un extraordinario espíritu de Dios, como será difícil á los que no lo oyeron formar algun mediano concepto de tan fervorosa devocion. La materia de el tercer asunto solia ser un sabroso mixto de agrio, y dulce, sacado de lo que la misma Virgen respondió al que viviendo mal la saludó, pidiendole, *monstra te esse Matrem*, y oyó por respuesta, *monstra te esse filium*. Al decir, *moestra, que eres nuestra Madre*, se detenia en dulçuras, y gozos; pero al decir lo segundo, *moestra, que tu eres mi hijo*, se detataba en hielos contra los que quieren tenerla por Madre, siendo hijos de el Demonio por la culpa. Y como concebía con tal viveza la repugnancia especial de el vicio de la deshonestidad contra su *Madre purissima, y castissima, y Madre del Amor hermoso*, singularmente contra este vicio disparaba rayos, y derramaba diluvios de eloquentissima acrimonia, hasta avergonçar con la dissonancia de los extremos, *Maria Madre, hijo impuro*. De esta fuerte entre los Sermones de mision los de la Virgen solian ser los mas a dientes.

Claro está, que la que ama á los que la aman, y haze bienaventurados á los que velan á sus puertas, avia de hazer singulares favores á quien la amaba con singulares obsequios. Por tal, ó qual, que no pudo ocultarnos, se podrá sacar lo que en su retiro sería. Estando enfermo, y comiendo, como, y lo que solia, clavó los ojos en su lienço, y el Niño. Era grande su cuidado de no mirarlo con atención quando avia gente, por la experiencia, de que tras los ojos se le iba el alma. Pero esta fue vna de las ocasiones, en que no pudo reprimir sus afectos. ~~Quedó por espacio de media hora en aquel silencio de el Cielo sin~~

mas movimiento, ni en sus abiertos ojos, como de quien pitala, ni en su violentado cuerpo, como de quien sentido lo quiere ir, sino el lento de sus labios, con que decia, *Amores mios: por aqui comengò, y tal qual vez, con voz desmayada, repetia, Amores mios. Entraron, y salieron algunos admirados de ver vna estatura viva. Buelto en si, quitò el Enfermero, q se continuasse la no bien comegada comida. Pero para deslumbrarlo le respondió, pues, Hermano, le parece, que el comer es facil a vno, luego que sale de vn recio fiato: si Dios quiere, que yo padezca estos accidentes, que hemos de hazer? y en esto parò la comida. En otra ocasion tambien enfermo, arrebarado de estos sus Amores, hablando à grandes voces con el Enfermero, y descubriendo el pecho, como San Xavier, y otros Santos, le decia: *Hermano, tome este coraz en, y pongalo a aquella Señora, que lo quiere, que lo abraze, que lo consuma, que no lo puedo sufrir en mi. Echame, por Dios, vn cansaro de agua de nieve en este pecho, que se me quemara. Y repetia, tome, tome, pongalo alli.* Asi durò mucho tiempo me eclando varios coloquios, hasta que bolviendo en si se empeñò en persuadirle, que tenia obligacion à callar, diziendole: *Pues, Hermano, no ve, que si se sabe, me tendrán por loco, y ya no barancajo de mi para nada? y mas, que ya se sabe, que de la locura no se suele sanar bien. Por amor de Dios, que mire por su conciencia, y por mi credito.* Pero el Enfermero ya avia oydo, que *omnis amans est amens*, y entendió el language de el querante desesba ser tenido, y estimado por loco, no dando el ocasion alguna de ello. Otra vez, tambien enfermo, lo hallaron asi en la figura de el semblante, como en lo violento de la respiracion, que parecia agonizar. Acudiò con otros el P. Rector; pero hallándole en la mano vna imagen de la Concepcion (cu ya Octava era) se quietaron todos seguros, de que aquella enfermedad no era para morir, sino es para manifestar la gloria de Dios.*

En sus enfermedades supimos algo mas de estos sus racionales delirios; porque la precisa asistencia, quanto quitaba al V. P. la oportunidad de elconder, tanto nos la daba de obviar. Pero lo que en sus retiros padeciò de estos vitales accidentes fue tanto, que tambien lo cogimos en algunos. Visitando à vn enfermo, persuadido à que se moria, por va conjunto de muchos males, se lo assegurò asi al V. P. pidiendole su ayuda para morir bien. Tenia ala cabzera vna imagen de la Virgen, en que clavò los ojos el V. P. y despues de vn gran rato de suspension se assegurò, que no avia de morir. Y asi fue, porque sanò bien presto. Recogida ya la Comunidad vna noche viupera de la

Concepcion, aunque encerrado en su retiro, se le oyò, que por espacio de media hora hablaba, como quien enojado reprehende. Siguióse vna suspension de algun tiempo, y luego se le oia dezir con voz tan clara, como tierna, hablando con sus dos Amores: *Ejosa mia, Madre mia, vida de mi Alma, por quien vivo, y por quien muero, Madre del Amor hermoso, toma este coracon, ponfelo ai à tu Santissimo Hijo, que lo purifique, lo que me, y lo abrafe, que suyo es.* Bolvia luego otra suspension, y despues dezia: *Niño de mis ojos, enamorado de mi Alma, Bondad summa, Charidad inmensa, centro unico de mis deseos, Amor mio, te amo, te amo, te amo, Bondad incomprehensible: ò quien muriera de amarte! me quemó, me abrafo; Madre mia, ponfelo ai, que lo acabe de consumir.* Interrumpiendo de quando en quando estos afectos con aquellas suspensiones, que eran como el rocío, con que ardía mas la fragua, repetía sus ternuras con otras tan varias, como dulces expresiones. Siguióle a todo esto la suavidad de muchas canciones de Psalmos, Antiphonas, y Hymnos, con vna melodia tan no usada acá, que no se dudó ser de el Cielo. A esta musica se siguieron otra vez las ternuras con mil osculos al Niño. Esparcióse vn olor tan suave, que ni se parecia al ambar, ni à los aromas; ni à las flores de acá: solo se percebia el estraño deleyte de el olfato, sin hallarle comparacion. Era todo tan sensible, que se oía, y olía desde vn aposento no muy cercano al de el V. R. Quiso vn sugeto acercarse para gozar mas esta principiada gloria; pero, *se me berizaron* (dize) *los cabellos, empezò à temblar todo, y lleno de vn terrorreal temor me bolví à mi aposento, y muy en breve me quedé dormido.* Profeguiría el V. P. en aquel su sueño, que sin dexarlo dormir, le hazia tener muy buenas noches. Estas mismas ternuras, y canciones se oyeron, y se percibieron las mismas fragancias otra noche vispera de San Francisco Xavier. Que en el silencio de la noche, y soledad de su retiro le diese su humildad licencia para desahogar sus afectos, ò se le tomasse su violento amor, no seria tan estraño, como el verse obligado à estas ternuras, aun en medio del dia, y publicidad de los Pulpiros. Los que entendieron algo de su humildissimo recato, saben inferir bien quanta fue la dulce violencia de aquel amor, à que huvo de rendirse su humildad. Baste por agora referir la que padeciò predicando en la Iglesia de el Religiosissimo Convento de Madres Agustinas Descalças de la calle de Gracia. Predicò vn dia de la Asuncion con la devocion, y espíritu, que solia. Al acabar se derriò su Alma en ternisimos colloquios con su Madre del Amor hermoso, que se

le iba al Cielo, y ya fuera de sí queria salirse de el Pulpito el cuerpo, y de el cuerpo el Alma para seguirla. Con esta vehemencia comenzó a decirle, *hermosissima Reyna, Santissima Señora, bellez a del Cielo, encanto de amor, amor de mi Alma, alma de mi vida, como te vi, y me dexas aqui?* Aqui se cayó en el Pulpito, donde estuvo como delmayado hasta acabada la Misa, que lo llevaron a la Sacristia, en donde se le oia de quando en quando: *ay Señora, que me has muerto! que me has atravesado el coraçon! que emperezaste, y no acabaste!* Quando iba bolviendo, vn Capellan de el Illustrissimo Señor Alcaçotta para obligarlo a tomar vn vizcocho, dezia, no querrá ello el Padre Maestro por ser cosa tan corta; haga oïdo, que se trayga otra cosa decente. Entonces sonriyendose dixo, esto es, oïdo ha dado en el punto. Y esforçandose para irse, al levantarse se bolvió a sus afectos, *ay Madre del Amor hermoso!* cayó en el suelo, donde por mucho tiempo se le oian los ya dichos afectos mal pronunciados, y con interrupciones. Finalmente recobrado se vino. y por algunos dias se le oia repetir, *Virgen Santissima, como os aveisido, y no me aveis llevado! Ya que comenzasteis, por qué no acabasteis?* Por algunas semanas le duró el andar mas abïorto, que lo ordinario. Y a n que sus deseos de morirle eran tan grandes, desde este suceso fueron vehemētissimos.

Quien tan abrasado se sentia con los ardores de el Sol, ya se ve, con que gusto se sentaria al pie de aquel Arbol Divino, cuya apacible sombra al passo que es refrigerio del ardor, causa mas dulces incendios. Sentóse el V.P. a la abrasadora sombra, y templado incendio de este Arbol, que por tanto tiempo avia sido el blanco de sus deseos. A imitacion de el Alma Santa avia deseado, le descubrielle las sombras en donde al medio dia apacienta, y recrea a sus ovejas: avia deseado aquel Divino Desposorio, de que fuessen indicio sus castissimos oculos, y avialo combidado alegandole, para que quisiere venir, que *nuestro lecho esta lleno de flores*: tal le parecia la Cruz, en donde estaba su Amado. Y yo tengo por muy cierto, se le cumplieron sus deseos con Jesus Crucificado, mysterioso Espolo de sangre, y que a imitaciō de aquella misma feliz Alma pudo decirle la del V.P. *ya me senté a descansar en la sombra de aquel, que tanto avia deseado.*

Desde sus primeros años sobrelialo en el V.P. esta devocion: con ellos creció ella, y con ella la ternura, y el amor hasta clavarse con el Señor en la Cruz. El Viernes fue siempre sagrado para el V.P. en el era mucho mas intenso el exercicio de virtudes:

*En amor a Christo Crucificado, y favores de este Señor.*



tudes: desde la Dominica de Pasion comenzaban los santos  
 excesos de rigores, y ayunos tales, que quando llegaba el Saba-  
 do Santo, parecia necessario, que resucitasse con Christo, i  
 avia de vivir: era esto en tal grado, que por vna parte sus aus-  
 teridades, vigilijs, y ayunos, por otra la vehemencia de sus  
 afectos en la dulce contemplacion de tan dolorosos mysterios  
 nos hazian temer su muerte, si bien por tal causa apetecible.  
 Era esta muy frequente, y regalada materia de su alta contem-  
 placion; porque en ella veia aquella nimia charidad, con que  
 amó Dios à los hombres. Por esto le era muy sabroso aquel lu-  
 gar, *sic Deus dilexit mundum*, y al mostrar, ó hablar de su Amor  
 crucificado ya à solas, ya en conversaciones, ya en el Pulpito,  
 repetia con ardientes ansias, *assi amò Dios à los hombres! assi los  
 amò! assi! assi!* Y como el amor, con que queria pagar el amor,  
 de quien lo amò assi, no era esteril, era palmosa la vehemencia,  
 con que se dezia à si mismo, y à los otros en sus Sermones, *sic  
 secundùm exemplar, quod tibi in monte monstratum est*, vive conforme  
 à aquel exemplar de Santos, que te ha sido mostrado en el Cal-  
 vario. La fuerza de espirito, la celestial eloquencia, y los dul-  
 ces coloquios, con que glossaba varios lugares sagrados, no de-  
 xaban duda, de quan derretida salia su Alma de la contempla-  
 cion de estos mysterios, ni se le podian oir sin vna especial com-  
 pñacion, y aliento à la virtud, como, aun callando todos, su-  
 lian dezirlo las lagrimas de algunos, que corrian con aquella  
 recatada serenidad de quien quisiera no exponerles à la vista.  
 Le era familiar, como tierna, la repeticion de aquellos afectos,  
*quærens me sedisti lassus, redemisti crucem passus*, y elevando con rara  
 ternura la voz repetia varias vezes, *tantus labor non sit casus*. Con  
 espiritu del Cielo para alentár su esperança, y la de todos glossaba  
 con entrañable gozo, *qui Mariam absolvisti, & latronem exaudisti,  
 mihi quoque spem dedisti*. Otras vezes acogiendoie à su dolorosí-  
 sima Madre, le dezia, *cia, Mater Fons amoris, me sentire vim doloris  
 fac, ut tecum lugeam*, y expectilando mas sus ansias repetia muchas  
 vezes, *fac, fac, ut ardeat cor meum*, y aqui solotia inmutar tanto,  
 que nos parecia visible el incendio de su amor. Pero aun pare-  
 cian mas vehementes sus ansias de ponerse con su Amado en la  
 Cruz, y assi le dezia con inexplicable conato: *santa Mater, istud  
 aquas, Crucifixi sunt plagas cordi meo valide*, esto has de hazer, Seño-  
 ra, fixa en mi corazón, y tambien en mi cuerpo las llagas de el  
 Crucificado, *domine vivo*, porque no quiero vivir sino es  
 crucificado con el. Aumentaba sus ternuras diciendole: mi

Amado es blanco, y rubio, y todo amabilísimo: quanto en él veo, respira su inmenso amor: me provocan à amarlo aquella cabeça inclinada, aquellas manos estendidas, y aquel costado abierto: hal cruel lança! à estos lugares añadia vnas paraphrasticas exposiciones tan amorosas, que aun despues al leer los lugares se renovaban los afectos, que inspiraba al dezirlos. En vn Sermon, entre otros, de Palsion pintó al vivo los dolores de los azotes, de las espinas, y singularmente de la crucifixion, en que hizo vna visible expresion de aquel Dios Hombre delicadísimo, estri vando todo su natural peso en los tres clavos, que pareció rebentar de dolor el auditorio: algunos se salieron por no poder ya sufrirlo: otros salian diziendo, *no ay valor para oír à este hombre, y mas quando predica de este punto.* El de quando en quando respiraba ya callido, ya derritiendose en coloquios de amor. Finalmente las conftadas instancias, con que pidió al Señor, y à su dolorosa Madre, lo hiziese partícipe de su Palsion, confi guieron, segun el efecto, que lo oyese el Señor, y todos estamos persuadidos, que su intolerable interior padecer, y sus dolorosísimas enfermedades fueron singular favor del que quiso hazerlo compañero de sus passiones; porque quiso tambien hazerlo de sus consolaciones.

Y como no avia de ser así? el celestial leño de la Cruz como no avia de endulzarle sus amarguras mas, que à las saladas aguas de Mara aquel, que mostró Dios à Moyses? El que tan de espacio se sentó à la sombra de este fertil Arbol, como no avia de comer sus frutas con el regalo de la que dezia, *que eran dulces à su paladar?* y el que con tal denuedo subió por el aspero tronco de esta palma, como no avia de coger en sus cogollos los frutos? Los favores, que este Señor le hizo, fueron de amor tan tierno, como se verá por vno, ò otro, que ya refiero. Este amor à su crucificado Señor fue el que acabó de correr el velo, para que viessemos el significado de aquellas sus eícusas, *estos flatos, esta ruin cabeça,* con que por mucho tiempo escondió aun aquellos pocos favores del Cielo, que no pudo de el todo ocultar. Era ya como la media noche, y aun no avia parecido el V.P. à tomar el alimento, que solia. Atendiendo su Confesor, à quien acompañaba otro, lo oyeron en su aposento con tiernos coloquios al Crucifixo, entròte diziendole, *ea, Padre, basta ya de servuras, y vamos à otra cosa,* à que respondió, *Padre, dememelo V. Reverencia goz ar.* Pero, quitandole por fuerça el Crucifixo, salió como loco, y como quien se quexa, se fue à la Virgen

gen de la escalera. Siguiéronlo, para que tomasse algun alim-  
 mento. Pero, como si volara, se fue á vna Tribuna, en donde  
 con la libertad de solo interrumpia sus coloquios con profun-  
 dísimos suspiros. *Hasta aqui* (dixo el Confessor) *no podido ocul-  
 tar; pero ya superabundat gaudio.* Caminando el patibulo vn Reo  
 le librel V.P. auxiliando con coloquios á vn Crucifixo tan ter-  
 vorosos, que todo el Pueblo se compungia, y mas al verle sus  
 ojos tan tiernos, y su rostro tan encendido, como que anun-  
 ciaba ya cercana aquella herida de la charidad, que derribádo-  
 lo hizo, que lo retirasse á vn portal, en donde estubo por espa-  
 cio de dos horas, como quien muere con vida, como quien  
 vela con sueño, y como quien en sueños dize con mal pronun-  
 ciadas voces lo que el coraçon sentia. En otra ocasion estando  
 enfermo preguntò á vn sugeto, si amaba mucho á Dios? res-  
 pondió este, *yo Padre, no se mas, que acogerme á la llaga del costado de*  
*N. Redemptor.* Al oír esto dió el V.P. vn profundo suspiro, y se  
 quedó extatico. Durò así algunas horas: vió el Medico, tur-  
 bóse al verlo, y mas al reconocerlo sin pulsos. Contaronle el  
 suceso, y dixo, que aquel mal no tenia mascaraçion, que la del  
 Cielo. En este estado perseverò hasta el dia siguiente por la ma-  
 ñana, en que buuelto en sí, y reconociendo la hora, y dia, en  
 que se hallaba, se acogió á su ordinario dissimulo, de que *no*  
*avia dormido mucho, pero avia tenido muy buena noche.* Este, y otros  
 ritos, que por su costado abierto le disparò el Amor Divino, le  
 hazian llamar á la herida del costado *boca de fuego.* Vn Viernes  
 Santo en la noche, haziendo vna de sus recias disciplinas, cayò  
 no tanto del violento impulso de los golpes, quanto de la heri-  
 da de la charidad. Ordenò el Padre Rector, se quedasse allí vn  
 Hermano: luego que el V.P. pudo entenderlo, instò lo dexas-  
 sen solo alegando, que ya estava mejor de su flaco. Preualeció  
 el orden del Superior: dissimuló el V.P. quanto pudo; pero no  
 pudo tanto, que no reconociesse el Hermano, bolvia á enfermar  
 de aquella amable dolencia, hasta que, siendole forçoso resollar  
 por la herida de su coraçon, le dixo: *Hermano, me dà palabra de*  
*guardar secreto?* y ofreciendola el Hermano, le dixo: *deme á*  
*por amor de Dios aquel Crucifixo, que recibiste de amor de mi Amor cru-*  
*cificado.* Y porque sus desicoyuntadas manos no podian soste-  
 nerlo, reclinandolo entre su pecho, y sus braços, como su ama-  
 do hazecico de myrra, començò con afectuosísimos coloquios,  
 ya de compasion por verlo así, ya de asombro por tanto  
 amor, ya de amor á quien tanto lo amaba, ya de esperanza en

tanta bondad, y de sagradas furias contra quien lo ofende, y de excomuniones, y censuras contra quien no lo ama. Hasta que, rendido y a su espíritu a las violencias de su charidad, le iba faltando la voz, y con ella débil, y tarda decia: *vida de mi alma, Alma de mi vida, Alma, y vida de mi vida, y alma: ay Amado! dexame recostado en tu costado, donde ven lo que te he costado.* Suspendiase por largos espacios, y bolvian sus ternuras hasta bolverse à quedar en el costado, y en estas alternadas suspensiones, y tornezaste pasó la noche. En vna ocasion iba à confessar vn enfermo, y al ver sobre la mesa vn Crucifixo, se quedó mirandolo, aunque sin verlo, por mas de vna hora en pie, è immoblie. Al bolver en sí començò à passarse muy de espacio, como quien va registrando las pinturas, y decia, *bueno esta esto, muy buenas cosas ay aqui.*

Aun queda aquel especialissimo favor del mas tierno desposorio de su Alma con su crucificado Esposo de sangre. Vn sugeto, à quien el V.P. confessaba, de especial virtud, de quien hizo gran confianza, y que le tenia ofrecido el secreto, oyò, y viò algunas de las cosas especiales de el V.P. Por guardar el ofrecido secreto, y porque no quedassen olvidadas, escribió de su mano las que pudo, y cerradas las sobrescribió al Padre Rector, que fuesse en la muerte del V.P. porque juzgò, que ya entonces no debia obligarle el secreto, y con esto previno lo que temia, y sucedió, que fue morir antes, que el V.P. El sugeto fue tratado con intinuidad de varias personas, cuyo autorizado dicho nos asegura, que se le debe entera fé. Entre las cosas, que le oyò, vna fue, que estandose alentando à amar à Dios, dixo el V.P. *yo sé de vn sugeto, que por mucho tiempo avia deseado oscular à Christo crucificado en su Divina boca, y no se atrevió, hasta que finalmente consiguió licencia para hazerlo vn dia de la Octava del Corpus.* Y añadió, que desde entonces vsaba el oscularlo en su Divina boca con frecuencia; pero con mayor respeto. Seria todo aquel, que permite la licencia de vn Alma ya desposada con aquel Señor, à quien desde entonces trataba como à su Amado. Asegura el sugeto en su papel, que quedó con entera certeza de que era el mismo V.P. Y lo confirman los extraordinarios excessos de amor, que se le observaron en vna Octava del Corpus. Tenia el V.P. con sus lagrimas, y oculus bien señalados en pies, y manos los Crucifixos, que le servian para estos afectos, y de que nos han quedado dos. Hasta aqui solo pedia al Amado aquel osculo de dulce amargura, en que postrado à sus sa-

gradós pies los besaba, y los regaba con sus lagrimas, con aquella santa porfia de San Bernardo, *nec inde fargas, prius quam audias, remittuntur tibi peccata tua*, sin cesar de besarlos, hasta que oyó, que le avian sido perdonadas sus culpas. *Inde proficere poteris ad osculum manuum*, despues subió à besarle sus lagradas manos con el arduo osculo de vn perseverante exercicio de heroicas virtudes, que lo disponian para la sublime perfeccion, à que lo llamaba el Señor, osculandolo tambien *per benignas inspirationes*. Ya en este estado le dió aquel santo atrevimiento, *tum deum forsitan audebis ad ipsum os gloriae*, para el osculo de su Divina boca, que es aquella estrechísima vnion de esposa, *quod sola, varaque experitur perfectio*, que logra sola vna rara perfeccion, quando el Señor por su sola bondad quiere elevarla à la sublime contemplacion de amor, de admirables afectos, y efectos de revelaciones, apariciones, suspensiones, extasis, jubilos, y raptos, como todo por su orden lo vimos practico en el V.P.

A la deseada sombra de este Arbol de la Cruz avia comido su dichosa Alma de sus regalados frutos hasta aquella faciedad, que dà mas hambre. Seguiase la correspondiente bebida. Para esta inmediatamente, como al Alma santa, *introduxit in cellam vinariam*, la introduxo su Divino Esposo à aquella bodega de sus vinos tan generosos, que con solo el olor perfectamente embriagan. Y si San Bernardo con el dulce ingenio, que suele, pensó, que el publicar el Alma santa averia entrado su Esposo en la bodega, fue, para que nadie estrañasse las cuerdas locuras, que hazia, como ebria, *amore, non vino, nisi quod amor vinum est*, de amor, no de vino, sino es ya, que el amor sea vino para estos efectos: yo tambien, para que ninguno estrañe las santas locuras del V.P. como ebrio de amor, quiero publicar, que lo entró el Señor en la bodega de sus vinos el cerníssimo Mysterio de su Encarnacion. Su amor al Niño Jesus fue tan ardiente, que lo quemaba, tan tierno, que lo derretia, tan excesivo, que vnas veces lo traia como loco, otras lo derribaba con sus improvisas, y violentas heridas. Fue sin duda de lo mas raro, que se lee en las Historias.

El Adviento era para el V.P. tiempo de mayores austeridades, ayunos, y retiro. Con el rezo de este tiempo se avivaban sus ansias hasta rendirlo. Al passo, que se iba acercando el alegríssimo dia del Nacimiento, iba ardiendo à mas visibles llamazadas su amor. Se encerraba, quanto le era posible; porque no le era salir, y ocultar su fuego. Las tres Misas de aquel dia so-

Serm. 4. in Celsi

Su amor à Dios Niño, y favores de este Señor.

Serm. 49. in Cant.

Puente Cassic. 2. 4. exhort. 3. 1. Corneli. ibidem.

Han durar de tres à quatro horas, y tal vez fue necesario advertirle, donde iba, para que pudiese continuar. En vna, despues de aver conflagrado, se le oyò dezir, *por qué lloras, Niño mio?* De allí à vn buen rato de suspension dixo, *Niño mio, no llores mas.* Quando hablaba con otros de su Niño, se explicaba en otros terminos, que los de su soledad. *Si la Virgen* (dezia à vno de los Nuestrós) *le diera à V. Reverencia el Niño, pudiera vivir?* respondió el otro, que sí, y el Padre admirado, é innumerado le dixo, *con qué pudiera V. Reverencia vivir? no se muriera al instante?* Dezia, que se le solia ofrecer, *si se huviera vivido en tiempo de estos Señores Jesús, Maria, y Joseph, y me huvieran acogido en su casa para servir, y hazer algunos mandamientos? Pudiera ser, que huviera logrado, que la Señora quixas alguna vez, me dixera, Manuél, toma vn poquito este Niño.* Y diziendole, que la Señora no se cansaba de tenerlo, respondia, *essa es la gracia, que no se cansaba, es así; pero quixas mientras iba à servirlo en algo, me mandara tenerlo.* Con aquel espíritu, que le hazia tenerse por jumento, dezia, quando alguno lo notaba tan atento à su Niño en el pesebre, *qué he de hazer, Padre aquí me posro como un jumento, y adoro al Niño en el pesebre, y le pido, que de la misma sequiera, me dé vn pienso de sí mismo, que es el granico de el Cielo, y de aquella paja, que le sirve de cama.* Solia al acabar sus cartas, quando ponderaba su extrema necesidad, añadir, y finalmente pida *V. Reverencia al Niño, que, si quiera à título de jumento, me dexa acertar al pesebre.* Este pensamiento de que al nacer el Niño tan delicado hallò esto, que padecer en pobreza, frios, y desamparos, le era vn poderoso motivo para los rigores de su penitencia, y para el consuelo en su padecer. Y con él alentaba à otros, como lo indican las clausulas de vna carta, en que dize así:

.. No ay sino paciencia en estas afflicciones, y apretaras de cora-  
 .. çon, que se padecen à tiempos; porque sin duda es vn linage  
 .. de tribulacion, que atormenta mucho, y con que bien tolera-  
 .. do se merece no poco, por ser aun mas difícil el sufrirle algu-  
 .. nas vezes en este padecer à sí mismo, que aun el sufrir à otros.  
 .. El Niño Dios viene, y nace padeciendo, y es muy buena co-  
 .. yuntura para hazerle compaña grata en sus ojos, el que nos o-  
 .. tros padecemos quando él padece. Deseo, no obstante, que  
 .. este Infante Dios dilate esse coraçon, y le llene de su celestial  
 .. dulcedumbre, como puede; para que con jubilos espirituales  
 .. le celebre recién nacido V. Reverencia, à quien el mismo Niño  
 .. tierno, y Dios eterno guarde, como yo desco.

En otro lenguaje hablaba, quando à sus solas se recreaba

con su Dios Niño. Me contentaría yo, con que supiésemos si-  
quiera sus amores, y favores del Niño, que tenia pintado en la  
cuna; y á su Madre adorandolo. Al verlo en aquel reclinato-  
rio, se exhalaba su Alma en suavidades de amor Divino. Les  
que entienden de él, no estrañarán las ternuras, con que trataba  
á su Niño, de cuya sobre excelsa magestad por otra parte tam-  
blaba, y se estremecía. Llamabale *Esposo mio*, *Amor mio*, *vida de*  
*mi alma*, *Alma de mi vida*, *luz de mis ojos*, *único centro de mis ansias*,  
con otras mil cosas, á las quales, porque aun no explicaban sus  
tiernos afectos, añadía, *Esposico mio*, *Amorcico mio*, *Corderico mio*,  
*Amadico mio*, &c. y adorandolo en el peñebre dezía, *allí está en*  
*su cavnica florida el Esposico de Amor provocando á las Almas, á que lo*  
*amen hasta quemarse en su amor*. A un amor tan tierno, correspon-  
diente era lo que dixo al referir aquel caso de San Luis Rey de  
Francia, que avisado para ver un Niño, que apareció visible en  
vna Hostia consagrada, dixo, que lo creía tan firmemente, que  
no necesitaba de verlo. Añadió el V. P. *mucha seriedad era esta*  
*del Santo: me parece, que yo no pudiera dexar de ir á darle muchos abra-*  
*zos*. A este Niño tenia señalados los pies, manos, y costado con  
sus lagrimas, y sus oculos. Pero, si el saber esto es mucho, por  
aver sido por tantos años, y con las licencias de su retiro, con-  
tentariame, con que nos dixesse sus ternuras, y regalos otro Ni-  
ño, que tenia en vna pequeña estampa del Breviario, y la hizo  
copiar en vna laminica, que tenia en la mesa de su estudio, en  
que se representaba un hermosísimo Niño flechando un cora-  
çon. Se le oyeron amorosísimos coloquios con este Niño, en  
que lo llamaba ya *Amorcico cazador*, ya *Amorcico valiente*, *que*  
*con la lança mata*. Quando avia gente, no le era libre el mirarlos  
porque, como si le tirara á su coraçon la flecha, así caía como  
muerto. Y si lo que le pasó con esta estampa, y lamina aun es  
mucho, yo me contentaría, con que siquiera vno de los mu-  
chos Niños, que le traian, nos dixesse el purísimo amor, con  
que lo amaba su Alma.

Esta devocion al Niño Dios era tan publica, que, no obs-  
tante todos los posibles esfuerzos de su humildad, le embiaban  
de varias partes las mas primorosas imagenes del Niño, así por  
cevar mas el amor del V. P. como porque estando algun tiempo  
en su poder, les hazia creer la veneracion, que le tenían; que so-  
bre lo adorable de la imagen llevaba tambien el ser reliquia de  
un Santo. Lo vehemente de su amor lo arrebatava tanto, que  
no advertia, que el embiarlos era, para que bolviessen to-  
dos

dos de sus manos, y labios. Fue en tanto grado esta comun persuasión, que todos juzgaron, se le debía poner al retrato de el V.P. el Niño Dios como diuina, y sello en sus brazos, y en su coraçon, como de hecho se hizo en las laminas, que se le han abierto, para expresar sus ternísimos afectos à aquel Señor, cuya amorosa benevolencia quilo aparecer en la atractiva forma de Niño heruolito sobre los hijos de los hombres. Detretido su espiritu con aquella dulce jaculatoria de la amarga myrra, *fasciculus myrrha delictus meus mihi*, lo estrechaba entre sus brazos, y coraçon de fuerte, que le descomponia los vestidos, y solia maltratar la imagen, así como antes en los coloquios con el Santo Crucifixo solia afloxarle los clavos, y descomponerle la corona con los abrazos. Mostrando à un Hermano nuestro un bellissimo Niño, le dixo: *miré, qué belleza del Cielo! miré, qué hermosura es! al dele un abraço*. El Hermano con grande encogimiento lo abrazó, y el V.P. *miró, que blandura*, le dixo *demelo acá*, y lo abrazó de modo, que le quebró la cuna. Por esto solian dezir por gracia, y como quien uyendo riñe, que ya no le auian de embiar mas el Niño al Padre Padial; porque lo bolvia descompuerto, y maltratado. No obstante lo bolbian à embiar contentandolo con prevenir, que no se lo dexassen à solas; pero nada bastaba. Este ternísimos afecto, *hazteico de myrra es mi Amado para mi*, le arrebatava toda el Alma, y muchas vezes con la licencia de imaginarse solo lo vieron, y oyeron mil ternuras, hijas proprias de quien avia bebido amor hasta la embriaguez de charíssima Esposa. Començaba llamandole manojito de myrra, que tomó para si las amarguras, y me dió à mi los regalos. Añadia, haziendole mil caricias, *mi Amado para mi*, y *yo para él: yo para mi Amado, y mi Amado para mi*. Ya lo combidaba à su huerso para coger frutas, ya à que se saliesse al campo para divertirle en las Granjas. Con estos afectos se encendia tanto su amor, que ya embriagado lo passaba entre sus brazos, vnas vezes con el riento de quien queria dormirlo, otras con la priessa, y movimientos de quien queria despertarlo. Parecia oírle aquel combite à que le canten, *fac me audire vocem tuam*, no solo predicando, no solo trabajando, sino es tambien *psallendo*, cantando. Cantabale varios Psalmos, y Hymnos, le componia varias coplas, ya como para que se durmiesse, ya como para que despertasse, y ya como para entretererlo. Y tal vez con vna voz, cuya melodía no quilo pascoer humana. Estas, y otras poesias à la Virgen, al Crucifixo, al Santíssimo, y à varios Santos, muy

Rupert. apud  
Cornel. Cam. 8.

123.



ajustadas al arte, tan llenas de cultura, y de ingenio, como de piedad, y de amor, supiéramos averlas hecho: pero, pues no han parecido, muchas serian sin duda parte de aquellos incienfos, de que en las sacrificios víaba la humildad. Así le cantaba esta *de Ite Philomela*, como á San Basilio llamo el Nyseoo, á imitacion de aquellos, que con modos maticos entonan *carmina Scripturarum*, sagrados versos, y canciones, cuyo numeroso metro respira con mas suavidad el amor á aquel Dios nuestro, que en su Encarnacion, como tiernamente pensó San Agustín, se hizo Pláctico, y Cithara, y tambien el Músico, que lo canta, y el Citharista, que la toca, para provocarnos á amarlo, y decir, *ut carmen Deo nostro concinamus alacrias*, para que cantemos al Señor con mas gozo. Y para que se vea, que aquel Señor mismo, *qui das carmina in nocte*, como se dize en Job, que en la noche de sus obscuridades hazia amanecer el dia de las vístas, era quien le inspiraba el nimen, con que hazia los versos á su Amado, referiré vnos, que se libraron del sacrificio por la piedad de un devoto, que logró hurtarfe los con disimulo, y los hizo con esta ocasion. Avianle traído un hermoso Niño, cuyo amor lo traxo desarmado. Passados algunos dias, le dieron de la casa este recitando, *mi Señor, que si puede V. Paternidad darne el Niño*; y como le era tan duro el darlo, le compuso estos versos.

Apud Cornel.  
Ecl. 4. 9.

In Psal. 56. 60.

Darte, ó Dueño mio,  
No puedo, porque  
Solo puedo darte  
A mas no poder.  
Dime, tierno Infante,  
Este quer, y quer:  
Qué es dar lo q quiero,  
Y dar sin querer?  
Sin tu vista muero,  
Con ella tambien,  
Con ella por dulce,  
Sin ella por hiel.  
Dime alguna remedio  
En tal padecer:  
No quieres? aguarda,  
Yo te lo diré.  
Lo amargo, y lo dulce  
Mezclar quisiera,

El irte, y quedarte  
Mi remedio es.  
Allí va mi Alma  
Robada, y no sé,  
Como va el Dueño  
Lo que suyo es.  
Quedate mi Niño,  
Que me enojare:  
En fin quieres irte?  
Pues ya me enojé.  
Vete en hora buena,  
Si tu gusto es,  
Vete, y acá buélvate  
En passando ayer.  
Vete, pero mira,  
Yo me vengaré,  
Antes que te vayas  
Dirichas, que te

Tu frente vn espejo,  
 Tu cara vn clível,  
 Tus ojos dos rayos,  
 Tu boca vna miel.  
 Tus brazos cadenas,  
 Grilletes tus pies,  
 Tus manos espolas,  
 Et tu Sponsus es.

Enciendes, y abrasas,  
 Quanto quieres bien:  
 Fuego de Dios, Niño,  
 Si das en querer.  
 A Dios, mi Querido,  
 Mi Dueño, mi Bien,  
 Mi centro, y descanso,  
 Que ya me vengué.

*Pascerat. lib. 8.  
 Epigram. 72.*

El culto en la Poesía hallará aqui ser verdad, *amorem ipsam esse Poetam, & Poetas facere*, que el amor es el Poeta, y que haze Poetas. El que buscaré ingeniosidades, aqui las hallará bien fútiles, y bien abultadas. Y el que gustare de afectos, aqui hallará los mastiernos del fino amor.

*Cornel. Prov. 8.  
 21.*

En los singulares sabores, que la sabiduria encarnada, el Niño Dios, hizo a este amante Siervo suyo, se explicó aquel especial sentido, en que dixo, como observan graves Interpretes, *alludens ad pueros, quorum proprium opus est ludere*, que estaba jugando en el mundo, y que tenia sus delicias con los hombres. Estos regalos del Niño lo traian como ebrío, y lo arrojaban a aquellos santos atrevimientos, de que el Señor San Francisco echaba la culpa al mismo Señor, *culpa tua est quidquid victus amore gero*, y aun santificaba sus amorosas locuras con el exemplo del mismo Señor hecho hombre, que vencido de el amor *jugaba, cum ebrius per orbem*: y si pareció (dezia el Seraphico Padre al Señor) averte quitado a ti el juicio el amor, que mucho me haga a mi loco? *Qui me desipere impulsit, hic mentem eripuit tibi*. Y para llenar mas el tierno significado de amor tan excesivo, *ludo ridens, & pueri faciens*, parecia, que el Niño se ponía a jugar con el V.P. ya riyendose con él, y ya haziendole reir, como se verá en algunos de los pocos sucesos, que se han podido descubrir.

*Luc. Proding.  
 in opusc. 5. Frat.  
 cisco, lib. 3.*

*Fatab. ibi. Bay.  
 pus ibi.*

Eran tan vehementes, y aun violentos estos afectos, que estando malo ordenó por remedio el Medico, se le quitasse vn Niño, con cuyo ardiente amor se le aumentaba la fiebre: y se vió el efecto en la pronta recuperacion de la salud. En vna ocasion comenzando a hablar de el amor Divino, se le encendió el rostro, se arrebató, é immobiles los ojos, abriendo los brazos *dezia, ven acá, Amor mio, El posico mio, vente, vente acá*, y con algunas suspensiones alternaba la repeticion de estas ternezas. Quien lo vió, no dudó tenia al Niño presente. Otra vez oyó cantar unas coplas, que pintaban al Niño llorando en el peñobre por la *insciencia del tiempo, y alior, et Dios, que derraman perlas, et Dios,*

Dios! *quien las cogerá?* se inflamò todo, y como si para apagar las llamas de la charidad bastáran las pocas aguas de sus lagrimas, que tambien ardian, se le bañaron los ojos, y se quedó, como estatua, mucho tiempo, sin araverle nadie á disiparlo, hasta que quito el que lo dormia. Mirando á vn Niño Jesus se quedó en pie del todo inmòbile por mas de vna hora, y al bol-  
 ver dixo, *anda muy falso de sueño, no ay que estráñar.* Pero, si de semejantes *visões* me huviera de hazer cargo, seria demasiada-  
 mente prolixa su narracion; porque casi siempre, que iba á al-  
 gun ministerio, le traian algun Niño, con el qual vnas vezes extatico se le passaban las horas: otras languido, parecia morir-  
 se: otras como loco ya se paseaba, ya se paraba, ya lo abraçaba,  
 ya le dezia mil cariños, ya arrodillado le pedia gracias, y las  
 repartia el Señor largamente en la devocion de los que veian  
 este admirable espectáculo, como elles mismos lo afirman.  
 Passò pues à vno, ò otro mas notable.

Traxeronle vna imagen de la Virgen, diciendole era mas hermosa, que la del V.P. Miròla, y dixo, *muy linda es, y con gran comizura de Angeles: pero no ven alli aquel prodigio, aquel portento, aquel milagro de amor, aquel Niño tan grande, y que toma el pecho? Ay Amores míos! ay Amores míos, Jesus, y Maria!* y se quedó absorto por tanto tiempo, y con accidentes tan estraños, que á no ser ya conocidos, huvieran puesto en mayor cuydado. Salio vna tarde, desde luego reconocio el compañero en sus movimientos, y prietas, algun especial impulso: confirmòse al oirle ciertas palabras amorosas, y al verlo entrar por vnas calles, y salir por otras bolviendose à las primeras, y rodeando las ya andadas con mas gusto, que descanso de el V.P. y con mas respeto, que queixas de el compañero. Así anduvo toda la tarde por calles, y plazuelas de la Ciudad, no sé, si como la otra, buscando á su Amado, ò siguiendolo arrastrado de sus fragancias; porque solo se le oyó al bolver à sí, y à casa, *este Niño, este Niño.* Tenia licencia para ir à tomar sus sopas al Rectorio, después que ya todos avian comido, en donde à sus solas hazia de la mesa Altar para varios sacrificios. En vna ocasion parece, quiso el Niño para sí las sopas del V.P. pues no bien sentado, començò à hablar así: *pues Niño mio, que ay cora? que te he hecho yo? por que se vas? pues me ire yo tambien,* y salio como sin tino hablando entre sí, y apresurado por seguir, ò alcanzar à su Niño, y en esto parò la comida de aquel dia. Entre muchos abrazos, y ternuras à vn Niño se arrebato por tantas horas, que por ser ya

tan tarde quisieron bolverlo en sí quitándole el Niño. Advirtiólo en aquel modo, que suele vn ebrio, y exclamò que xandole de los que se lo quitaban. Al levantarse se cayó, fue necesario llevarlo muy de espacio, y arrimado à la pared: en el camino encontró à vn muchacho, que de casa de su Amo solia traerle el Niño, y le dixo: *Juanico, dile al Niño, que qué razon ay para ponerme así?* Tan viable era la safermedad de su amor, que no era menester embiarcela à dezir, sino solo à preguntarle el motivo. Entrò en la Parroquial de la Magdalena à adorar (como solia) su bellissimo Niño. En su adoracion gastò arrodillado buena parte de la tarde, hasta que, dada ya la oracion, se llegó el Beneficiado con otro Ministro de aquella Iglesia, por ver en que paraba la extatica oracion del Padre Padiál. Dixerónle, que era ya hora de cerrar la Iglesia, y levantandose el V.P. exclamò: *qué Niño tan hermoso!* Y bolviendose à los presentes dixo: *con licencia de V. mds. me despediré de mi querido.* Y sin aguardarla, porque ya debia de tenerla de su Amado, diziendo, y haziendo le dió vn osculo en la frente con tanto asombro de los circunstantes, que no les quedó sentido para advertir, si aquello avia sido baxandose el Niño al Padre, ò subyendose el Padre al Niño: porque segun la altura, en que estava su Magestad, no era naturalmente posible alcanzar à tocarle desde el suelo. Pero, como lo vieron, dicen, que estan prontos à jurar, que, ò baxò el Niño, ò subió el Padre, aunque su estupor, y lo improvisò del caso no les dexò distinguir, de qual de los dos modos fue. Otro sugeto, que está tambien pronto à jurarlo asegura, que deseoso de observar por si algo de tanto, como oia del V.P. vino à nuestro Colegio, y puesto por donde solia ir à su aposento, lo vió à lo lexes venir solo hablando, ponerse la mano en el rostro como para ocultarlo (accion muy propria suya) sonriendose, ya como deteniendose, ya passandose de vna hazera à otra, como quien se encuentra con algo, que le impide el camino. Dícunla tu viera en dudar, si el V.P. avia perdido el juicio, hasta q̄ acercádose mas huviera visto, que podia dezir el V.P. lo del Señor San Francisco, *mentis inops sum? amor est qui facit esse inopem*, si estoy loco, el amar lo hazo. Ya mas cerca pudo distinguir la risa del V.P. y oir que dezia, *apartate, Niño, no te de passar?* y proseguia sonriendose, *por donde he de ir, si no me dexas?* y otras semejantes expresiones, que no le dexaron duda, de que el Niño con la gracia de ponerse delante era la causa de detenerse el V.P. de retirarse ya à vn lado, ya à otro, y hazien-

*ubi supra.*

Siendo se retir, se retiria tambien el Divino Niño, para que fues-  
se verdad, que juega ricadoje, y haziendo retir.

Si en el lecho *umbroso* de la Cruz, y en el florido del pese-  
bre, donde solo encontraba vna imagen muerta de su Amado,  
encontrò su bendita Alma tales delicias de Esposa, que seria en  
el blandisimo de la Eucharistia, donde encontraba al Esposo  
mismo: Aqui si, que pudo dezir, que su coraçon, y aun su mis-  
ma carne se alegraron en Dios vivo. Aqui fue, donde gozò en  
si mismo los datiles de la Palma, y los razines de la Vid. Aqui,  
donde bebiò en si mismo los arroyos mas puros, y mas cauda-  
losos Rios de las aguas vivas. Este pequeño lecho de Salomon  
rodeado de los tuerres de Israel los Angeles, y los hombres, que  
lo adoran, fue tambien el de su descanso. Esta dorada Carroza  
de la Eucharistia, en que respirando charidad se dexa ver el Es-  
poso de las Almas, le robò del todo la fuya. Este real combire,  
prenda de que ya se acercan las nupcias del Cordero, fue, donde  
su feliz Alma preparandose como Esposa, comiò de el Panal de  
miel hasta aquella hartura hambrienta, y bebiò del vino mez-  
clado con leche hasta la sedienta embriagnèz. Aqui, donde su  
Esposo blanco, y rubio con los accideares del pan, y el vino fue  
el emblema del amor, que lo transformò en su Amado. Y aqui  
finalmente, donde se derritiò su Alma al oirlo, que la llamaba  
escondido entre cancelles, y celojias, como quien al tiempo  
mismo que observa, se quiere hazer desear: hasta que rom-  
piendo cancelles, y celojias se le descubriò, y la dexò entrar  
hasta la mas estrecha vaion, como irèmos viendo.

*En amor à Chris-  
to Sacramenta-  
do, y favores de  
este Señor.*

Si à los antecedentes mysterios tenia ciertos tiempos des-  
tinados para mayor exercicio de virtudes, su Sacramentado  
Corderico (que assi lo llamaba) era el empleo de todo el año.  
*Pax Agni preparavit se*, la practica de sus heroicas virtudes era  
vna continua preparacion para el castisimo desposorio con el  
Cordero. El Santo Sacrificio de la Misa era todo el consuelo  
de sus aflicciones. Las ansias, con que lo deseaba, se vieron  
bien, no tanto en no poderse reducir à omitirlo, ni aun por el  
titulo de reverencia, quanto en que algunos años lo ofreciò in-  
defesiblemente todos los dias, aun estando tan lleno de llagas  
en pies, y brazos, que ni andar podia, ni arrodillarse, ni alçar  
los brazos, ni apenas moverse. Pero todos estos imposibles los  
vence su amor, que à las vezes lo dexaba incapaz de sentir el  
martirio de estar tanto tiempo en pie, sin fuerzas, llagado, con  
vehementes dolores, que en lo delicado de las articuaciones

hazian mas vivos sus sentimientos. Por no poderse ceñir al espacio de no mucho mas de media hora, pidió, hasta obtener dispensacion de la Regla, para mas tiempo, que regularmente era cerca de una hora, y muchos dias, y no pocas temporadas mucho mas, singularmente quando era en alguna capilla interior; y era siempre que podia. De las ternuras de su devocion eran fieles testigos sus frecuentes lagrimas, por otra parte difíciles. Sus extasis no solo eran casi quotidianos, sino en muchas vezes repetidos. Quando bolvia en si, necesitaba de especial reflexion para advertir en lo que estaba, y varias vezes fue necesario decirselo. En estos extasis se le oyeron varios afectos, como, *Señor, te he de ver toda la sangre: Niño mio, esto ha de ser, me has consumido, que ha de ser*. Y aunque ordinariamente al hincar la rodilla era extraordinaria la profundidad, y detencion de su reverencia; pero muchas vezes pareció extratico en aquella adoracion, que tal vez duró como un quarto de hora. Al acabar de tomar el *Sacramento* era frecuente quedarle del todo inmóvil como un quarto de hora, y bolver luego sin saber como, ni que avia de hazer. Quando ya le fue imposible decirlo, baxaba á oír muchas, y comulgar todos los dias. Postrado ya en la cama, siempre, que pudo, logró algun sitio de la enfermeria, en que oír Misa, y comulgar todos los dias: en que se le observaban afectos, y rasgos semejantes á los ya dichos. Por no perder este consuelo pidió con aquella humildad, que todo lo congnia, que lo dexasen en el *Novenario* en la enfermeria baxa, sin separar ni en la del tiempo, ni en lo incommodo del sitio *en el confiteo*, que muchas vezes, ni aun de dia pudo rezar su *confiteo*. Pero todo era menos, que privarle de su *Sacramento de Confesion*. Quando salia de Casa, parecia decirselo el Señor, segun luego se veia, donde estaba Dios manifestado. Allí en un rincón de rodillas se le passaban las horas tan inmóvil, como ordinariamente extratico. Varias vezes se bolvia á Casa sin aver atendido á otro negocio, sino es siendo muy urgente. Bolvia á continuar sus coloquios; pues al salir, y mas al bolver á Casa se arrodillaba por un gran rato al Señor *Sacramentado*, á quien por Tribunas, Coro, y Sacristia pagaba tantas visitas, que bien se dexaba entender la frecuencia, con que las recibia de el mismo Señor. Pero extraordinariamente se aumentaba todo en obsequio de su *Sacramento Esposo* desde Resurreccion hasta passada la *Ostava* de el *Corpus*. En esta siempre, que sus ministerios lo permitian, se iba á la *Catho*

porque la magnificencia, la magestad, y la devocion, con que veia alli adorado à su Señor, era tal, que el gozo lo inflamaba, y alli en su rincón extatico gozaba los estrechos abrazos de su Esposo. Ya se sabia, que en estas ocasiones eran mas vehementes sus cuerdas locuras. Aqui fue, donde logró la licencia para aquel inmediato ofuscio *oris sui* tan ansiado de las almas, que elocge para esposas charissimas.

Aunque por ser tan continuos los favores, que de este Señor recibió, pudiera bastar lo dicho ya en general, tocaré no obstante algunos de los que nos fueron mas notorios. Saliendo con capa à encerrar el Santissimo, al ocultarlo con la cortina se le descubrió tanto, que se quedó extatico. Fuese la Comunidad, y advirticendolo los de la Iglesia se acercaba con aquel recato de quien quiere ver, y lo detiene el respeto. Así estuvo mucho tiempo, hasta que no bien oycado, que lo reparaba la gente, solo cayendole pudo levantar. En vna de las Misas de Navidad gizó media hora diziendo con breves interrupciones, *Amor mio, Amor mio*. Ya estaba observado, que despues de la Misa, ó Comunión eran mas vehementes sus suspiros, y tanto el fuego, que arrojaba de si, que era perceptible à los que andaban por alli: tal vez lleno de este gozo saliendo à la Iglesia dixo à vna penitente suya, *vaya en todo caso, y consalgar*, orden muy nuevo en quien solo con dificultad, y especiales motivos daba licencia para extraordinarias Comuniones. Al revestirse para dezir Misa fue muchas vezes necessario bolverlo à desnudar, hasta que bolviese en si. Era frequente despues de alçar levantarse por delante la casulla, y con profundissimos suspiros repetir, *me abraza, Amado mio, Esposo mio*: lo que no pudo ocultar à los ayudantes. Avia predicado en el observantissimo Convento de Madres Capuchinas un Sermón de la Gloria; en él se afevorizó tanto al acabar, diziendo, que este augustissimo Sacramento es prenda de esta Gloria, que fue metter baxado del Pulpito, y llevandolo à vn confessorio, estuvo mucho tiempo como muerta. Pero discurrendo la Madre Abadesa, que el mismo, quemara, vivifica, le dixo, *Padre, mirested, que lindo es aquel Señor, que está en el Sagrario!* Y el Padre al instante, *calle usted, Madre, que este es el que me mata*. Despues de algun tiempo con agua fria se templó algo. En este mismo Santuario avia platicado à la Comunidad. Despidióse brevemente; porque ya presentia la accion. Vinose con tal prisa, y modo, que bien se reconoció el accidente. Al entrar en Casa

deixó en la Poserita el manto, y corriendo se fue al Sagrario, y abrazandose de él, como pudo, comenzó à dezir sus afectos, *ay! Amado mio, Amor mio, Carístico mio, vida de mi alma*, y otras mil cosas, con que por mucho tiempo se estuvo desahogando del amor, en que se ardia. Le era ordinario irle à vn sitio de la Sacristia obscuro, donde tenia cerca, y à la vista à su Señor, y logrando la libertad de imaginarse solo, solia salir repentinamente corriendo, y como saltando à regalarle con su Bispo, ya cantandole, ya diciendole sus ordinarios afectos, en que algunas vezes fue visto, y oydo de algunos, que ocultos en vna Tribuna reprehendieron con su aprecio, y admiracion la ligereza, con q̄ Michol desde su ventana se burlaba del fervoroso David, que baylaba delante del Arca del Señor. Era de sus mas frequentados sitios vna Tribuna muy inmediata à su aposento, y que dà vista al Sagrario, donde le eran muy dulces los coloquios, con que templaba las amarguras de vivir, y ordinariamente paraba en llevarle su Amado. De las muchas vezes, que lo vimos, sacron mas observadas dos, en que ya bien entrado la noche le rió vno de los Nuestros las rodillas en el suelo puestas ante el pecho las manos, el cuerpo sin arriño alguno, y tan inmoble, que para parecerle mas à vna estatua, ni aun la respiracion observada se le percibia; porque, aunque estaba allí el Alma, *estaba en el Sagrario su vida*. Quatro horas lo detuvo su piadosa curiosidad por ver el fin; pero paraciendole no tenerlo, se retiró. Bolvió la noche siguiente, eacotró el mismo espectáculo, hizo las mismas experiencias, aguardó otras tantas horas, y finalmente se lo dexó en aquel sossegado sueño de sentidos, y sabrosa vigilia del Alma. Noticia fue esta para nosotros muy gustosa, pero no impenitada; porque sabiamos, que en poco le diferenciabas estas noches de las otras, fuera de la fortuna de verlo. Diciendo Missa en la Capilla nuestra de Jesus Nazareno, lo vieron levantado del suelo después de alçar. Sugeto digno de toda fe asegura, que temeroso, no fuesse lusion de su vista, se acercó, q̄ vno pudo, aplicó la vista, y por largo espacio estuvo distinguiendo claramente por debajo de los pies del V.P. hacia parte del frontal, y el Padre tan en alto, que sin baxar mucho no pudiera bien proseguir el Sacrificio. Bastante me ha durado (para dezirlo así) en el Atrio, y en el Templo: figuroso ya al *scelus conformis* de la Divinidad en sí misma, à donde por estas pueras lo introducía su Amado.

*En el mismo  
año de Dios.*

*Quiso el Señor hacer en el V.P. vna de sus señales de  
moní.*



mostraciones, de que es *fuera abrasador*, y de que las lamparas de la Charidad son lamparas de fuego, y de llamas. Segun las alquas, que del Altar ponía el Señor en el incensario de su Alma, muy gratos le eran los perfumes, en que se exalaba su corazón. Segun las flechas, que à él le tiraba, grande era el gusto, que tenía en oírlo quejarse de sus heridas. Vimos en el V. P. muchos de aquellos intimos, finos, tiernos, y violentos efectos de amor Divino, que se leen de los Santos, y nos enseñan los Mysticos. No pocos he informado: más quedán: diré algunos.

Avíale prohibido los Medicos el agua de nieve por parecerles contraria al accidente de pecho; pero la experiencia enseñó, que ya bebiendola, ya aplicandola por defuera, se templaban aquellos incendios, con que se le ardia el corazón, y que salían por el rostro en llamas, y por la boca en suspiros, y ternuras de charidad. Hablando de el amor Divino con vno de los Nuestrros, comenzó à paslearle por el aposento, avivó el páso, echó à correr, y decía, *me quemó, me abrasó*, y algo reparado le dixo, *V. Reverencia perdome, que, sobre simple, aora he dado en lo-ís*. Esta dulcissima hoguera le hazia, que allí en su retiro respirara con tan frequentes, y vivos suspiros, que se percibían acá fuera. Con las alas de este amor no solo su espíritu, también su cuerpo volaba. Por mas solemnemente me contentaré aora con lo que le sucedió delante del Illustrissimo Señor Don Martin de Azevedo de santa, y tierna memoria, y que con otros Familiares de su Illustrissima lo depone, como testigo de vista, vno de los Señores Canongos del Sacro Monte. Reparó la Familia, que la visita del V. P. duraba mas, que solía: observaron vn profundo silencio en ella: autoyáronse à reconocer algo, y vieron al V. P. en la misma forma, con que estaba antes levantado, elevado aora en medio del ayre algunas varas del suelo, en el Cielo los ojos; y todo inflamado: vieron al Señor Arçobispo atonito, y que con la vista iba siguiendo à *su Santo Padre Padral*, que se le iba al Cielo. Quando començasse aquel humilde dibujo de la Ascension, noto sapieron: pero sí, que duró despues mucho, hasta que baxandose serenamente à la silla, y buuelto en sí sin hablar palabra, como avergonçado se trayó. Los criados de su Illustrissima, aunque ocupados del páso, advirtieron, que el rostro encendido de su Anio era la unica lengua, que por entonces tenía de embargada, y con que les maçaba, lo dexa en sí solo con su admiración, y su piedad. A vn gran ruido, que se oyó en su aposento entraron algunos, y lo vieron tan inquieto

to como las llamas, que parecia arrojar por su rostro; citaba de la ropa del pecho, como para descubrir el coracon, y acordandole su inocencia, respondió: *ya estoy cansado de sufrir, y disimular: no puedo mas, ni sufrir mas: me quemó, me abrasó.* Con el pretexto de alguna viciosa, ó de componerle la ropa obstruía el Enfermero una elevacion citraña sobre el sitio del coracon, y tan ardiente, que aun por cima de la ropa quemaba. Esto lo hazia de *zis, me quemó, me abrasó, Amor de mi alma, Alma de mi vida, Señor mio, y El peso mio, me abultó me crució; si te vas, me mató por ti, si vienes, me quemó contigo. Qui te de hazer, Amor mio? qui te de hazer? solo para que me tema, y temer, para que me muera.* Esta fineza de su charidad lo hizo como aquella hecha simbolo del amor, á quien hizieron decir, *me prociat ipse liquor, me prope torret amor.*

*Apud Corneil.  
Prud. 6. 27.*

Quando buelto en sí lo pochaba aver hecho algunas de estas sanas locuras, decia, *hermano, perdí me por Dios, que esta cabeza esta mala, estoy como alucinado, y estos accidentes me vienen sin sentido.*

*D. Bernard. 47.  
in Com.*

Pero ya entendiamos el lenguaje, que citaba *chius plane, sed non ama.* Habílo enaigó el Enfermero: llamolo, y respondió, Amor: preguntole, si queria algo? la respuesta era, *Amor: amor el Enfermero, renia, que hazer, y se iba: repenia el Padre, Amor.* Habíle varias cosas, y el V.P. entodo, menos en la lengua, inmóvil, como citaba, á todo respondia, *Amor, y Amor repenia, y con su Amor se quedó; por que el Enfermero se fue discurrendo, que, si el Amor era su enfermedad, tambien seria su Enfermero.* Dexólo diciendo *Amor, y comprobando aquella verdad, si car. Divino abundat amore, nil loquimur, nisi amorem.*

*Puente, lib. 6.  
Orator. 4. §. 2.*

Con algunos de sus Penitentes, de quienes hazia mayor confianza, en quienes veia mas finto, y á quienes obligaba al silencio (como si con su natural Theologia no se saliesen de la obligacion) solia desahogarle algo, pidiéndoles antes licencia, y perdón; porque ya no podia sufrir mas. Como ya la entendian, les habíaba en aquella lengua propia del Amor, de la que dixo San Bernardo, *que barbara est non amans*, que para el que no ama es estrangera, no la entiende, la tiene ya por ruffica, ya por descorrés, y ya por atrevida. De aqui nos vinieron, sin pensarlo el Padre, buenas cencillas indicios de los rayos, que se fraguaban en su Alma. Solia pues todo tan inmutado, y con aquella especie de delatino de quien ya poco advierte, y no repara mucho, decirles con imperioso conato: *ut ne esse Alma confusio de amor de Dios? deus detrahe se en amor de mi Querido? Satis prociat se lo ha las modulas de este amor ya insufrible? Esta siem-*

*79. in Com.*

... y *actualmente amado à Dios? Sentir, ò sentir, que va desgranando el corazón con sus flechas? Y folia cerrar sus preguntas con estos desbos, ò si nos murieramos de amor de Dios! Como un capáz Alma estaba tan decretida, no le faltaba materia líquida, de que fundir en esta inolide otros bien parecidos afectos. No dudaban, que aquellas preguntas eran afirmaciones de lo que pasaba en su Alma. Pero, para que la certeza fuese mayor, peritirió el Cielo, que tal vez estropellasse su Amor à su humildad. Al verlo suspenso solian preguntarle algo; alguna vez respondió, *dexeme amar, y ame al Amado de mi alma.* Preguntò el V.P. *tiene esse alma como endiosada?* y respondiendo, que no; replicò el Padre, *pues yo si, pues yo si.* Y no es nuevo, que este *per vmanem cum ipso quasi desiccare.* Otras veces dezia, *yo estoy loco, quiere dexarme dar gritos, para que todos lo amen? No me diga nada, que todo me es intolerable, sino el amar. Todas las criaturas me embisfien, y yo no quiero mas, que amar à mi Amado.* O! exclamara yo con San Bernardo, ò *precepto Amor, qui cetera fofidas, se comenent!* ò precipitado amor, tan pagado de ti mismo, que todo lo demás te cañada!*

Puente suprà

79. in Card.

Este le hazia à las vezes precipitarse; porque lo embestia con tan suave violencia, que sin reparar, ni donde estaba, ni quien lo oia, le obligabà à exclamar en aquel su idioma barbaro à quien no ama. Iba por un quarto del Colegio à manera de loco, el rostro como un volcan, y tirandole de la ropa, que tenia sobre el corazón, daba voces, *este Dios, que es algunos vezes inofrible: este Amor, que se haze intolerable.* Otro dia de San Juan de Dios, de quien era muy devoto, dezia à gritos: *ay quien ame à Dios con toda su alma? ay quien ame al Amado con todas sus fuerzas!* Otra vez extraordinariamente alegre, se lo oyò, *que he de ser ricadamente! que tengo de verte! que te he de gozar! que intimamente te he de amar! que abrazos tan estrechos tengo de darte!* De hoguera tan ardiente muy perceptible avia de ser el calor. Al desfundarse los ornamentos Sagrados par... no aver estado al fuego. Quando daba aquellos vehementes... solia la respiracion quemando. Sujeto de la primera av. notidad asozura, que dandole el V.P. con un placante un abrazo, dizlendole, que lo agradeciessè à Dios, que le avia hecho aquella gracia, sintió tanto ardor, que le parecia ser de fuego el V.P. y tanto mas le admirò, quanto reparò al abrazario, que no tocaba mas, que huesos. Pero tambien à los huesos *sabe Dios embiar este fuego.* Una Religiosa (y no sola) afirma, que dizlendole el V.P. no

se araja en amor de Dios, no se le quemó el coraçon, y los huesos: dió vno de aquellos sus suspiros, y uarió la Religiosa tanto calor en su alma, y aun en sus huesos, que no dudó del mocho, que atrojaba de sí el V.P.

Dexo el referir otros muchos semejantes sucesos; pues supirá abundantemente por todos vna carta del mismo V.P. que no ha menester mas gloria, sino advertir, que, aunque la escribió á vn intimo confidente suyo, y de aquellos, en quienes está sin fulto el secreto, la escribió aquel, que con tan verdadero empeño quiso parecer no hombre, sino gusano de la tierra. Yo no sé, quien le cortó la pluma, ni en que tinta la mojó, ni quien le dictó la carta, lo que sé, es, que la escribió vn día de la Pasqua del Espiritu Santo, y dize así: Yo me consumo vivo en inextinguibles anias de Dios con vn sentimiento tan delicado, y penetrante, que casi imperceptiblemente, pero con grande fuerza llega, y llega hasta las mas intimas medulas, y profundo centro de mi alma con vn sosiego tan dulcemente penoso, y tan lastimosamente dulce, que al passo, y peso de lo intolerable participa, y tiene lo apetecible. O Dios, Amor, Amante, y Amado de mi alma! qué hazes, que no me deshazes? O fuego todo Divino, todo puro, todo, todo, y sin el qual todo es nada, si eres en la verdad consumidor, porqué total, y enteramente no me derritas? Si la razon es la sinrazon, con que mi coraçon no es de blanda cera, sino de duro bronce, te responderé, mi insufrible Dueño, que tu actividad es infinita, y mi resistencia, aunque resistencia de bronce, es limitada. Ahora pues enseñame, porque no lo alcanço yo, si ay alguna instancia á esta mi respuesta: y en el interin, que lo ignoro, es precisamente forzoso, que te dé gritos en vn altísimo silencio, diciendote, que, pues tu actividad es toda infinita, atropelle sin falta, ni detencion alguna quanto hoviere de impedimentos, y resistencia en mi coraçon; pues son impedimentos, y resistencia, aunque muchos, y mucha, limitados, y limitada. O N. tenga lastima grande de este pobre cillo destruido. Oyga al abrasado Agustino: *da amantem, & semit, quod dico, da desiderantem, atque suavitatem, & fontem aeterna Patria suspirantem; da talem, & scis, quid dicam, si autem frigidus loquor, uel tu, quid loquor.*

*sus deseos de morir se.*

Este intimo amor Divino, que le hazia, no ya arder, sino es quemarse en anias de no ofender, y en nada, en nada desagradar á su Amado, y de amarlo mas, y mas, era el motivo, que causaba

mismas ansias por morirle. Este deseo siempre mayor, que  
 quanto yo pueda dezir, fue el que mas facilmente le podimos  
 entender; porque tan frecuente era en expresar estos deseos,  
 como diligente en ocultar sus motivos. Sabiamos, que eran es-  
 tos dos, *assecurarse de no ofenderlo, y saciarle con mayor hambre de amar-  
 io*. Pero el los vestia de otro traje diziendo, que estaba cansado  
 de vivir, que en este mundo no ayia mas, que amarguras. Le  
 era familiar el dezir, *qué mundo tan inmundado! qué vida tan muerta!  
 qué muerte tan viva! à esto le llaman vida?* Oyendo el doble por  
 vno de los Nuestrros exclamò: *benédito sea Dios, que le concedió tal  
 dicha: y aqui no ay forma*. Embaron de sacra à saber de su salud,  
 porque corriò citar oleado: y dixo el V. P. oleado: *è vltimam  
 huc, & nunc!* Lamentabale de que muriendo tantos, no le alcan-  
 gaba à él. *Que no aya para mi, decia, un accidente de aquellos, que en  
 pocas horas despachan!* Para consolarlo soliamos dezirle, *Padre,  
 poco puede durar esto*, y al punto respondia, *poco es: gracias à Dios*.  
 Dezialo, porque cada dia le parecia vn siglo, y no acertaba à  
 entender, como fuesse poco, si era vivir acá. Otras vezes dizen-  
 dole, que finalmente *in domum Domini ibimus*: respondia, *no Padre,  
 no ibimus, sino imus, camus statim, statim: no vya yo, irémos, sino es,  
 vamos, ojala sea al instante!* Mientras mas contagiosos eran los  
 accidentes de los enfermos, à que asistia, irasle arrimaba, por-  
 que le parecia ser conveniente para el oyo, y consuelo del en-  
 fermo, y decia, *no, no se me pegará, que hasta la muerte lize de mí: tal  
 soy yo!* Ayudò hasta morir à vno de los Nuestrros, à quien se pegò  
 la misma especie de vn contagioso tabardillo de vn enfermo, à  
 quien avia asistido: y viendolo tan cercano su rostro al de el  
 moribundo, le dixo vno, mire V. Reverencia, que està reci-  
 biendo todo el vaho de el enfermo. A que el V. P. mirando al  
 Cielo respondió, *el alto quisiera yo*. Solia hablar de aquella quexa  
 de el Apostol: *infelix ego homo! quis me liberabit de corpore mortis  
 huius?* y luego añadia, *qué diré: infelicissimus ego homunculus! in-  
 felicissimum hombrecillo! quien me librará de el cuerpo de esta  
 muerte?* Y con su viveza añadia, *y quien me librará tambien de la  
 muerte de este cuerpo?* Algunas vezes reconvenido con el exem-  
 plo de los Santos San Martin, N. P. S. Ignacio, y otros, que  
 preferian à sus deseos de morirle por gozarlo el hazer à Dios al-  
 gun obsequio, respondia: *ò! pues si yo enviera aquel espíritu, que  
 me saltaba? Yo acá à mi modo me compongo*. Otras le deziamos, que  
 como se componian tantas ansias por morirle, y tantos remores  
 de perdèrle? respondia, *Padre, ni yo me entiendo, yo soy una chimera.*

*se abrasa en amor de Dios, no se le quemó el corazón, y los suspiros dió vn de aquellos sus suspiros, y usó la Religiosa tanto calor en su alma, y aun en sus huesos, que no dudó del mucho, que arrojaba de sí el V.P.*

Dexo el referir otros muchos semejantes sucesos; pues suplió abundantemente por todos vna carta del mismo V.P. que no ha menester mas gloria, sino advertir, que, aunque la escribió a vn intimo confidente suyo, y de aquellos, en quienes está sin fusto el secreto, la escribió aquel, que con tan verdadero empeño quiso parecer no hombre, sino gusano de la tierra. Yo no sé, quien le cortó la pluma, ni en que tinta la mojó, ni quien le dictó la carta, lo que sé, es, que la escribió vn día de la Pasqua del Espíritu Santo, y dize así: Yo me consumo vivo en inexplicables ansias de Dios con vn sentimiento tan delicado, y penetrante, que casi imperceptiblemente, pero con grande fuerza llega, y llega hasta las mas intimas medulas, y profundo centro de mi alma con vn sosiego tan dulcemente penoso, y tan lastimosamente dulce, que al passo, y peso de lo inarrolable participa, y tiene lo aperecible. O Dios, Amor, Amante, y Amado de mi alma! qué hazes, que no me deshazes? O fuego todo Divino, todo puro, todo, y sin el qual todo es nada, si eres en la verdad consumidor, porqué total, y enteramente no me derrites? Si la razon es la finrazon, con que mi corazón no es de blanda cera, sino de duro bronce, te responderé, mi insufrible Dueño, que tu actividad es infinita, y mi resistencia, aunque resistencia de bronce, es limitada. Ahora pues enseñame, porque no lo alcanço yo, si ay alguna instancia a esta mi respuesta: y en el interin, que lo ignoro, es precisamente forzoso, que te dé gritos en vn altísimo silencio, dizcendote, que, pues tu actividad es toda infinita, atropelle sin fultura, ni detencion alguna quanto huviere de impedimentos, y resistencia en mi corazón; pues son impedimentos, y resistencia, aunque muchos, y mucha, limitados, y limitada. O N. tenga lastima grande de este pobrecillo desterrado. Oyga al abrasado Agustino: *da amantem, & semis quod dico, da desiderantem, et que suscitentem, & fontem aeterna Patrie superantem: da i alem, & scit, quid dicam, si autem frigidulo quer, necesse, quid loquor.*

*Las ansias de morirle.*

Este intimo amor Divino, que le hazia, no ya arder, sino es quemarle en ansias de no ofender, y en nada, en nada desagravado a su Amado, y de amarlo mas, y mas, era el motivo, que causaba

tan firmes ansias por morirle. Este deseo siempre mayor, que  
 quanto yo pueda dezir, fue el que mas facilmente le podiamos  
 entender; porque tan frecuente era en expresar estos deseos,  
 como diligente en ocultar los motivos. Sabiamos, que eran es-  
 tos dos, *afeguar se de no ofenderlo, y saciar se con mayor hambre de amar-  
 lo.* Pero el los vestia de otro traje diziendo, que estaba cansado  
 de vivir, que en este mundo no avia mas, que amarguras. Le  
 era familiar el dezir, *qué mundo tan inhumano! qué vida tan muerta!  
 qué muerte tan viva! à esto le llaman vida?* Oyendo el doble por  
 vno de los Nuestrros exclamò:  *bendito sea Dios, que le concedio tal  
 dicha: y aqui no ay forma.* Embiaron de fuera à saber de su salud,  
 porque corriò estar ojeado: y dixo el V. P. ojeado: *ò vti nam  
 hic, & nunc.* Lamentabale de que muriendo tantos, ò le alcan-  
 çaba à el. *Que no aya para mi,* dezia, *un accidentes de aquellos, que en  
 pocas horas despaçaban!* Para consolarlo soliamos decirle, *Padre,  
 poco puede durar esto:* y al punto respondia, *poro es? gracias à Dios.*  
 Deziabò, porque cada dia le parecia un siglo, y no acertaba à  
 entender, como fuese poco, si era vivir acá. Otras vezes dizen-  
 dole, que finalmente *in domum Domini ibimus;* respondia, *no Padre,  
 no ibimus, sino imus, eamus statim, statim: no eggsa yo, irémos, sino es,  
 vamos, ojala sea al instante!* Mientras mas contagiosos eran los  
 accidentes de los enfermos, à que asistia, mas se arrimaba, por-  
 que le parecia ser conveniente para el oydo, y consuelo del en-  
 fermo, y dezia, *no, no se me pegará, que hasta la muerte hoye de mi: tal  
 soy!* Ayudò hasta morir à vno de los Nuestrros, à quien se pegò  
 la misma especie de vn contagioso tabardillo de vn enfermo, à  
 quien avia asistido: y viendolo tan cercano su rostro al de el  
 moribundo, le dixo vno, mire V. Reverencia, que està reci-  
 biendo todo el vaho de el enfermo. A que el V. P. mirando al  
 Cielo respondió, *el alto quisiera yo.* Solia hablar de aquella quera  
 de el Apóstol: *infelix ego homo! quis me liberabit de corpore mortis  
 huius?* y luego añadia, que dire: *infelicissimus ego homunculus! in-  
 felicissimo hombrecillo! quien me librará de el cuerpo de esta  
 muerte?* Y con su viveza añadia; *y quien me librará tambien de la  
 muerte de este cuerpo?* Algunas vezes reconvenido con el exem-  
 plo de los Santos San Martin, N. P. S. Ignacio, y otros, que  
 preferian à sus deseos de morirle por gozarlo el hazer à Dios al-  
 gun obsequio, respondia: *ò! pues si yo tuviere aquel espiritu, que  
 me saltaba? Yo acá à mi modo me compongo.* Otras le deziamos, que  
 como se componian tantas ansias por morirle, y tantos temores  
 de perderle: respondia, *Padre, no yo me cansando, yo soy una chimera.*

Lo cierto es, que esta chinera es vno de los imposibles bien fáciles al vehemente amor de Dios; porque este le hazia temblar entre los riesgos de perderlo, que ay en esta vida: y el mismo le hazia arder en ansias de asegurarle en amario. Todo lo expresó en varias cartas à sus Confidentes, y Directores, en que su ardiente amor fue el Apelo, que se pintò à sí mismo. En vna de  
 ,, siere de Agosto de 1714. dize: O Padre mio, qué mundo este  
 ,, tan inmundado! qué vida tan muerta! qué muerte tan viva! *heù*  
 ,, *mihi! quia incolatus meus prolongatus est. Infelix ego homo! quis me li-*  
 ,, *berabis de corpore mortis huius, & de morte huius corporis?* Para  
 ,, no ser peor de lo que soy, para no ofender mas à Dios, para  
 ,, no estar cercado de tantos peligros de ofenderle. La fuerza de  
 ,, mi dolor me obliga à prorruir en estas lastimeras voces  
 ,, con quita estan de mi confiança, &c. Y en otra dize asì: El  
 ,, suponer, como es cierto, que en este intolerable destierro no  
 ,, ay sino espaldas, y malezas, conduce mucho para tolerar con  
 ,, resignacion sus molestias, aunque es verdad, que, siendo vna  
 ,, de ellas, y la mayor, el peligro de ofender à Dios, no es facil  
 ,, mirarlo como tolerable. Bien se ve en ellas, que le era intolera-  
 ,, ble la vida por los riesgos de ofender al que solo queria in-  
 ,, centésimamente amar. Y aun està de rinta mas fina otra de doze  
 ,, de Mayo de 1705. en que dize: Yo quedo siempre con el  
 ,, tormento, que me causa la violencia grande, con que vivo  
 ,, en este destierro: y temiendo yo con no menor fundamento,  
 ,, que el de toda mi tibieza, que en estos entrañables deseos de  
 ,, acabar esta peregrinacion se mezcla mucho de amor pro-  
 ,, prio, me sirve de conluco vn ofrecimiento, que algunas ve-  
 ,, zes he hecho à Dios estos dias, diciendole con las veras, que  
 ,, he podido: Señor, libradme de esta carcel, y estè yo libre de  
 ,, ofenderos aun con vn atomo de disgusto, aunque me tengais  
 ,, en el Purgatorio hasta el fin del mundo; porque si bien co-  
 ,, nozco, son terribles aquellas penas; pero tambien sé, que no  
 ,, he de contra venir en cosa alguna à vuestra santissima volun-  
 ,, tad. Dirà V. Reverencia, porque no me ofrezco à carecer de  
 ,, la vista de Dios, con tal que estè libre de ofenderle? Padre  
 ,, mio, no puedo reducirme a estas hypotesis; porque està re-  
 ,, ventando el Alma por ver à este summo Bien, y viendolo,  
 ,, amarle con todas sus fuerzas, y ardentissimas ansias. Y si fue-  
 ,, ra preciso escoger vno de estos dos extremos: ò vivir siem-  
 ,, pre sin ver à Dios, ò ser aniquilado, escogiera sin duda este se-  
 ,, gundo; porque conociendo à Dios, no fuera tolerable aver



de vivir sin jamás verle. Leyendo V. Reverencia esto hará  
juizio de que yo soy muy terroroso. Vê aquí V. Reveren-  
cia vna de las causas de mis temores; porque cada dia parece,  
que voy descaecido mas, y teniendo mas faltas, negligencias,  
y culpas, distraido el coraçon, poniendo ningun cuydado  
en hazer bien las obras ordinarias. Pues qué hemos de dezir  
de estos mis impetus, de estas ansias, de estos entrañables de-  
seos, à quien cada dia parece vn año, y cada año se le haze  
vn siglo de dilacion? Qué sé yo? No tengo otro al presente,  
que à V. Reverencia, con quien tratar mis cosas con llaneza,  
y confiança, y así le pido licencia para vsar en el pecho vna  
cruz con punticas de hierro, que me ha venido à las manos,  
ya que no hago penitencia sino es *secundum quid*. En esta se vê  
bien claro, que la fineza de su vehemente amor era quien le ha-  
zia arder en ansias de morirle. Y si cada año de dilacion le era  
vn siglo, cerca de veinte siglos tolerò estas violencias intolerables.  
Todavia me parece, que con mas vivos colores se retrata  
en otra de Diciembre de 1764. que dize así: No disgustará  
Dios, de que yo desahogue mis ansias con V. Reverencia. A  
mi me parece algunas vezes estos dias, que me consumo en  
mortales deseos de ver à Dios, en cuyo amor me abraço: y  
con la memoria del Niño dulcíssimo de mi alma se queman  
las medulas. Deseo ardentissimamente darle millones de abra-  
zos, y estrecharle fuertemente con todo mi coraçon, y como  
no se me concede, muero de pena. Algunas vezes me parece,  
que estoy medio borracho de el amor de este amabilíssimo  
Dueño. Padre, no sé, que dezirme; porque con expresar  
aquí mi dulcíssimo tormento, se abraça mas mi Alma, y desea  
infinitamente delatarse. No es tolerable la pena excessiva de  
ver, que por mas, que la voluntad se esfuerçe, no puede  
llegar con la execucion, à donde llegan sus ansias; porque la  
execucion, à que aspira, es à amar infinitamente, si fuese pos-  
sible: y, ya que no lo es, desea intolerablemente vnirse con  
lazo tan estrecho con aquel unico centro de mi coraçon, que  
nunca mas huviesse peligro de darle vn minimo disgusto. Y  
viendo, que esto no se me otorga, y mirandome tan lleno de  
abominaciones, y continuas ingraticudes, y cercado de con-  
tinuos riesgos de ofenderle, y de perderle, liora el coraçon la-  
grinas de sangre de pura opression, y sentimiento. O! Padre  
mio, no sé, qué ha de ser de mi, si no muero quanto antes de  
puro amor de Dios. Quisiera comer, y beber tanto de este

amor, que de puro harto reventara. V. Reuerencia me perdone, y pida à su Magestad, tenga misericordia de mi. Mas de veinte años antes de morirle escriuió esta carta, y ya le eran intolerables estas ansias: por los veinte años, (que se le hizieron otros tantos siglos) fueron siempre creciendo: yo no extraño, si finalmente ellas lo acabaron.

*Sobrenaturales  
luzes de su  
contemplacion.*

No solo le comunicó el Señor en la contemplacion estos seraficos ardores, sino tambien aquellas luzes, que suelen manifestar à Dios admirable en sus Santos. No hablo aora de aquellas, que tanto perfeccionan las virtudes intelectuales, como la Fè, y la Prudencia, y que tanto acrisolan las de la voluntad; porque de estas algo he dicho, y no poco resta. Hablo de aquellas, con que el Señor para gloria suya, y bien nuestro suele descubrir a los suyos las cosas distantes de el conocimiento humano, ò por el tiempo, ò por el sitio, ò por lo oculto de ellas, à que suele reducirse el don de Profecia.

Pareció averle descubierto Dios todo el interior de vna Penitente suya para encaminarla à la perfeccion. Tenia esta oculto para su consuelo vn retrato del V.P. quien dandole todas las señas de donde, y como lo tenia, se lo mandò traer, y con severidad la reprehendió, añadiendo, que su sencillez la escusaba de la grave penitencia, que merecia por tener guardado vn retrato de vn pecador. Mostrando ella algun sentimiento en perder su retrato, le dixo el V.P. lo ofrecièsse con otras obras à Dios por el alma, que estava en el Purgatorio, de su sobrino N. que avia muerto aquella misma mañana. Fue cierta la muerte, y la hora; pero tambien lo era, que, segun lo que distaba de Granada, no se podia naturalmente saber à aquellas horas. Reprehendiola en otra ocasion por aver conijido fuera de tiempo, aunque sin verla nadie, vna frutilla contra el orden de el V.P. Otra vez le riñó, porque llevada de su aperito estuvo ya en su interior determinada à coger fruta de vn arbol, aunque finalmente se contruyo por vn interior aviso de su innocencion: y de este mismo aviso le hizo cargo el V.P. Desèd mucho, sin dezirlo à nadie, tener consigo cierta estampa de la Virgen: traxosela el Padre diziendole, *al viene la estampa, que desea.* Pidióle licencia para comer cierta fruta, de que se avia privado, y dixole el Padre, que no; pero *mañana puede desayunarse con algunos biguillos.* Sontivòse ella, porque no era tiempo de ellos. Bolviòse à dezir el Padre, que hiziera lo que le dezia. El dia siguiente bien temprano le dio à vna cista de ellos, que le traian de su tierra mas

temperata, y muchas leguas distante. Otra su Penitente solia con vanos aunque no indecates, gracejos divertir à los demás, y hazerle aplaudir. Sentia interiores arifios, y vna vez vna extraordinaria interior reprehension, y llamamiento à vida mas perfecta. Vino al V. P. quita para obligarla à seguir mas à Dios, le reprehendiò sus gracejos, que ella avia bien ocultado, y le hizo cargo de aquella interior especial vocacion con señas tan distintas, que convencida, de que Dios para su bien se lo avia revelado al Santo Padre, se resolvió à seguirlo mas de cerca. Otro dia al salir de su casa para venir à comulgar, acatció con demasiada vna perrilla, que todavia le llevaba la aficion. Recibiòla el Padre, diziendole, que si avia de comulgar, purificasse primero con el dolor, y proposito de la enmienda sus labios manchados con la reprehensible aficion à vna piedra. Adquirióse, y cierta de la especial luz del Cielo, que tenia su Confessor, trató con mas veras de ceñirse à la perfeccion, à que Dios por su medio la llamaba. Fatigado vno dos, ò tres vezes del exercicio, en que estaba, deseaba vinielle alguien à ayudarle: y luego se aparecia alli el V. P. diziendole, *queria ayudarle, por que estarias cansado.* Oy vive, y ya Religioso un lugero, que quando Niño ayudaba liamente a Misa al V. P. Va dia por especial motivo (proprio de aquella edad; pero de aquellos, que hazen parecerle horas los instantes) deseaba mucho se acaballe presto; y con puzril impaciencia decia entre si, *no huviera aqui algo, con que picarle, para que despertara!* Al punto se bolvió el V. P. y le dixo lo que ninguna otra vez avia vido: *N. sen paciencia, hijo, que no se puede mas.* Consultandolo por tres años vno de los Nuestrros sobre sus deseos de ir à Indias, siempre le respondiò, que hazer las diligencias seria bueno; pero que se conformasse con lo que Dios dispusiesse por medio de la tanta obediencia. Pidiòlo à N. M. R. P. General, quien de hecho lo señaló para Indias: no obstante le decia el V. P. que se conformasse con la voluntad de Dios. Y finalmente, revocada la asignacion, se quedó ací. Hizose esto mas notable al ver, que en su lugar fue señalado otro, à quien desde la primera vez, que habló en esto, le dixo, y repetia el V. P. que hiziesse apricita sus diligencias; le alababa su resolucion, y lo instrua, como si ya estuviera para partir: y bien presto se partió. Con mas de dos años de frecuentes vomitos, que lo debilitaron mucho, vino vno de los Nuestrros à leer Philosophia con casi cierta persuasión, que las aguas, y el trabajo lo combarian de postar. Alentólo el V. P. y

con notable eficacia le repetia, que conataba en Dios, se avia de poner bueno, y assi fue: como al contrario otro, que en la misma ocupacion se hallaba enfermo, y deseaba oir al V.P. algo, que lo consolasse con esperanca de salud, si siempre le dezia, *trabajosa es la ocupacion; paciencia*. Y muy presto le fue torçoso dexarla por la falta de salud.

Vna Religiosa, à quien solia confessar el V. P. ofreció à Santo Thomàs de Villanueva leer su vida. Sola ella era restigo de su promessa: pero el V. P. la primera vez, que despues fue, le llevó el libro, diziendole, *por si acaso no lo huviere por acá, aqui tiene V. Reverencia la vida del Santo*. Predicando el V. P. dudò vno, sin dezirlo à nadie, sobre cierto punto doctrinal, que el Padre dixo. Encontròlo despues, y dixole, *aquello, que dixi, es esto*, y se le desvaneciò del todo la duda, quedandole la certeza de la especial luz del V. P. Entrò en cierto Convento à ayudar à vna Religiosa moribunda: otra, que deseaba, y no se atrevia à preguntarle, se puso en sitio muy distante, y con notable devocion dixo à sus solas: *Servio de Dios, dime, si voy bien en el camino de el Cielo, ò si mandarè Confessor, porque no estoy satisfecha de el que tengo, y estoy llena de dudas*. Asegura, que el V. P. bolviò el rostro hazia donde ella estava, aunque sin ser vista, y que oyò claramente, que le dezian: *buen Confessor es el que tienes, bien vas, obedecelo, y prosigue*. Y desde entonces quedò quieta, y asegurada. Vn dia de Jubileo dixo à vn Penitente suyo, que si lo avia rezado: èl no arreviendose à declarar, respondió, que ya avia hecho la diligencia. *Asi es, bien*, lo dixo el V. P. afirmòse èl, y entonces con mayor severidad le dixo: *vaya ofsed, y rezelo, que aun es tiempo, y despues preguntará*. Su no buena conciencia fue buen testigo de la revelacion de el V. P. Con nueva, y vehemente afliccion de si estaria, ò no, en gracia de Dios, se venia à consolar con el V. P. vn Penitente con especial alegria, y dandole vn abrazo le dixo, *consuelose mucho, que esta en gracia de Dios*. Predicando en la Novena de San Xavier el año de 1706. dixo, pidiessen todos mucho à Dios por nuestro Rey, y Señor Phelipe Quinto (que Dios gu: ...) porque avia ya salido à campaña. Causò notable estrañeza; porque aunque se avia dicho, que su Magestad saldria à mandar sus Exercitos à Cataluña; pero las cartas de aquel correo dezian, que no avia salido su Magestad. Entendió el V. P. esta estrañeza, y los motivos de ella: y el dia siguiente con aquel genero de frases, con que solia ocultar sus cosas, dixo: *de lo que ayer dixi del Rey N. Señor, y*

*ella salido al venir ayer à predicar me lo dixeron en la Sacristia, quando me iba à poner la sobrepelliz. Causò esto mayor admiracion; porque se à veriguò, que en la Sacristia en aquel tiempo nadie de por acá à via hablado con el V.P. Y quando el correo inmediato se supo, que su Magestad avia salido à campaña el dia mismo, que el V.P. lo dixo, todos lo tuvieron por revelacion. Saliò de este Colegio para las Misiones de Indias vno de los Nuestròs muy ajuttado Religioso, à quien el Padre dirigia. Muriò ahogado en el camino antes de embarcarse. Siendo mucho vn Condiscipulo suyo, que lo amaba por su virtud: yendo de passo el V.P. le llegó como al oyo, y le dixo: *confuelese, que despues de algunas horas del purgatorio, esta ya en el Cielo. Pero advirtiendole la añeueracion, con que lo avia dicho, añadió: yo, Hermano, no sabia esso; pero me lo assegurò vn sugeto digno de toda fe.* Y con esto se avivò mas la del oyente para creer fue revelacion. Por este mismo tiempo dixo vna persona de virtud à su Confessor, que era vno de los Nuestròs de la Provincia de Castilla, que vn Jesus de Andalúz avia muerto desgraciadamente, y que *despues de algunas horas de purgatorio, se fue al Cielo.* Para juzgar con mas acierto de lo segundo, se informó el Confessor por cartas de lo primero, y hallò ser cierto. Vn Religioso muy grave, de quien hablare en el parrafo siguiente, salio de Granada bien merecido por sus muchos trabajos, que parecian tan por entonces veridicos. El caso fue publico, y por ser muy conocido el Religioso. Compadocióse de él con el V.P. vn confidente suyo, diciendo, que vno de los conuendos contra dicho Religioso blasfonaba, de que ya no pisaria mas las piedras de Granada. A que el V.P. dixo: *el Religioso hablarà, y no lo verá esse sugeto.* Puesto bolviò el Religioso con todos sus honores restituidos, y el otro avia ya muerto. Honró su Magestad à vn Ministro suyo con puesto muy honorifico. Este de acuerdo con su Confessor se resolviò à admitirlo, aunque fingiò, por ciertos motivos. De acuerdo tambien con el mismo Confessor se vino al Padre de terminado à hazer lo que le dixesse. Dixole el Padre, que no admitiessè, y hablandole al oyo con añadiò: *y creo, que esto no es sorozava à P.S. para otros empleos.* De allí à tres años lo promovió su Magestad à otro mas gusto, y honorifico. En carta suya, que tengo, refiere otras varias, que parecen, y este Cavallero las tuvo por ciertas profecias.*

Era tan notorio este don del V.P. que *desse fingiò oyendo decir tantas cosas quillo por si experimentar alguna.* Con este

avino en la verdad, y con pretexto de confesar buscó al V.P. Luego que se arrodilló, lo reprehendió severamente por atreverle à profanar aquel Sagrado con curiosidad tan inútil, descubriendosela toda con sus bien menudas circunstancias. Añadió, que, pues avia venido, avia de confesar. Si mucho lo turbó el ver su interior patente al V.P. agora se perturbò mas, por no atreverle à descubrir su conciencia à quien miraba ya como Santo. Escusabate con no aver hecho examen; pero el V.P. le dixo, *de espacio estamos, y entre los dos lo harèmos.* El penitente ya tocado de Dios se acabó de compungir al ver, que el V.P. le iba diziendo todos sus pecados, y circunstancias. Concluyò con extraordinario dolor su confesion, y porque ya seria incredulo sin excusa, bolviò publicando, que avia encontrado vn hombre, que le avia dicho no solo quanto avia hecho, sino quanto avia pensado. Pero para semejantes casos seria necesario vn justo volumen. Creo, los diré todos en estas dos publicas, y comunes persuasiones, à que dieron racional motivo muchos bien extraordinarios successos. Vna, que el V.P. sabia, quienes de los moribundos, à que auxiliaba, avian de morir, y quienes vivir. Le observaban ciertas acciones, y palabras, de que sin engañarse lo colegian. Sobre todo era observado, si quando iba al moribundo la primera vez, le dexaba, ò no, el Crucifixo: si lo dexaba, moria: si lo traia, vivia. Y assi lo avia probado la experiencia tanto, que oy videntugeros, que alleguran el tobrealto, con que estaban estando enfermos, y yendo el Padre à auxiliarios, hasta ver, si se llevaba el Crucifixo, y que al ver llevarselo, se persuadieron, vivirian, y assi fue. Otra es, que todos creian, les penetraba el interior. Y assi al encontrarlo por las calles, no solo se componian todos, sino algunos, que tenian por que, en descubriendolo, huian por otra calle, y si ya no era posible, passaban como corridos; y sin atreverse à mirarlo, por el empacho de creer, les estava viendo el coraçon. Assi lo alleguran muchos de si mismos, y de otros.

#### §. XIV.

*Algunos de sus  
Ministerios y su  
especialidad.*

**C**Omo buen Discipulo del Apostol tambien pudiera dezir, *sive mente excedimus, Deo: sive sobrius sumus, vobis*, aquellos excelsos de su amor à Dios, que le hazian parecer ebrio, se reprimian à sus tiempos con sobriedad para atender à los proximos. En su regalada contemplacion se deliciaba tanto sin Alina,  
que

que parecia necesario, la llamassen sus Hermanos quatro vezes, como à la Sulamitis, para que se bolviessè à atenderlos: y en el consuelo de sus Hermanos se cebaba tanto su espiritu, que era menester lo llamasse el Señor otras quatro, para que se bolviessè à su Amado. Tan gustoso acompañaba à Moyses en el Monte para recibir de Dios la Ley, y tan gustoso lo seguia à sus faldas para darla à sus Hermanos. Tan gustoso subia la Escala para descansar con Dios en lo alto, y tan solícito baxaba hasta lo infimo por despertar à Jacob, que dormia. Aunque la oportunidad me ha ido sacando de la pluma tanto de sus Ministerios, todavia reyno, han de quedar resentedas su multitud, y su eficacia, aun añadiendo aqui no poco. Pero, si siempre ha de quedar Reo, me ceñiré à dezir poco, con que daré mas justa materia à sus quejas.

Aquel Señor mismo, que del fragoso Libano de el mundo lo llamaba à los descansos de el Cielo, y alli lo dexaba dormir mandando, le guardassen el sueño; esse mismo desde los hombres lo despertaba, *surgere, prospera, veni*, levántate, date prisa, y ven tu, sin que sea menester traerle. Y así era; porque él se venia muy gustoso no solo, porque *cogentior urget, instantiorque vitibus animarum*, se sentia obligado de el mayor bien de las Almas, sino es, porque en ellas hallaba tambien el descanso de la contemplacion. Afeguran sus mas especiales hijos de penitencia, que no solo era ordinario para quedarle extratico por mucho tiempo, y no rara vez media hora, al Acto de Contricion para absolverlos, sino que le era igualmente familiar quedarle con Dios, y por mucho tiempo, quando los instruia. Vna vez, que aguardaba à vna Religiosa para confessarla, lo vieron en el ayre por mas de media hora, y le oyeron hablar en latin, como quien responde, y pregunta à quien está presente: y al fin, como quien se despide, hizo vna profunda reverencia, y bolviendo el rostro al confessorario arrojaba en suspiros vna respiracion, que parecia quemar à la Penitente. Estas conversaciones, despedidas, y ardientes suspiros eran muy frequentes en estas ocasiones. Y, como los mismos afeguran, los efectos de reverencia, y de amor à la virtud no les dexaban arbitrio para buscar mas experiencias, de que Christo hablaba en el V. P. Y como esse Señor *docens tanquam potestatem habens* lo llenaba tanto de esse su spiritu, parecia tener en la mano el coracon de los hombres para bolverlo à donde queria.

Cierta Religiosa morabablemente asfegida clamaba desde el

D. Bernard. in  
Cant. 58.

coro a Dios, que serenasse su Alma. Sintió, que el V.P. estaba en la Iglesia: ella en su interior dezía, que pidiese a Dios por ella. Inmediatamente se levantó el P. para irse: miró (lo que nunca le permitia su modestia) a la parte del coro, donde estaba la Religiosa. Y echandole vna bendicion se fue el V.P. y ella quedó tan repentinamente consolada, y quieta, que no dudó ser milagroso el suceso. Con no desemejante suceso otra Religiosa terriblemente turbada en su conciencia, pedía al Señor desde el coro ferocidad. Sintió al V.P. en la Iglesia, y estorçó su oracion a Dios por los meritos de *aquel gran siervo justo*. Repentinamente oyó la voz sensible, y natural del V.P. que le respondió a sus dudas con eficacia tan clara, que del todo se sollevó para siempre en aquella materia, y nada le quedó, que consultar a su Confessor. Otra Penitente del V.P. se halló tan fatigada de no sé, que escrúpulos, que no atreviendose a comulgar clamaba a Dios por consuelo: quedóse suspensa, y parecióle, que dos Jemiras la llevaron a vna Heredad de este Colegio, donde a la sazón estaba el V.P. a quien vno de los dos dixo, que la consolasse. Ella nunca avia visto, ni oydo señas de la Heredad; pero las dió despues tales, que no dexó duda de el caso. Buena en sí se halló tan quieta, y tan deivaecidos sus temores con lo que le pareció aver oydo al V.P. que profugió muy sosegada. Despues refiriendo su imaginacion, ó sueño al V.P. le dixo este, aver sido realidad, y que N. P. S. Ignacio fue quien le mandó consolarse. Vna Sierva de Dios de probada virtud buscando alivio para su Alma, por no encontrarlo en su Confessor, aunque vacon justo, resolvió hablar al V.P. a quien solo conocia por la fama de su santidad. Su inquieto deseo de hallar quietud la dispersó, segun le parecia, a la madrugada: Aguardando en la puerta de nuestra Iglesia oyó las doze de la noche. Resolvióse a estar ella tambien a la puerta, y llamar: gaffó la noche en aquellos callados golpes, que suelen dispersar al Señor, que a las vezes parece dormir, mientras padece sus tormentas el Alma. A la mañana dixo al hermano Sacristán, que por Dios le llamasse al Padre Padi. No sé, si podrá venir, respondió, porque predica los nueve dias de la Novena de S. Xavier. Al entrar en la Sacristia para irlo a llamar, lo encontró, y oyó, que le dixo, *donde está la muger, que me busca?* Dixole, que en la Iglesia, y sin hablarle mas palabra salió, y la dixo: *sino fueras tanta, no hubieras esperado tanto; pues la materia no lo pide.* Aclaróle sus dudas, sacó su turbacion, y la despidió, diziendole: *¡vra*



vez, *se ofreció un algo, acada por la puerta, por donde se llama à los moribundos. Pero para esta tentacion no sera menester, que venga otra vez.* La muger vive oy, que asegura, que nunca mas ha sentido aquella congojosa tentacion. A vn fugero de conocida autoridad reduxo al lance de morir *vn* grave accidente con tal delirio, que causò en todos el ordinario consuelo de que moria sin Sacramentos. Llamaron al V.P. à quien recibió el enfermo con mil oprobrios distados de su frenesi, que solo le dexò sentido para guardar vna bolsa con vnos doblones, que tenia de baxo de las almohadas. Retiròse el V.P. y despues de vn raro de devoto comercio con vn Cru. ifixo bolvió estrechando à vn criado, que se escondaba, à quitarle de alli la bolsa, como lo hizo à vista del ya paciente enfermo, y con admiracion de quantos avian visto la pronta furia, con que sempre la defendia. Buelto del todo en su juicio diò en prendas de su veneracion muchas gracias à Dios, y al V.P. por el consuelo de lograr su asistencia. Confesò muy à satisfaccion de ambos, recibió muy en su razon los Sacramentos, y murió en manos del V.P. quien entregò la bolsa à vn fugero, à quien se debian los doblones. Este al contarlos en su casa echò menos vno de à ocho, y queriendo averiguar del V.P. por qué manos avia pasado la bolsa, le dixo, *quiere se ofred, que sobre su mesa està,* con el credito del V.P. se diò por pagado de su deuda con la asseveraciò, con q lo dixo. Hallò el doblon en la mesa con tanto mayor affombro, quanto no avia omitido antes diligencia para hallarlo. A vn Cavallero con la enfermedad de la muerte entrò vn delirio, que obligò à buscar el remedio en el V.P. quien observandolo se retirò, y mirando al Cielo à manera de extatico, como por vn quarto de hora, bolvió al enfermo, y este en si: explicò su gozo por tener alli al V.P. confesò, y recibió de espacio los Santos Sacramentos con consuelo de todos. Bolvióse el Padre à su Colegio, y luego el enfermo à su delirio. Entrò vn Religioso muy grave, que se ofreció à asistirlo. *No es menester* (le dixeron) *porque el Padre Padial ha dexado aqui su Crucifixo, señal cierta de que no le faltará el morir.* Ni se engañaron; porque el dia siguiente sin ser llamado bolvió al enfermo, y al començar à exhortarlo bolvió del delirio con pasmo de los presentes: durò assi como media hora, y muy gozoso por tener alli à su Padre Padial, y alervorizado con sus tiernos coloquios entregò su Alma al que la criò. No fue tan feliz la que se sigue. Bolvieron al V.P. en su aposento como sin sentido, bañado en lagrimas, y repitiendo entre suspi-

tos: no quiero à Dios? ni à su Misericordia? quien tal dize! El caso fue, que yendo à confesar vna enferma, esta, ò rebelde, ò furiosa despreciò tanto los coloquios, con que el V.P. hablando à su Crucifixo la alentaba à amarlo, y esperar en su Bondad, que bolviendose como loca al otro lado, diò al V.P. vna bofetada en su rostro, diciendole, *vayaje, Padre, que ni quiero à Dios, ni à su Misericordia.* La bofetada se quedó muy por defuera; pero esta injuria de su Amado le hirió tanto el coraçon, que sacandolo de sí le hazia repetir con lagrimas, y suspiros, no quiero à Dios? ni à su Misericordia! quien tal dize! quien tal dize? Passados dias, como si todos pensaran lo mismo, dixo à vno, que lo avia oydo antes, *estaria con delirio, no es posible otra cosa.*

Fueron mas solemnnes los que se siguen. El año de 1716. en vn Lugar del Valle de Lecrin jurisdiccion de esta Ciudad, vn hombre desesperado, porque para sus violentos males no hallaba remedio en los hombres, dezia, que liamaria à los Diablos, *y ya los veo (dixo) que vienen à curar.* Confirmò su dicho la fea manifestacion de su tambiante, y lo perturbado de sus voces, con que gritaba, *¡sejusea conmigo!*, à cuyo nombre sobre todo nombre aora, en vez de arrodillarle, se arrojò por vna ventana el Demonio en forma de Medico vestido de horrores, y con tal estruendo al caer, que parecieron de plomarse los montes para allanar el Valle: siguióse vn huracán tan furioso, que causò grandes estragos en los contornos. Noriciòse el Ilustrisimo Señor Arcagorta por vn sugeto ya Canonigo de esta Santa Iglesia, que con otros lo deponen pronto à jurarlo, mandò se traxesse à Granada, y que su Santo Padre Padial lo suelle à disponer. Hallòse el Padre sin entendimiento, y sin voluntad de confesar. Instaban al Padre, porque no se bolviess, y respondió: *dize, que nota viene la cabeça mala: dexile osted, que se alixte, y en levantañdo se, embaxelo al Colegio.* A los dos dias, contra la esperança de todos, se levantò, vino, y encontró en la entrada al V.P. que quanto se huia à otros negocios, tanto se aparecia à estos. Venia tan sin gana de confesar, como antes. Pero el V.P. ocurriendo à las esculas de cabeça mala, y perturbada memoria, fue diciendole todo el numero, y especies de sus pecados con tal distincion, que el buzo hombre dezia despues, *si el Padre Padial estuviere en mi pellejo, no pudiera tener tanta noticia de mis pecados, y costumbres.* Bolvió, y vivió exemplar el que vino escandaloso. Quiso tambien confesar con el Padre la muger, que vino à ver à su marido, y aunque el confessorio estaba cercado de muger,

ges, hizo diestros lugar à la que llegaba, y como si estuviera antes informado de quien era, la recibió, diziendole, *à su marido se le curará el alma, pero el cuerpo Dios dará.* Ambas cosas se cumplieron; porque él profingió bien hasta morir: sus enfermedades continuaron, y cegó. Descubrió tambien su interior à la muger, y bolvió, diziendo, *no es posible, sino es que este Padre es Santo.* En 13. de Março de 702. fue bien notorio en Granada el siguiente suceso. Vna muger, que por muchos años vivió mal con vn hombre, oyendo finalmente à Dios se resolvió tan de veras à la enmienda, que para ser constante en la mudança, sin que lo entendiese el complice, se mudò à donde no pudiese hallarla. Para estar loco con el caso bastabale al mozo su passion; pero para estar frenetico se le aumentò la de los zelos, reñiria sobre el caso con el Demonio mismo. Repentinamente viò dos, que le dixerón, *pues si es hombre, en la haza de la escaramuz a lo esperamos.* Está dicha haza entre vna huerta, y el Convento de RR. PP. Carmelitas Descalços. Aunque como hombre se asustò, como furioso se fue al sitio, y al llegar se viò cercado de tantas espantosas fugitivas sombras, que lo burlaban, de tanto humo, que lo ahogaba, y tanto fuego, que le embestia, que esforçando su desmayada voz con mas bien formados afectos, que palabras, invocò à su devora N. Señora de Belèn. Oyò vna voz, que le dixo, *camina por ahí,* y andando sin saber por donde encontró dos, que por cima de las tapias lo cattraron en la huerta de Belèn. Convento de RR. PP. Mercenarios Descalços, quienes informados del suceso lo entregaron à los suyos, que lo llevaron à su casa. En ella al bolver en sí perturbò la familia, y vezindad con tan escandalosas blasfemias, que acudieron por remedio à vn bien conocido Maestro, y respetable Religioso, que oy vive en Granada, quien aviendo empleado por mas de tres horas todo su grande espirito, y celebrada eloquencia hasta hincar se le de rodillas, por redacirlo, viendo, que como frenetico se irritaba mas con la cura, se retirò à negociar con Dios en oraciones lo que con aquel furioso era intratable. Pidieron à nuestro Colegio vn Confessor, y fue señalado el V.P. à quien al llegar informò del caso vn Religioso Carmelita, que poco antes avia llegado. El Padre lastimado, confiado, y charitativo sabiendo gustaba el enfermo de la leccion del libro de la diferencia entre lo temporal, y eterno, que alli tenian, abrió, y se encontró el capitulo de la Encarnacion de el Hijo de Dios, que quiso en esta ocasion mostrar era sacra escogida, con que el

amor Divino hiero para sanar las Almas. Afirmò el V. P. que cada clausula parecia hecha de estudio para el caso. Interrumpia la leccion con reflexiones, que, como salian de su coraçon ya ardiendo en amor del Niño Dios, parecian valas, que barian aquella muralla, ò bombas, que se entraban allà dentro del recinto. Sintió el doliente la tierna violencia de la bateria, y temeroso ya del asalto, pidió treguas hasta la mañana. Pero el V. P. reconociendo ya en su furioso joven aquella flaqueza, que dà victorias, lo apretò mas, porque alli, y entonces se rindiess. *Pues Padre* (dixo) *aqui estoy; vamo.* Començò su confesion, y con ella se renovaron el humo, que lo ahogaba, el fuego, que lo encendia, y nieve, que lo elaba. Vnas vezes temblaba de frio, otras se abrazaba, y afirmò el V. P. que varias vezes percibió distintamente el olor de ropa quemada: otras se detenia, porque efectivamente lo sufocaban. El V. P. alentandolo, y haziendo fuerça con Dios, concluyò felicissimamente la confesion. Si hasta aqui se dexò entender la Divina gracia, desde aqui se hizo visible. Concibió un dolor de sus culpas tan vehemente, que sensiblemente parecia salirsele el coraçon, y él lo delahogaba en tan tiernos afeçtos, que era menester reprimirselos; porque le ocasionaron accidentes tan estraños, que parecian quitarle la vida. Y si el V. P. no tuera en ellos tan practico, huviera hecho, se le administrassen los Santos Sacramentos, como de hecho lo pensò. Su Padre, y familia al ver los efectos de tan extraordinaria contricion, y al oir los coloquios de quien tan presto aprendió à amar à Dios con ternura, explicaron su asombro con el silencio, y su alegria con las serenas lagrimas del gozo. Pidieron al V. P. que para confucio de todos le repitiesse algunos actos de amor de Dios: començò el Padre, pero no pudo proseguir; porque el feliz mozo, à quien ya no bastaban para el delahogo, ni las avenidas de lagrimas, ni las de coloquios, parecia espirar. Buscò mas respiracion pidiendo perdon à su Padre, besándole la mano, y abrazandolo con la selegada estrechez, con las lagrimas, y suspiros de quien estava compençando los pesares passados con los gozos presentes. Pidiendoles tambien perdon, fue abrazando vno à vno à todos los de su familia, que con copiosas, y alegres lagrimas mostraron, que esta elo-quencia de los ojos no es tan funebre, que solo sepa decir dolores. Corria ya à las dos de la madrugada del dia 25. de Março, en que se vino el Padre à su Colegio, y el mozo mudando con la vida el traje, que sirviesse de continuo recuer-

do à su dolor, profugió, mientras pudo, confessando con el V. P. y siempre con el arreglado porte de exemplar Cristiano.

Pero si he de explicar mi sentir, en estos ministerios era arroyo, que de espacio, y con medida riega ciertas plantas por donde corre, ò lo cacaminan. En el Pulpito si, que como celestial nube, desatandose en lluvias ya impetuosas, ya serenas, limpiaba de las malezas la tierra, y recalaba hasta las entrañas con igualdad las campiñas. Como lo escogió el Señor por tan especial instrumento de su gloria en el alto empleo de la Predicacion Evangelica, lo dotó de aquellos talentos, que la hizieron verdaderamente Apostolica. Si aquellos aduladores de Peryeles, à quié llamabá *Olympio*, ò celestial; *quia non tam perorare, quam fulgurare videbatur*, vieran, y oyeran al V. P. hailiran ser lista verdad de aquella su compuesta mentira; pues parece lo llenó el Cielo de aquél espiritu, con que hizo à San Juan, y Santiago *Hijos del trueno*, que es rayos en su activa eficacia para penetrar hasta lo mas intimo del coraçon. Servirá à la claridad la distincion de su predicacion, considerandola primero en sí misma, despues en sus efectos.

Sacaba esta en primer lugar vna extraordinaria eficacia de la extraordinaria idéa de la santidad del V. P. que ella misma avia impresso en todos. Bastaba al auditorio para compungirse lo que deseaban las otras, *bucl'vete, bucl'vete, para que te mitemos*. Aun antes de oirlo hablar, con solo verlo salir al Pulpito, y dexarse ver en él aquella fiel copia de la modestia, de la penitencia, y de la santidad, pudiera dezir, *vine, fui visto, y venci*. Y cierto al verlo hecho espectáculo al mundo, à los Angeles, y à los hombres, solia dezir el auditorio con su admiracion, con sus suspiros, y aun con sus lagrimas, lo que dezian al ver, sin alcançar à oir, à S. Borja, *que lloraban por ver en el Pulpito un Duque Santo*. Estaba habitualmente preparado con vn continuo estudio de las Sagradas Escrituras de *melle Dei melleas*, *O de Dei lumine luminosas*, en que hallaba para sí tantas dulçuras, y luzes Divinas, que tenia para repartir con abundancia. Fue este estudio tan intento, y halló la Divina gracia en su entendimiento profundo, y peregrino ingenio tanta capacidad para difundir sus luzes, que pudieramos hazerlo compañero de aquellos, à quienes el Señor encendia el coraçon al explicarles en el camino las Escrituras. De aqui aquella admirable facilidad, à la qual no era predicar de repente predicar con preparacion de pocas horas. Y si fue prodigiosa la copia de esta sagrada tradicion,

su predicacion.

Quint. lib. 2:  
cap. 6.

D. Aug. 2. Cōe  
señ. 4.

aun fue mas admirable la ingeniosidad , con que descubria vnos  
 nuevos Divinos sentidos, y realçes, en que la delicadeza, la pia-  
 dad, y la eficacia pudieran resistir en la competencia, si no se lin-  
 tiera cada vna ayudada de las otras para el mismo fin de atraer  
 à Dios con su hermosa variedad. No dudare yo contarle entre  
 aquellos grandes hombres *studium pulchritudinis habentes*, que  
 estudiaron no solo las Divinas Escrituras, sino la hermolura de  
 ellas. Y como el Señor quiso echar à este su Nephthali la bédic-  
 cion, que Jacob al suyo, *corvus emissus datus eloquio pulchritudinis*,  
 haziendolo agiler ciervo embiado à predicar con la hermosura,  
 que tienen las Divinas letras, fue tambien admirable en el V.P.  
 su estudio en las vidas de los Padres, en los Expositores clasicos,  
 y Santos Padres. De estas fuentes sacaba el apoyo de aquellos  
 sus ingeniosos reparos, por mas que el sentido fuese, como siem-  
 pre era, connatural al texto, tanto, que debiera llamarse no  
 nuevo, sino es nuevamente advertido; porque ni su humildad,  
 ni su solidez le consentian fiarse de pensamiento suyo. Vnas ve-  
 zes en lo mas vivo de estos reparos, otras en lo mas ameno de su  
 eloquencia solia pararse, como para toser, ò descansar, y luego  
 proseguia, como quien ni enqueentra tan prontos los conceptos,  
 ni tan expeditas las frases. Pero en estas advertidas interrup-  
 ciones resonaba mas la eloquencia de su humildad. Huyendo  
 de ciertas flacas ideas, de que se quexa la verdad, ò por verse  
 desterrada, ò por no verse de escondida, y tambien la piedad,  
 por no encótrar jugo, que la enterezca: eran sus asuntos vnas  
 notorias verdades: de fe, ò evidentes à la razon, persuadido del  
 Profeta, *principium verborum suorum veritas*, que el principio, de  
 donde toma su fuerza la Divina palabra, es la verdad. Dividia-  
 lo en partes tan coordinadas, y tan aptas para convencer, y mo-  
 ver, que con maravillosa eficacia lo lograba. Aumentabale  
 con la claridad, de que con rara especialidad lo dorò el Cielo.  
 Sus pensamientos, por mas que fuesen delicados, eran verdade-  
 ros: y su especial eloquencia le sugeria vnas frases, vnos tonos,  
 y acciones tan expresivas, que los hazia visibles aun à los mas  
 tardos, mostrando ser verdad, que la declaracion de las Divinas  
 palabras ilumina, y dà entendimiento à los pequenuelos. Este  
 especialissimo don solo pareció excedido de aquella Divina  
 fuerza de espiritu, que era como el ultimo impulso, que acababa  
 de abrir la puerta para entrarle à dominar toda el alma de su  
 auditorio.

Los que no lograran oirlo, algo concebirán de la fuerza de

su espíritu, si advierten à su alta contemplacion, en que lo dis-  
 ponía el Señor para bien de tantas almas. Con aquella avenida  
 de luzes se aclarò tanto su Fè, que parecia estar viendo con los  
 ojos los mysterios, segun nos los mostraba con el dedo: se avivò  
 tanto su esperança, que parecia estar viendo rota, y clavada en  
 la Cruz aquella escitura de muerte, y tener ya en su mano  
 asegurado el valedelzsalvacion, segun la confiança, con que  
 convenia al Señor con los meritos, y sangre de nuestro Re-  
 dentor: en esta misma hoguera ardiò tanto su charidad, que  
 salia en llamas para encenderlos à rodos. En el cuerpo del Ser-  
 mon, *ubi erat impetus spiritus, illic gradiebatur*, se dexaba llevar  
 hazia donde le tiraba el espíritu: vnas vezes contra el vicio, y  
 entonces se arrojaba, *in similitudine fulguris coruscantis*, con el im-  
 petu de rayo resplandeciente, que banitaba la maldad, y la  
 consumia: otras hazia alguna virtud, y entonces se dexaba ir  
*subtilis auro tenuis*, como blando viento del Espíritu Santo, que  
 recrea, y fomenta las plantas. Los coloquios, con que acababa,  
 y que regularmente duraban como va quarto de hora, y no po-  
 cas vezes mucho mas, eran como vn espejo, en que nos hazia  
 casi ver su clarissima Fè, y los sagrados mysterios, su firme es-  
 perança, y la gloria, su ardiente charidad, y el summo Bien.  
 Estos coloquios eran como el vitimo filo, con que la espada de  
 la Divina palabra acababa de herir los coraçones, y dividir las  
 almas de los espiritus. La fantidad pues de su vida, la erudicion  
 sagrada, la delicadeza de sus discursos, la solidez, con que los  
 fundaba, la sustancia de sus asuntos, la superior claridad, con  
 que los proponia, y la celestial fuerça de espíritu, con que los  
 inspiraba, hizieron sin dificultad, que si de su patricio el Doctor  
 Eximio Suarez se dixo tan oportunamente, que su lengua, para  
 predicar, era la pluma veloz, con que escriuia: podamos de el  
 V.P. dezir, que su pluma, para escribir, era la lengua ardiente,  
 con que predicaba; porque sus palabras no parecian voces for-  
 madas de ayre, sino es letras gravadas del buril, segun queda-  
 ban impressas, no solo en los coraçones para sus efectos, sino  
 aun en la memoria por sus ecos, y sonidos. Y assi avia de ser  
 para ser predicacion Apostolica parecida à aquella, cuya len-  
 gua se compara à la pluma del que escribe, *quod non transeat, sed  
 maneat, scriptis maluit comparari, quam sonis*. Parece se quedaron  
 esculpidas en bronce las impressiones, que dexò en los coraçones,  
 que tanto con ellas se enternecian, y no solo las generales  
 del bien; pero aun las particulares de ciertos sentimientos su-  
 yos.

Div. Aug. 12  
 fol. 44.

yos, y aun de las mismas palabras, con que los dezia. En ciertos paños parecian flechas, que con incurable herida passaban el coracon. Era esto muy frequente, quando al acabar algun texto claro de Fè, ò alguna evidente razon, se bolvia al auditorio preguntando: *no es verdad? no es esto asi? ay que responder a esto?* Y con vn breve intervalo, como de quien dexa pensar, bolvia: *no es verdad? tiene esto respuesta?* voces, que aun relienan en nuestros oydos.

Debiera ya no dezir, sino es suponer los maravillosos efectos correspondientes à tan eficaz causa. Asi lo harè con los mas, dando en tal, ò qual la idèa de todos. La ingeniosa hermosura de sus reparos tiraba toda la atencion del entendimiento: y luego con el solido peso de su prudicion, razones, y exemplos lo convencia. Tomada esta fortaleza, facilmente obligaba à que con vna libre violencia se rindiese la voluntad. De aqui aquella constante mocion tan singular en si, y tan comun à quantos lo oian, de vn seruo odio del pecado, y vn sincero amor à la virtud. Eran muy frequentes sus exhortaciones à nuestra Comunidad, y tambien à otras de Religiosas: parecianos necesario el ascaderie, segun tiraban el arte, el ingenio, y la hermosura de sus discursos: seguia se casi sin poderia resistir vna como espontanea necesidad del aprecio, y deseos de la observancia, y virtudes religiosas. Nos diò el V.P. por muchos años los exercicios, que se hazen todos: y sin variar ni asuntos, ni discursos, ni aun casi palabras, era tal la viveza de Fè, con que nos ponía à la vista aquellas grandes verdades, y tales las ternuras de sus coloquios con el Señor crucificado, con la Santissima Virgen, que no rendirse pareciera obstinar se. Y mas al ver la frecuencia, con que lo heria, ò le arrebatava su amor. Estos celestiales efectos en los Sermones al Pueblo eran si no mas intimos, mas sensibles; y si no mas admirables, mas ruydolos. El atento silencio del auditorio no se quietaba con las serenas lagrimas de los que à solo verlo se eanternocian, y al oirlo les era preciso à las vezes retirarse (como lo afirman muchos) por no perturbar con sus voces, ò reventar, si fusian. Hazia se mas reparable este silencio con vnos interrumpidos, y como salpicados suspiros de los que ya desde el principio gemian con el aminorizado peso de las razones. En llegando à los coloquios, que ya dixè, las avenidas de lagrimas, follozos, y aun gritos se convertian al acabar en bendiciones al Padre, y gracias al que tal erio. Y se explicaban diciendo, *no es posible oirlo sin estar vis-*



*hombre de ser bueno. Y de hecho; áunque los auditivos, que lo seguian, obligaban á prevenirse en buscar sitio; todos eran de los que querian entablar vida buena, ó mejor. A esta generalidad, aunque en esta Ciudad tan notoria, añadire algunos sucesos particulares.*

Sugero de la primera autoridad en carta suya, que tengo en mi poder, depona así: *Era tanto el fervor, y eficacia de sus palabras, y solidez de sus razones, que no vi Persona de las muchas, que siempre concurrían á oírle (que no cabían en el Templo por grande, que fuese) que no se enterneciera mucho, y diese señales de un verdadero dolor. De mí puedo deponer, que siempre, que lo oí, me persuadí á que lo imoe. Y esto mismo me han dicho quantos lo oyeron, aunque fuese por curiosidad, como en una ocasión sucedió á un Religioso, que me lo refirió. Me consta de un sugeto, que vivia distraído, y tenia sus casas junto á donde solia predicar el V.P. y solo de oír el eco de su voz, se conturbaba, y estremeaba tanto, que no pudiendo sufrirlo, se veia precisado á retirarse, pareciendo cosa incompatible oírlo predicar, y no mudar de vida. Hasta aqui este ilustre testimonio, y no dudo, lo firmarán quantos lo oyeron. Un noble Joven forastero vino á estas Escuelas á estudiar muy instruido de los suyos, en que no oyese predicar el V.P. temerosos, de que se entrasse Religioso, si lo oía. Oyólo vn Domingo de Quaresma, y se resolvió, hasta lograr, pisar el mundo, y seguir á Christo con la cruz de la Religion. Deseólo vn Cavallero de saber lo que el V.P. avia predicado, le refirió vna Señora buena parte del Sermon. Tanta era la claridad, con que imprimia sus sentimientos! Fue tal su eficacia, que de alli salió el Cavallero resuelto á ser Religioso, y es vno de los grandes Minimos del Señor San Francisco de Paula. Entendió el V.P. que se procuraba justificar la perniciosa diversion de las comedias con dezir, que el Padre Padiál no predicaba contra ellas. Esta voz era muy incierta; porque siempre en publico, y en secreto las abominó. No obstante el zelo de la Divina gloria, y de tantas almas, que en aquella dorada copa beben (aunque algunas casi sin percibirlo por entonces) aquel veneno, que eternamente las mata, lo hizo (en esta ocasión sin replica de su humildad) citarse primero para la Iglesia de la V. Congregacion de San Felipe Neri, alli para la Parroquial de San Gil, y en esta para nuestra Iglesia. En estos tres Sermones, y singularmente en el de Casa. Levantandose sobre sí mismo, fue tan extraordinaria la copia de convincente erudicion, de celestial elocuencia, y de ardor de espíritu, que salían diciendo, unos á otros, que pare*

van de ganar los Comediáutes de los que lo huvieren oydo! Si lo oyerán los que las mantienen, ya espuriera de ferrada de la Republica esta contagiosa corrupcion de las costumbres. Despidióte el V. P. diciendo, *no se diga más, que no predico contra las Comedias: ya lo hago, y hare cumpliendo con mi obligacion.* Se intentó imprimirle este Sermon; pero en la necesaria batalla con su humildad, salió esta, como solia, con la victoria.

Dire (porque no debo callarla, y callaré, porque no es posible dezirla) la innumerable multitud de prodigiosas conversiones de malos en buenos, y de buenos en mejores, con solo el siguiente caso, sacado de vna carta, que tengo en mi poder, de vn Religioso muy habil, gran Maestro, muy erudito, y que en todas partes, singularmente en esta Ciudad, se mereció, y llevó los primeros aplausos. Siempre fue arreglado Religioso; pero desde este suceso muy exemplar. Hablando pues con otro Religioso, para informarse de los Predicadores celebres de  
 „ Granada, *que lo dejaba saber* (dize) atendido mas à lo pul-  
 „ chro del estilo, que yo entonces viaba, que à lo solido de las  
 „ verdades, y aprovechamiento de las almas, dióme el dicho  
 „ Religioso noticia de las prendas del V. P. Padiál, y dixo ser  
 „ vno de los mayores Oradores de Granada: y que al tiempo,  
 „ que predicaba, parecian sus ojos vn crystal, en que cada vno  
 „ miraba sus faltas. *Movido de curiosidad* fue a oirlo, y à las pri-  
 „ meras clausulas explicó à su compañero poco aprecio de lo que  
 „ oia. *Abreviate* (prosigue en su carta) *mostró tanto caudal,*  
 „ *energia, erudicion, y eficacia, que empezando à cirlo por curiosidad,*  
 „ *acabó con admiracion, y dize à los circunstantes, nunquam sic loquutus*  
 „ *est homo.* No es esto lo particular, y prodigioso, sino es lo que  
 „ agora dire, y no me pareció imaginacion, y es, que del rostro  
 „ del V. P. salian visiblemente, como vnos rayos de luz, que  
 „ terminaban en los oyentes, y en mi indigno pecador conocí  
 „ tal mutacion, y arrepentimiento de mis culpas al tiempo del  
 „ Año de Constitucion, que por mucho tiempo quedé bañado  
 „ en lagrimas, é hize proposito de mudar estilo en el Palpito,  
 „ dexando el pulimento, que antes practicaba en mis Sermones.  
 „ Hasta aqui en su carta este Varon docto, y Doctor no mas e-  
 „ lutas, que en defençã, retirado ya à vn desierto en la misma  
 „ Religion, que lo jurat à en forma, y que *en caso necesario lo jura en*  
 „ *verbo sacerdotis.* V. Reverencias perciben muy bien las notables  
 „ circunstancias de este caso. Y yo, sin detenerme en él, solo digo,  
 „ que segun la multitud de maravillosas mutaciones, no fue solo  
 „ este

este auditorio el feliz, que pudo dezir con el Santo Job que quando lo oia, entonces fue, *quando splendebat lux: na eius super caput meum*, quando se encendió en su Alma aquella luz, que despues les servia de farol para sus pies, y de hacha para sus caminos. Eran tan ordinarias estas sagradas transformaciones, que nosotros oimos sin novedad, lo que el Demonio dixo forçado por boca de vn *Enfermado*, vomitando antes, y despues injurias, y oprobrios contra el V.P. *que en sola vna corta temporada de su predicacion en el Sagrario le avia quitado mas de 900. Almas*. Pero no dixo el infame quantas afiruò en la constancia, para que no fuesen fuyas, ni quantas levantò à la perfeccion Christiana. Y se nos haze muy verisimil lo que vna persona de singular virtud depone, que al passar el V.P. por el altar de San Francisco Xavier, yendo à predicar su Novena, le echò la bendicion el Santo, con que se aumentaron las muchas, que echò Dios à su predicacion.

## S. XV.

**A** Si navegaba sin mares serena entre las tormentas, y entre los riesgos feliz esta comerciante nave tan cargada de riquezas, quando al acercarse al puerto, doblando se les peligros, doblò tambien su preciosa carga. Su vltima enfermedad, que comenzó la Primavera de 710. fue vn reumatismo poco menos que universal, y de vn humor tan acre, con tan continua fluxion à las articulaciones de pies, rodillas, hombros, y brazos, que se conociò muy bien aver conseguido de su Señor crucificado, lo que tan instantaneamente le avia pedido con el espíritu del Santo Job, *Et hoc mihi sit consolatio, ut affligens me dolerem non parceret*, que repartièse con él sus dolores; pues la vehemencia de su amor no tendria consuelo en esta vida, sino lo affigia con sus dolores hasta quitarçela. Sufrióla con la curacion de su paciencia hasta la Primavera del año de 11. Debo estar muy agradecido à la magestad de la historia, que no solo no me manda, pero ni aun me permite renovar aqui aquel inefable dolor, que ya dexo insinuado, con que por estos dos años quiso el Señor acrysolar en sí, y ponernos por exemplar su invidia fortaleza, en quanto enseña à sufrir, que según el Angelico Doctor es mas glorioso, que el emprender. Es verdad, que quando ya anciano lo ciñò otro, y con lazo tan estrecho, que parecia sufocarlo; pero no por esto dejó el V.P. de ceñirse tambien, y tan apreradamente, como ya apuntè en su palmoja mortificacion. Aqui

*Su enfermedad.*

2. 1. 9. 124.  
err. 6. ed. 1.

*Suplicancia.*

solo me resta inclinarme, que si en acometer contra él, y los enemigos todos del Alma fue tan heroica su fortaleza, en qué grado la avrimos de colocar al verla tan invicta en sufrir, que es el supremo acto de esta virtud? Suspendan V. Reverencias el resolver hasta que lean los principios para deliberar.

La inexorable severidad de su espíritu contra su cuerpo, aunque tan extenuado, y herido, le hizo, que el mismo se sirviese así de molitísima cama, obligándole á andar arrastrando con los dolores, que ya dice, hasta el Abril de 22. en que por mas que lo apuntó su rigor, se vino á plomo el edificio hasta el Sábado 28. de Abril de 1725. en que se acabó de arruinar. En estos tres años de cama, en que á penas pocos meses repartidos en dias interpolados, se pudo vestir á padecer mas de otro modo, quiso el Señor, que viésemos con nuestros ojos una buena imagen de: el Santo Job. Lo que con animo bien diverso explicó el V. P. quando al condeleirle un grande amigo loyo de tanto dolor, y tanta necesidad, de que le ayudasen para todo, exclamó: *misericordias mri, etc.* continuando otras varias sentencias de el padecidísimo exemplar, en que nos mostró, quanto atendía á imitar la paciencia de aquel, á cuyo padecer imitaba tanto el suyo. Nosotros lo vimos, y sin verlo ninguno concebía quanto compitió con los insubribles dolores de su llagado cuerpo la afliccion de su humilde espíritu, por verse obligado á que otros lo huvieshen de servir. Por escusarlo, quanto le fue posible, el mismo se levantaba á aquellas necesarias acciones de nuestra miserable vida: y con esto no tenia, que quezarse de que otros añadieron sobre el dolor de sus llagas; porque el mismo al levantarse se añadía tanto, que á las vezes se dolíayaba.

De onze apodemas, que se le supuraron, todas se las abrieron con hierro, sino aquella, que el sufridísimo Padre oculto hasta que rebentó por sí misma. Regularmente se le estaban curando á un tiempo quatro, ó cinco bocas; porque quando parecia aver sanado de una, se aparecia otra: y siempre, aun las que ya se contaban por curadas, le causaban agudos dolores, si bien no tan vehementes. Las que se apoderaron de las articulaciones, fueron las mas rebeldes: y con lo medicante del humor, y frío de la parte eran tan agudos los dolores, que le causaban mortales congoxas, sudores frios, temblores, palidrezes, arfismos, y tal vez pareció espirar. Ausentabase sobre toda explicacion este martyrio al curarlo, y singularmente al

sacar, y entrar tantas mechas bien gruesas, y mas largas, por  
 ser en cada llaga bien anchas, y mas profundas las bocas. Aun-  
 que á las vezes parecia en el sufrimiento averlo hecho insensibi-  
 ble la valentia de su espíritu, como finalmente ni era piedra, ni  
 metal su carne, solian los dolores sacarle á su tolerancia algun  
 quejido tan agudo, y lastimero, que informando el milagro á  
 los Cirujanos de los muchos, que reprimia su paciencia, le or-  
 denaban, los dexasse salir, para quitar siquiera esta ligera parte  
 á lo intolerable de su tormento. Yo sé, que tuve compañeros  
 en los sudores, y delirios, que nos obligaron á vn forzoso desfi-  
 ciero mientras lo curaban, por no poder asistir á tan doloroso  
 sacrificio. Contestan Medicos, y Cirujanos, que tan continuo  
 violento padecer bastaba naturalmente para averle consumido  
 mucho antes los espíritus, aun quando no fuesen tan pocos. Y  
 con esto se confirmaban en que esta enfermedad era superior á  
 su medicina; porque, aunque la causa material les era visible  
 en los humores; pero nunca pudieron encontrar causa eficiente  
 proporcionada á tanta copia en vn sujeto tan consumido en  
 sí, y tan mas que parco en su alimento. Todavía los admiraba  
 mas la calidad de los humores tan irregularmente calcinados,  
 que como en otra incognita especie, ni con tantas consultas, ni  
 en tanta diversidad de medicamentos se encontró alguno, que  
 si no bastasse á la cura, bastasse siquiera á algun alivio. Aunque  
 la ciencia de los Medicos, y la pericia de los Cirujanos, que lo  
 curaron, no fuese tan notoria en esta Ciudad, pudieran bastar  
 las experiencias de tanto tiempo, para que en su multitud de-  
 bicisemos siquiera á la casualidad aver encontrado alguna, que  
 lo aliviase, sino fuera cierto lo que el V.P. á otro proposito de-  
 zia, *manus Domini tetigit me*, que andaba allí con mucha especia-  
 lidad la mano de Dios. Estamos bien persuadidos, que tuvo  
 particular noticia de lo incurable de su caleriedad: y no solo  
 no la dixo, pero ni aun se gobernò por ella: y así los dexò ha-  
 zer su oficio, en que su probada destreza, y deseos de sanarlo no  
 tuvieron mas efecto, que el pretendido de el Señor con aquel  
 cruento sacrificio de la curacion de tres años. Solo se le oia tal  
 vez, *si ya Deus ha mostrade, que no quiere mi salud, para que yo me  
 jorare de*, y callando, acababa la clausula con ciertas acciones  
 del rostro, que dezian claro *perder tiempo en lo que Dios no quiere*.  
 Ni la justa causa, que tanto padecer ofrecia, bastò para que dis-  
 pensasse en la severidad de sus rigores, y ayunos. Quando po-  
 dia sin ser visto comia cò su acostumbrada parcimonia aquellas

insu las sopas, y asquerosos gazpachos, que eran el regalo de sano, quando le obligaban à que fuesen de la olla comun, en siendo Viernes, ò Vigilia, avian de ser de pescado, ò preceder la dispensa. Y para regalarle mas à su modo, maicaba muy de espacio las pildoras; porque padian (dezia) passar mejor, y acuarle mas presto.

Si hasta aqui padeció à todos fuera de lo natural la tolerancia de aquella naturaleza, y sobre humana la paciencia de aquel espíritu, que nos parecia lo que agora se sigue? Quatro meses antes de morir lo puso la mano del Señor tal, que recostado de espaldas para nada pudo moverse. El vn brazo tan vivamente llagado, y dolorido, que era mas intolerable el moverlo, que el detenerlo siempre en vn sitio. El otro tan vivo al dolor, como muerto al movimiento, de suerte, que era preciso atarfele sobre el pecho, para que no se le cayesse à vn lado, como tal vez sucedió, con terribles dolores sin poderlo socorrer, ni con el mismo, ni con el otro. De las piernas, la vna con dos, y tres apostomas de la malignidad ya dicha; y à la otra se le enrojecieron, ò secaron los nervios, de suerte, que era imposible levantada sin poder, ni à vn lado, ni à otro reclinarla bien, ni à lo largo podia extenderla. Lo restante del cuerpo por la parte, que estiraba en el cojchoncillo (porque aunque contra su resistencia se le pusieron mas; pero sus siempre victoriosas instancias los quitaron) todo estaba llagado. Si queriamos subirlo vn poco hacia la cabecera, ni avia por donde asirio sin lastimarle llagas, ni avia de que asirlo; porque no tocando mas que huesos con piel, parecian tan descoyuntados, como si ya desunidos los huviesse metido en aquel saco. Y ciertamente nos detenia el miedo, ò la aprehension, de que se le acabasse de arrancar el hombro, ò brazo. Entre tanto nada remitia la agudeza de sus dolores, de suerte, que con sola la aprehension, de que la ropa iba à tocarle en la llaga, se estremecia aquella naturaleza ya acobardada de tan agudos dolores. No será difícil inferir, que desconfucio causaria à vn genio tan asediado, y à vn espíritu tan honesto, quanto necessariamente se sigue à este lastimoso estado. Algo explicaba el V. P. quando dezia, *agui me tiene Dios en dos maladeres, vno que soy yo, y otro que haga yo.* Y luego se acogia à aquella su frecuente jaculatoria, *benedixit scilicet pro me sicut est, et agui.* Pedia con rara humildad à todos, que le alcançassen de Dios paciencia, *que le necessita mucho, mucho, dezia.* Verdaderamente; pero el Señor se la daba tal, que no se le podia

dan oír sus lagrimas los heroycos actos, con que no solo se conformaba, sino agradecia al Señor tanto padecer, y solia terminarlos con aquel, *bendito el que me tiene así, y aquí.* Otras vezes decía, *pobre hombre, qual, y como estás aquí! pero que se me dé á mí, si mi Jesús,* y allá en su interior protegía la clausula. A todos nos conrribaba su padecer: y no obstante, quando el dolor lo obligaba á algun fativo quejado, decía, *como soy tan poca nada, me parece, que padezca mucho: poco mal, y bien quejado.*

Despues de tan heroyca paciencia, y tan severa mortificación, quejandole de si mismo, porque no sabía llevar sus trabajos, decía, *si yo los llevara como esse Angel, esso si.* Hablaba de el Padre Bartholomé Altamirano, á quien tiernamente amaba, y á quien para ser illustre no hiziera falta su esclarecida sangre (aunque si para el merito de olvidarla) porque sus religiosas virtudes nos hizieron tenerlo por Varon Claro, digao de ilustrar con su vida nuestras historias, por cuyos meritos no estrañariamos, que Dios hiziese milagros. El V.P. aunque tan circunspecto, lo llamaba *varon justo, y Angel:* quien pocos meses despues lo siguió al Cielo con la gracia baptismal, y los meritos de nueve años de rara paciencia en vna molestissima, è igualmente incognita enfermedad.

No faltaron al V.P. verdugos, que de otro modo hiziesen mas insufrible su tormento. Lograban los Demonios, aunque sin fruto, la oportunidad de intentar provocarlo á impaciencia en tal padecer. Sus batallas con ellos no fueron menos porfiadas, que largas, ni mas cortas, que su vida. Pero porque las de su enfermedad nos fueron mas perceptibles, juntaré á estas algunas, que sean indicio de todas. Quando vieron, que sus sugestiones al mal se vián solaméte al V.P. de mas gloriosas victorias, valiendose de la permission Divina en sus desamparos lo affligian con aquellos temores, en que padeciò tanto, que ciertamente quanto se dixere es poco. Pero no contentos con esto visiblemente se aparecian, y en el cuerpo tambien lo atormentaban. Se oían en su aposento con frecuencia tales ruidos, que parecían venirse al suelo de muy alto muchas tablas juntas. Otras vezes resonaban recios golpes, y assombrosos quejidos del V.P. Observóse ser esto mas regular, quando avia predicado. Iba á confesar á vn enfermo, y al subir la escalera bien commoda, y bueno el Padre, lo vieron caer, y rodarla toda, diciéndo, *que? me derribas? no saldrás con la tuya: la confesion se ha de hacer.* Levantóse con vna herida bien grande, que despues curó

Sus batallas con el Demonio.

curó el Cirujano, y por entonces arañóse va pañuelo, que no pudo embarazar corriente mucho la sangre, concluyó la confesión. En visiblas, y horrorosas figuras lo cercaban en la cama para aflombrarlo. Pero despues de vna humilde consulta, que hizo à su Confessor, los veta en el aposento, que aflomandose al alcoba no le arrevian à llegar. En este tiempo de enfermo se oyeron de noche recios golpes, y que el V. P. quexandose dezia, *Jefus sea conmigo, madre mia, amparame*. Y en vna ocasion duraron desde la vna de la noche hasta el dia los golpes, y las suplicas del V. P. Otras vezes, que regularmente era quando lo alto de la noche le hazia creer, que todos dormian, se le solia oir, *anda vete de aqui, infame, que mientes, que yo no*; y profugiendo en su interior añadia, *quita, quita, que yo no*. Luego se acogia à su seguro refugio: *Madre mia, que me abogo, amparame tu, que yo no puedo*; *Jefus mio, defendeme tu, que yo no puedo*. Otras vezes, *Señor mio, paciencia, paciencia, aunque yo recibiente à pesar de estos infames rabones rabudas*. Fueron en este genero bien raros dos successos, que, dexados otros, diré. Vn dia de aquellos quatro males, en que estubo sin moverse de vn sitio, reconoció el V. P. que no estaba sobre el pecho, donde se lo ataban, aquel brazo, que solo ca sentir mostraba vida: dixole à vn Sacerdote de los Nuestrros, Padre, quiere V. Reverencia ver, si me halla este brazo perdido? Reconoció el Padre, que estaba toraluate debaxo de la espalda, y que tirando de él con gran fuerça, y sosteniendo al V. P. la espalda, ni lo podia sacar, ni el V. P. sentir los dolores. Como todos sabiamos ser naturalmente imposible aquella violenta postura por el ningun movimiento del brazo, y casi ninguno del cuerpo, todos creimos, fue obra del Demonio, que intentando robarle la paciencia, le daba ocasion de metecer mas gloria. El otro fue, que curandole los Cirujanos la llaga de vn pie, dexaron puesto vn genero de parche, que por si solo pudiera tenerse. No obstante por lo peligroso de la herida lo aseguraron con vendas quanto la providencia humana alcanza. Aquella noche fue vna de las que se oyeron mas ruidos, golpes, castimientos, y clamores à Dios de el V. P. Por la mañana al descubrir los Cirujanos el pie lo hallaron sin vendas, ni parche: la vlcera sumamente irritada, y todo, que causaba lastima, y horror. Las vendas parecieron medio caidas de la cama; pero el parche, ni aun despues de exquisitas diligencias pareció. Despues, ya no buscado, se encontró oculto en la cabzera de la cama. Al ver este natural imposible así por la precaucion en



asegurar las vendas, como por la imposibilidad de moverse por sí el Padre, ó el sentimiento de ver tan desfebrada la llaga, y tan atarrada la curacion, dixo vno de los Cirujanos con gracioso enojo, *por estas cosas quisiera un hombre curar antes à un vando- lero, que à un Santo.*

Solo es seguro, y decente trono, en que se sienta como Reyna la charidad, aquel, que gaarnecieren las solidas virtudes Christianas. Y si no solo ha de estar en él de asiento, sino es que (para dezirlo así) se ha de dexar ver en publico, ha de adornarse con aquellos primorosos bordados, en que el precio de la materia parece ceder à lo palido del dibujo, y la naturaleza suele quedar como invidiosa del arte. Por esto sobre lo solido de tantas Christianas, y Religiosas virtudes, llamó el Señor à este su Siervo à aquel primor, delicadeza, y apices propios de vna heroyca sanidad, como ya vimos. Agora en la oficina de su inuicta paciencia dió la vltima mano à este trono, no solo para que en él viviese la charidad, y se dexasse à las vezes ver como de passo: sino es para que estuvielle ya de asiento en publico, no solo dexandose admirar mas, sino haziendose mas obedecer aun de aquella profundissima humildad, que solo en esto parecia porfiada, ó de mala gana obediente. Mientras pudo el V.P. andar, aunque no pudo prevenir tal, ó qual llamada de algun improviso incendio, en lo demás se escondia para dexar arder aquel fuego, que tan suavemente lo quemaba. Y si tal vez forçado le dexó algun desahogo, fue con tal, ó tal persona, cuyo secreto lo alentaba à la confianza. Pero ya rendido à la cama, ni le era posible su amado retiro, ni le era ya tolerable la dulce violencia de su amor: con que ni podia contener en su seno el fuego, ni saliendo à fuera, podia esconderse para ocultarlo. De lo mucho, que en su enfermedad vimos, poco nos dió, que agradecerle su humilde recato; porque solo nos dexó, lo que no pudo quitarnos. En lo palido, y consumido del rostro, en lo quebrado, y cardeno de los ojos, en lo apresurado, y violento de la respiracion, y en lo inquieto de coraçon, y pecho, à las vezes parecia agonizar: y ni aun las experiencias aseguraban à los Medicos. Otras vezes se encendia tanto el feusblante, como si arrojàra llamas, se avivaban tanto los ojos, que parecian disparar centellas, y respiraba con tan imperceptible quietud, que parecia morirle de otro modo. De estos languores, desiquios, y raptos, solo en la duracion se diferenciaban otros ya tan frequentes, que ya no se extrañaban. Vnas ve-

*Su preciosa  
muerte.*

zes comiendo, se suspendia, otras hablando, se arrebatava, y otras mirando al lienço de sus dos Amores, Jesus, y Maria, lo dexaba por buenos ratos como estatua la pintura. Varias noches se le oyeron canciones de Hymnos, Psalmos, Salve Regina, y otras, con melodia tan suave, como si anunciaran la cercana muerte de este dulce ciine. Quando estava para hablar con los hombres, apenas se le oia otra cosa, que desprecios de si, sentimientos de parecerse molesto à todos, vehementes deseos de morirle, y ardentissimas ansias de abrazarle intimamente con su Eiposo, vnico centro de su amor. Y como estava tan caldeada su alma, qualquiera de estas chispas la encendia. Era esto tanto, que viniendo vn Siervo de Dios su aficionado à verlo, y advirtiendo, que el V.P. ni estava en si, ni podia bolver, y que al comenzar à hablar se suspendia, que ardia el rostro, que el coraçon saltaba, que se anudaba la lengua, y que se morian los sentidos: despues de admirar tan celestial objecto, y alabar à Dios en sus obras, se levantò, y sin despedirse, salio diciendo: *dexemoilo, que ya no esta para tratar con los hombres, ni aun lo poco, que solia: ya esta ensaiado, y tiene su conversacion en el Cielo.* Siendo ya tan comunes, no debo detenerme mas en casos particulares.

Hasta aqui la estrañeza de ver ya à su humildad rendida à la fuerza de su amor, nos hazia dezir, que ya ardia tanto su charidad, que ni las muchas aguas de su recato, ni los rios de sus disimulos bastaban para encubriria. Pero algunos dias antes de su dichosa muerte nos sentimos obligados à mayores expresiones, diziendonos, *ya esto es cosa perdida, ya se hnyò su vergonzoso empacho, ya no puede reparar en nada.* Y ello era asi; porque no solo se hizo casi continua la accesion de esta dulcissima fiebre, sino que passò à vn crecimiento tan sensible, que sin mas pulso, que el semblante, reconociamos, que este accidente no sentia mas curacion, que la del Cielo: que estas ansias no tenian mas alivio, que su logro: y que este bolcan solo podia apagarse quemandole en otro mas puro, y mas activo. No ignoraba el V.P. que tantas llagas eran como otras tantas puertas, que se iban abriendo, para que se fuesse de la prision su alma. Y cierto para vn alma tan grande no sobraban para su salida tantas puertas juntas, y abiertas. Esta alegre esperança le endulçaba, no los humores para templar el dolor, pues cada dia eran mas acres: sino el dolor mismo hasta desearlo con ansias tan agudo, que acabasse ya de romper, y abrirle las puertas. Pero estos vijetes dias, como sentia ya à su Eiposo, que lo llamaba, mas ca-

ceno à la puerta, sensiblemente se a vivaban sus angias, y se aumentaba el incendio tanto, que temerosos los Medicos de que sin mas calentura, que la del Amor Divino, se avia de escapar su alma huyendo à su deseada soledad de mundo, y compaõia de Cielo, le ordenaron los Santos Sacramentos. Receta, con que no ignoraban, quanto se aumentaria su apatecible dolencia: pero lo deseaban por clara disculpa de su medicina en el V.P. infructuosa:

Si como cambio à VV. RR. estos borrones, pudiera averlos traído acá à que con sus ojos lo vieran, y lo oyeran con sus oydos, no me quedara tan vivo el dolor de conocer, sin poderlo remediar, quanto dista de la verdad esta figura, y quan poco se parece à su original esta ruda estampa. Pero es muy pulida la grandeza del objecto, y muy basto buril mi pluma. Como à las anias de el V.P. por acabar su camino eran tardança las postas, y pereza las alas, oyò con tal gozo la disposiõ de su Viatico, como si huviesse entendido, que con la fortaleza de este alimento avia, no ya de andar, sino volar sobre las plumas de los vientos al monte de Dios. Explicò con repetidos agradecimientos el gusto de la noticia, y, como si pidiera los parabienes, se iba celebrando con los que entraban, con vnos afectos tan de lo intimo del coraçon, que parecia iriële ya saliendo el alma. Poco tuvo, que hazer en prepararse, quien siempre, y tanto lo estuvo. Su confesiõ fue tan ligera, como dolorosa, propria de quien tan tin modo ansiaba por morir se de amor. Como se dexaria aora dirigir, y consolar aquella alma tan humilde, y desconfiada de si, que se explicò con su Director diciendo: *Padre muy bien? R. Reverencia alla se la aya: yo me fio de R. Reverencia?* Entrò finalmente en su aposiento su Sacramentado Señor, y pareció entrar ya cogiendo las frutas de su huerto, segun lo regalaba, tirandole flechas, segun lo heria, y disparandole rayos, segun lo consumia, y lo quemaba. Pero el V.P. para herirle tambien el coraçon à su amado con los dos ojos, los clavò en él tan encendidos, que tambien pareció tirarle flechas, con vn gozo tan reverente, y con vn desatino tan fofegado, como quien gustoso està viendo lo que desea, y desea ver unas, haziendonos tambien ver aquella verdad, amor, que *amat, non potest non videre*, que ni distancias ay, ni distrazos, que basten à esconder al amado, si lo miran los lincés ojos del amor Divino. Con la publicidad de el acto le anudò su humildad la lengua; pero se la desató ya tanto su charidad, que le hizo dezir con

Div. Chrysol.  
Ser. 137.

Y

el

el recato de quien quisiera callar; tal qual desunida palabra, como *esposo, dueño, amor*, en que le embiaba el alma, para que él se vinielle à ser su vida. Aquel venerable rostro, asiento de una reverencia tan profunda, que intentò poner modo al amor, que se sentaba con ella: aquellos ojos tan tiernos, que parecian querer a vivir con sus recatadas lagrimas el ardor de sus mejillas: aquella alegría tan seria, como si quisiera hazer ya gloriosa a la devocion, hizieron, que no faltassen compañeros à los muchos, que dando nuevo apoyo à aquella sententia, *ipsa dulces lacryma sunt, quibus quasi relaxatus evaporas affectus*, sintieron serles dulces aquellas lagrimas, que distilaba de su amargura el amor, con que todos lo venerabamos. Aumentòse nuestra ternura al verle el coraçon en la lengua, con que pidió à todos perdoxa de su mala vida (dezia) de sus muchas faltas, de su mal exemplo, y de aver sido tan molesto à todos: como si su prodigiosa vida no huviesse sido viva reprehension de la tibieza, y un poderoso aliento à la mas delicada observancia: y como si à su amable, gracioso, y obsequioso genio no huviera añadido tanto su virtud. Corrida despues la cortina de su alcoba, Dios sabe lo que alli passò. Y yo passo à dezir lo que desde entonces huvo, mientras V. Reverencia coligen lo que avria en este retiro con su Esposo, segun la idea, que ya tienen de su feliz alma, que alli sin duda con intensísimos aëtos de profunda humildad, de viva fe, de firme esperança, de ardentissima charidad, de insufribles ansias de acabar ya de unirse con su Amado, se despertaria à si misma hasta dormirse en sus brazos.

Lo que nosotros sabemos, porque lo vimos, es, que de este sueño, que se siguiò al Santo Viatico, despertò tan tarde, como si fuese perezoso, y tan dormitando, que pareció no aver buelto bien en si. Desde aqui mas, que hasta aqui, tuvo su conversacion en el Cielo. Tuvimos todos por cierto, y lo aseguraran los fuellos, que oyò de su Amado aquel amoroso combite, ò semejante, *ven del Libano, esposa mia, ven del Libano, ven, y seràs coronada*. Aquellos temores de perderse, y perder à su Señor, con que refinab el Cielo su humildad entre tan soberanos favores, y que sin duda fueron los mas duros instrumentos, con que lo martirizó su amor, trocados ya en aquellas humildes segundidades, que son las ancoras de la esperança, todo era ansias, y mas ansias, sin la ardiente frialdad de los temores, por abrazarse de su Esposo con la mayor intimidad. Hallòlo uno de los Nuestrós

*Dico. Ambr. de  
obis. frat. S. vlt.*

sonversando en el Cielo dentro de sí, como folia, y reparò, que el V.P. poniendo en él los ojos enternecidos con las lagrimas, que le sacaba su alegre confiança, le dixo con tono, à que echò el compàs su humildad, *Padre, todavía cañso en Dios, que me he de salvar*, y con este recebimiento lo saludò. Claro está, que advirriendo la gran santidad del V.P. no es preciso referir, ni oír esto, sin que la ternura de el coraçon llegue à los ojos. No se como dezir à V. Reverencias lo que vimos en estos dias no pocos, y malos, sino muchos, y buenos. Quanto se avivaria su hambre al ver, que ya lo llamaban para sentarse à la mesa. Quanto su sed a oír, que ya le brindaba su Espofo con aquella copa de dulçuras, que como vn torrente de sus deleytes embriaga? Quanto sus amorosas anñas al sentir ya à su Amado con los brazos abiertos para aquel intimo abrazo de el Divino, y eterno desposorio? Quanto sus languores al dolerse ya de la vltima mortal herida de la charidad? En los tiempos, que el desmayo de esta herida se lo permitia, entretenia su hambre de la cena grande con ternísimos coloquios, que la excitaban: divertia su sed de los deleytes de Dios con agudísimas jaculatorias, que la encendian: acallaba sus anñas con vnos intimos suspiros, que las provocaban: y se curaba de su herida con aquellos vnguentos aromaticos, que le la renovaban.

Para esto desceño de la soledad possible hazia, que le echasen la cortina, y encargò à vno de los Padres, que solia acompañarlo mas, que complice, con los q̄ venian, *por que yo no estoy para esto*, (dixo) *y soy vn rustico box ab, que no tengo palabras*. Y era, que ya no sabia hablar mas, que amor. Allí pagò su humildad algo de lo mucho, que nos robò con sus piadolos engaños: porque sus intolerables anñas la engañaban à ella haziendole creer, que no lo oían: y quando no les era possible este santo ardid, usaban de aquel imperio, à que no sabe resistirse la libertad. Oíanse pues en aquel retiro devotísimos coloquios: vnos, que distaba su humildad, como aquel, *tu scis insipientiam meam*, y añadia, *bien sabes tu, Señor mio, que soy vn pobretón, y vn pobre tonto, y vn pobre tonton. Pues enseñame tu, que yo no sé. Madre mia, enseñame tu, que yo no sé*. Otros, à que lo impelian sus anñas de morirle, como aquel, *dissolve, & esse cum Christo multò magis metuis*. Quanto me ferme está el morir, y estar con Christo. Y luego añadia: *aquel grande hombre, Apostol de las Gentes podia dezir, lo que se sigue, que el vivir es necessario para el bien de las almas: pero yo pobre hombre cello miserable, è inutil, de qué serbo, sino de estorvo, y molestia? ¿Qué he de dezir,*

sino que me es mucho mas mejor el morir? Y ya como quien admira aquel espiritu de el Apóstol, ya como quien se saborea con él, reperia haziendo fuerça con la tonada misma, mucho mas mejor, si mucho mas mejor. Con este lenguaje rustico, y barbago, á quien yo ama, como con la mas fina eloquencia del amor Divino se suspendió. Otros, á que lo arrojaba la atrevida reverencia de el amor con mas frecuencia, como aquellos: *Amores míos, Amores amantes, Amores amados, vamos, vamos ya.* Hablaba con sus dos amores Jesús, y Maria. Y solia añadir, *fiat voluntas tua, non mea, non mea, sed tua fiat.* Otras vezes, *Esposo mio, y enterneciendose mas, Esposico mio, Corderico mio, Amado mio, unico centro de mi amor, vida de mi alma, alma de mi vida, alma, y vida de mi vida, y alma, vamos, vamos ya: quando has de ser esto? quando has de acabar de llegar? Abrázame tu, para que ya te abraze.* Interrumpianse estos coloquios con largas suspensiones, en que extatico el V. P. parecia ya vivo, que le muere, y ya muerto, que resucita. En vna de ellas estando en su aposento vn sugeto, padeciò vna vehemente tentacion: y el V. P. con voz extraordinariamente corpulenta, y en tono de quien alienta con el aviso dixo: *Padre:* y asegura el sugeto, que se desvaneciò del todo la suggestion. De quando en quando resonaba alguno de aquellos profundos suspiros, que parecen salir embueltos en pedzcos de coraçon. Dexabanse oír aquellas truncadas clausulas, que no tienen mas sentido, que el mucho, que les dá el no tenerlo, quien las dize, por averse lo quitado aquel afecto *Vero, nõ mera ingurgitans,* que perfectamente embriaga de puro Dios. Sonaban mal pronunciadas, como de quien desmayado se esfuerça á dezirlas, tal qual palabra sola, que diziendo vna cosa, haze oír, y entender, no solo dos, sino es muchas. Recibió la noticia de la Extrema-Vncion con tal alegría, como si quisiera probar la verdad, con que al juzgarlo antes ya oleado dixo, *oleado? o visum hic, & nunc!* Lo gozoso, y placentero de su rostro nos hazia á nosotros alegrarnos de pesadumbre, y reir de dolor. Reparò, que el Padre, que la avia de administrar, traia Sobrepelliz, y Estola no ordinarias, y mirandolo, como quien lo observa, sonriendose dixo, *muy guapo viene el Padre N.* Sirviónos á todos de bien oportuno consuelo el ver en esto la serenidad de aquella alma, antes tan humillada con sus temores, y el gozo, con que esperaba su dicha, ó con que ya començaba á poseerla.

*Div. Bern. de.  
diligende Deo.*

Entre esta hermosa variedad de tiernos coloquios, de amorosas ansias, y de ardentísimos amores, se llegó el Jueves 26.

de Abril. Ya que he cortido tanto por los otros dias de su enfermedad, razon será descansar vn poco en estos dos, Jueves, y Viernes, que precedieron à su dichosa muerte. Començò la madrugada del Jueves con vno de aquellos favores tan singulares, que suelen hazer suspenderse aun à la bien fundada piedad, mas pronta para creer, que amiga de disputar. Aquella mañana no quiso el V. P. comulgar. Para novedad tan estraña, en quien todos los dias, y con tales ansias recibia à su Sacramentado Corderico, alguna vtgentissima razon ayria: y todos, sin quicarnos con otra, la aguardabamos tal, que hiziesse imposible el recebir la Sagrada Comunion. Pero el V. P. no dió mas, que vna muy fria para sus ardientes deseos, muy debil para su solido entendimiento, y muy delatada en sí misma, y en las experiencias. Esta fue la razon, *que avia menester confessar, y que no era tiempo de prepararse.* Que dixeste, avia menester confessar, no lo estrañamos; porque sabiamos todos, quanto tiraba del delicado equilibrio de su conciencia aun la vana sombra de alguna ligera falta. *Pero que no era tiempo de prepararse,* si era para confessar, quien podrá creerlo? pues era esto al salir de el Sol, sin vtgenacia de medicamento alguno, y con las frequentes experiencias, de que varias mañanas (aun aviendo confessado, como solia, de noche) reconciliaba con el mismo Padre, que le ofrecia aora reconciliarlo, y comulgarlo, como otras vezes. Pero el V. P. solo respondia, *no Padre, no, no,* y pidiendo al enfermero agua, con que apagar las discuras, se la bebió. Estas convincentes razones ayudadas de averlo oydo hablar con notable devocion del favor, que Dios avia hecho à algunos Santos, à quienes los Angeles dieron la Sagrada Comunion, hizo, que jugetos de gran juicio no tuviessemos por temerario el creer, que aquella madrugada huviesse logrado el V. P. semejante gracia. Yo confieso de mi, que corejando lo flaco de aquella excusa con lo fuerte de su santo desatino por recebir à su Señor Sacramentado, no dudè, que era pretexto, con que ocultaba algun motivo tan poderoso, que le hiziesse del todo imposible el comulgar. Y aunq̄ tuve por muy verisimil el de este favor, no obstante por assegurarame, me arrojè à entrar en batalla cò su humildad tã seguro, de q̄ esta no cederia, como de que, si dexada la fuerça de razones claras, se acogia à sus ardides, aunque ella cantasse la victoria, cogeriaamos nosotros el fruto. *Vasi fue; porque quedandome solo con el V. P. le dije, à que me diese el motivo de no aver comulgado.* Esto.

nunca lo contestó: y viendo, que la escusa, que avia dado, se desbarataba con evidencia, se explicó algo mas, diziendo: *me propuso el enemigo, que avia murmurado, y aunque yo estaba cierto, que no; pero no me atreví à comulgar.* Como ya entendíamos el language precioso de su humildad, con que diziendo, lo que no importaba, ocultaba, lo que queria, bien colegí de esta mysteriosa claridad (en que ni afirmaba, ni negaba aver comulgado ya) que nuestra credulidad no era ligera. Instéle mas: pues si V. Reverencia estaba cierto, que no avia murmurado, porqué no comulgó? Y aunque huviesse menester comulgar, como lo ha hecho otras muchas mañanas, no estaba al el Padre? A que nunca dió mas salida, que dezir, *no me atreví, no estaba dij puefso.* Claro está, que si avia ya comulgado, no se podia atrever, ni estaba dispuesto para volver à comulgar aquel dia. Yo salí muy confirmado en la comun persuasión, à que dió nuevo apoyo el dezir, que *estaba cierto de no aver murmurado* aquel, que siempre vivió martyr con las dudas de sus escrupulosos temores. Quedó el V. P. tan dado à Dios, que sin ser ya luyo para otras cosas, pidió con su acostumbrada humildad, le achassen la cortina, y dexassen; *por que deseo (dixo) dormir, y no estoy para oír a cosa, ni mi rui cabeza puede atender à nada de esto.* Ya entendíamos el significado de su *dormir*. Para qué he de repetir sus coloquios, sus ternezas, sus vehemētissimas ansias por el unico centro de su alma? Todo este dia se gattó en vigilantes sueños de tan profundo dormir, y en concentrados delirios de la ardentissima fiebre de su charidad. Quando era forçoso hablarle, lo veíamos tan como extratico, que solo daba muestras de oír, quando diziendole, tomasse algun alimento, respondia: *Padre, todo lo de esta vida es una droga, y una pura trampa, Dios me saque de ella.* Y como siguiendole el genio le dixessimos, *tambien V. Reverencia nos va trampeando la comida,* sonriendose dixo; *pues, Padre, en este estado qué he de comer?* Y sola agua muy fria fue este dia su alimento. Otras vezes, diziendole; lo que tanto gustaba, *in domum Domini ibimus,* daba la respuesta de su especialissimo devoto el B. Luis Gonzaga, *lat antes imus, lat antes imus.* Otras vezes se le oia, *ibi, ubi,* aludiendo à aquella Oracion, que dize, *alli esen fixos nuestros corazones, donde estàn los verdaderos gozos.* Llegó la noche, y queriendose quedar algunos para acompañarlo, no lo consintió, diziendo, *no, no es menester: quando sea, yo avisaré.* Por entoncos no hizimos especial reparo en estas palabras, hasta que el suceso mismo nos hizo advertirlas. Y así se quedaron los Hermanos



Enfermeros, que observaron, pasó, como solía, la noche en ternísimos coloquios, interrumpidos con suspensiones con sus dos Amores Jesús, y María.

Amaneció el Viernes 27. en que este bolicán por tantos años rodeado de tantas aguas, y nieves, pero sin apagarle ni vn asqua, si estos dias ardió desembarazado, oy pareció exhalarle todo buscando pasto mas puro en otra esfera: en que este Jardin del Episofo antes tan azorado de Aquilonos; pero sin secar sus raizes, ni aun ajar sus mas delicadas flores, si estos dias sintió los blandos influxos del Austro, que dieron nuevo verdor, y hermosura à sus plantas, oy rotos los capullos de sus flores, corrieron sus aromas en suavidades: en que esta nave por casi toda su navegacion tan combarida de tormentas, como cargada de preciosidades, si estos dias navegaba igualmente veloz, que serena, oy pareció estar ya en el puerto asegurada. Todo es corta explicacion à lo que nuestros ojos vieron. A la hora regular recibió el V. P. la Sagrada Comunión, y dixo: *Padre, la cortinica, la cortinica, que yo he menester dormir, y si me buscaren, al Monte Santo, al Monte Santo.* El suceso nos dió en la noche de este dia la inteligencia de estas palabras, que sin duda fue lo que en Moyses nos significó el Señor, *ascende in montem:: vide terram Canaan:: & morere in monte*, sube al monte, alli verás la tierra de promision, y muere en esse monte. Allí, echada su cortinica, subió mandado, y llevado à lo mas alto de la contemplacion de afectos, de ansias, y de extrasis, que en buena parte se nos fueron mostrando. Si solo con gustar el Espiritu, se hazen inspidos todos los regalos de la carne, à qué sabrian aquellas sus sopas al que començaba ya à llenarie con la hartura hambrienta de mas Dios, que facia de delicias, quando aparece su Gloria? A las instancias, de que tomase algun alimento, respondia: *Padre, sueño, sueño he menester: esto es lo que mejor me mantiene.* Claro está, que à tanto comer regalos de el Cielo, y beber delicias de Dios en tan esplendido combite, era muy correspondiente tanto dormir de aquel sueño, en que se despierta el alma. Conseguí, finalmente, que tomase dos cucharadillas de aquellas sopas, que tambien en este lance por mas insulfas le fueron menos ingratas, que otro alimento. Preguntandole despues, si avia de dormir mucho, respondió con tonada de quien lo supone, *si, Padre, todo quanto pudiere: pues que he de hazer?* Cortada despues su cortina, como para guardarle el sueño, nos quedamos escondidos en el silencio, hasta que las ansias por su

dormir le facassen aquellos coloquios, que eran los mas efec-  
vos halagos de su mysterioso, dulce, y desvelado sueño. Alter-  
nando la humildad con la adoracion, la Fè con la Esperança,  
las confianças con la reverencia, y el violentissimo amor con  
las ternezas, se quedaba ido al Señor, que se lo llevaba. Ya en-  
trada la tarde de este Viernes intentè, que tomasse algun ali-  
mento, y viendo, que ni estava dentro, ni fuera de si, que ni era  
suyo, ni estava enagenado, le preguntè, qué sentia? *No sé, Padre,*  
*(respondió) no sé, que es esto: estoy como calamacano, y como borracho;*  
*esta ruin cabeza esta enuy flaca.* Y que será esto, le dixer: *Que sé yo*  
*(añadió) eran mis pecados: que ha de ser?* Y parandole vn poco,  
como quien quiere, y no pued: contenerse, prorrumpió en gri-  
ros bien estraños à su circunspeccion: *me quemó, me quemó, me*  
*abraço en ansias de aquel unico centro de mi alma.* Y se quedó suspen-  
so. Yo creí, que como esto avia sido en presencia de tantos, se  
lo estava riñendo su humildad, y que el Padre le pedia perdón  
de su artojo, y que ya advertido pensaba el modo de deslum-  
brarnos de tanta luz, como arrojò aquella llamarada. Pero me  
engañè; porque su humildad no estava ya para estas riñas, por  
estar en esta parte muy vencida de la violencia de su charidad.  
Aquella breva suspencion fue como la del fuego, que repertina-  
mente se recoge para arrojar mayores llamas: allí subitamente  
gritó con la misma desusada voz, *Padre, desço infinitamente mo-*  
*rirme.* Este es a quella advertida en sus palabras, que aun quan-  
do en secreto se sentia forçado à llamar infinitas à sus ansias, des-  
pues reparado añadia, *si fueran posibles;* pero aora, aunque en  
publico, no estava ya para reparar, que tambien era imposible  
infinito deseo. Yo si debo advertir, quan bien corresponde à este  
intolerable incendio lo que vna persona bien probada, y apro-  
bada de quien puede, dixo: *Padre, alguna vez, me ha manifestado*  
*Dios al Padre Padrial axia lo interior de su espíritu, y lo he visto à la ma-*  
*nera de un Toro, que braceando en la fogueidad de su proprio alimento;*  
*no puede contenerse en si mismo.* Al explicar estos deseos, se lo llevó  
Dios poco antes de morirle, para que antes de llegar à ella, des-  
cubrièsse la tierra de promission, y se muriese en el monte. En este capto-  
pareció començar el logro de lo que por tanto tiempo fue el  
blanco de sus ansias, *comer, y beber sanço de este amor, que de parto*  
*harto robava.* Vnas expresiones sobre todas las dichas espe-  
ciales se le oyeron tal qual vez; pero aora pudieran parecer  
comunes à vista de el particular conato, con que arrojaba los  
afectos; porque no ya con tonada tierna, como solia, propri-  
de

de quien con ellos se regala: fino esforçando, y endureciendo la voz en tono de quien resentido se queja, y aun parecido à quien rüñe, le oíamos repetir à sus solas con largas interrupciones. Niño infufrible, Niño intolerable, y despues como recogiendo sus amorosas quejas repetia con blandura, Niño amabilísimo, Amor amantísimo, Niño amadísimo, y aqui le le iba cayendo la voz al compàs de las fuerças, que se caian con la intolerable dulçura, è infufrible terneza de Dios Niño, à quien el Venerable Padre llamaba, *Amorcico cazador, que con las flechas hiere, y Amorcico valiente, que con la lança mata.* Tan bien herido lo tenia con sus flechas, que no hiziera falta la lança para acabarlo de matar. Acaso sería esta la ocasion, en que vn alma de pocas palabras, muchas obras, y mucho recato, estando en su retiro *uò sobre nuestro Colegio vnos apacibles resplandores: despues vna hermosa multitud de Angeles: y luego, sin saber como, dentro de el aposento del Padre al Niño Dios, alternando requiebros, finezas, y caricias con el Padre.* Repirióse la vision con la circunstancia de acompañar Maria Santísima à su querida prenda. La vltima palabra, que le oí, con mal pronunciadas letras, como à quien sin faltar la vida, falta el aliento, fue *Ejpofo.* Es muy firme nuestra piadosa persuasion, que la presencia de su Amado con la cercania del intimo abraço, y eterno ofculo encendieron sus ansias hasta consumirse en ellas. Así se quedó en la cumbre del Monte, mirando, aunque todavia sin ver, la tierra de Promission, hasta las doze, y media de esta misma noche, en que en esse Monte se murió de esta manera.

El modo de su dichosa muerte fue vno de los mas admirables successos de su humildad. Esta le hizo sentir tanto el ser molesto (como dezia) quanto ni el V. P. acertaba à explicar, ni nosotros à comprehender. Y este fue vno de los motivos de aquel su repetido deseo de morir *de vn calenturón de aquellos, que en pocas horas despachan.* Aunque su enfermedad fue tan larga, y grave; pero estando casi siempre sin calentura, y con vna especie de vigor en los pulsos, que fue enigma de los Medicos, y sin accidente especial, fuera de los de su amor, y los dolores de las llagas; ni el V. P. lo consentia, ni ello era necessario, que se quedassen de noche Sacerdotes de los Nuestrós. Y aun para que se quedassen vno, ò dos Hermanos, fue preciso ordenarle, que los consintiesse. Entrada pues esta noche lo registraron tres Medicos, y hallando, que vna ligera destemplança reconocida en estos dos dias (y fue la vltima calentura de toda su enfermedad)

P. Janin. in  
eius vita lib. 4.

ya casi no se distinguia, como de nuestro Padre San Ignacio se dize, *sebrile levi adeo, ut ex acria vix discerneretur*: y que, aunque lo tenian tan debil sus accidentes, nada avia de nuevo, antes reconociendo en los pulsos aquel parvo especial vigor, que le era ordinario, ni temieron, ni nos dexaron temer, que muriessse aquella noche, como sucedió à los Nuestrros en la muerte de nuestro Santo Padre, *id tamen cum prater solitum nihil esset, nullam nobis suspicionem faciebat*. Tanto, que aviendo concurrido casi todos los Sacerdotes por si se tocasse à la recomendacion de el alma, se difirió esta devota diligencia: y yo, como entonces el Padre Blanco, *ut securus, nihilque hinc periculi veritus ad somnum concederem*, previne, nos retirásemos todos, menos vn Sacerdote, que era mas frequente en acompañar al V.P. y ayudar à los Enfermeros; pero con repetidos avisos, de que à qualquiera novedad llamasse.

Mientras procuré moderar los deseos de los que no acertaban à dividirle de aquel extatico objeto de la devoció, y amor: y mientras el V. P. respirando intimos suspiros, soplabá las afoquas del Altar, sentrimos de improviso, como que ya en ellas se quemaban los incienso de sus virtudes, vna suavidad de olor tan estraña, que recreando à tantos, ninguno la conocia. Causó mayor novedad la observacion, de que mientras mas cerca del V. P. era la suavidad mas intensa: llegó à la admiracion con la experiencia del no buen olor, que avia antes en la alcova, y aun en el aposento, como era necesario con vn enfermo tan llagado, y sin poder moverse, ni ser movido de vn sitio en tantos meses. El olor tan grato, como desconocido, de vnguentos de otra materia nos hizo à todos correr tras si. Yo debo assegurar, que me acerqué muy de proposito, como para hablarle en secreto, y que despues de vn buen rato de experiencia, quedé sin dda, de que aquel repentino, y nuevo olor salia de el V. P. No obstante, el amor de la verdad siempre escrupuloso en las pruebas, y mas quando las tiene sobradas para su intento, hizo, que alguno buscasse causa natural al olor en cierto medicamento. Pero no siempre el que busca, halla: y así nos pareció à los demás, que no avia parecido la causa natural buscada; porque el especial olor, que duró como media hora, de repente se finió, y de repente se acabó: y el medicamento se estuvo allí antes, y despues, sin hazerse perceber: y la especie de su olor no era comparable con la incognita suavidad de aquella forastera fragancia. Razones, à que no hiziera falta el apoyo, que algo despues daré.

Mien-

Viendo al V. P. extático, y su alma tan metida en sí misma, que no parecia sino en aquellas cortadas cláusulas de quien hablando con otro le responde, y le pregunta, para dexarlo (como las demás noches) regalárselo mas à solas, y de espacicio con su Amado, idos ya los demás, se recoitò sobre vn colchoncillo el Padre ya fatigado del sueño; pero no le fue posible dormir. Ojá, sin entenderla, aquella conversacion, que como tan parecida à la que ordinariamente tenia el V. P. en el Cielo, no le causò novedad, aunque tenia la prodigiosa, que vn Siervo de Dios de especial virtud declarò à su Sabio director (que assegura, ser muy debido el credito à este dicho) con estas palabras: *estando en mi recogimiento la noche antes, que muriera el Padre Manuel (que segun los efectos en el V. P. seria à estas mismas horas de diez à doze de la noche del Viernes) me pareció, como que sin dexar mi sitio estaba en una casa de muchos quartos y me hallé en uno, que entendí, era del Padre, y me dixo mi Santo Angel: miralo. Hizo lo así, y lo ví en su cama tan lleno de alegría. Y ví, que de algunos sitios de su cuerpo salian muchas luzes, y conocí, eran las lágrimas, y que en cada una avia una piedra preciosa de santo resplandor, que arrojaba mas luz, que la del Sol. Vi mas, porque vi, que estaba à la sinicestra de la cama el Señor San Ignacio de Loyola, y à la diestra vi à la Reyna de los Angeles Maria Santissima, acompañada de innumerables Angeles, animando al Padre, y diciendo: ya se ha llegado el tiempo, en que digan los Angeles contigo, Manuel, dichos trabajos, bien empleadas mortificaciones, felices negaciones à sentidos, y potencias. Sacome de allí el Santo Angel, como à la calle, y vi como un exercito de espiritus malignos, y precedí estas vezes: no podemos, que lo defiende la sin culpa. Halléme otra vez en el quarto, donde hallé à la Señora de todo guardando à su amado. Recobíeme à mis sentidos, y halléme en mi proprio sitio. Hasta aquí este dicho. Esta Señora, que ama à los que la aman, como no avia de mirar como à su Amado à este Siervo, è hijo suyo, que tanto la sirvió, y amó? y pues lo començò à matar con la laboriosa herida, que le diò en el Sermon de la Assumpcion, que ya dixé; por qué no avia de hallárselo aora à cumplirle aquellos deseos, que le hazian entonces dezir, Señora, ya que començaste, por qué no acabaste? Y N. P. S. Ignacio, por qué no avia de hallárselo à recoger su espiritu en la muerte de este su hijo, que vivió con él? Quien tenia esta compania, poco necesitaba de la nuestra: antes su falta lo dexò gozar con mas sosiego esta dicha. Si el fuego de su violenta charidad ardiò tanto, aun quando estaba mas distante de su esphera, que volcanes despediria*

à ora avivado con la presencia de Maria Santissima, y de el que todo es fuego de Amor Divino? Aplauden los Mysticos, y Medicos la comun persuasion, que cumplió su Amado al V. P. aquellas entrañables ansias de *morir quemado de su amor*; y que le dió de *comer, y beber tanto de él, que de puro barro reverendó*; con que se hizo visible en el V. P. la verdad del que dixo, que el Amor Divino, *nisi ad desiderata pervaserit, necat amantem*, si no logra sus deseos, mata al amante.

Div. Chrysol.  
Serm. 147.

A las doze pues de la noche se acercó el Padre, que se quedó allí, à la cama de el V. P. sin mas cuydado, que el divertirse; pues no le era posible dormir. Dixole lo que solia, *es, Padre, in Domum Domini ibimus*, y advirtiéndole, no le daba su ordinaria respuesta, *letantes inus*, y que los extraordinarios saltos del cejaçon indicaban, que ya se ahogaba felizmente anegado en el gozo de su Señor: y creyendo, que, si se detenía à llamarnos, llegaríamos tarde todos; porque el V. P. muy de priesa abria la puerta al Esposo, que llamaba, y à quien aguardaba alegre con infinitas ansias de abrazarlo; le dixo la Recomendacion del alma, y despues diziendo, *en sus manos, Señor, encomiando mi Espiritu*, cerró los ojos, inclinó la cabeça, y sin mas movimiento, que bolverlos à abrir, y cerrar blandamente, entregó su dicha alma à su Amado Esposo por las manos purísimas de su querida Madre, y Señora, por las cuales se avian derramado en su Espiritu tan heroicas virtudes, y soberanos favores, que segun confiamos en la Divina misericordia, nos confirman en la verdad de varias visiones de almas justas, abonadas de testigos fieles por sujetos, que saben bien examinarlos. Y ninguna de ellas padece la que acaso pudiera parecer excepcion, de ser gobernada por los Nuestrós: como ni la de averse comunicado, pues concetan lo mismo muchas sin saber unas de otras.

Vna Sierva del Señor, aunque se avia recogido à dormir como otras noches, esta no pudo; porque oia con frecuencia una voz clara, que le dezia, *vela, y ora, que no es tiempo de dormir*. En esta forçada vigilia estuvo hasta las doze y media (hora, en que murió el V. P.) y entonces oyó sensiblemente la voz clara propria, y natural (que la conocia muy bié) del V. P. q̄ le dixo; *à Dios, al mado*, que N. S. P. al punto de su muerte en Roma, se despidió en Bononia de la Sierva de Dios Margarita Gilia. A la misma hora se manifestó à otro sujeto, que lo vió, con semblante tan gozoso, y con alegría tan de otra epheta, que no podia por alma (dize) *aguantar aquel irrepresentable gozo, que mostraba*. Y se

*como sea, que, sin hablar, parece, que el mismo semblante me dexa  
 aquello de Santa Ines: ecce, quod concupiui, iam video, quod desideravi,  
 iam tenes, &c. asi empezó á elevarse al Empirco con tanto acompaña-  
 miento de Cortesanos Celestiales, &c. Y por que no avia de ser tan  
 pronto en cumplirle sus ansias, el que fue tan largo en encen-  
 derto con ellas? Como à la misma hora vió otro al V. P. que con  
 sumo resplandor, y alegría caminaba al Cielo, llevando consigo para  
 mayor gloria de su triumpho muchas almas del Purgatorio. Este acom-  
 pañamiento de almas sacadas de el Purgatorio se mostrò à tres  
 personas distintas, y distantes. Este es aquel ran puro, y fino-  
 amante de Dios, que por verse libre de los riesgos de ofenderlo,  
 y por asegurarse en amarlo escogia los insofribles tormentos de el  
 Purgatorio hasta el fin de el mundo: y aora desde su camilla sube  
 glorioso al Cielo, y se lleva para celebrar su entrada muchas  
 almas, que acaso serian no pocas de las muchas, que le ganò à  
 Dios. Otra alma vió toda la Corte Celestial llena de una gozossima  
 aclamacion, cordialissimos placemes, congratulaciones, y parabienes de  
 inefable gozo, y alegría por la entrada del alma del Padre Padial: aña-  
 de, que lo adornaban de joyas, y lucidissimas vestiduras nup-  
 ciales, que le ponian quatro vestidas distintos, que sin impedir-  
 se lucian todos, correspondientes à los quatro empleos de Reli-  
 gioso, de Sacerdote, de Predicador, y de Confessor: y que an-  
 daban como mas interesados, y como Agentes de la Fiesta su  
 Bendito Patriarca, y Santos de su Sagrada Religion. Debidos  
 eran tan ricos vestidos al que con ran pobres, y remendados tra-  
 pos cubria sus carnes. Dos de estos sujetos vieron, que le po-  
 nian varias coronas: y vno advirtiò, que lo combidaban à su  
 gremio algunas almas de vn especial choro, que no distinguiò,  
 qual era. Acaso, porque sus muchas virtudes, cada vna ran he-  
 royca, lo hizieron pertenecer à muchos. Quatro personas, sin  
 saber vna de otra, lo vieron colgado entre los Seraphines. Ni  
 debe estrañarse, que su seraphico amor volasse hasta el choro  
 mas alto. Y para que la Gloria de el que vivió para tantos no  
 fuesse toda para el solo, se lo mostrò el Señor à otra alma como  
 vn luminoso Astro, cuyos benignos influxos caian sobre Gra-  
 nada. Haze à esto correspondencia no mala, lo que con los  
 ojos del cuerpo vieron despues de su muerte varios Religiosos,  
 y otros, que alli concurrieron, y fue vn Lucero de estraña gran-  
 deza, y claridad; que apareció sobre nuestro Colegio, y avien-  
 do visto como medía hora, repentinamente desapareció. El  
 día 29. inmediato al de la muerte del V. P. en la Fiesta, que el*

San-

Santo Tribunal haze à San Pedro Martyr en la Iglesia de las Madres Capuchinas, viò vna devota alma muy glorioso al V. P. acompañado del Santo, y de otro Jesuita mozo como de 20. años (iesia su aficionado el Beato Luis Gonçaga) tan gloriosos, que quisiera entonces (dize) averme muerto; porque lo mas hermojo de este mundo me embestia despues. Dia de la Santa Cruz tuvo vn sugeto vna viõn, que explica assi: Fue el Señor ser vido de „  
 „ recogerme como de improviso, y aclararme los ojos del alma  
 „ con tanta luz, que, sin saber como, me hallé mirando la solem-  
 „ nidad, con q̄ se celebraba aquella Fiesta en el Cielo. Diré algo  
 „ de lo que vi. Era el Santo Padre Padial como el celebrante de  
 „ la Fiesta, y le avia puesto para la funcion vna capa preciosíssi-  
 „ ma, no puedo yo dezir los matizes, y resplandores, y pedreria,  
 „ y transparencias de aquella capa, ni la alegría, que causaba, ni  
 „ que tela era: despues de otros adornos, y insignias, le pusieron  
 „ en las manos vna cruz sumamente hermosa toda de filigranas  
 „ de oro muy resplandeciente, y piedras preciosísimas mas  
 „ brillantes, que las estrellas. Toda la cruz era de plata, oro,  
 „ diamantes, esmeraldas, rubies: y no era esto, sino muchíssi-  
 „ mo mas que esto, ni yo puedo explicar lo que la cruz des-  
 „ pedia de sí, y el gozo, que causaba el mirarla. En todo  
 „ esto se mostraba Maria Santísima muy solícita, y muy apa-  
 „ cible, y muy complacida hazia el Bendito Padre, y como  
 „ que la funcion corría de su cuenta: y ello me parece, que era  
 „ así; porque, no sé como, entendí ciertamente, que aquella  
 „ cruz correspondia à la que el Santo Padre avia tenido vi-  
 „ viendo, y que las filigranas, labores, y piedras preciosas eran  
 „ sus virtudes, su amor, su charidad, sus aflicciones, dolores,  
 „ penas, y trabajos. Y porque el Padre se avia resignado en  
 „ manos de Maria Santísima con ternísimo afecto de su cora-  
 „ çon humilde, al passar por tan buenas manos avia cobrado  
 „ todo mas subido precio, y realçe. Y como los dos tenían par-  
 „ te en la hermosura de la cruz, era como premio del Padre, y  
 „ gloria de la Reyna de los Angeles. No puede negarse, que  
 „ esta brillante cruz corresponde con admirable proporcion à  
 „ aquella negra, que viò el V. P. en las manos de la Santísima  
 „ Virgen, con que le fueron significadas sus aflicciones, sus dolo-  
 „ res, y trabajos.

Aunque es verdad, que las personas, que así deponen,  
 tienen el autorizado abono, que ya dixé, y que de casi todas se  
 explica vn gran Maestro de Espiritu muy sabio, è igualmente  
 pia-



piadoso, diciendo, que las conoce ya algunos años por sujetos de sólida virtud, aplicación á su aprovechamiento, y mucha verdad: no obstante dexando las en el grado de prudente credibilidad, que no dexando de ser humana, no llega á ser infalible, debo yo dezir aqui, lo que en bien parecida ocasion dixo el V.P. en el pulpito de esta Santa Iglesia Cathedral, *habemus firmiorem propheticum Sermonem*, tenemos otras mas firmes profecias, y visiones de la gloria del V.P. y que pueden dar á estas nueva firmeza, quales son sus heroicas virtudes, que por comun, constante, è indubitado consentimiento le adquirieron entre todas el renombre de Santo. Sobre tan firmes fundamentos bien pueden sin mucho riesgo de ruina elevarse estas visiones para fabricar un Templo de varia labor á la fama del V.P.

Con la noticia de su anticipado tránsito concurrimos á su aposento: y cierto no eran necesarios los vestigios de su gloria, que se nos representaban en su cuerpo inmutado con una nueva hermosa magestad alegre; porque nos sobrava mucho del tierno respeto, y seruo amor, con que lo venerabamos, por aquellas gratas expresiones de religiosos afectos, que en sus pies, y manos dexaron nuestros labios impresas. Era gustoso espectáculo vernos mirar unos á otros, y todos á aquel hermoso cadaver, con la suspension de lengua, que teniamos en el animo; porque, aunque sentiamos pena, y gozo, ni la pena nos entristecia, ni el gozo nos alegraba. Ello era un sentimiento sin dolor, y un gusto sin placer. Asomabanse por su gusto las lagrimas á nuestros ojos; porque tambien queria ver el coraçon á aquella su amada prenda; pero sin duda eran aquellas, á que llamó San Ambrosio, *Religionis lacrymas, non doloris*, lagrimas de religiosa piedad, no de dolor; porque á este le quitó las fuerzas la confianza, de que ya gozaba de Dios. Esta se infundió en el alma de cada uno, que en vez de ofrecer por él sacrificios, cada qual se sentia como obligado á pedir á Dios por sus meritos. No extrañen V. Reverencias esta nuestra piedad privada; porque tantos años de su apetecible, y rico comercio nos hizieron tantear bien los fondos de sus caudales: quanto la razon puramente humana puede, otro tanto nos convenció á su insigne santidad, y quanto la luz natural alcanza, otro tanto nos hizo ver á la Divina Bondad muy de asisento, y muy liberal en su dichosa alma. Luego que sin victoria, pero con orden, se retiraron estos contrarios afectos, se siguió el de admiracion semejante á aquella, *mirati sumus Deum Deum Humilitatem*

De elis. Frat.  
S. ultim.

*sanctam, qui certus de proximo discessu, &c.* que sintieron los Nuestrros en el feliz transito de N. S. P. Ignacio : Nosotros tambien renovamos nuestra admiracion de la santa humildad de N. V. Anciano, que sabiendo la hora de su muerte, ni quiso llamarnos para consolarnos con sus consejos, ni para darnos el gusto de asistirle. Ciertas medias clausulas obscuras, que mirabamos como claros anuncios en su recatadissima humildad, nos tenian persuadidos, que el V. P. como lo incurable de su enfermedad, asi tambien supo la hora cierta de su muerte: y aora la oportuna conferencia de varias cosas nos assegurò mas. Algunos dias antes avia dicho à vn Sacerdote de los Nuestrros con mas viveza, lo que otras vezes se le avia oydo: *ya que yo por instante, y mas ponderar soy molesto, y pesado, no quiero serlo de estudio: antes lo pondre en no serlo, ni aun al morir. Solo el P. N. avrà de tener paciencia conmigo.* Este Padre (que es el que esta noche se quedó con el V. P.) le avia pedido varias vezes, le dexasse antes de morir algunos documentos para su consuelo, y siempre le respondia, *yo, Padre, que he de dezir, que siempre en virtud, y letras he sido un aguacabirle? que entiendo yo de esto?* Pero la tarde vltima de su vida, que fue la del Viernes, lo llamó, diòle algunos avisos, y despues le dixo: *esta noche no se vaya V. Reverencia, aqui se puede quedar.* Con esto se persuadiò tanto à que el V. P. se moria aquella noche, que viendolo luego diverrido con sus dos Amores Jesus, y Maria, recogió los papeles, y trafillos de el V. P. y los llevó à mi aposento. Sin embargo de todo esto, como hizo estudio de no ser molesto, ni aun al morir, quiso el Señor, que ninguno, ni aun el mismo Padre, que se quedó alli, advirtiesse en nada de esto, sino solo en que no avia indicios de su cercana muerte: la qual no obstante sucedió en la forma dicha à la primera media hora del Sábado 28. de Abril de 1725. à los 64. años, y 24. dias de su edad, 44. menos siete dias de su entrada en la Compañia, y à los 30. y casi 8. metes de su Profesion de quatro votos.

La estatura de su cuerpo, ni fue pequeña, ni grande, sin desproporcion alguna, que lo afeasse: no tenia el molesto estorvo de grueso, ni en su estado natural lo desfiguraba lo delgado: si bien sus extremos rigores lo ruyieron la mayor parte de su vida bien consumido: y en el vltimo tercio de ella fue tanto, que se dezia del Padre Padiñal lo que del Padre Luis de la Puente, que era Angel no en carne, porque parecia no tenerla, sino en huesos; porque à ellos parecia pegada inmediatamente

roja piel. Su cabeza proporcionada al cuerpo, y el pelo hacia la frente levantado: en estos últimos años se dexaron ver no pocas, pero si desvnidas las canas, como que para hazerlo venerable no era menester su fuerza. Su rostro fue vn fiel indice, en que estaba manifesto el semblante de su animo. Tenia en él vna nativa magestad, à que no estorbaba la alegría para cobrar de todos el respeto. En su natural disposicion sobe elian los indicios alegre, à que inclinaba su genio; pero los terribles desamparos de su espíritu le inmutaban tambien el semblante. Sobresalian tambien los de blandura, y amor, que sin duda predominaban en su animo; pero las austeridades, y retiròs de su espíritu lo hazian parecer severo. En vna palabra su rostro todò fue vn descubierto balcón, à donde se asomaba, como visible, toda su alma en el traje de aquel ascto, de que se vestia. Su color inclinaba à moreno: su frente ancha, y hazia las sienes se entraba tanto à la cabeza, como si buscara mas sitio à su grande entendimiento. Sus ojos notablemente vivos; pero con modestia; y alegres con seriedad: su nariz hacia las cejas algo corva: proporcionada la boca, y poco pelo en la barba. Varios devotos hizieron, que lo copiasen en vida; pero todas las copias distaron mucho de el vivo original; porque el V.P. como si lo supiesse, así huia, ò cortaba las buicadas ocasiones de pintarlo. Despues de muerto se han hecho algunas para representarlo vivo; pero estaba en los pintores muy auerza su imagen. Vna sobrina del V.P. diestra en el arte, y que de espacio, y con este animo lo observò en vida, ha sacado agora la copia, que todos tenemos por bastante mente propria, y sin duda es la mas parecida.

## 5. XVI.

**M**ientras dura la contienda entre la común piedad, que nos pedia su càdaver para el publico consuelo, y nuestro debido recato por mantenerlo en el regular retiro, dirè (como por prologo al de su muerte) algo del aprecio, que se hizo del V.P. en vida; pues fue este tal, que solo pudieron excederle las casi increíbles demonstraciones, con que en su muerte le honraron todos los Ordenes, y Gremios. Seguramente podemos dezir del V.P. lo que de si el Santo Job: *videbant me invoces, & abscondabantur, & senes affurgentes stabant*: aquellos, à quienes recordia su conciencia, se escondian al verlo; *reverentia pietatis, & sancti timoris*, mostrando en esto la reverencia à su santidad,

*Aprecio, que se hizo de el V.P. vivo.*

*Apud Pineda in Job 29. 8.*

dad, y el santo temor, que los ocupaba, ò de que sola su vista reprehendia sus desordenes, ò de que les veia sus conciencias. Y aquellos, à quienes el juicio, y costumbres conciliaban la auctoridad de ancianos, lo veneraban en publico, y en secreto con tales muestras de reverencia, que parecia cierta especie de piadosa adoracion.

No es licito repetir las consultas de particulares, assi payfanos, como forasteros, Religiosos, Seculares, doctos, è indoctos, à quienes todos era deador, y à que parecia no bastar vn hombre grande, aun sin atender à otra cosa: ni los que solicitaban su ordinaria direccion en el confessorio: ni los que se contentaban, por no ser posible mas, con solo hablarle, ò si quiera verlo: ni los muchos, que à solo esto vinieron de muchas leguas, como vn Dignidad de vna Cathedral de Andaluzia, que solo por verlo, oirlo, y hazer con su direccion vnos exercicios, hizo viage à Granada: ni los enfermos, que deseaban hazer con el su vitima confession, y lograr su asistancia al morir. Tanta era la persuasion de todos, à que en sus respuestas estava la verdad, en sus instrucciones la doctrina, en sus confesijos la eficacia, y en su asistancia vn poderoso medio de la beneficencia especial de Dios para el logro de su salvacion. Fue este vn consentimiento tan vniversal, que para no mostrar tanto aprecio, ò poner en duda alguna respuesta, ò distamen, era comun frasse dezir, *à bien, que, quien lo dixo, na es ningun Padre Fardal*. Todos deseaban, como reliquia, alguna cosa suya. Los Barberos, para que el pelo de su cabeça no perciesse, lo guardaban, y reparan aora como cosa sagrada. Iba por las calles avergonçado, y como huyendo, porque de todas classes, y espheras se arrodillaban à besarle la mano, y no raras vezes los pies, ò si quiera la ropa. Quando no les era posible mas, le hazian reverencia tan profunda, como pudieran à vn Santo canonizado. Solian salir à sus puertas los oficiales avisandose, *que passa el Santo: por aqui va el Santo*, solo por eitarlo mirando hasta perderlo de vista, y para lo mismo se paraban los que siguiendo encontrado viage dezian con los ojos, que es Dios admirable en sus Santos, y con la lengua,  *bendito sea el Señor, que se erid: dicha cosa Granada, que se viene!* con otras bien especiales expresiones del altissimo concepto de su santidad.

Aunque la voz del Pueblo sea la de Dios, quiso el Señor dezirnos tambien, à lo que parece, la santidad de su Siervo por el concepto, y lengua de aquellos, que saben por sí juzgar de

las cosas, distinguiendo entre los no bien pesados motivos, que suelen tirar de la multitud. Los mas authorizados sujetos, y mas habiles para formar dictamen, fueron los que dieron mas prendas de su mayor aprecio. N. Señor el Santísimo Padre Clemente XI. preguntó en Roma, *dónde, y como estaba el Padre Padial?* y mandó su Santidad, le dixessen, *encomendase a Dios su Santidad, y los negocios de la Iglesia.* Bien cumplido tenía su claridad la fama; pues resonó tanto en Roma, y ionó tambien à aquellos oydos, que sabian distinguir sus acordes voces de los censales ruidos. El Eminentísimo Señor Cardenal Belluga, que para apacentar ovejas, y mandar tropas al mismo tiempo, supo tener bien firmes en vna misma mano el baculo, y el baston, el cañon, y la pluma, sin embarazarle para las victorias su retiro, agradece como especial favor del Cielo, a ser tido Condiscipulo de el V.P. con quien mantuvo su Eminencia vna amistosa correspondencia por cartas, en que lo consultaba sobre los graves negocios de los altos empleos, à que lo elevó su merito. Mucho veneraba à Dios en el Padre Padial este excelentísimo Prelado, que aplaudido por tan gran Maestro no dudó hazerse su Discipulo. Alegura su Eminencia, que la direccion de el V.P. lo confortó para cargarse con el summo honor de la Sagrada Purpura. Y aviendo llegado à sus manos, no sé que alhajuelas del V.P. las agradeció su Eminencia, apreciandolas como quien veia en ellas el rico espiritu de la pobreza. Desde Roma, con la esperanza de su proteccion, nos alienta à lo exacto, y pronto de los Procellos, para que quando à la Divina Bondad pluguiere, solemnize por su Vicario la santidad, de que no duda la privada, y particular devocion de su Eminencia. Con testimonio tan sobre toda excepcion, no debo ya aumentar el numero, que fuera demasiado, con los muchos, à quienes informò de la santidad del V.P. la fama, pagandolos con esto, como grata deudora, el merecido honor, que à ella le hizieron, distinguiendo bien su eloquente lengua de los ruidos vanos. Temiera ser muy prolixo, aunque me ciñera à solo referir los muchos, que le escribían, no solo por ver el espiritu de sus letras, sino por tener letras de su espiritu; porque respetandolo como Santo, guardaban como reliquias las letras, que ora veneran con mas gozo, y ternura.

Pero no debo de todo omitir el dictamen de los que con su familiar trato hallaron en las experiencias aquellas seguridades, que suelen delectar el discurso, y que no sobran à la fama.

Ajuste el referido Prelado, cuya nombre no es posible oír sin amorosa ternura, y piadosa reverencia, el Illustriſiſimo Señor Don Martin de A. cargorta ſolia decir, *yo no sé explicar lo que acá concibo de mi Santo Padre Padial*, y yo liſamente alſeyero, que no sé decir lo que todos concebimos de el aprecio, que eſte hombre grande hizo de el V. P. Conociendo ſu Illuſtriſiſima, que ſi lo trataba con el Padre, venera ſu humildad, mandò à ſu Secretario, le hazeſe el título de Examinador Synodal: nunca le ſirvió, porque entendiendolo, ſe fue à ſu Illuſtriſiſima, y le habló en aquel humilde idioma, à que era neceſſario rendirle, y dexarlo. El nombre, con que ſu Illuſtriſiſima lo apellidaba, regularmente era *mi Santo Padre Padial*. Lenguaje, que aprendió ſin dificultad ſu familia, y ſi alguno al avilar, como tal vez ſucedió, decía, *Señor, aquí eſta el Padre Padial*, lo reprehendia ſu Illuſtriſiſima, diciendole, *el Santo Padre Padial ſe dice*. Todos reſiſen orden de avilar ſiempre ſin atender ni à tiempos, ni ocupaciones, ni à viſitas. Sus idas eran tan frequentes, quanto eſtrechos los mandatos de ſu Illuſtriſiſima al Padre, para que las repitiſſe ſin contar aquellas, à que tan continuamente era llamado de quien, apenas tendria negocio de alguna ſubſtancia, en que no interviniſſe la conſulta, y diſtamen del V. P. que era como ley para ſu Illuſtriſiſima. Quando ſe excuſaba, ó de darlo, ó de executar alguna importante comiſion, con los pretextos, que ſolia, de que era *un idiota, un jumento, &c.* replicaba ſu Illuſtriſiſima, *para aſi idiota, y jumento lo ha de hazer V. P.* Tal vez quezandose ſu Illuſtriſiſima, de que ſe avia tardado en ir, ſe excuſaba el Padre, con que lo hazia por no ſer tan moleſto. Y volviendo ſe ſu Illuſtriſiſima al compañero, dixo: *que no quiera creer eſte Santo Padre, que haſta los ladrillos de mi caſa ſe alegran, quando los piſa*. Supo ſu Illuſtriſiſima, que vn lacayo ſuyo avia dado al V. P. flores, y dixo: *mi mayor guſto es, que haſta mis lacayos amen, y veneren à mi Santo Padre Padial*. Otras vezes, ſin poder mas, exclamaba deſpues de averle ido el Padre, *dichos los ladrillos, que han merecido ſer piſados por eſte Santo*.

Dicho todo de vna vez. Aunque los ſigetos capaces de contener ſu enaracion ſolían en ſe preſencia, por no abigirlo, no dexaria ſiſte ſola, ſino bien acompañada del recato: pero la multitud quando reconoció moderacion en la piedad: Por librarle pues de tan oſoſos, quanto irremediabiles aplauſos, como ſi el cuerpo herido del Sol pudieſſe huir de ſu ſombra, ſolichò con véras iſte à Trigueros, ſatociendola, que la corrección.

y sencillez del Pueblo le ayudarian à vivir desconocido entre  
 las ya acì conocidos disfraces de humildad. Y si esto no, si-  
 guiera el irle à nuestro Noviciado de Sevilla, como si fuera facil  
 hallar rincòn bastante à esconder vna hacha con tanta grande, y  
 ya tan encendida. Conseguiò finalmente de N. M. R. P. General  
 licencia para el Noviciado. La piedad Sevillana, que no sabe  
 dexarse exceder de otra, discurrendo por las noticias el dia, en  
 que podria llegar el V. P. le prevenia vn recebimiento tal, que  
 podiamos esperar, se nos bolviese espantado de mas obsequiosas,  
 y mas inevitables veneraciones. No llegó el caso, porque ape-  
 nas lo supo Granada, quando los clamores de todos, que sob-  
 rando para el desconuelo comun, no bastaban para el reme-  
 dio, lo hallaron pronto en muchas personas de el primer ca-  
 racter, que arrojandose al Padre Rector, instaron por la deren-  
 cion del V. P. Hizieron especial fuerza los Señores Inquisido-  
 res, que con ternura lo amaban, como à justo lo veneraban, y  
 lo consultaban como à Doctor, en quien creian hallar el acierto  
 para sus arduos negocios. Pero sobre todos el Ilustrissimo Se-  
 ñor Ascargorta mandò al instante al Padre Rector, se suspendie-  
 diese el viage hasta nuevo orden, que nunca llegó, por averido  
 explicado su Ilustrissima, *que no debió darle la Compania esse que-  
 branto en los ultimos años de su vida, quando mas necesitaba de su Santo  
 Padre, no solo para los graves cuidados de su Dignidad, sino para el par-  
 ticular consuelo de su persona, y para el de tenerlo à su cabeçera al morir.*  
 No necesitaba de tan urgentes motivos vn Principe, à quien  
 para cobrar nuestra debida obediencia bastaba el caracter de  
 Prelado, y para cobrarla agradecida sobraba mucho en los es-  
 peciales favores, con que honrà *à su amada Compania*, que así la  
 llamaba. Fue este vno de los lançes, en que mas necesitò el  
 V. P. de toda su obediencia para assegurar à su humildad, aun-  
 que no pudo del todo acallarla, porque solia dezir con gracia  
 para nosotros, y con dolor para si; *la culpa tuve yo en despedirme:  
 la he perdido de pura coraciana.* Y su Ilustrissima lleno de gozo le  
 solia dezir: *con que se nos queria huir V. P. ? Pues agora en mi ma-  
 yor vejez me avia de dexar?* Y como el V. P. luego se acogia à sus  
 excusas, q̄ avia hecho mucho gasto en este Colegio sin servir de  
 nada: y que pues la Provincia avia de tener esta inutil carga,  
 seria razon repartirla entre otros Colegios. Replicòle su Ilus-  
 trissima, *que pagaria sus alimentos*; pero, como no podia recibir  
 pag; este Colegio de quien era el recedor à todo el, daba su Ilus-  
 trissima la limosna, para que el V. P. por su mano la repartiese.

a pobres. Desde que se reconoció lo grave de la enfermedad viciosa de su Ilustrísima, gustò tener consigo à su Santo Padre Padial; y mostrando, como que lo sobrecabraba el verlo con manteo, que le parecia traje de quien està de passio, mandò su Ilustrísima, le llevasen, y se pudiesse, como tambien su compañero, la sobretropa, y entonces dixo: *ora, Padre, ora effumet hinc*. Allí se mantuvo con indecible gozo de tan exemplar Prelado, hasta que entre devocissimos coloquios entregò su grande, y bendita alma en manos de el Señor, que para tanta gloria suya, y bien de este Arçobispado la criò. Todavía me queda una expresion tan ponderosa, que aun sobre todo lo dicho puede aumentar. Antes de morir su Ilustrísima, en prendas de quanto amaba à su rebaño, y quanto deseaba el mas puro, y mas abundante passio à sus ovejias, dixo: *ya muerdo con el consuelo de aver conseguido dos grandes bienes, que avia mucho deseado para mi Ciudad de Granada: van el Fábulo de las 40. horas (en que todo el año repartido en dias por correspondientes Iglesias està el Señor manibifito) y otro, que tengo en sí à mi Santo Padre Padial. Quien así habló, qué juzgaba del V. Padre?*

Bastar debieran tan privilegiados testimonios de un Principe, cuya fama se riyera de mí, si quisiese yo dezir lo juizioso de sus dictámenes, lo zeloso de sus emprellas, y lo santo de su exemplar vida. No obstante, aunque me exponga à las piadosas quejas de muchos, no me atrevo à las de todos. Aun aquellos personajes, à quienes su especial Dignidad libra de la vrbana denda de las viuitas, las hazian al V. P. por el consuelo de consultarlo, ó de oirlo: tal vez repitiò alguno de estos Señores sus venidas à nuestro Colegio, por no irse de Granada sin aquella vltima prenda de su amor, y de su aprecio: y estando el V. P. nulo, se entraban hasta su alcova, sentandose en una sillera para estar mas cercanos al que veneraban por tan especial amigo de Dios. Del Ilustrísimo Señor Don Rodrigo Marin y Rubio, Obispo de: Jaen, ya dixè algo. El Ilustrísimo Señor Don Thomas Joseph de Montes, Obispo de Cartagena, no acertaba à nombrarlo sin dezir, *mi amadissimo, y veneradissimo V. P. Padial*: para solos los sucesos bien raros, que aumentaron à este Ilustrísimo Prelado su aprecio, fueran menester muchas hojas. La V. Sierva de Dios Madre Sor Francisca de la Concepcion, por tantos años Abadesa en este Jardin de Dios, el Observantissimo Convento de Madres Capuchinas, que vivió, y murió con comun opinion de Santa, quien como tal fue honrada en su exequias:



quias, en que el V.P. predicó con singular aprecio de esta me-  
 ger tierra: siempre que lo oia predicar, ó hablar, quedaba tan  
 confusa, y como humillada, que acusando su tibieza, exclama-  
 ba, *bradito sea el Señor, que lo crió!* Se le observó, que entre las cria-  
 turas de acá el V.P. era la vnica, de cuyo trato gustaba, *por salir*  
*de él,* decia, *con grandes ansias de efíerchez de vida, y amor de Dios.*  
 Estaba reparado, que al hablar de el V.P. le faltaban palabras,  
 que explicassen su alto concepto, y solo se oian admiraciones.  
 Le era frequentecita expresion, *el Padre Padial no está ya en este*  
*mundo: no ay mas diferencia de él à los Santos de los Altos, que estar*  
*vivos.* Vn Cavallero Ministro, cuyo merito ha premiado su  
 Magestad con vno de los grandes empleos de su carrera, que lo  
 trató con intimidad, dize en carta suya, que tengo en mi poder:  
*todos los que tratamos à san singular Padre, le tuvimos especial amor*  
*junto con tal veneracion, y respeto, que siempre que lo veiamos, nos enier-*  
*necciamos, besabamos las manos, y en algunas ocasiones nos arrodillaba-*  
*mos, sin quedarnos arbitrio para excusar estas, y otras demostraciones,*  
*sin embargo de la mucha mortificacion, y rubor del P.P. De solo hablarle,*  
*y aun verle no componiamos interior, y exteriormente, y nos moviamos à*  
*arrepentimiento de nuestras culpas, y amor de Dios.* Despues de referir  
 varios successos particulares, dize, *que todos en Granada, y el Reyno*  
*lo llamaban el Santo Padre.* Y finalmente despues de citar vna per-  
 sona de muy especial virtud, que no acertaba con mas palabras,  
 que admiraciones, para explicar su aprecio del V.P. concluye  
 assi: *lo mismo, he advertido, nos sucede à todos, y parece, contibir una*  
*cosa tan grande, que no se hallan palabras, con que declararla adequadamente.*  
*Solo celebrara, que N. M. S. P. y Señores, que han de conocer de la*  
*causa de su Beatificacion, y Canonizacion, lo huvieran conocido, visto, y*  
*tratado, como nosotros, que nos disculpaban en nuestra devocion piadosa,*  
*y creo, nos dieran el consuelo, que esperamos, de verlo en los Altos.*  
 Empresa fuera difícil hallar entre los que lo trataron quien no  
 firmasse muy y gustoso esta carta. El Religioso, de quien ya ha-  
 blé, que al predicar el V.P. vió salir de su rostro como rayos  
 de luzes sobre el auditorio, dize assi en su misma carta: *despues*  
*cuando solo en su quarto, y arrojandome à sus pies le conté lo que llevo refe-*  
*rido (el successo de los rayos en el Sermon.) Humillóse mucho, y pran-*  
*cóse dignamente; pero en vano, porque desde entonces lo veareé por*  
*santo, y amado de Dios, y de los hombres, y en mi estimacion lo fue toda*  
*su vida, y murió como tal. Y como à particular merced de Dios hallarme*  
*en esta Ciudad al tiempo de su muerte, y aver ido dos veces à venerar su*  
*sepulchro... Refirió el Sr. D. Juan Oydor, quien me dixo, este Padre*

*Padual solo se distingue de los demás Santos en no estar declarado por la Iglesia. Seguro parece estar, de que llegara esta declaracion, aquel Venerable Religioso, y celebrado Maestro, que comienza su primer Sermon en arengas de el V.P. suponiendo, que la Palabra Divina ha de mover al Pontifex Summo, para que desde el supremo solio exorane, Sancto Emmanuel Padual, Sancto Emmanuel Granatensis, ora pro nobis, y entre tanto se consuela, con que N. Santa Madre-Iglesia male suspende el discurso, para que de unas virtudes, que tiene por heréticas, se infiera una gran santidad. Otro graduado Maestro Religioso de la primera autoridad cuenta per especial dicha soya, y favor del Cielo, aver traído estrivando en su brazo al V.P. que herido en la calle de su charidad, necesitó de este religioso socorro para venir. Como no es factible numerar quozotos lo tratan a un poco lo es el referir los singulares apreciados de su santidad. Bu el vome pues à aquella comun idea, que obligando à todos à tratarlo como à Santo, y à llamarle el Santo, hizo tambien, que quando entraba en alguna casa, solicitasse la devocion, que el V.P. tomase al gun dulcecillo, que procuraban, fuese de hueso, y guardándolos con disimulo, los muestran aora, y veniran como una gran reliquia. Tenido su humildad en lexos de imaginar de sí tal cosa, que, no obstante su vivo discurso, tardó algun tiempo en sospechar tan piadoso engaño; pero no tardó mas en prevenirlo. Si bien quando será fácil tomarle à la piedad todos los pasos? Instabante, à que bebiese en un vaso tan grande, que no pudiesse apurarlo, y guardando el agua, que le sobraba, con devocion opuesta à los que beben, como agua la unaldad, bebian despues los enfermos, como la salud aquel agua, como la prevencion los sanos, y todos, como si bebieran espíritu. Muchos, y admirables sucesos se refieren de este agua, y en buena parte se han probado.*

*Y si tambien entran al mar con los caudalosos rios los pobres atroyuelos, vaya tambien con el comun consentimiento de todos, y con el particular de tantos, que como rios de otra esfera hazen, que redunde el mar, el dictamen de los nuestros, à quirones las noticias de la vida espiritual, la uniformidad del estado, el quotidiano, continuo, é intimo trato dentro de unas mismas paredes, no hazen menos hábiles para discernir, y acabo no mas desapaionados en el juzgar de aquel, à quien en lo demás miran como su igual, y compañero. No parece muy dudoso, que suele ser mas crítico el examen, que precede à esta domestica sentencia. No obstante, aunque es verdad,*

dad, que hacia fuera hizimos estudio de hablar siempre con gran recato, y moderacion en las cosas del V.P. y así lo conoces, y vezcan los fugeros de mas juicio, sacando de aqui con prudente ilacion, que la santidad de el Padre fue tal, que ella por sí imprimió en todos la idea grande, que tienen: pero entre nosotros, como no fué en su presencia, no era fácil contener nuestro aprecio de su virtud, y maravillas. No sabré distinguir entre estranos, y domesticos, quales imprimieron las huellas, que siguieron los otros en este aprecio: Santo lo llamaban los estranos, y gran Santo los domesticos: como a Santo lo veneraban aquellos, y tambien estos. Aumenta la veneracion à la imagen aquel velo, que no dexa verla con tanta frecuencia: y en nosotros la mayor frecuencia de ver esta imagen viva de la virtud aumentaba el respeto. No pienso, ayrà demonstracion de aprecio en los estranos, que no aya sido excedida por otro termino de los Nuestros. Por no detenerme baste decir, que guardabamos sus cosas, como alguna alhajilla, alguna estampa de su Breviario, algunas uuelas, que le sacaron, la sangre en sus sangrias, sus cabellos, sus caxas, &c. anotando ser del Padre Padiál con vna segura confianza, que ha de disponer Dios, llegue el tiempo, en que como calificadas reliquias se expongan à la publica veneracion.

## §. XVII.

**S**u la cordial devocion aun contenida de el respeto à aquella ley, *ante mortem ne laudes homines quemquam*, usando ò de la benigna exepcion, que ella le dió, ò de la exepcion, que creia en el V.P. soltrandose à sí misma sus riendas, corrió todo el campo de la piedad hasta el termino de la licencia; que haria, quando, ya difunto, se vió abisuelta del escrupulo, que pudiera causarle aquel respeto? Responderé à esta pregunta con vna simple narracion de algo, porque no espero poderlo decir todo.

Vimos en su venerable cadaver vna mutacion tan singular, como ya esperada de el concepto comun de todos. Quando, se manuvo, y así lo detamos en la sepultura, tan à lo natural flexible, que parecia no faltarle ni el alma, ni la natural temperie. Aquella pierna con violencia tan encogida, agora con naturalidad no se dejó estender. Aquel cutis antes con sus rigores tan áspero, rebrecha agora con la suavidad el tacto.

*Aprecio de el  
V.P. ya difun-  
to.*

Aquel rostro antes tan desfigurado, se llevaba ahora los ojos con su hermosa magestad. Al color por su natural moreno, y por sus severidades palido, sucedió una apacible blancura, no la estraña de la nieve, sino la nativa de un cuerpo humano muy blanco. Hicieronse sobre todo admirar aquellas benditas manos, antes por tan maltratadas tan asperas, tan llagadas, y de-negridas, y ahora tan sanas, tan suaves, y tan blancas, que, quanto causaban antes piadoso horror, tanto atraian ahora con la hermosa suavidad de su blancura. Quanto pudieron lograrlo, no se cansaban de besarlas, tocarlas, y enseñarlas à los que solo de lejos podian verlas. Allí los que antes las conocieron, hazian con pasmo el cotejo de como estaban antes, y ahora. Crecia la admiracion advirtiendo, que ni lo largo de la enfermedad bastó à quitarles la violenta intemperie, que introduxo en ellas el yelo, el fuego, y los otros rigores. Como en aquella parte de la hoguera, à donde se amontona el fuego, es mas activo, y durable el calor, assi el coraçon del V.P. se mantuvo tan ardiente desde las 11. y media de la noche hasta despues de las 12. del dia, que caldeó toda la ropa, haziendose tan sensible al tacto, que se dudó, si vivia. Revestido segun costumbre el cadaver, lo pusimos en el feretro, y sitio comun à nuestros difuntos.

De lo sucedido.  
basta el Entier-  
ro,

Pero el Señor mismo, que mandó à los Angeles celebrar con celestial aparato las ocultas exequias de Moyses, parece, mandó à los hombres hazer publicas, y celebrar con pompa rara vez oida las de el V.P. A las 4. y quarto hizo eco nuestro dolor en el de nuestras campanas, cuyas lenguas parecieron aquellas emphaticas, con que suelto el Cielo dezir sus cosas grandes, segun la inaudita comunocion, que causaron en Granada, y sus comarcas. Como alternando con las campanas, resonaban por las calles aquellas voces alegres por mas que quiso el dolor entutarlas, *ya murió el Santo, el Santo ha muerto. Si querrá Dios castigar à Granada, y por esto nos lo quita? pero qué mayor castigo* (añadian) *que quitarnos este Santo?* A los ecos de estas voces corrió à nuestra Casa, è Iglesia à venerar su cadaver *un avenida de piedad, que no hubo mas diques para contenerla, que la esperanza de franquearcelo.* Con espíritu de el todo opuesto al de aquel, que ahercaba con San Miguel sobre que se expusiese al publico el cadaver de Moyses, pedian todos el do *su Santo Padre Padis,* bien seguros, que ya como Pueblo no animal, que no entiende las cosas de Dios, como el Judayco, sino *espiritual.*

Sabian bien distinguir el obsequio correspondiente al que tenían  
 por Santo, de la adoracion debida al que haze los Santos. Como  
 quien dá lo que le quitan, huvimos de poner el cuerpo en la  
 Capilla de nuestra Iglesia, en que se venera la Soberana Imagen  
 de la Soledad. Para sostener la continuacion de el violento im-  
 pulso, que anunciaban estos arrojados principios, se afianzaron  
 sus rejas con puntales, que, si bien parecieron demasiado ro-  
 bustos, el succello mostró no sobrarles nada; pues comenzaron  
 finalmente á rendirse á la sagrada portia de la muchedumbre  
 por verlo, y tocarlo. Es comun quexa en esta Ciudad, que no  
 huviesse visto todo el mundo el admirable tenor de vida de  
 este hombre Justo; pues solo viendolo, puede formarse algun  
 concepto de sus cosas. Y aseguro á V. Reverencias, que entre  
 las que mas necesitan de vista de ojos para dar sentencia, es la  
 prodigiosa multitud con su milina piedad atropellada, y no  
 impedida, que volò á manera de Aguilas congregadas á rodear  
 este cuerpo. Para vn devoto irremediable desorden bastara el  
 innumerable gentio de esta populosa Ciudad, conmovida to-  
 da con aquella desconcertada intrepidez, de que suele hazer su  
 afanada gala la piedad. Para que este llanto grande, que ha-  
 zian sobre el sus Ciudadanos, fuesse mayor, pareció aver des-  
 pachado el Cielo sus postas, aquellas, que dan en el ayre sus  
 avisos, segun no solo los vezinos villages, sino es Ciudades, y  
 Villas bien distantes, hizieron calles de los caminos, y metca-  
 do de nuestra Iglesia, y sus contornos para este seguro comer-  
 cio. Casi todo el dia estava tan enbarazada la Iglesia, que á  
 los de afuera era forzoso detenerse en las cercanias con aquella  
 sollicita impaciencia de quien desea, y le retardan su vez; por-  
 que los que la logran, ni acertaban á desprenderse de la visi-  
 ta de aquel objeto amado, ni les era facil (y muchas vezes ni  
 posible) la retirada. Por citar la Capilla en lo ultimo de la  
 Iglesia logró el Presbyterio algun desahogo para las Misas; pe-  
 ro al salir era necesario avisar con campanillas, para que des-  
 sen algun sosiego á tan inquieta devocion. Aseguraban perso-  
 nas de mucha edad, y mas juicio, no aver memoria de seme-  
 jante commocion, y concurso: y para explicar mas su concep-  
 to añadian, que segun lo avian leído, y oydo á los que la vie-  
 ron, ni aun fue igual en la muerte de aquel fuego de charidad,  
 á quien no quemaron las llamas de el fuego, el Señor San Juan  
 de Dios.

Sirvió la prevencion de las rejas, para que ellas quebras-  
 sen

fen las olas, pero no para reservar la Capilla; porque al abrir  
 la puerta la asaltaban hasta ganarla, y entrarse por fuerza.  
 Aquí cobraban en gozos lo que antes se avian deshecho en  
 deseos. Aunque estaban allí los Nuestrros para guardar aquel  
 tesoro, y mirar por su decencia, nada bastó. Al entrar, el pri-  
 mer movimiento era suspensión, ya de quien admira, y venera  
 la santidad, ya de quien se pasma con la hermosa magestad de  
 vn difunto, que les parecía hablarles al corazón. Seguia se  
 luego aquel como indeliberado impulso de arrojarle à dar mil  
 osculos à aquellas bellísimas manos, de cuyo contacto creian  
 sacar salud, dolor de pecados, y amor à la virtud. Ni se enga-  
 ñaron; pues fue constante, que sola su vista causò en muchos  
 ardientes propositos de mas perfeccion, y à otros hizo, que se  
 bolviessen hiriendo sus pechos con el dolor de sus pecados, y  
 confesiones generales. Para dar mas à basto à la devocion le  
 defunieron las manos, y à cada vna por su lado aplicaban este  
 à los ojos, aquel al oído, el otro à la cabeça, y todos à la boca,  
 besandola, y tocandola tan lexos de aquel natural horror de  
 vn cadaver, que sentian particular recreo con la suavidad de  
 su tacto, à que daba nuevo, y respetoso gusto el concepto de su  
 santidad. Fue esto en tanto grado, que efectivamente le des-  
 vnieton la piel de la carne, ò huesos de sus manos. Observòse  
 mucho, que entrando muchas Señoras, cuyo natural asco à vn  
 muerto solo puede hallar compañero en el horror de las mis-  
 mas, y que (como à algunas oymos) venian arrastradas de la  
 devocion por lo mucho, que las retrata el pensar, que ni aun  
 mirarlo podrian: y no obstante al verlo, parecian vivir de mi-  
 rar aquel venerable objecto: como muchas avian conocido  
 aquellas benditas manos tan llenas de piadoso horror por su  
 alpezeza, y llagas, aora no cessaban de alabar al Señor, de cuya  
 diestra reconocian la mutacion, que admiraban en su candor,  
 suavidad, y hermosura: y como antes avian deseado, sin con-  
 cederseles, el besarlas, aora con repetidos piadosos osculos, se  
 hazian à su favor pago de los que les parecian serles debidos,  
 por averseles antes el V. P. quitado. Les era tan sabrosa esta  
 ternura, que con ella probaban la verdad de lo que dixo San  
 Ambrosio, *mollis, & tenera species est sermo pietatis*, que la piedad  
 es blanda, y cariñosa. Lo que mas admira, es, que estas mismas  
 Señoras mojaban sus pañuelos blancos en la sangre liquida, que  
 corria de las llagas de los hermosos pies de aquel Evangelizador  
 de la paz. Y que podian aqui remediar los Nuestrros ya antes

*De fide resur-  
 rectionis in obis.  
 Eras.*

acobardados de la multitud, y para sageros con el dominio de la que sobre los fueros de piedad traia sin ocultar los de Señora: Si esto es capaz de aumento, lo dieron sin duda varios niños desde dos à cinco años, tan lexos de elevarse con la vista de vn difunto, que lo miraban, tocaban, y besaban con la entretenida rifa, que suelen en sus amadas diversiones. Quitaronle varios bonetes, y zapatos, y no se, que huviera sido de sus pobres vestidos, si la devocion no tuviera el desahogo de mojar pañuelos en la sangre. Por ser ya tantos, le descubrieron el pie, de que por mas llagado corria en mayor copia: y con esta ocasion le sacaban aquellas partecillas, que se dexaban arrancar, le cortaban pedazos de las viñas, y hubo quien alentado de su devocion, y confiado en su disimulo, tenia ya aplicado vn buen instrumento para cortarle vn dedo.

No es difícil de entender, quan agitada estaria de su santa embidia aquella multitud, que à la parte de afuera de la reja ansiaba por ser complice en el piadoso delito de aquellos hurtos, que como impaciente estaba viendo. Pedian à gritos *alguna reliquia del santo*. Ya la reja, aunque segunda vez afiançada, comenzaba à hazer nuevo sentimiento con la constante, y violenta bateria de la piedad. Los de adentro por vna parte temerosos de que, si acababan de rendirle, seria tan irremediable la confusion, como ciertos los del ordenes; y por otra, ò no pudiendo, ò no queriendo ser ellos mas duros, que la reja, ni resistir mas que sus puntales, eligieron el medio, que al principio los puso en mayor consternacion, aunque despues sirvió para algun sosiego. Personas pues de la primera distincion, y caracter se hizieron cargo de ir tomando, y bolviendo por la reja lienzos mojados en sangre, algunos, que no lo tenían, lo buscaban, y no pocos se partieron para repartirlos. Pero como todos querian, y no era posible dar à todos, se avançaban como para ganar vez, y sacar su reliquia: y aqui temiendo los de adentro alguna irreparable intruccion, que se lo llevasse todo, se arriaron à sostener la reja, y ayudar los puntales, que ya cedian à tan violentos impulsos. Pero nada bastara, si no huvieran discurrido emplearse muchos en tomar, y bolver rosarios, y otras alhajas tocadas al cadaver, y como estaba tan à lo natural flexible, le levantaban el rostro, y manos, porque los de afuera lo viesen; pero no contentandose con esto, lo sentaban, y arimado à alguno lo veian desde à fuera realmente sentado. Y viendo sido estos contactos, y movimientos tan frecuen-

quecates, y espaciosos, no tubo ni el mas leve indicio de mal olor en la sesenta horas, que estubo sin enterrar. Con esto se fue floggando aquel alterado mar, à que ya no bastaban para conuenir en sus playas los terminos, que la providencia le puso. Dicho se està, que en tal confusion le avian de trocar varias alhajas: pero no se reparaba esto, si se lograba vna tocada al Sauto, como dezian. De varias Comunidades Religiosas embiaron en manojos sus Rosarios, sacargando no solo, que los viesse tocar, sino es que los dexasse mucho tiempo sobre el venerable cadaver, como que de el contacto mas moroso facian mayor santidad las prendas. Lo que no condenaria San Ambrosio, que se juzgaba mas grato à Dios, quòd supra sancti corporis esse requiescam, por descansar mas de espacio sobre los huesos del santo cuerpo de su V. Hermano. Esta bien ordenada confusion fue tan constante en la alternacion misma de irse vnos, y venir otros, y aun los mismos, que al medio dia no pudieron cerrarse las puertas. En la noche, aunque de mala gana, se reducian à dexarlas cerrar con la esperança de que al ser de dia las hallarian abiertas. Pero como los que salian iban al passo, de quien no quiere andar, y los que entraban al de quien quisiera volar, à los que iban saliendo sucedian tantos, que nos obligò à cerrar las puertas, dexando vn postigo pbr donde pudiesen salir sin dexar entrar. Pareció bueno, pero fue infeliz el discurso; porque para hazer mas venial su descortesia, no querian conocer el respeto, que avian de atropellar, en las personas, que lo guardaban: con que el postigo sirvió solo de ir entrando por él quantos cabian, sin dexar, por donde saliesse los de adentro. Discursióse cerrar el postigo, y echarlos improvisamente por otra puerta retirada; pero al verie como burlados los de afuera, dieron à las puertas tal avance, que doblandoles el cerrojo, fue necessario para evitar mayor delgracia bolver à dexarles la entrada. Durò esta especie de batalla la primera noche hasta las diez, ó mas: y la segunda, que ya miraban como la vltima, hasta las doze y media: y como era necessaria la victoria, si se avian de disponer el cuerpo, y el sitio para el entierro, desconfiados y a de la fuerça nos acogimos à los ardidés, en que logramos el favor de algunas personas de distincion, que en recompensa de su trabajo se tomaron el de quedarie hasta la mañana del Lunes 30. con nosotros, en que logró su devocion el espacio, y quietud, que deseaba para obsequiar, y venerar mas el cadaver.

De obit. Frat.  
S. & quidem.



Tercera, que esta misma relacion padecíale entre los que no vieron su objeto la nota de hiperbólica, si no caúviera bien seguro, que quantos lograron verlo; la acusaban con razon de diminuta, y floxa. Despues de vna estraña admiracion exclamaban los hombres mas prudétes con vna gustosa quexa, de que no era posible referir esta commocion, para que el mundo la supiese; y que, siendo quanto se dixesse mucho menos, que la verdad, pareceria ponderacion à los que no lo vieron. Va Cavallero de la primera Nobleza de Granada, à quien sus oportunas noticias bien colocadas en su gran capacidad suelen no dexar correr por aquellas opiniones mas comunes, que examinadas, observò la belicosa no vñada concordia, con que competian entre si, sin esperar vencer, la Nobleza con la plebe, la piedad con la confusion, el sentimiento con la alegría, y la multitud con el desorden: y tuvo esta opinion por tan del Cielo, que sin mas examen corrió con todos hasta entrarle en la Capilla à la cabeça de el V.P. tan admirado en si, como admirando à otros, por verlo allí tantas horas con el silencio de quien se pasma, y en el semblante de quien venera lo mismo, que su razon natural escrupulosa supiera disputar mucho. Pero cediendo esta à la demostracion de el Cielo, que veia con sus ojos, se sintió forçado à dezir, que commocion tan universal, tan constante, y tan piadosa, no puede ser efecto, ni del dominio de la naturaleza, ni del artificio de los hombres: y que era preciso confessar ser de Dios. Y sin dificultad se vendió la verdad con la estrañeza, si se advierte, que al gran concepto de su santidad se añadieron tales prodigios, que pareció repicar el Cielo para convocar la piedad. La idea de *gran santo*, que formaron de su estupenda vida, ya se ha dexado ver algo, y agora les hazia miras à sus paredes, y exclamar: *dichosa Casa, y Colegio, que tal ha criado à dichosa Ciudad, que te ha tenido!* Y al encontrarnos dezian, *dichosos vosotros, que tal hermano, y compañero aveis logrado!* Pero viniendo à los prodigios, que en estas sesenta horas sirvieron de lengua al Cielo, ni es justo omitirlos todos, ni dezirlos todos oportuno.

Padecia vna muger tales dolores de cabeça, que no sabia explicitarlos, sino es diciendo, que le parecia estarle arrancando à vn tiempo todo el pelo de la cabeça. Vinose al cadaver de el V.P. y logrando aplicarle vna mano, quedó instantanea, y perfectamente sana, y lo oí hasta oy. Otra, à quien vn paño, ó pañuelo tenía impedido vn ojo, dolorido, y con demasia hincha-

do, aplicandose la bendita mano del cadaver, sanò del todo. La especialissima hermoira, con que pareció lellar el Cielo sus manos para obradoras de prodigios, era imán de la devocion. Vna doncella de diez y ocho años avia padecido desde la edad de tres meses vna violentissima alferesia, que hasta la muerte del V.P. le faltò sin falta todos los dias, y no pocos muchas vezes, derribandola con tan violento impulso, que comunmente estaba herida, ò lastimada. A este molesto accidente acompañaba el de vna insaciable hambre. Traxola su confiada devocion à venerar el cadaver, que parecia tener en su mano la salud, y aplicandose la al coraçon, donde sentia su enfermedad, pidió con gran fè el remedio, y lo hallò tan pronto, que nunca mas ha sentido ni el accidente de la alferesia, ni el de la molesta hambre. Vna Señora muy principal padeciò por muchos años vn gran dolor en vna arteria relaxada en la muñeca, que le ocasionò vn tumor bien extraño. Alentaronla, à que buscasse en el V.P. el remedio, que no avia hallado en la medicina: estando ya para venir à nuestra Iglesia, le apretò tanto el dolor, que, como la misma señora dixo, solo por no dar à su hija ya consentida, y dispuesta à venir, el de privarla de esse consuelo, se alentò. Puso la mano del V.P. sobre el tumor, y enteramente se quitaron dolor, y tumor à vn tiempo, y hasta oy duran quitados. Padeciò vn hombre por tiempo de vn año y medio vn desbarato de vientre tan precipitado, que lo reduxo al estremo peligro, y tan rebeldè, que no cediò à muchas curaciones. Oyendo tales prodigios del V.P. ya que no pudo venir para lograr su contacto, logró el de vn pañico, que avia servido de defensivo en la frente del V.P. Aplicòselo al estomago, è instantaneamente se sintió sano, no bolvió mas el desconcierto, y conyaleció hasta sus ordinarias fuerzas. Vna muger con mas fè, que oportunidad de venir à venerar el cadaver por vna rexia calentura, y dolor vehemente de espaldas, y que aún la affigia mas, el que estando por ama para criar vn niño, le faltò la leche, y le sobraton los ordinarios motivos de sentimiento; clamò à Dios por los meritos del Santo Padre Padiàl, y echandose al cuello vn Rosario de los tocados à su cadaver, se fue la calentura, huyò el dolor, bolvió la leche, y su alegria. Vn niño de vn año con dos quebracias, cuya salud avian sus Padres buscado sin efecto con varias curaciones; la logró aora perfecta, è instantanea con la aplicacion de vna reliquia (dizea) del V.P. Y para que sea mayor y más claro el prodigio, que de si misma que

que viendolo tan sano, que ya le pareció, no le serviría una venda, con que lo ligaban, quiso, para guardarla, lavarla: y assegura, que, siendo de lienço nuevo, y fuerte, se le deshazia entre las manos, y admirada de esto no menos, que de la salud de su hijo, entendió, que le dezian, que ya no era menester la venda, por ser permanente la salud alcanzada por los meritos de aquel Santo, y así medio deshecha, y á medio lavar la guarda. Vna donçella de diez y nueve años padecia en vn pecho vehementes dolores por vn malicioso grano, que ella no sabe explicar, y que con vn irritado tumor le causaba otros varios accidentes. Mas intolerable era á su virginal recato el descubrir su mal, que el sufrir sus dolores: quiso pues exponerse antes al riesgo de la vida, que á la vista de los hombres. Razon era, premiarse el Señor su honestidad por medio del que tanto la zeló. En vna pues de estas noches fueron los dolores tan agudos, que le hizieron trocar el sueño en clamores al V.P. y allá á sus solas se aplicó vn solo cabello suyo, que avia podido adquirir para curarle. Al instante se durmieron el dolor, y ella. Al despertar se halló sana, natural el pecho, ningun dolor, y sin mas señal del grano, que vna mancha como dorada en el mismo sitio. Halló entre su misma ropa *vna durez illa (dize) que no sabe, si sería vaiz, y era del tamaño, y figura de vn garuango.*

Añadiré otros, en que acaio son mayores las maravillas, y sin duda lo son las notoriedades. La vltima de estas dos noches, que fue la de el Domingo 29. duró como hasta las nueve el discurrir, y aplicar medios casi sin fruto para desembarazar la Iglesia. El Señor, que pareció querer hazer el prodigio, inspiró el remedio de apagar las luzes de la Capilla, y cerrar su puerta: que pareció cerrarla á la esperanza de verlo. Solo se consiguió, que de espacio, como de mala gana, y quexandose, se esparciesen por la Iglesia los que cercaban la rexa, y Capilla. Y ni aun esto se logró de todos; porque, entre otras, vna conocida familia se quedó con piedad constante á la rexa, diciendo, *no se vanassen los Padres, porque no se avian de ir hasta verlo: y añadió vna de las señoras, como quien se lamenta, que despues de tanto trabajo, y tanto aguardar, ora, que ya avian logrado ocasion, les apagaban las luzes.* Aunque se consolaban diziendole, que para encomendar se al Santo no era necesario verlo; pero este consuelo más era para quitar la razon, que para faciar la piedad. Ya avia pasado desde que se apagaron las luzes, segun vnos mas de media hora, segun otros media hora, y segun todos mas de vn

quarto, quando, para que su devota constancia viesse el logro de sus deseos, se iluminó toda la Capilla con vna luz tan repentina, y extraordinaria, que, aunque descubrió à todos el cuerpo, no dexó à todos el reposo, que à algunos, para advertir, como fue: esto. Observò sugeto de mucha autoridad, que de hazia el cadaver salió vn globo de estraña luz, que dando por aquel sitio algunas bueltas, las que no siendo necessarias para iluminarlo todo, serian como buscando, donde prender, se aplicò à vno de los quatro cirios, y se reduxo la luz ya permanente à la que corresponde à vn cirio de algunas libras. Como ya estaban tan conmovidos los animos con aver visto aquella misma noche allí en su presencia recobrar vista vna ciega, y despues vieron correr sin embarazo vna niña, como de seis años, que enferma de vna rodilla, solo ayudada podia andar poco, y con dolor: aora al oír las repetidas voces de *milagro*, y ver la nueva luz en la Capilla, todos corrimos à verlo, y muchos à averiguarlo. Vimos cerrada la Capilla: con que no hazia falta la asseveracion del Padre, que la cerrò, y tenia, y mostraba en su poder la llave: se abrió para reconocer, si se avia quedado alguno, y se hallò, que no. Reconocimos el cirio, por si acaso se avia corrido, ò tenia alguna pavesa, que aun despues de tanto tiempo fuesse capaz de aver conservado el fuego. Pero viendo con nuestros ojos, que ni el mas leve indicio se hallaba de causa natural para aquella luz, bien persuadidos al prodigio, serenos varen con las admiraciones las alabanzas del Autor de ellos. Quiso vna Señora con su piedad ilustrar mas su muy lustre sangre, y así avia mandado poner los quatro cirios, que ardiessen, mientras durasse allí el cadaver. Hallòse la Señora presente al suceso, y pidiendo por su devocion su cirio, nos convenimos en partirlo, y despues de varias pequeñas partes, que como reliquias nos han sacado de la nuestra, todavia se conserva en casa para memoria vn buen pedazo. Vn Cavallero de el Orden de Santiago avia estado aquella tarde en casa de vnas Señoras parientas suyas mostrando no demasiado aprecio de la que tenia por demasuada credulidad, diziendo, que tenia al Padre Padiál por Justo, y Santo; pero, que en esto de milagros aumentaba mucho el vulgo. La piedad de el devoto sexo de las Señoras mantenia su partido, y en esta disputa llegó la noche. Vino à nuestra Iglesia acompañandolas, y es vno de los mas abonados resfigos del suceso; pues viò la luz, y encenderse el cirio: despues, ya de otro dictamen, lo reconvenian con gracia las Señoras.

Solo tenemos noticia de aver sido incredulos de estos prodigios aquellos pocos, à quienes, para que no lo fuesen, parece quiso el Señor convencer con ellos mismos. Por dislocados en vn hombro los huesos tanto, que en ellos caben dos dedos, avia mas de doze años, que vn hombre no tenia mas movimiento en el brazo, que el lenzo, y corto de la cintura à la barba sin poderlo ni tubir, ni bajar mas, ni bolver hazia otra parte. Avia servido este hombre à aquel Cavallero, de quien ya dixè, que aronito con tan vniversal conuocion se estuvo algunas horas junto al feretro dando con su singular piedad solemnè testimonio de la veneracion comun. Viendo alli à su antiguo criado, sabiendo la enfermedad de su brazo, y movido de los prodigios, que se avian visto, lo llamó à que buscasse su remedio, donde tantos lo hallaban. Pero èl, que pareció venir mas curioso, que devoto, queriendo ocultar con no piadosas resistencias algo mas que desconfiança, hizo, que su Amo con otros Cavalleros ya indignados lo forçassen à descubrir el brazo, sobre el qual pusieron la mano del V.P. con tanta fè de aquellos Señores, que venció las enfadosas, y desconfiadas burlas de el manco. Despues le instaron, à que probasse, si avia surtido efecto el remedio; pero èl siempre incredulo, como quien mofa, dezia, *mañana lo veremos*. Entadados todos, lo assió vno diziendole, *saca este brazo, que esta curacion no es de emplasto, que necesite de este tiempo*: alli à vista de todos comenzó à mover el brazo con la agilidad de sano: levantólo sobre la cabeça, recogióse el pelo por detras, baxólo hasta las rodillas, y bolviólo hasta las espaldas, y salió saltando, y alabando à Dios con la admiracion, y clamores, que se dexan entender de vna piadosa multitud, que alli oyó à diez, ò doze autorizadas personas confesar la enfermedad, y alli vió con sus ojos de repente la salud. Vn Medico, y dos Cirujanos reconocieron alli el brazo, y hallaron otro mayor prodigio, y es, que manteniendose dislocados los huesos, fue, y dura tan natural el movimiento, como si estuviessen bien puestos en su lugar. Despues lo han visto para observarlo, y deponerlo otros Medicos, y Cirujanos (y aun alguno vino de fuera à solo ver el prodigio) conctes en que aun tienen por mayor milagro esto, que si se le huviessem restituido los huesos à su lugar.

Miravillas parecen estas grandes; pero de aquellas, con que frecuentemente se haze Dios admirar en sus Santos. Me queda vna de las q̄ tienen pocas cópañeras. Vn Sacerdote nue-

tro, Professo, y que estava, y està leyendo Theologia en este Colegio, con especial impulso, como parece, desèo recoger alguna sangre de el V.P. Con tanta sollicitud lo procurò, quanta interior legura confiança, que avian de suceder con ella algunas maravillas, à que siempre estuvo persuadido. Passado el mes de Septiembre de 1720. sangraron del brazo al V.P. por su reumatismo. Despues que el Medico reconociò la sangre, la recogió el Padre ya tan quaxada, que para echarla en vna redoma fue preciso dividirla en pequeños pedazos. Passado como vn año, bolvieron à sangrar al V. P. y con la misma confiança, y circunstancias echò à pedazos la sangre de vna escudilla en otra redoma. Registrò de alli à algunos meses sus redomas, y hallò liquida la sangre. Las pocas vezes, que en este tiempo las viò, y fue la vltima como cinco meses antes de morir el V.P. siempre hallò la sangre liquida. Vn Sacerdote de los nuestros movido de su devocion, avivada con la de todos, le pidió el dia 28. de Abril de 25. en que murió el V. P. vnas gotas de aquella sangre, y sacando sus redomas, vieron ambos la sangre no ya quaxada, sino endurecida, y tan pegada entre si, y al vidrio, que ninguna diligencia bastò para sacar vna gota, ni vna parte. Registròlas varias vezes aquel dia, y el siguiente, y siempre la hallò igualmente seca, dura, y pegada. Pero al empezar el dia Lunes, en que se enterrò el V.P. aviendo visto los prodigios, que aquella vltima noche avian sucedido en nuestra Iglesia, fue se à registrar sus redomas, porque con rara seguridad siempre esperò maravillas de aquella sangre: hallò la que avia recogido primero, espesa; pero ya suelta, que corría por el vidrio. Como à las dos de la mañana llamó quatro Sacerdotes de los nuestros, vno de ellos el que la avia visto tan dura, y pegada al vidrio, y con ellos vno de los estraños, que se avian quedado con el cuerpo: vieronla todos con la correspondiente admiracion, que creció, quanto se dexa entender, viendola poco despues ya tan del todo suelta, y liquida, que corría por el vidrio, y se echò alguna en otras pequeñas redomas, en que caía à la manera de qualquier otro licor. Hasta oy seis de Julio de 26. en que la hemos registrado, se mantiene liquida. En vn pequeño vidrio tengo en mi poder para prenda de este Colegio vna pequeña porcion, que he podido con dificultad reservar, y desde entonces se mantiene liquida. Vn Señor Dignidad de esta Santa Iglesia sentía el desconuelo de que se le avia condensado la poca, que llevó liquida; pero y

tenido algozo de que se bolvió á liquidar. La de la posterior sangría, aunque ha mudado algunas vezes el color, y se ha puesto como que ya comenzaba á liquidarse, no ha acabado. Esta segunda está destinada para este Colegio, y con la otra se ha alçado la esclarecida familia de este Padre, que la ha pedido, è instado por ella con ral piedad, que, á no ser Sevillana, fuera muy singular, para conservarla vinculada con la decencia correspondiente al esplendor de tan ilustre Casa: y con clausula, que, si por disposicion Divina faltasen sus descendientes, buelva á la Compañia la sangre.

Si hasta aqui este verdaderamente humilde de coraçon recibió tanta gloria de la comun piedad, como se ha visto: desde aqui creció tanto, que ya la gloria lo recibió á él conforme á la promessa de el Señor, que humilla á los que se exaltan, y exalta á los que se humillan, *humilem spiritu suscipiet gloria*. Fue muy aplaudido de todos el vivo penamiento de algunos, que cotejando su humilde espiritu con tan extraordinaria exaltacion, dezian: *si resuscitara ora el Padre Padial, ora sin duda se belviera á morir, abogado en sumissima confusion*. Y porque no se dixo al ayre, sino á la humildad, *demisso humilitas honores multiplicat*, que multiplica al humilde los honores, se los multiplicò al V.P. en las personas de el primer caracter, en los Ordenes de la suprema autoridad, y en las Sagradas Familias, que hizieron solemne Profesion de su religiosa piedad. Y para que su rara exaltacion diese lleno sentido á las mas enfaticas versiones de este lugar sagrado, vimos en la experiencia la verdad de aquella, *qui submissus est spiritus, dividet gloriam*: tanta gloria recibe al humilde, que tiene este para dividirla con otros. Tanta fue, y de tal hierarchia la que dividió con nosotros, que, aunque por nosotros al vernos tan confundidos, solo tuvimos la advertencia, de que no la teniamos, sino es para reconocerla incomparablemente mayor á nuestros meritos; pero despues no heinos dudado, debe gravarla la Compañia en los mas firmes monumentos de su gratitud. Dexo pues lo que parece menos, aun siendo tanto, esto es, que nada tuvimos que embidiar á Maria, y Marra en quanto al consuelo, que en la muerte de su Hermano recibieron de los principales de Jerusalem, y Bethania; pues si á consolarlas fueron muchos, á nosotros vinieron casi todos: ò suplieron su necessaria ausencia con afectuosos recandos, que, á no ser todos tan hijos de el respetoso amor al V.P. pudieran parecer copias de los papeles, con que los Sagrados

De su Entierro.

Syrus.

Cuald.

dos

dos Monasterios de Religiosas, yõ no sè, si alegraban nuestra pena, ò entristecian nuestro gozo: porque ciertamente en tan cordiales demostraciones de piedad, no sabian, si darnos pèlame, ò parabien, hasta que consultado su proprio coraçon les sugeriã un parabien; en no pocos enternecido, con aquellas mas nobles lagrimas, que no llegan à salir corridas; pero salen como avergonçadas, de que alguno las tenga por hijas de el dolor, teniendo mas alto origen; pues *habet & lacrimas lacrymas suas*, tiene tambien la alegria sus proprias lagrimas. Con su misma indecission era mas grata à nuestros oydos esta religiosa politica, que nos hablaba al coraçon ocupado tambien de aquella misma gozosa pena, en cuya expresion todos nos hallabamos embrazados, experimentando ser verdad, que tiene el alma ciertos afectos tan delicadamente mysteriosos, que no tiene la lengua moldes para imprimirlos. Era nuestra comuna respuesta la de el Señor San Ambrosio en semejante caso: *ingratis de Fratris morte esse non possumus*, en que sin confesar el gozo por no parecer insensibles, negabamos el dolor, porque lo teniamos ahogado en la confianza de la gloria de nuestro querido, y venerado Hermano. Ya insinuè las pautas, para que, quien conoce à Granada, seque la fuente de los funebres parabienes, de que será eterna deudora nuestra gratitud. Paso adelante.

Las experiencias nos avian ya mostrado, que la Divina Bondad para exaltar à este tan humilde Siervo suyo, que tanto, y por todos modos se anonadó por su amor, avia escipialissimamente escogido dos instrumentos de su providencia tan grandes como ellos mismos, los Illustrissimos Señores D. Martin de Alcantara, y Don Francisco de Perca y Porras, ambos exemplares Arçobispos de Granada, ambos tan Padres de sus hijos, como Pastores de su Rebaño, y ambos tan protectores de su minima muy amada Compañia, como apreciadores de la santidad del V. P. Aquel, para que con las honras, que le hizo en vida, anunciase las que tendria en su preciosa muerte; y este, para que con las que hizo en su muerte, promoviese las que se debieron à su admirable vida. Fui pues (como debia) la misma mañana del Sabado lo mas temprano, que me pareció oportuno, à dar à este incomparable Principe la noticia de aver ya muerto el que amaba, y à quien (para honrar al mismo titulo, como su Illustrissima dixo) avia dado el de Examinador Synodical, aunque su Illustrissima no conoció al V. P. sino ya casi muerto en lo impedido de su dilatada enfermedad; porque lo



traxo Dios, para que lo exaltasse en la niñerza, quando el amor fuele ser mas puro, las finezas mas delicadas, y las honras mas limpias. Y como este Illustrissimo Prelado siempre fue primerito en amar à su minima Compania, quando yo llegué con la noticia, y con la que avian llevado los ecos de aquellas voces, y *morio el Santo*, avia resuelto su Illustrissima combidar à su Illustrissimo V. Cabildo, para repartir el honor de el Entierro (que assi lo dezia su Illustrissima) reservando para si solo todo el gasto. Y siendo esta honra tan nuestra, y tan grande, creció à lo summo con tenerla por suya los que tanto veneraron, y anaron al V.P. Parecióme este honor cortejado con nuestros meritos exorbitante; pero no indebido al V. P. y muy proprio de tal Pastor dar esta pella al que como fiel mastin se avia guardado su ganado, y este salario al que como su substituto se lo avia cuydado con tantos trabajos, y engordado con la substancian de su doctrina, y de el exemplo de su vida. Estando yo pues (si he de dezir la verdad) como quien de puro respeto no se atreve à aceptar, y tiene buena gana de que le den, no sabiendo como explicar este humilde, y deseoso agradecimiento, me libró con gran gusto mio de este embarazoso lance vna diputacion del Illustrissimo Cabildo, que llegó à este mismo tiempo à participar à su Illustrissima el animo, en que estaba el Cabildo, de hazer el Entierro del V. P. Lo que antes ni avia sabido, ni podido explicar mi lengua, quisieron agora (que yo no queria) significar mis ojos, que allà en su consulta resolvieron seguir no à mi, sino à San Ambrosio, *solvamus bono Principi stipendiaris laboribus*, ofreciendo con silencio à tan buenos Principes aquella tierna paga, que no es recompensa. Con la licencia pues, que los mismos ojos me sacaron, me retiré à nuestro Colegio, mientras los dos Illustrissimos Señores resolvieron hazer entre ambos el Entierro (asfiangado de nuevo el Sr. Arçobispo, que todos los gastos avian de ser ofrenda de sola su Illustrissima piedad) y que desde entonces doblassen las Campanas de la Cathedral sin cessar, ni de noche, con la solemnidad correspondiente. Mandó el Señor Arçobispo, que al doble de su Cathedral significassen todas las Parroquias, y Monasterios de su Filiacion, à que acompañaron tantas otras Religiones con sola la deuda impuesta à nuestro agradecimiento, que con nueva consonancia no se alteraban, si no se confundian los clamores en el ayre, y los jubilos en la tierra. Parecian repicar las Campanas, segun entre sus dobles se alegraba la Ciudad; y esta parecia, que doblaba, se-

In obit. Valentini, §. 1.

gun lloraban al son de sus alegrías las Campanas: Resolvieron tambien los Señores, que para acreditar de mas suya la función, y por que lo era, se hizieffe especial combite en nombre de los Illustrísimos Señores Arçobispo, y Cabildo à las Sagradas Familias, que con Religiosa Hermandad se dan el reciproco apreciable consuelo de asistirle en sus mas solemnes Entierros. Y como los grandes Señores no saben dar, si no dan mas que mucho, dadas estas providencias, se vino su Illustrísima aquella misma mañana del Sabado, ò lo traxo su amorosa devocion al V.P. y su benignidad para consuelo de este su Colegio, ò para nuevo motivo de mayor gozo, y ofreciendo su Illustrísima por el difunto aquel genero de sufragio, que la interior privada confiança de su gloria quisiera trocarle en hazerle oracion, y pedir à Dios por sus meritos, como le sucedia à S. Ambrosio, que llama à su Hermano *hospitiam meam, hospitiam incontaminatam, hospitiam Deo placentem*, su oblacion incontaminada, y agradable à Dios, ofrecio despues à su santidad (sin tocar al sagrado del culto publico) aquellas prendas de mayor veneracion, que à la privada piedad permiten, y aun alaban los Decretos Pontificios, que no prohiben à su Illustrísima seguir las altas huellas de otro Arçobispo, el Grande, y Santo de Milan, cuya piedad se recreaba con el santo cadaver presente de su Hermano, diciendo, *habeo, quas complectar, reliquias, habeo tumulum, quem corpore regam*. Tambien llamaba su Illustrísima su Hermano al V.P. pues su bien probado amor à nuestra Compania le hizo desear (y claro esta, que debió ser lo mismo, que conseguir) carta, que nos diese el honor de contarnos por sus Hermanos.

*In obit. Frat.  
S. & quidem.*

Llegò la mañana del Lunes treinta, y como fue tan atreviendo el respeto, con que la piedad blanda avia tocado, y besado tan de espacio el bendito cuerpo, estaba tan desalinado todo, que para ponerlo en el sitio, y modo regular, fue preciso componerlo de nuevo. Tuvimos orden de los Illustrísimos Señores Arçobispo, y Cabildo, para que aquella mañana no se abriesen (y assi se hizo) las puertas, ni de la Iglesia, ni del Colegio. Como ya nos avia mostrado la experiencia, que hasta los cerrojos se doblan al impulso de la piedad, se aseguraron las puertas, y nada sobró. Mostrò el sacello lo necessario de este orden; pues tambien este dia muy de mañana vinieron al monumento, y salida ya el Sol, pareció estar el Colegio situado de un numeroso exercito, cuyas voluntarias reclutas lo aumentaron pres-

esto hasta no haber ya en los contornos. Como los respetos de la piedad miran otros terminos, ni aun las Señoras reparaban, al entrarle en aquella tan espesa, como delgo vernada multitud, que no les seria facil cobrarda atencion debida a sus personas; y que aun las obligarian a pagar con nil indecorosos atropallamientos el sitio, que à tanto precio queria comprar su devoción. Pero no les parecia muy caro el logro muy amado de sus deseos. Iban llegando à las cercanias de el Colegio las Religiosas Comunidades para los ordinarios sufragios de nuestro difunto, y para tanta honra, y consuelo nuestro; pero ninguna pudo entrar formada, porque mucho antes des fue preciso ceder à la instable multitud, que se impelia à sí misma, y à todos. Por vn postigo de nuestra puerta bien defendido (y no obstante de algunos ganado) iban entrando vno à vno los muy Reverendos Padres, llegando cada qual quando, y como podia: y à no pocos fue imposible el llegar. Cantaron todas su responsò con tanta solemnidad; y tan acorde melodia, que obligò à muchos de los circunstantes à dezir, *los Padres tienen oy otras voces, las tonadas de oy son de otra musica.* Mucho ayudaria tambien lo bien, que sonaba à todos quanto codia en obsequio del que fue tan amado de todos. Pero lo que no nos fue posible ver sin lagrimas de devocion, de agradecimiento, y de ternura, fue, que en varios de los Reverendissimos Padres corrían las lagrimas; como si fueran buscando la voz para eternecerla más. Despues acercandose todos al feretro, entre los afectos de admiracion resonaban los de alabanzas à Dios, y al V. P. à que se seguian los de congratulacion à la Madre de tal Hijo. Arrojabanse à besarlo, à tocarle Rosarios, ò otras prendas, y muchos como arados de su devocion no podian apartarse de aquel venerado, y fabroso objeto. Y no siendoles posible mas, se llevaban por prenda de su veneracion alguna hojilla, ò flor de las que estaban sobre el cuerpo. Son dignos de especial memoria dos graciosos arrojos de esta religiosa piedad. Estaban seis de los Nuestros rodeando el feretro; pero no obstante vn Reverendo Religioso, en quien el salado genio hizo mas graciosa la piedad, se acercò à la cabeza del V. P. como que queria observar mas de cerca sus facciones; y luego que assegurò el lance, le quitò el bonete. Los Nuestros cansados ya de traer bonetes por los muchos, que le avian quitado, y viendo tan cercana la funcion, clamaban por el bonete. Pero el Religioso no se hazia más cargo, ò de su bonete. Vno de los Nuestros más zeloso lo re-

convenia con mas fuerza; pero el Religioso lo atajò, diciendo: *Padre, y Paternidad no se canse, mas q me diga, que soy un ruin, descorres, ò lo que quisiere: yo me he de llevar el bonete, y en viendolo en la vna, que le he de hazer, no regañará ofsed tanto. Quitense ofsed à mi la capilla, ò vaya, y quisele à mi Santo Patriarca el baculo, y la diadema, que son de plata, y no aya miedo, que yo le diga nada.* Otro Reverendo Padre confintió en prenda mas preciosa, que el bonete, y tanto, que desconfió lograr el hurto, si no se escondia para hazer lo en los ardidés de la piedad. Aplicòse pues con gran devocion à besarle vna mano con aquella morosa quietud de quien està regalando à su religion, y entrandose con dissimulo vn dedo en la boca lo apretò como quien queria despedazarlo con los dientes. Pero no pudo conseguir mas, que dexarnos alli en el dedo señalado vn evidente testimonio, de que el V.P. fue con inodo tan especial venerado de todos, que aun, quien le mordía, lo amaba.

Ya el ruido de las confusas voces del innumerable Pueblo avia llegado hasta el retrete del Señor Arçobispo, quien con los Señores Diputados del Cabildo discurría medios para la practica del Entierro, que se hazia tan dificultoso por la confusion inseparable de tanta multitud, que parecia imposible. Discurrió su Ilustrissima el de alguna, ò algunas Compañias de Soldados, que hiziesen calle, y asegurassen el cuerpo; pero aunque se intentò, no fue factible juntarlas en tan poco tiempo. Discurrióse el de que viniessen ambas Justicias Eclesiastica, y Real, y de hecho vinieron los Señores Provvisor, y Alcalde Mayor, cada qual con sus Ministros, quantos pudieron recoger. Pero la multitud exceptuada con los privilegios de la piedad, facilmente declinaba jurisdiccion, y acudiendo al tribunal de sus deseos (porque no es facil hallar otro competens en esta causa) sacaban amplias facultades para hazer quanto quiesessen, que es lo mismo, que quanto pudiesen, en obsequiosa veneracion de su amado difunto. Sirvieron pues los Señores Justicias solo para declararle Juezes incompetentes en esta causa de piedad. Vinieron los Ilustrissimos Señores Arçobispo, y Cabildo procesionalmente hasta las cercanias de nuestro Colegio, en que los alegres repiques de nuestras Campanas dieron nuevas licencias al inmenso Pueblo para nuevos gritos, tan acordes, como destemplados, y para nuevas aclamaciones, tan mal ordenadas, como bien dirigidas. *Este (dezian gritando en el tono, que suele la extraordinaria alegría de el Pueblo junto) este es el*

*Abbe, que merece este Santo: quiebrense, essas Campanas, que para este dia son: Vitor nuestro Arçobispo, y Cabildo, que así honran al Santo. El gustoso desorden, que aqui avria, mas bien se enricnde, que se dize. Nuestra Comunidad, que salio como en dos filas para traer comedio à estos Señores sirviendoles como de valla, solo sirvió de aumentar con su numero la confusion. Fueron llegando los Señores, cada vno quando podia: pero tan gozofos todos de verse como atropellados, que todos nos mirabamos, como para hazer cada vno lo que hiziesien los otros; porque ninguno sabia, si reir, ò llorar: pero finalmente la multitud festiva nos hizo à todos acompañarla, y nos sacaba en la rifa el gozo del coraçon. Solos los ojos al mismo tiempo, como si lo sintieran, querrian aguar nos tanta alegria. Muchos lo observaron antes, y despues; pero en este dia, y ocasion fue mas plausible, que entre tanta gente, de que cada qual explicaba por tan varios modos tan varios afectos, no se le oyese à alguno, si quiera por habito, como parecia natural, Dios te perdona, Dios te aya dado la Gloria, ni otra semejante expresion. Antes al oir este reparo dezian algunos: para que lo hemos de dezir, si ya Dios se la ha dado? Lo que hemos de dezir es, que Dios nos perdona, y nos la de à nosotros por sus meritos, è intercession.*

Llegò finalmente la Santa Cruz à la magnifica, y primorosa portada de las Escuelas de este Colegio, por cuyas puertas entre abiertas, y prevenidas con quanto se discurrió oportuno para el reiguardo, fueron entrando los Señores à costa de vna fatigosa resistencia sostenida de la autoridad, y respeto para detener los avances de la muchedumbre, que varias vezes pareció averlas ya ganado mas obsequiosa, que corrés. Quanto iba succediendo, parecia sin exemplar, y fue lo sin duda lo ya antes pensado, y aora reinelto por el Illustrissimo Señor Arçobispo cò su Illustrissimo Cabildo, bien seguros, que la summa dificultad; ò exceptuaba, ò dispensaba las comunes leyes, ò estillos. El ver pues, que parecia imposible poder formar el Entierro con tanta multitud alli toda cargada, y que aunque quisiera (y no querria) detenerse, no podria, porque ella misma se avia de violentar; lo que fundaba vn prudente temor de inevitables tropelias; obligò à estos Señores à mandar, fuesse el Entierro por la calle de la Compania, luego à la Piedad, y por la calle de la Duquesa à San Geronimo, à San Juan de Dios, y por la calle de S. Geronimo à la puerta del costado de nuestra Iglesia; para que con esto, esparcida la gente, diess lugar, y vivifica

tiempo, y ocasion de ver, y venerar el santo cuerpo, que era todo el motivo de su ansiosa inquietud. Desde las puertas se dio voz à voces el rumbo del Entierro: pero no fue posible dexar su puesto; porque al principio creyeron, que era pretexto para quitarlos de alli, y entrarfe luego de repente con el cuerpo en la Iglesia. Fue forzoso, que con gran trabajo començasse à salir la Cruz, y à formarse el Entierro. Nuestra Comunidad iba repartida por los dos lados para servir de algun resguardo: pero que vallas podian bastar al impetu de aquellas avenidas? Luego que vieron andar hazia donde se avia dicho, el Entierro, corrieron cada qual por la calle, que hallaba menos embarazada, y aqui con la nueva alegria de poderlo gozar mas, bolvieron à resonar los alegres gritos, y nuevas aclamaciones. *Por donde va la Proceesion?* preguntaban los que por estar lexos no lo avian oido: otros, *a donde llevan al santo?* y porque se oyò vna voz de que lo llevaban à la Cathedral, començaron à correr hazia allà. Otros, *repiquen essas Campanas, que ya anda la Proceesion.* Corrian à tomar los sitios, y calles, por donde avia de passar la *Proceesion con el Santo*, que así dezian. Y no faciendose de verlo, corrian por las calles de arraviessa, para bolverlo à ver; pero como no se facian los ojos con la vista, quisiéron dar algo mas à su devocion. Se arrojaban à tocar los Rosarios al cuerpo, y aunque la conveniente resistencia de algunos Señores Canonicos, à quienes servian de ayuda los Nuestrros, quisiéron embarazarlo temiendo, que si dexaban à algunos, se avañarian tantos, q lo acabassen de desordenar todo; pero no bastò: tocaron por el camino muchos Rosarios, y sugiriendole à vno su devocion, que ayuda la fortuna à los atrevidos, echò vn niño enfermo en el feretro sobre el cuerpo del V.P. Fueron casi continuas estas embestidas: pero especialmente en dos ocasiones fueron tan impetuosas, que viendo el feretro no tanto ladeado, quanto volcado, dixeron sugetos de primera graduacion, *que no se cayó, porque no quiso.* Las mugeres, que pudieron, se bolvian à sus casas, por donde avia de passar el Entierro, y assomadas à sus ventanas dezian con su alegria el gozo, con que mas cerca, y con mas sosiego lo miraban. Se oian devotas quejas de que no se huviesse dicho algun tiempo antes, que avia de salir por las calles la *Proceesion*, assegurando, que huvieran colgado sus ventanas, y paredes, no de tristes vayetas, sino de sus mas alegres galas. Y en prueba de la verdad, con que se dezia, hubo quien noticioso desde el principio, aunque en tan breve tiempo, diò

prontas providencias, que con tarimas, y tablas cubiertas de aquellas yervas, y flores, que pudo hallar à la mano, compuso un passo cercano à la puerta de su casa con las aguas, y los lodos embarazoso. Y como entendia mas de piedad, que de ceremonias, puso enfrente de su puerta vna mesa bien adornada (que se le mandò quitar) para que hiziesse parada la *Proçession, y el santo*, dezia la gente: Ni aun queriam mesa para descansar los que aun instados no quisieron dexar su amada, y piadosa carga, si bien por el cuerpo ligera, por el feretro bien pesada. Pero de la flaqueza, y aun de la enfiernidad unisma sacò fuerzas la devocion para llevarla hasta el tumulo. Seguramente fue esta vna exaltacion, de que llenamente se pudo dezir lo que pensaba de si el soberbio Aman engañado: *assi sera bonrado aquel, a quien el Principe quisere honrar*. Aqui con mayor ternura se renovaba el frequentado cotejo de su humillacion passada con la exaltacion presente. *Este es (dezian) aquel, que sarvo huyò de las gentes por huir la estimacion! este es el que huyendo aun de si mismo, se quisiera aniquilar! este el yumento, que servia à todos de carga, y no servia de llevar la carga, como creia, y dezia de si, y que teniendo se por tal, se escondia en un rincòn de la cavalleriza! este el que se juzgaba por, que Judas, y el Demonio!* Semejantes reflexiones, à vista de tanta gloria, alegraban à todos el coraçon con ternura, y à muchos enternecian los ojos.

Ibale ya acercando el Entierro à nuestra Iglesia; pero antes se agolpò la muchedumbre à ganar la puerta, porque cada vno quisiera ser el primero, que al abrirla se entrasse. Este fue vno de los mas peligrosos esfuerzos de la piedad. Aqui ya à manera de precipitado torrente todo se lo llevaba: se desordenò el Entierro, y aquellos Señores iban entrando por el postigo bien resguardado con el espacio, y la gustosa molestia, que se dexa perceber. Pusonos en notable cuydado el Señor Arçobispo, à quien era preciso sostener no solo contra las comunes avenidas, que todo lo arrollaban, sino contra las especiales, que corrian derechas à su Ilustrissima, expuesto à ellas por su caracter mismo, y por la respetosa amabilidad de su persona; porque quantos le veian cerca (y eran quantos arrimaba, y apartaba la continua inquietud de tantas oïas) querian besarle la mano, y àn abrazarlo cò el titulo de defenderlo. Casi en los brazos fue menester arrimar à su Ilustrissima à la puerta, y hazer como valla con el mismo feretro, para que tuviesse entrada. Yo iba corriendo à los Reverendissimos Padres Prelados, y todos con

mucha gloria aumentando el número de Capellanes: pero no pudimos servirle en esto, pues ninguno podia valerse à sí mismo. Deslinados pues, y sin mas orden, que el que podia dar esta atropellada multitud, que no lo tenia, fuimos entrando, cada uno quando pudo. Estaba ya en nuestra Iglesia dispuesto todo con la magnificencia, que sin salir de las Ordenanças correspondia à tales Principes, empeñados en honrar al V. difunto, y en él à toda nuestra inimita Compañia. Como la Iglesia estaba desembarazada, pudieron aquellos Señores desahogarse algo, formar se, tomar sus sifios, y colocar el cuerpo en el tumulo. Empezada la Vigilia con la solemnidad misma, que à los Señores Reyes, y Arçobispos, se fueron abriendo las puertas con precaucion, que evitasse las caidas, y atropellamientos, que amenazaba tal multitud tan ansiosa por la entrada. Presto sin desgracia se llenò con demasia la Iglesia. Dixo la Misa el Señor Don Joseph Vivero, Canonigo Doctoral de esta Santa Iglesia, y Juez de Cruzada, quien (como su Merced dixo) para lograr esta honra alegò el titulo de Discipulo de el V.P. Acabada la funcion se pesò el cuerpo en una caxa, que la amistosà devocion del Señor Don Joseph de Villora y del Hoyo, Inquisidor Antigo de este Santo Tribunal, le mandò hazer con religiosa moderacion; pero tan fuerte, que pudiesse à su tiempo con el seguro de dos llaves restituir el tesoro, que por aora se le confiaba; porque sien todos se fixò tan altamente el concepto de la gran santidad de este Siervo del Señor, que seria en este Cavallero, que tan de espacio, y con tanta confiança lo tratò? Quando se lo llevó el Señor para sí, como de su misericordia esperamos, aquel mismo año dia de la Purissima Concepcion dexò la cantidad, que le pareció competente, y ya en vida tenia entregada para los gastos de esta impresion. Està la entrada de la bobeda para los Nuestros en el cuerpo de la Iglesia: y pareciendo impracticable abrirla sin algunas desgracias por la impetuosa devocion de aranto Pueblo, se depositò por aora en la bobeda de los Señores de la Casa Esquarçafigo, y Franquis Lafo de Castilla, que està al pie de el Altar de N. P. San Ignacio, y resguardada con la varanda, que rodea el Presbyterio: para ello pedimos, y nos dieron la licençia tan gustosos, que expresaron, y repitieron *reserlo por especial favor del Cielo, y nueva honra de su Casa*, que està tan colmada de ellas, que solo parecia caber de nuevo la que fuesse tan de otra esfera como esta. Ha causado grande admiracion, que estando la caxa perpendicularmente debaxo de



la losa; porque lo ocupado de la bobeda no dexò otro sitio, y aviendo estado siempre abiertos los quatro agujeros de las quatro esquinas de la losa, cada vno capaz de vn grueso perno, no obstante en mas de vn año no se ha percebido algun mal olor, aunque repetidas vezes se han aplicado varios sugetos à oler por los agujeros mismos: pero no se perciben mas indicios, que los de no querer el Señor, que este bendito cuerpo vea la corrupcion. Ello se verá mas claro, quando llegue la conveniente ocasion de registrarlo.

No es posible referir los varios afectos amigos, y contrarios, que causaba en los animos la solemnissima magnificencia de esta lugubre, y festiva funciõ, en que à los artificiosos puntos, con q̄ la losa queria cõover tristezas, echaban otro contrapunto cõ irregular compas las interiores seguridades de su santidad, y de su gloria, que inspiraban, y respiraban alegrías. Me contentaré con dezir algo de vno solo, que muy cumplidamente baste por todos, el Illustrissimo Señor Arçobispo, en quien animados del amor reñian, porque estaban amigos, como que no quisieran estarlo, el dolor, y el consuelo, la esperança, y el gozo, la eloquencia, y la humildad. Oí entonces à su Illustrissima dezir algo de esto con aquella natural dulcissima eloquencia, de que lo dotò el Cielo, y con que debe no envanecerse la de Grecia. Para hablar mas fundado supliqué aora à su Illustrissima, se dignasse dezirlo, y esta fue su pronta respuesta, que me libra del bochorno de dezirlo yo mal, y me da el gusto de oer, con que dezirlo mas que bien. Lo que insinuè à V. Reveren-  
 „ disima en el dia, que se diò sepultura al Reverendissimo, y  
 „ V. P. Manuel Padial, es lo que repetirè aora pregnatado por  
 „ V. Reverendissima: y se reduce, à que en vez de encomendar  
 „ à Dios (ò encomendarme yo) con oraciones al difunto, por  
 „ todo el tiempo que duraron los funebres Oficios, y solemnif-  
 „ sima Misa, que se celebraron con mi asistencia, y la de mi  
 „ Illustrissimo Cabildo, me asaltaban incessantemente à la me-  
 „ moria aquellas muy dulces palabras del cultissimo Isaias, vo-  
 „ cabitur nomen eius Emmanuel: *butyrum, & mel comedet, et sicut re-*  
 „ *probere malum, & eligere bonum,* que ciertamente entendidas de  
 „ aquel Manuel, y nuestro Divino Maestro Jesus, podian apro-  
 „ piarse sin violencia, y con la debida proporcion à nuestro  
 „ Granadino Manuel, insigne Maestro, y Apoitolico Jesuita.  
 „ Con ellas se divertia mi respetosa imaginacion, y sin poder  
 „ apartarlas de su sentido, llegué à dudar, si dexaria, finaliza-

Cap. 73

do tan autorizable suffragio, las Arçobispaes infusas de mi  
 lizal, permutandolas no barando, sino subiendo à las sagra-  
 das magestades de el Pulpito, ansioso yo de ser Panegyrista  
 del V.P. ó por mejor dezir ( como de San Athanasio dixæ el  
 Nacianceno) de la misma virtud, *Athanasium laudens virtu-*  
*tem laudabo.* Empiezo reflexionando, en que aquel su admir-  
 table cumulo, con que lo enriqueciò el Cielo, no necesi-  
 taba mendigar alabanças tan debiles como las mias, por ser la  
 virtud el mas cabal elogio, y alabança de si misma, *mi indiga*  
*laudis, divinis animo se suis,* ò en que, por mas que se prolongasse  
 mi eterno amor à nuestra Compania con lo que aconrece  
*semper secundum faciebat amor,* debiera yo ser otro Padial pa-  
 ra desempenar dignamente mi concebida ridea en obsequio de  
 un Varon admirable por sus virtudes, y el Chrylostomo de  
 nuestro siglo por sus severas reprehensiones contra las usen-  
 sas de Dios, y los vicios, *nullus dignè laudabit iohannem, dum non*  
*est alius iohannes,* que efcivia San Proclo de este gran Padre  
 de la Iglesia; me dexè en tan contrarios afectos *venit de*  
 mi cobardia, y conocimiento proprio, creyento muy bien,  
 fiada la Divina providencia este mi premeditado conato  
 à Oradores ventajosamente sabios, y llenos de unas espíritu a-  
 lexa lentos, y suficiencia, que la mia: y cuya apeteçida espe-  
 rança passò muy en breve à ser feliz, y cumplida posesion;  
 pues vi: que en la priuera de sus Exequias, y Oraciones tu-  
 nebes, sirviò de morte el mismo tema, y vaticinio de Isaias,  
 aplicandose: al V. Siervo de Dios Padre Manuel Padial, en  
 quien hasta el mismo nombre no solo fue lustroso caracter,  
 sino glorioso empeno, è incentivo de las mas heroicas, y  
 muy excellas virtudes, *ne nomina quidem ipsa præterenda sunt,*  
*et vix ad virtutem exhortentur,* que dezia el Nacianceno en  
 ocasion muy parecida. Así lo senti, y lo siento agora, &c.  
 Hasta aqui este Granadino grande entre los mayores Hijos de  
 aquella Madre, la Universidad de Salamanca, que los da à luz  
 santos à vo tiempo, successivamente tan innumerables, y de  
 estatura tan agigantada, que antes debiera llamarse monstruo-  
 sa, que formada, si no supieramos, que à sus capacisimos senos  
 son muy conaturales estos patros: y si no me huviera de re-  
 ñir por lo aspero del vocablo ( aunque mas exalique grande-  
 zas) los Tribunales, Audiencias, Chancillerias, Consejos, Ca-  
 ñera, Gabinete, Iglesias, Mirras, y Capelos, tan deudores à  
 esta gran Madre, en cuyos hijos mucho mejor, que en los do-  
 sales,

Orat. 21. in princip.

3. Proclus Pa-  
træ Div. 1644.  
Chrysof.

Orat. 11.

folos.

feles, se venera autorizada la magestad, à cada letra de reflexiones, aunque por otra parte tan debida, à cada letra de este papel, que tanto aprecio respira (en quien lo sabe tener) del V. P. y tantas repetidas expresiones de benevolencia à nuestra Compañia. Si bien no puedo dexar de quejarme de la humildad de su Ilustrissima, que se salio con quitarnos el honroso gusto de oir en Honras de el V. P. aquel tan bien apropiado lugar, que le fugirio su vivo ingenio, tratado con la oportuna erudicion, y suave eloquencia, que celebra el mundo en tan famoso Prelado. Es verdad, que otro (à quien yo conozco de experiencia, y puedo asegurarle sin agraviar à alguien) le valio de este lugar para vn Sermon de Honras al V. P. pero fue solo, para que tuiese verdad, que començò à ser suyo, luego que lo tratò mal. Su Ilustrissima con gran loor suyo creyò à su humildad; pero yo (y no soy solo) creerè en esto à su Ilustrissima, quando lo crea el Vizconde de Fonte-Arcada, General de aquel Exercito Portuguès, que con su innata vizarría vino el año de seis à castigar à Salamanca con la muerte de sus hijos, y ruinas de sus edificios *por sus enormes delitos*, dezian: y no siendo otros, que vn fidelissimo amor, acabo sin exemplar, à un Rey, y Señor natural Don Felipe V. (que Dios guarde) no negaria San Ambrosio à Salamanca aquel su elogio aun mas grande, que breve en semejante lançe, *hec mortis causa, sed plenis laudis*, estos son sus delitos; pero muy gloriosos. Su Ilustrissima, que entonces enlazaba con la excella Beca de Cuenca el Doctorado de aquella Vniversidad, la Cathedra de Durando, la Canon-gia Penitenciaría de aquella Santa Iglesia, la Judicatura de Cruzada, la Comissaria Titular del Santo Oficio, y el dulcissimo Magisterio del Pulpito, electo por todos los Ordenes de la Ciudad por su Embaxador al Vizconde, le pintò *los enormes delitos de Salamanca* tan veniales, y aun tan gloriosos con los vivos colores, que le preparaba su fidelissimo amor à su Rey, y Salamanca, y le disponia su eloquencia, que le hizo trocar los pensamientos de afliccion en los de paz, las amenazas en cortelías, los enojos en amiguados, y en no se quantos doblones los incendios, y uuerres, de que ya à las iras Portugueñas parecia ver en los lagos la sangre, y en los edificios las llamas hasta dexar solo el campo, donde estubo Salamanca. Esta feliz eloquencia ahombro tanto al Vizconde, que al ver vn animo Portuguès, y suyo, y empeñado en la vengança, y confobradas fuerzas para ella, tan trocado, y aun vencido, se viò obligado

In obit. Valente  
§. 1.

à dezir, que, si huviera de saquear à Salamanca, no saqueara otra cosa, que la persuasiva de Don Francisco de Perera. Quien aviendo hecho entonces en repetidas sermiones tantos, tan largos, y tan repetidos Sermones, con eloquencia tan feliz, como esplendida, dice aora no hallarle capaz de predicar de repente vn Sermon, que tanto enseñaba. Crea à su Illustrissima su humildad, que yo lo creeré, quando el Vizconde. Y porque es verdad, que los favores de tan generoso Principe à nuestra Compania no contrarios con el tiempo aspiran à la eternidad, despues de aver elevado à otro Granadino el Doctor Eximio V. P. Francisco Suarez à las Cathedras de Salamanca, fundandole con tanto honor de nuestra Escuela vna, en que para leer se ayan de tomar los puntos por los opusculos del Doctor Eximio: y despues de aver subido al Pulpito de la Catholica Athenas aquella Vniversidad à N. P. S. Ignacio, y à San Francisco Xavier, dorandoles fiesta annual: aora à petición de esta siempre excelente Ciudad de Granada, que tanto desea, y espera ver (quando la Divina Bondad lo disponga) al V. P. su venerado hijo sobre las aras, y à humildes suplicas de nuestra Provincia, ha comenzado su Illustrissima el Proccesso de *no culto* con forma bien arreglada à las sagradas leyes, y estilos de la Curia Romana, aumentando à los de su Mitra el prolixo trabajo, en que tanto tiempo se consume, por servir à la Iglesia, por obsequiar à su V. Hermano el Padre Padiel, por complacer à su amada Ciudad, y por honrar à su minima Compania, cuya cabeza N. M. R. P. General por prendas de agradecimiento ha mandado, que en toda la vniversal Compania diga cada Sacerdote vna Missa, y cada Hermano vna Corona, y en toda la Asistencia de España cada Sacerdote dos Missas, y cada Hermano dos Coronas por su Illustrissima *insigne benefactor de la Compania*. Por ausencia de su Illustrissima (quien bolvera à continuar el Proccesso hasta concluirlo, como tambien el de virtudes, y milagros) lo van profulgando por especial comission suya el Señor Don Gabriel de Ruz, Colegial de Cuenca, y Provisor de este Arçobispado, el Señor Doctor Don Joseph Frauquis Lazo de Castilla, Abad de Santa Fé, Canon. 2o Dignidad, y el Señor Doctor Don Joseph Gomez, Canonigo de esta Santa Iglesia. Ni debo omitir, que aviendose presentado por testigos lugeros de los primeros de esta gran Republica, respiran agradecimientos, y gozos, de que les acompaña esta dicha (que así la llaman) de que están religiosos, y religiosamente embudidos los demás, que con devoto

amor se quexan, de que no pueda estenderse à todos. Tan venerado, y tan amado de todos es este gran Siervo del Señor, y tan seguros están de la verdad, con que pueden deponer muy à satisfacción de la piedad!

Después del especial combite, que en su nombre hizieron para el Entierro los Ilustrísimos Señores Arzobispo, y Cabildo à todas, y solas las Sagradas Religiones, que por convenio efectuó reciprocamente le asisten en semejantes Entierros; porque aunque sus Ilustrísimas deliberaron, finalmente resolvieron no estenderlo à todas, por no permitirlo tan exorbitante concurso; nosotros tambien hizimos nuestro concordado combite à las mismas todas, y solas Sagradas Familias para la facion del Entierro, segun la ley establecida en la Concordia. Pero no se contentaron con esta piedad, que miraba su religiosa atencion, como debida à la reciproca correspondencia: como suele no contentarse el mayor fervor con lo lo que manda la ley, sino se estienda à otros loables obsequios, aunque no mandados. Añadieron pues por sola su benignidad (sin aver ley, ni Concordia, que lo mande, como ni la ay, que lo prohiba) los especialísimos aprecio de nuestro V. difunto, que ciertamente renovaron las lagrimas de ternura, y de consuelo, y siempre serán acreedores de nuestro agradecimiento, aunque mas quiera este desempeñarse. Vinieron tambien, aumentando extraordinariamente las deudas de nuestra gratitud, las Sagradas Familias Descalças, y otras, que diré, por sola aquella generosa deuda, que les impuso su piedad, y el deseo de honrar à este Colegio. Claro está, que con mucha gloria nuestra predicamos aver solicitado con nuestras suplicas tan singulares aprecio de nuestro V. Hermano, y tan relevantes honras nuestras; pero ni aun nos dexó pelearlo el mismo ser tan grandes, y tan nunca usadas. Después, que por sola su religiosa liberalidad las recibimos de algunas de estas santísimas Familias, se ofreció la duda, de si haríamos nuestra suplica à las restantes; pero nos detuvo así el que, no aviendolo hecho con unas, no parecia correspondiente hazerlo con otras, como tambien la irregular grandeza de la cosa misma, que nos traxo a la memoria aver peticiones tan inconsideradas, que merecen (aun quando no se les dá) por respuesta, no sabéis lo que os pedis. Por esto nos resolvimos à dexar crecer nuestra deuda con lo mas voluntario, y puro de tanta dadiva. Escogiendo pues los dias convenientes al Oficio, y trayendo de sus casas los aparatos de mayor solemnidad.

De Honras fin  
Sermon.

nidad, cera, incensarios, y quanto convenia à tan festivas Honras, fueron viniendo estas exemplarissimas Familias, no menos edificando, que enterneciendo; porque precedia aquella modesta visible compostura, indice de la del animo, que inspira n los Santos Noviciados, tanto mas tiernamente admirable, quanto fuele parecer mas estraña en los años juveniles: seguiafe aquella seriedad religiosa, à que el juicio fueve de respetosas canas, y terminaba aquella venerabilissima ancianidad, que elevada con el religioso caracter de los puestos, y los grados se concilia otra nueva especie de veneracion. En todas cantaron las Missas los Reverendissimos Padres Prelados, ò alguno de aquellos fugeros, à quienes la antigüedad misma de sus muchos, y grandes títulos pudieran justamente excusar, si no fueran por esto mismo buscados para autorizar mas las honras à nuestro difunto, que tan vivas estaràn siempre en nuestra agradecida memoria. Fueron pues llegando à nuestra Iglesia con el orden, que se sigue, que es el que diò la mayor oportunidad, y en que nada reparò su religioso amor al V. difunto, y su muy apreciable dignacion en favorecernos.

El mismo Sabado 18. en que murió el V. P. para que sirviese à nuestro coraçon el consuelo, como al gusto la temprana, y bica sazónada fruta, vino entre siete, y ocho de la mañana la siempre Ilustre, Venerable, y Operaria Congregacion de Señores San Felipe Neri, y con la Musica de la Cathedral hizo al V. P. sus Honras. El dia dos de Mayo las hizo la Seraphica Comunidad, cuyo Reverendissimo Padre Guardian, promoviendo la especial religiosa correspondencia de ambas Familias, ya el Sabado 18. nos avia ofrecido la singular honra de hazer con su Comunidad el Entierro. Pero como ya no era nuestra la función, no teniamos arbitrio para admitirla, ni nos lo dexò para agradecerla. Tanta necesidad nos impuso este previo favor! Por esta misma razon no nos fue libre admitir la especial honra, con que los Reverendissimos Padres Basílios, tan sobre sus Monasticos estílos, nos ofrecieron sus eficaces deseos de alguna parte siquiera de tan piadosa función. El dia quatro los Reverendissimos Padres Capuchinos de ambos Conventos de esta Ciudad. Este mismo dia quatro hizieron despues sus Honras los Reverendissimos Padres Terceros de la Religion Seraphica. El dia cinco la Religiosissima Comunidad de Padres Agustinos Calçados. Y este mismo dia cinco despues la Observantissima Comunidad de Señor San Pedro de Alcántara. El dia siete los

201.

Reverendísimos Padres Carmelitas Calçados. El día ocho los Reverendísimos Padres Trinitarios Descalços, que traxeron la Música de la Capilla Real. El día nueve la muy Religiosa Trinitaria Familia Calçada. El día onze la Real Calçada Familia de N. Señora de la Merced. El día doze los Reverendísimos Padres Agustinos Descalços. El día catorze la autorizada Iglesia Parroquial de los dos Santos Niños, grandes Martyres San Justo, y Pastor, à quien la inmediatecion del finio, y de afectos, hizo mas propios estos obsequios à nuestro V. difunto. El día diez, y siete la Religiosísima Comunidad del grande Minimo el Señor San Francisco de Paula. Las dos Religiosísimas Comunidades de Padres Clerigos Menores, y Mercenarios Descalços, que por racionales causas no vinieron, celebraron cada vna en su Iglesia la funcion de Honras al V.P. con la mas solemne ostentacion, que admiren sus sagrados estilos. Las fieles copias de tan autorizados testimonios de apreciativo, y tierno amor à la santidad de el V.P. y de tanto honor nuestro, se hallaran en los archivos de nuestra eterna gratitud.

Aun no bastò tanta gloria para llenar el vacío, que en la dichosa alma de este gran Siervo del Señor dexò su admirable humildad. Siguiéronse pues, tantas, y tales Honras, que podemos abiertamente dezir, no han tenido exemplar. Así es honrado aquel, à quien quiere Dios honrar. El día diez, y seis de Mayo, estando ya con el tumulto todas las cosas preparadas en nuestra Iglesia con el magnifico aparato, que à tan gran Señor corresponde, para hazer Honras al V.P. en que cantò la Misa el Señor Don Gabriel de Rus, Colegial de Caenca, Provisor, y Vicario General de este Arçobispado, oficiada por la Capilla de Música de la Cathedral, que en todas las que se figuen, llorò por todos con la acorde conlonancia de sus mas solemnes puntos, vino el Real Acuerdo dando al publico tan autorizado testimonio, de que sus altos còseles no son asicento de sola la justicia: tambien se venera en ellos el Tribunal de la Gracia: fino ya, que su integridad numere entre las providencias de justicia aquellas providencias, que dà la equidad para premiar la virtud, y coronar la santidad. Se avia pensado no abris las puertas, hasta que su Alteza llegasse; pero los temores de mayor confusion en los contornos, y de mayores desordenes al entrar tanta multitud, como acudiria, obligaron à abrirlas à la hora regular, y bien temprano, y en poco tiempo se llenò tanto la Iglesia, se quedó fuera tal gentio, y se bolvió tanto de todas

*De Honras con  
Sermones.*

esferas, que asseguraban, aver sido muy semejante al de el Entierro. Llegó á su hora el Real Acuerdo, y aunque se avian dado providencias, para que quedasse entrada por la puerta de el costado, que sale al Patio de los Ministerios, todas las frustrò el concurso. Viendo imposible por allí la entrada, la buscamos con mayor, aunque mucha dificultad, por la Sacristia, y Presbiterio. Mandóme la Alteza, hizicis vna Oracion tenebre, ò Sermón (que mandò imprimir) sino adequado, no indigno de la grandezza del objeto, ni de la magestad de el Theatro: pero el Orador fue vn desobediente en esta parte sin culpa; porque aunque el mandato fue tan superior, dista no obsta ante infinito de aquel, que dá con el mandato los talentos para ser obedecido: y así no hubo más, que vno como Sermón, que fue el infavor vnico de esta felicidad. El dia diez, y ocho con el mismo aparato hizo sus Honras á su venerado, y amado hijo esta Excelentissima Ciudad, á quien sus nailinas azules dieron las coronas. Cantò la Misa el Señor Don Joseph Franquis Lafo de Castilla, Colegio de Cuenca, entonces Canonigo Magistral, y ya Abad de Santa Fé, Dignidad de esta Santa Iglesia. Predicò el Padre Martin Garcia, Professo de nuestra Compania, Rector entonces del Colegio de los Santos Apostoles, y agora Maestro de Theologia en este: y pues la Ciudad mandò imprimir el Sermón, el melibrara de la hora de apasionado, y dirá lo que yo no sé dezir, porque entiendo poco de esto. El dia ocho de Junio hizo sus nuevas Honras á su V. Calificador el Santo Tribunal, que tuvo en el vn Ministro, que con tanto zelo, acierto, y satisfaccion lo sirvió en sus mas arduos negocios. Y sin duda merece reflexion particular, que, aunque las justas leyes, y severos estilos de vn Tribunal tan circunspuesto no le avian consentido exemplar de semejante funcion, aora los poderosos motivos de la extraordinaria fama de la santidad de su Calificador, y de las nunca vistas demonstraciones, con que lo honrabau los otros Tribunales, Ordenes, Comunidades, é innumeros pueblos de esta Ciudad, y sus comarcas, excitaron duda, de si necesitaba de exemplar, el que en ser de todos honrado, parecia no averlo tenido. Duda, que ella sola bastara para especial exaltacion del V.P. Y como pareció estar declarado á favor de su humilde Siervo aquel Señor, que tiene en su mano los corazones de todos; para exaltar á su diervo propuso tan viva ventura á aquellos Señores con las frases de su eficacia la ley, *singuli*  
*quisque iudicio suam, et iustitiam vestis, et ipsi, quorum nomen in-*  
*di-*



*dicto proceduntur, honorificum debitum esse prestandum,* que manda à los Señores Juezes tratar con la debida honorificencia à aquellos mas sublimes varones, de cuyos dictámenes se han servido para sus aciertos, que salió la honorifica decisión, de que se le hiziesen Honras con toda la plena formalidad de Tribunal, y Ministros. Cantò la Misa el Señor Don Joseph de Luque, Colegial del de Santa Catalina de esta Ciudad, Arcipreste Dignidad de esta Santa Iglesia, y Comisario del mismo Santo Oficio. Predicò el Reverendissimo P. M. Fray Thomàs Tamayo de la Trinitaria Redentora Religión Calçada, Calificador del Santo Tribunal, y dignissimo Ministro de este su Convento, cuyos grandes talentos de ingenio, erudicion, y piedad, con razon se dedignaran de mis elogios, quando tienen por Panegyristas à los que lo saben ser. El dia nueve la Real Capilla con toda la Magestad, que suele en sus mas Reales funciones, vino, y celebrò Honras en nuestra Iglesia al V. P. es que por especial titulo de particular devocion cantò la Misa su Capitul el Señor Doctor Don Pedro Lazaro de Valdès su Magistrat, Colegial que fue de el Real de Santa Cruz de la Fé de esta Ciudad, Discipulo del V. P. y empareñado con su Familia. El Sermon impresso de orden de la Real Capilla es la mas sincera alabança de su Autor, como su Autor lo es de los muchos, que con tantos aplausos ha predicado en las mas classicas funciones. El dia 21. de Junio con la misma ostentacion, y asistencia de la Cavalleria hizo Honras al V. P. la nobilissima Casa de los Señores Marqués, y Marquésa de Lugros, en que predicò el Reverendissimo Padre Jubilado Fray Joseph de Contreras, Dignissimo Guardian de la Casa Grande de la Seraphica Familia, cuya aplaudida eloquencia, viveza, y espíritu dieron à las censuras, con que se imprimió el Sermon, el privilegio de que sus discretas clausulas hallasen la verdad en tan sabio Autor. El dia 22. las celebrò con la misma pompa, y asistencia de Cavalleria un Discipulo, è hijo espiritual de el V. P. que, aunque muy conocido en esta Ciudad, no quiere se escriba su nombre, como si le saltaran plumas al amor, è impresas à la fama. Predicò el Reverendissimo P. M. Fray Juan de San Estevan, Monge Geronimo, muchas vezes Prior, y Visitador, y Definidor General de su esclarecida Religión, y si el respeto, y veneracion, con que lo nombro, no me embargaran la pluma, yo me contentara cò su humildad, y acò à solas alborcáramos sin

recibir, sobre si eran, ó no adulaciones, los elogios. Agradezca á mi respeto verficible de los mios: pero quando se librará de los que con verdad mas reuelta se dieron ( aunque no los quiere tomar) los muy eruditos censores de su Sermon impreso, á que me remito. El dia 23. con el mismo solemne aparato la hizo la Religiosissima Comunidad de aquel Emblema de amor Divino, que la fundo para tanta vrilidad del publico, como consuelo de tantos pobres, que en las maternas entrañas de su admirable charidad mas dilataadas, que las capaces salas de sus Enfermerias, hallan amor, asistencia, y regalo, aun buscandolo de puerta en puerra con tan gloriosos atanes. Predicò el Reverendissimo Padre Maestro Fray Juan Licardo, Dignissimo Prior en este Convento de Señor San Agustín: y segun el mucho, delicado, y sabroso espiritu, que derramò en su Sermon, q̄ tambien se diò á la estampa, en q̄ vi nos impreso el espiritu, bien mostrò, quanto avia bebido del de su Augusto Padre. Por cabo de año bolviò á hazerle Honras en todo iguales á las primeras, y con el mismo Predicador, aquel Discipulo, á quien amaba el V.P. y cuyo nóbre callo por fuerza; pero qualquiera lo dirá. Ni aun lo imposible del agradecimiento adequado tirve de desahogo á la gratitud cargada de beneficios: porque con la misma imposibilidad se affige. Dexo pues, por no abochernar una la nuestra, las naturales reflexiones ( aunque ellas mismas se hazen) sobre quanto de aqui se infiere de publico singularissimo amor, y aprecio de nuestro V. Hermano, é incompenfables honras á nuestra Compañia.

No repetiré las demonstraciones de aprecio á la santidad del V.P. en las que agora diré. Y aun por esto aviendolas ya insinuado: aunque en general, no diré aqui el despojo, que hizo la devocion, entrando á saco hasta su pobre ropa; y rasgandola, para que alcançasse á mas, se enriquecieron con su pobreza aun Ciudades, y Provincias muy distantes, de donde han solicitado, y logrado algunos pedacillos, que aprecian como Reliquias de vn gran Santo. Ni aun el colchon, en que padeciò, y murió, pudo escaparse de estos desgarros de la piedad. Vn cobertorcillo, que le sirvió en su enfermedad, llegó por sus devotos engaños á manos de vna principalissima Señora de esta Ciudad, quien, sin querer dividirlo, ni sortearlo lo guarda entero, y en sus enfermedades, ó de su marido, ó hijos, lo echa en lugar de rica còcha con la devota confianza, de que vâ en él la salud. Aquellos pañuelos, que le sirvieron de defensivos en la frente,

y sobre todos los que fuieron de curarle las llagas, y los parches de ellas han sido los mas apreciados, y con que ha obrado el Señor mas, y mayor maravillas. Las alhajas de otra especie han tenido la misma de veneracion, como cartas del V.P. que se han puesto entre vidrios con preciosos marcos, como algunos trapillos, y papeles, respuestas del V.P. que en vna Comunidad muy observante se guardan en el Archivo, anotando, son del V.P. Padial, para quando llegue el caso (de que no dada su devocion) en que puedan exponerlas al culto publico: como la Cruz de puntas, que se ponía en el pecho, y con que se han visto varios prodigios, á que está haciendo vna vna de plaza vn fugero, á quien su empleo dió oportunidad para tan grande hurto: como vna mueta del V.P. que logró vna Señora principalissima de esta Ciudad empeñada en tener tal alhaja, que agregar como riquissima posesion á sus Mayorazgos, y finalmente (por no detenerme á todas) como vn pobre recadorcillo de hierro, con que el V.P. tomaba sus comidas, ó se las daban, quando ya no pudo moverse, el qual sien, y de él vía este Illustrissimo Señor Arçobispo con gran gusto de su piedad. Las muchas estampas (aunque no es muy parecida la copia) que se han sacado del V.P. las hizo pocas la devocion, que de todas partes las pedía. Corrieron la misma fortuna los Sermones, y para las noticias de su vida ay tantos encargos de prevencion, que ciertamente no se podra auer de todos. Le han hecho varios retratos, aunque con el desconfucio de no salir parecidos: y agora, que anda vno mas conforme, andan tambien con los deseos mas vivas las sollicitudes de tenerlo copiado.

Aun quedan otras expresiones de aquellas sobre que suelen altercar algunos, q̄ sin aver saludado la Theologia se juzgan con bastantes principios para disputarlas. Si bien, entre tanto que disputan, sigue sus loables exercicios la piedad Christiana, y se divierten los Maestros de ella, que distinguiendo el culto publico del privado, no hallan en este, yendo (como suele ir entre los Catholicos) bien dirigido, mas motivos que de alabanza; porque así lo han aprendido del Santissimo Arçobispo de Milan, tan asegurado de la gloria de su buen Hermano por la santidad de su vida, que primero haze oracion pidiendo por sí á su Santo Hermano difunto, y aun no enterrado, despues se pide por su buena Hermana, á quien la mayor ternura del sexo es mas aficionada; *confelara, exco, etc.*, y finalmente el piadosissi-

In Obis. Frat.  
S. fin.

mo Arçobispo haze à Dios devota oracion por los meritos de su buen Hermano, *omnipotens Deus, innociam commendo animam, tibi hostiam meam offero, cape propitius, ac serenus fraternum munus, Sacrificium Sacerdotis, hoc iam mei liba promitto, in hoc ad te pignare venio.* Con este espiritu de privada piedad, vna devota muger hizo vna Novena al V. P. y como ella dezia, *al Santo recién muerto.* Otra le rezaba varias oraciones: y ofreciendosele alguna duda, de si esto sería malo, *al punto, que bobí en mí (dize) reconosí esta duda como tentacion del Demonio, y por señal de mi arrepentimiento hice voto de rezar todos los dias de mi vida un Padre nuestro, y un Ave Maria al Santo.* Despues de enterrado se oia de noche gente, que passaba, y despues de varias exclamaciones, como, *Santo mio de mi alma: Virgen Santissima, que nos llevaste à este Santo, que nos estaba favoreciendo a todos!* se hincaban de rodillas à las puertas de nuestra Iglesia, y lo rezaban. Otras vinieron queixandose de no aver podido lograr alguna Reliquia de el Santo, y suplian esta falta hincandose de rodillas sobre la losa de su enterramiento, haziendo alli espaciosa oracion, besandola con gran ternura, y luego con rara piedad sacaron algunos espartos de la estera, que estaba encima, y se los llevaron como Reliquia. Otros diversos Ingertos frequentan el arrodillarse sobre la losa, besarla, y meter los Rosarios por los agujeros de la piedra, cõtentandose con que los toque aquel ambiente, que està cercano à la caja: y aplicandose à oler, sin perceber mal olor, se despiden dando mil gracias al Señor, que lo criò. Otros varios (ya con exceso, aunque disculpable, de piedad) han venido con su limosna à mandarle dezir Missas, al modo, que se suele à los Santos, vnos porque se las ofrecieron, y otros de agradecidos por los milagros, que dizen aver hecho el Santo con ellos. Y para que en este genero se estendiesse mas el aprecio, han traído por ofrenda al V. P. tanto trigo, quanto pesò vn Niño, porque su Padre con el sentimiento de verlo muy quebrado, y dolorido, y con la devocion, que le avia causado el oír tantas maravillas de el Santo, queavía muerto, levantò los ojos al Cielo, y haziendo oracion con aquel fervor, que dan los deseos, y las confianças, ofreció al V. P. que, si le sanaba su hijo, se lo avia de pesár à trigo. Al bolver de su oracion à mirar à su hijo, inmediatamente lo hallò, y lo vieron todos perfectamente sano, y lo està aora despues de vn año, y meses, que es, quando traxo su ofrenda, por no averla tenido antes. Muchissimos son los que dizen, lo han tomado por Santo de su especial devocion, y le rezan todos los dias, è

hazen algun otro obsequio. Y para singularizar algo, vn Medico de los primeros de Sevilla, declaradas por milagrosas dos sanidades de dos enfermedades, que no pudo curar, dize: *de lo que lei vn Sermon de honras del V.P. Manuel Padial, me causo tanta admiracion su vida, como devocion, y envidia, eligiendolo de sí luego por Santo de mi devocion. Y concluye exhortando, que nos valgamos de su intercession, que es mas segura medicina. Otro Medico muy conocido en Granada, y no el Discipulo del V.P. despues de dar por milagrosa la sanidad de vn enfermo, à quien no pudo curar, dize: antes de este successo era mucha mi fe; pero dejé entonces, quando tenia, y tengo algun enfermo de mucho cuydado, imploraba; e imploro interiormente el patrocinio del V.P. y otras vezes precedo en las oras, pidan à Dios por intercession de su Siervo el P. R. Padial, y he visto muchos buenos successos.*

## §. XVIII.

**S**í lo que ha exaltado por medio de los hombres el fidelissimo Señor à este humildissimo Siervo suyo fue tanto, como he antes visto; creo, ha sido mucho mas lo que se ha dignado de publicar su sanidad por tantos, y tá abonados restigos, quantas son las maravillas, q̄ por su medio ha obrado. Refuelto estuve à no dezir antes alguno de sus prodigios, por jutarlos aqui todos; pero quien pintó à Cesar sin armas, ó à Alexandro sin victorias, ó pasó el Nilo sin probar sus aguas? Dexo pues esparcidos tantos, que pareciera ocioso recoger otros. Pero si ellos son muchos, y todos los piden, y el Señor los haze, para que se divulguen à gloria suya, estimacion de su Siervo, y devocion nuestra, qué he de hazer? Diré algunos, ya que no es oportuno dezirlos todos. No me detendré en muchos, que hizo en vida, parecidos à los que en sus lugares dexo dichos, ó incluidos en las generalidades, que alli insinué: como quando fue à confessar para morir (porque así lo creian Medicos, y Enferma) à vna de las primeras Señoras de esta Ciudad, que explicó su sentimiento no tanto por morir, quanto por dexar sus hijos por criar; pero el V.P. la consoló, diziendo, *pues ni yo tampoco quiero, que usted se muera; no, no se morirá de esta enfermedad.* Desde aquel instante començo tan acelerada mejoría hasta vna total salud, que todos la tuvieron por milagrosa, y mas que todos la Señora misma. Y como lo que successió à vn fingido de esta Ciudad, oy Prebendado de Malaga, con ya familia amada

*Algunos otros de sus prodigios.*

del V.P. conseruacion gran piedad algunos guellos de la sru-  
tilla, que le hizieron tal vez tomar. Dióle pues vna apostema.  
en la garganta, q sobre lo vehementes dolores lo molestaba con  
el temor de averla de abrir; porque sin poderla resolver, se  
supuraba. Visitólo el V.P. y con gracia le dixo, *tu mas querrás*  
*(era entonces niño) que se resuelva, porque Clerigo, y con las botanas*  
*de apostema abierta no parecera bien.* Puesta la mano sobre ella le  
dixo vn Evangelio: pasó la noche aun con mayor molestias  
pero à la mañana vino el Cirujano, y hechas todas las preven-  
ciones para abrirla con el susto, y delconsuelo, que es regular,  
de sus Padres, y familia, llegó à quitarle los parches para abrir-  
la, y hallò, que ni avia, que abrir, ni que curar; porque per-  
fectamente le avia resuelto, y el enfermo estaba del todo sano.  
Ni él, ni sus Padres, ni el Cirujano dudaron del milagro. Ven-  
go pues à otros despues de muerto.

Vn sugeto de esta Ciudad sobre vivos dolores, y varias  
llagas, padecia dos tan estrañas supercrecencias de carne à los  
dos lados de la ybula, ò campanilla, y tan formadas, que pare-  
cian tres. Por mas de dos años se emplearon varios Medicos en  
su curacion, que tuvo algun efecto en los dolores, y llagas; pe-  
ro ninguno en la violenta figura de la campanilla, que con mo-  
lestia continua le impedia el hablar, el comer, y aun el respirar.  
El Medico, que ya à lo vltimo lo curaba, y cuya es esta rela-  
cion, viendolo ya sano en todo, menos en aquellas superfluida-  
des molestisimas, y peligrosas, se de pidió diziendo, no tenia  
ya, que hazer; porque solo Dios podia curarlas, y à lo summo  
avia alguna remota esperança, de que estando muy templados  
los humores, con el espacio de larguissimo tiempo podria ser  
consumiessa algo la naturaleza misma. Con la fama de los  
prodigios, que Dios obraba por el Santo de la Compañia (à quien el  
comun no sabia dar otra voz, dize en su relacion) solicitò vna Re-  
liquia (que no se dexa de otra suerte hasta de los mas prudentes, y sa-  
bios, dize el mismo) del Santo de la Compañia el Padre Padiel,  
y logtó vn pedacillo de la sabana. Con rara se avivada de su  
necesidad dixo, *santo mio Padre Padiel, quizá me esta mal:* aplicòse  
su Reliquia, y bolviendo el Medico (porque no lo dexaron  
despedir) entrò à ser tan fidedigno testigo de la perfecta, é  
instantanea salud; porque hallando al Enfermo con el gozo,  
que se dexa perceber, reconociò la parte antes enferma, y hallò  
*la campanilla, naturalissima, sin lesion alguna, ni muestra de tal enfer-  
medad.* Y aunque el Medico assevera ser parente milagro, no

avia monester el Enfermo esse testimonio para creer, y publicar,  
 que el Santo de la Capaña lo ha hecho. A vna Enferma ya casi agoni-  
 zando, y sin aver confesado, aplicaron vnos cabellos del V.P.  
 y al instante se restaurò, confesò, y bolvió à su antigua salud.  
 Vna Religiosa afligida con vn estrecho aprieto de garganta se  
 aplicò con gran fe, y suplicas al V.P. vna Reliquia suya, y  
 subitamente sintió el alivio, y luego la entera salud. Vn hom-  
 bre, à quien vnos vehemensísimos dolores colicos hazian  
 (dizen) dar berridos como toro, sanò instantaneamente, apli-  
 cándose vn trapillo del V.P. Otro, que estaba resuelto à tomar  
 las vnciones por los intolerables dolores de cuerpo, especial-  
 mente de vn braço, con cuya mano no podia llegar à la boca,  
 con sola la aplicacion de vn Rosario tocado al V. cadaver sanò  
 perfectamente. Otro sugero principal padeciò vn repentino in-  
 sulto colico, que con vivísimos dolores, sin ceder à ninguno de  
 muchos medicamentos, lo reduxo à tal debilidad con vn sudor  
 vniversal frio, que teniendo ya la muerte, llamó Confessor. En-  
 tre tanto se aplicò vn pañuelo mojado en sangre del V.P. (que  
 guarda como vn tesoro) y al punto mismo se hallò tan enteramente  
 sano, que, siendo esto como à las doze del dia, se vistió, y  
 fue à oír Milla, por ser dia de San Felipe, y Santiago. Vna mu-  
 ger casi impedida con vn violento reumatismo, que no le dexa-  
 ba movimiento, se aplicò vna poquilla de lana del colchon del  
 V.P. y al instante se hallò expedida para todo. Vna hija de vn  
 Labrador, que con sus Padres vivia ca vn cortijo, padecia  
 vnas molestísimas tercianas: aplicòse vn Rosario tocado al  
 V.P. y nunca mas le han buelto. Otro, que tenia inutil, y mo-  
 lesto vn braço con vna fistula, que desde el hombro correspon-  
 dia hasta debaxo del mismo braço, y en cuya curacion avian  
 trabajado mucho sin pro vecho del Enfermo los mejores Ciru-  
 janos de Cadiz, aplicándose (dize) vna Reliquia del Santo Pa-  
 dre, se hallò de repente bueno, y lo està. Vn Sacerdote, Benefi-  
 ciado, y Vicario de vno de los Partidos de esse Arçobispado,  
 assegura, que su compañero Beneficiado padeciò por mucho  
 tiempo vnas molestas llagas en la garganta, à que se avian apli-  
 cado sin fruto muchos medicamentos, y que, dexados todos, se  
 aplicò vn pañico, que avia servido al V.P. y sanò totalmente  
 con admiracion de quantos avian visto la rebeldia de las lla-  
 gas. Vna calentura lenta, pero que ya passaba de quarenta dias  
 sin intermision, puso à vna doncella en consumora, y tabida,  
 que ya la lloraban sus Padres como à rica, à quien los remedios

dios debilitan, y no sanan. Acudieron al V.P. y echando en el agua, que avia de beber la Enferma, vnas hilas de la ropa de el V.P. desde el dia mismo, en que la començò à beber, començò vna visible mejoría, y en breve tiempo se hallò, y està enteramente sana. Vna Religiosa Detcalça demasíadamente fatigada de vn vehementísimo dolor, que ni moverse, ni aun alimentarse la dexaba, no quería aplicarse vn papel de el V.P. que le daban; porque decía, que los Santos no quieren hazer milagros, para que no padezcan las Religiosas. Pero se lo aplicò otra, y apenas me puso el papel (dize) quando quedè totalmente libre del dolor, como si no lo huviera tenido, y así estuve cerca de dos dias, aunque despues me bolví. Otra Religiosa del mismo Monasterio quedò tan lastimada de vna caída, que avia dado nueve años antes, que casi no podia moverse, y afligida de no poder servir en los officios domesticos de su Comunidad, se lo representaba así al V.P. aplicandole al lado de los mayores dolores vn papel de el V.P. asegura, que se può buena sin mas remedio. Vn niño de ocho años tenia en la garganta vna apostema fria, que ya llevaba tres meses de curacion; pero tan cruda, que el dia antes del sucesso asseguraron los Cirujanos, sería menester mucho tiempo para disponerla, y despues sería forçoso abrirla. No avia en sus Padres valor para curacion tan dolorosa. Adquirió su madre vn pedacillo de la ropa del V.P. pusotelo, y despues de vn rato se lo quitò, diciendo, *si Dios quiere hazer vn milagro por los ruegos de este Santo, ya le has tenido bastante.* Passado vn breve rato, dixo el niño, *qué es esto? que yo estoy ya bueno,* y así fue; porque la hallaron reventada, y muy en breve se cerrò. Vna Religiosa, à quien el virginal rubor no dexò manifestar cierto accidente peligroso, molesto, y oculto, se aplicò vn pedacillo de el emplasto, que sirvió à las llagas del V.P. en el mismo instante començò la mejoría, y al tercer dia se perficionò la cabal salud. Vna Señora principal, que padecia vn grave afecto de pecho, y garganta, que à las vezes parecia ahogarla, se viò vna noche en gravísimo riesgo; pero aplicandole vno de estos fraguentos, se quedò con gran sosiego dormida, y à la mañana despertò sana: aquel mismo dia vino à confessar à nuestra Iglesia, dando à Dios, y al V.P. las gracias. Vna Religiosa avia padecido por espacio de mas de diez años vn tumor grande en vn pecho, que continuamente le molestaba mucho, sin sentir alivio con quantos medicamentos le permitió su recato: aplicòse vn pedacillo de ropa del V.P. y diciendole, *Quèrre mio, bien pudierais sanarme*



de este mal, se lo dexò en el pecho, y sin perceber como, se hallò sana, y lo está.

Vn niño de quatro años con vna muy violenta caída se hirió de tal suerte la frente, que corría muy copiosa la sangre, sin bastar quanto se discurrió para detenerla. y de que Medicos, y Cirujanos temían graves accidentes por los humores ya experimentados del niño: puso su madre vn trapico de el V.P. y al instante se arajò la sangre. Fue esto como à las nueve de la noche, y por la mañana inmediata bolvió el Medico con cuydado (que confieso ingenuamente lo sabe, dize el Medico) y hallò, avia dormido muy bien, no avia ya, que curar, y el niño se levantò aquel mismo dia, comió, y jugò, como solia; porque estaba totalmente sano. Y ya passados algunos meses nada le ha sobrenenido. Pondera mucho su madre, que siendo muy devota de San Antonio de Padua, solo se acordò en su afliccion del Santo Padre Padiál. Otro de vn año, que estaba en el que llaman *pollero*, inmediaro à vna escalera bien alta, hizo vn movimiento con tal impulso, que pollero, y niño fueren saltando à buelcos las escaleras hasta encontrarse con la pared. El Padre del niño, que es Medico muy afamado en esta Ciudad, asegura, no puede entender, como sin milagro no se marò, ò à lo menos no se quebrò braço, ò pierna, &c. atendiendo la ternura del niño, y la violencia, con que era forçoso, fuesse saltando, y bolteando de cabeça encerrado en aquella pequeña prision tan à proposito para dar mas impulso à los buelcos, como inepto para defender al niño. Pero no se hallò mas que alguna sangre de las narizes algo lastimadas, y vn cardenal en la frente. El dia antes avia llevado à su casa vn retrato de el V.P. y aquel mismo dia estaba escribiendo varios sucesos, que tenia observados del V.P. para embiarlos à vno de los Predicadores de las Hostras. Por esto lo atribuye à milagro del V.P. Pero para que constase mas, al dia octavo de la caída se le viò al niño vna apostema junto à las comisuras coronales mayor que vna nuez, con todas las señales de perfecta supnacion. El prudente temor, de que se entrasse, causando altérezia, ò muerte al niño, obligò à llamar al Cirujano, para que al instante la abriessé. Pero entre tanto su madre con menos medicina acertò la cara; porque le puso vn pedacillo de la almohada de el V.P. y comenzó à resolverse: el dia siguiente apenas se conocia, y al otro estuvo del todo sano. Nada le ha sobrenenido, y ya han passado algunos meses. Vna Señora, cuyos humores le hazian

rebeldes todas sus enfermedades, se viò vna noche tan fatigada del vehemente dolor de vn reumatismo, que, auaque la noche era horrorosa, buscaron sin logro con repetidas diligencias al Medico. La madre de la Señora hallò mas pronta receta; por que sacando de su gaveta vna Reliquia (dize) de el Padre Padiál, se la aplicò: se durmiò al instante, amaneciò buena, y ya van passados meses, sin que le aya repetido el dolor. Afsegura vna Religiosa, que por tiempo de diez y ocho años padeciò vnos flatos tan estrañamente violentos, que acometiendole al coraçon, y cabeça, le parecia arrancarle las entrañas, y morirle los braços, y manos, sobreviniendole vn sudor de muerte (dize) y quedaba tan sin fuerças, que ni podia socorrerse, ni llamar: si la cogia abiertos los ojos, assi se quedaban, y si cerrados, se quedaban cerrados. Durabale regularmente como tres horas. Los nueve primeros años no eran tan frequentes; pero los nueve vltimos todos los dias, y regularmente de noche. Intentò con grande empeño curarla vn Medico bien famoso, que ya murió; pero finalmente le recetò la paciencia, porque no hallò mas curacion su Medicina. Hallòla la Religiosa en vnas Reliquias (dize) del Santo Padre Padiál; porque vn noche al removerle el flato, se las puso diziendo a vn retrato de el V.P. que tenia: *Padre mio, por amor de Dios me quitéis este mal, si es voluntad del Señor.* Al instante sintiò, que elparciendole por el cuerpo el humor, estaba, y prosigue buena, no tolo de este accidente, sino es de otros, que padecia en el estomago. Otra Religiosa de el mismo Convento demasiadamente fatigada con vn fortissimo dolor colico, à que ninguna medicina bastò; se aplicò vnas cosillas de el V.P. diziendole: *Padre mio Padiál, que me muero, sed mi intercessor,* é instantaneamente quedò del todo buena. A otra Religiosa del mismo Convento, comiendo peçcado se le clavò en la garganta vna grande espina, que con su corpulencia, el dolor, la mucha sangre, que arrojaba, y la continuatòs la tenia ya como ahogada, tanto, que por si no podia atender à buscar remedio, ni de la tierra, ni de el Cielo: pero las compañeras, à quienes lleuò de confiança la afliccion, clamaron tan de veras al V.P. que al acabar su oracion arrojò la espina, que parecia (dizen) en tamaño, y figura vna pequena alcayata, que ensangrètada se traxo algunos pedacillos de carne. Despues mandò el Medico varios curativos, y preservatives: pero la Religiosa segura del pleno favor del V.P. nada hizo, ni le huvo menester; porque quedò del todo sana. Otra del mis-

mo Convento como por ser de Comunidad no sé que coñilla,  
 cuyas calidades juntas con la ordinaria, y grande debilidad de  
 su estomago, le causaron tales accidentes con vn sudor frio,  
 que como fuera de si parecia ya morirle: aplicòle, como pu-  
 do, vna estampa del V. P. diziendole, *Padre mio, que me muero!*  
 Sintió al instante en el estomago vn benignissimo calor, que en  
 aquel punto le quitò todo su mal.

Vna enferma de tercianas, que le repitieron casi por tres  
 años con pertinaz regularidad, hasta parar en vn recio tabar-  
 dillo, se vió en los últimos lançes por su debilidad, por lenta  
 y seis años de edad, y por lo pernicioso del accidente. Mientras  
 el Medico, sin esperanças de vida, avivaba en la enferma las del  
 Cielo, ordenandole recibir prontamente los Santos Sacramen-  
 tos, acudió vn hijo suyo al V. P. pidiendole la salud de su ma-  
 dre, y aplicandole vn Rosario tocado à su cuerpo, vn lienço  
 mojado en la sangre de sus llagas, y vn retrato de el V. P. sanò  
 perfectamente con pasmo de todos. Pero à los tres dias ya le-  
 vantada le entrò vna terciana tan recia, y tan perniciosa, que  
 allegarò el Medico, no averia hallado jamás tan apretada: y le  
 despidió, diciendo, *Dios es vida, y podrá darla; pero no yo.* Avia  
 no obstante ordenado algunas coñillas, y entre tanto el pulso  
 llegó à las intercadencias de mortal, y lo seguian los demás in-  
 dicios: Acudió el buen hijo al V. P. rezòle algunas oraciones,  
 y le pidió por la vida de su madre. Valióse de otras personas,  
 para que viniessen à nuestra Iglesia à pedirle lo mismo, y le ofre-  
 ciessen algunas Missas. Acabada la oracion, y oferta, aquella  
 misa à mañana sanò perfectamente, y sana la halló el Medico,  
 y sana prosigue. Quedò tan confiada, y devota al V. P. que lo-  
 grò otros prodigios. Padecía à temporadas vna sordera total,  
 que le solia durar como tres meses. Repirióle, quando ya co-  
 mençaban los Sermones de Honras del V. P. y su deseo de oirlos  
 le hizo quejarse, y pedirle, le alcançasse el gusto de oir algo  
 de su vida. Vino à nuestra Iglesia sorda; pero en ella oyò cla-  
 ra, y distintamente todo el Sermon, el qual acabado se bolvió à  
 su sordera; hasta que bolviendo à otro Sermon bolvió à oir, y  
 lo percibió claramente todo. Acabado, bolvió à ponerle sorda,  
 como solia. Vn niño de nueve años padecía vn vehementi-  
 simo dolor de muelas, à cuyo alivio se hizieron sin efecto muchos  
 remedios. Pero él se acogió al de vnos trápicos del V. P. y apli-  
 cados, se le quitò al instante el dolor, y se quedó dormido. A  
 poco tiempo se dispuso llorando al dolor, se quitaronlo, y

hallaron (dizen) que las Reliquias no parecian. Pero halladas se las bolvieron à aplicar; se bolvió à quitar el dolor, y el niño à dormir. Passado algun tiempo lo bolvió à despertar el dolor, y vieron, que las Reliquias se avian caido: tercera vez se las aplicaron, tercera vez se le quitò al instante el dolor, y no ha buuelto. Vn Sacerdote, Beneficiado de vna Parroquia de este Arçobispado, afirma, que desde los siete años de su edad hasta los 34. avia padecido vn dolor colico, que casi todos los dias le daba con tales accidentes de jaquecas, vomitos, y sudores, que *las mas vezes* (dize) *me quedaba en los ultimos periodos de la vida*, y las repetidas curaciones, que se le hizieron, parecian servir solo de agravarse mas. Pero entrando en la casa, donde guardan con gran decencia, y piedad la Cruz de puntas, que se ponía el V.P. en el pecho, se la aplicaron con gran fé de todos, y desde *aquella hora* (dize) *no me ha buuelto ning uno de los accidentes*. Y ya van passados vn año, y tres meses, siendo así, que antes los padecia casi todos los dias. A vna niña de tres años, y medio reduxo vn pernicioso tabardillo, que ya avia durado mas de treinta dias, à estado de no serle posible alimentarse. Quince dias avia, que solos algunos traguillos de caldo le podian dar, abriendo la boca con tal violencia, por tener labios, y dientes como pegados, que era forzoso lastimarla hasta correr mucha sangre. Ya parecia, que se dexaba ver la muerte con su especial palidéz, con los labios cardenos, la nariz afilada, quebrados, y llorosos los ojos con todos los demás indicios mortales. Pero aviendo logrado su madre vn clavel seco, que avian puesto entre vnos parches, y hilas, que sirvieron al V.P. se lo entrò en el pecho à la enferma, clamando por ella al V.P. y sin mas medicamento pidió la niña de comer, como sana que ya estava, y en pocos dias convalció. Dexo otros muchos semejantes, y singularmente en quitar dolores, que, como los que el V.P. padeciò fueron tan agudos, continuos, y dilatados, que ciertamente no caben en mi explicacion, parece, que se ha hecho especial abogado contra ellos, y que el Señor se digna de oirlo con mas benignidad. Tengo varios successos raros de tormentas, que se han deshecho con algunas prendas del V.P. invocando su intercession: y vn Cavallero de los primeros de Granada del Orden de Santiago, ha teaido, y tiene tal confianza en la intercession de este Siervo de el Señor para serenar tempestades, que en viendolas (dize) *haca vn papel, que tiene todo de mano de el V.P. y poniendolo à su vista, y diciendo, Padre*

*padial, librados de tempestad, ò cosa semejante, paran en agua no ruinosa, ò se desvanecen. Pero no puedo omitir vn facello por lo gracioso de el. Pariò vna gata, y vno de sus hijuelos nació, y estuvo muchos dias sin uso de pies, ni manos por tenerlos encogidos, ò doblados con tal figura, que parecian no tener guellos: estaba como inuimble, sin mas habilidad, que la de molestos manidos, mientras sus hermanillos saltaban, y jugaban, como suelen. Mandò el amo de la casa matarlo por inutil; pero vna niña hija suya, que avia cuydado, y regalado mucho à su tullido gatillo, con vivos deseos de que sanasse, no pudo oír sin lagrimas la sentencia de su Padre, que parecia cruel à la compasiva lastima, que su edad, su sexo, y su cariño al gatillo le inspiraban. Sacò pues vn lienço tocado al V.P. y embolvió en el su enfermo: hizole vna breve oracion; pero tan devota, que estando todos contrisa, mientras ella lloraba, esperando el fin de aquella demasiada piedad, vieron con sus ojos, que alli al instante començò el gatillo à sacudir el lienço, en que estaba embuelto, y bregò, hasta que soltandose de la prision corrió, y saltò como los otros, con no meor patino de los circunstantes, que alegria, y risa de la niña por la sanidad de su gato, que prosiguió, y prosigue entera.*

Tengo ya inianuado, que por muchas Ciudades, y Provincias bien distantes se ha estandido tanto la obsequiosa devocion à la santidad del V.P. que de varias partes han clarito, no les parece, serà mayor la de Granada. Agora referirè algunos sucessos, con que tambien por allà parece ha querido el Señor testificarla. Vn Cavallero Sevillano, Titulo de Castilla, y Canonigo de aquella Santa Iglesia, dize en carta suya los dos siguientes sucessos. Vn sobrino de este Cavallero, tambien Titulo, y Dignidad de la Santa Iglesia de Sevilla, padeciò por mas de dos años tales accidentes de cabeça, y estomago, que ya daba mucho cuydado, sin otro efecto de las muchas curaciones, que irse postrando mas. Diòle su Tio vn poquillo de tabaco de el mismo, y de la misma caxilla, que servia al V.P. (à quien llama gran Santo, y pide lo encomienden à Dios, poniendo por intercessor à nuestro V.P.) Desde la primera vez, que lo tomó el enfermo, reconoció el mismo, y todos la visible mejoría, y prosiguiendo el remedio, prosiguió el favor del Santo de suerte, que allegura, se puso de repente bueno; lo que en mas de dos años no avia conseguido. Y ambos Señores, Tio, y Sobrino dizen, lo vieron por milagro de el V.P. Añade, que de las Reliquias, que avian adquirido,

vna Señora su huerin *vna à vn enfermo, que tambien logró inmediatamente la salud; que el Santo Padre tambien por acá quiere hazer sus milagros.* En la misma Ciudad padeció vna Señora vna fluxion de materia crasa à la articulacion de vn brazo, que tuvo inanco por espacio de dos años, aviendose formado en la articulacion aquella *podagra nodosa, que no sabe curar la Medicina.* Pero la curó instantanea, y perfectamente vn fragmento del vestido del V.P. que aplicado con rara devocion, en el mismo punto dexó el brazo expedito para todas sus naturales funciones. Algunos meses despues fatigó à la misma Señora vna molestissima fluxion à las muelas, y tan pertináz, que nada cedió à quanto recetó el diestro Medico. Pero recetandole su experiencia, y devocion su ya probada Reliquia, instantaneamente sanò. Ambos casos examina segun principios Medicos (que no suelen ser los mas benignos à favor de los milagros en la salud) y atendida la naturaleza, y accidentes de las enfermedades, y modo de la sanidad, assiña sin duda vn Medico de los primeros de Sevilla, que ambas saludes *fueron milagrosas.* Vna Religiosa Dominica del Convento de Madre de Dios de la Ciudad de Ronda, noticiosa de los sucesos raros en la muerte del V.P. pidió con gran piedad, le buscasen, y embiasen algunas Reliquias suyas. Logró vnas tiras de los pañizuelos, que sirvieron de defensivos en su enfermedad. Y en carta suya de tres de Octubre de 25. dize à vn Abogado de esta Ciudad, por cuya sollicitud las huvo, que estando *vn enfermo ya desauiciado del Medico,* le embiò vn pedacico, diziendole, se encomendara de veras al V.P. y à los dos dias estaba ya bueno. *De que estoy (dize) muy gustosa:* y encarga, le embien lo que se escriviere, y otras cosas de el V.P. Vn Cavallero Canonigo de oposicion en Coria escribe, que vn maligno tabardillo puso à vn page suyo tan en lo vltimo de la vida, que apurada ya la medicina, y casi acabada la esperança del Medico, y acabada del todo la suya, y la del enfermo, le puso como à las onze de la noche *vna Reliquia del Santo Padre. Padial,* à quien pidió con tales veras, que en su oracion le sobrevino vn sudor tan copioso, y vtil, que *à la mañana (dize) que aviamos concebido, moriria, lo hallamos limpio de calentura, la que no le ha buuelto. Sea Dios por todo alabado. Amen.* Vn Cavallero de la primera nobleza de esta Ciudad en carta suya, con fecha de Caravaca, dize à su señora madre, que vna niña hija suya como de año, y medio, llegó à estado de morir por vn recio dolor de costado: pero que aplicandole *las Reliquias del V.P. y ofreciendo ponerle ab-*

to de San Ignacio, se limpiò de calentura, y prosiguió sana. Y añade, lo han tenido por milagro de el V. P. Padiál. Aunque de otras muchas partes han escrito, que el Señor ha obrado, y continúa raras maravillas por medio de el V. P. no obstante las dexo así por la semejança con las ya referidas, como porque, aviendo tanto en este genero, ni me ha parecido necesaria la mas exacta averiguacion, ni he tenido oportunidad para hazerla.

No se detuvo en los cuerpos; parece, que pasó hasta los animos el poder de obrar maravillas, que comunicò el Señor à su Siervo. Vn sugeto, que avia conssellado por seis años con el V. P. se hallaba fuertemente infado de vn su acreedor con vale de mayor cantidad, que la que sufría por entonces su caudal. En la vltima de las instancias se acabò de destemplar el acreedor, y partiò à executarlo con el vale. Pero él se partiò derecho à nuestra Iglesia, y acercandose al cuerpo de su V. P. le propuso con ternura de hijo, y con afectos de necesitado su buen animo de pagar, y la imposibilidad de hazerlo aora. Luego pidió à Maria Santissima por los meritos de su amante Hijo el Padre Padiál, lo sacasse de este ahogo. Saliò tan asegurado de el buen sucesso, que se fue derecho à su acreedor, à quien sin otra alguna interposicion hallò tan trocado, que no solo lo aguardò, sino le diò de nuevo otra porcion de caudal mayor, que la denda. Mucha mudança es esta, en quien ya suponía quiebra en su deudor. Lloraba vna muger honesta la deuidèz de vn hijo suyo por no tener, con que vestirlo. Vino se al Sepulcro del V. P. y representandole su necesidad, le pidió, la socorriese. El sucesso fue, que vn hombre rico sin dezirle, ni pedirle nada, diò al niño vn entero, y decente vestido. Vno vna piadosa muger à venerar el cuerpo de el V. P. y despues de averle clamado, y conseguido su entera salud en vnos vehementes dolores, que padecia, alentada con esta experiencia entendió su peticion por la paz entre dos casados, con quienes tenía amistad, y vivian tan desunidos, que el marido avia ya seis meses, que no dormia en su casa, y las pocas vezes, que entraba en ella, era para alborotarla, y maltratar tanto à su pobre, è inocente muger, que la tenia hecha vn compasivo objeto de quantos la conocian. Pero à la zelosa, y confiada su-plica de su amiga al V. P. se siguiò, que aquel mismo dia, sin alguna otra diligencia, se vino el marido à su casa tan trocado el enojo en agrado, el furor en mansedumbre, y el odio en amor.

que:

que con rara humildad le pidió perdon de su mala vida, y de los malos tratos, con que la avia ofendido: y desde el mismo punto vivió con tal paz, y amor con su muger, que mostró bien, aspiraba de veras á la perfeccion de aquel, con que manda Dios, settarar los peccados. Dos personas bien fidedignas afirman, que viendo en summa afliccion por la molestisima consiua vehemencia de ciertas tentaciones, pidieron con grande instancia consuelo al V.P. y resolviendo traer consigo como Reliquias algunas de las cosas del V.P. desde entonces se libraron de ellas. Vna persona Religiosa padecia cierto oculto accidente, y con él gravissimas tentaciones: adquirió vn poco de aquel emplasto, que tirvió á las llagas del V.P. y se lo aplicó clamandole por remedio de ambos males: y con efecto de ambos se libró. Otro por mas de dos meses se vió en terribles peligros, en que lo ponía vna violentissima tentacion, y en que no hallaba consuelo con quantos piadosos medios le aconsejaban, ó discurrea su fatigado espiritu, hasta que oyendo las maravillas del V.P. tambien en este genero, le clamó, y se puso vn retacilio de su ropa como Reliquia, y desde aquel instante se apagó aquel incendio, y no ha bueito á arder. Dexo otros muchos semejantes sucesos, y cierto este punto con lo que en su carta, jurando, dize vn Sacerdote, Vicario de Athama. Refiere el summo desconsuelo, dolor, y lagrimas de aquella Ciudad, por el sacrilego robo del Sagrado Capillo con las Formas Consecradas, que sucedió el año pasado de 25. algo despues de la muerte del V.P. de cuya sanridad tiene tal veneracion, que solicitó, y logró por mano de vn Cavallero de esta Ciudad una Reliquia (dize) del V. y Santo Padre Padil, persuadido, que en ella lograba la salud de ciertos molestos accidentes, que padecia. Pero el dolor mas vivo de su fiel coraçon por el sacrilego hurto, y desconsuelo de todo aquel Pueblo, no le dexó acordarse por entonces de sus males. Tomé (dize) dicha Reliquia, y con mi mayor veneracion, y respeto la coloqué en mi Oratorio el Jueves inmediato dia de la Ascension de N. Señor: dixe Missa sin poder quitar los ojos de dicha Reliquia, ni acordarme de pedir otra cosa, que el consuelo para todo este desdichado Pueblo (que así lo llamo, aviéndole salrado el bien de los bienes) restituyendonos á su Divina Magestad, y sus alhajas. Yo no me acordé de interponer otro Santo alguno, que á mi V. P. con aquella se, que me permite la Iglesia. Fecí el Santo Sacrificio tan gustoso, y alegre, como si ya tu viera en mis manos el



„ Divino Tesoro perdido, tanto, tanto, que salí diciendo, que  
 „ nos alegrásemos, y tuviésemos cōfiança, que antes de la Pas-  
 „ qua avíamos de aver hallado à nuestro Dios, y Señor: de lo  
 „ qual avrá mas de cien testigos. Y el Viernes inmediato como  
 „ à las tres de la tarde entrò vn Religioso à todo correr en vna  
 „ muela dando voces, diciendo, como ya se avia hallado lo que  
 „ con tantas lágrimas, y penitencias buscamos, &c. Y finalmente  
 „ concluye atribuyendo al V.P. el hallazgo, que fue el consuelo  
 „ de aquel Pueblo affigido. En que solo debo advertir, que ni el  
 „ mas leve indicio avia entonces para este anuncio; pero, como si  
 „ el V.P. fuera Profeta, que haze Profetas, le hizo anunciar el  
 „ dia antes lo que el dia siguiente se descubrió en Granada con  
 „ la prodigiosa casualidad, que es notoria, y que al discurso hu-  
 „ mano pareció en su origen tan improporcionada al fin de hallar  
 „ las Sagradas Formas.

Ni debo separar de estas maravillas el suavísimo olor,  
 que como prodigioso ha sido admirado en varias cosas del V.P.  
 singularmente en aquellos parches, hilas, y trapos, que sirvie-  
 ron à sus llagas: y no pudiendo ser de los emplastos, pues es  
 cierto, fueron todos de los regulares, que antes fastidiaban el olfa-  
 to; ni hallando origen natural à la especialidad de esta fragran-  
 cia, ha sido comun, y firme persuasión aver querido el Señor,  
 que el que fue en su vida tan buen olor de Jesu Christo, no ne-  
 cessitasse en su muerte de que, como al Rey Asá, le perfumasen  
 su ropa con aromaticos vnguentos, *que combusserunt super eum  
 ambitione nimia*, para que el olor de sus pobres trapos fuesse como  
 el mysterioso olor de vn campo lleno, ò jardin florido: y que  
 pues sus heridas manos distilaron tanta myrtha quando vivo,  
 exhallasen sus llagados pies, como de evangelizador de la paz,  
 tantas fragancias quando muerto. Es verdad, que al passo, que  
 el V.P. se afandò, sin poderlo conseguir, por dar vna idèa de ñ,  
 en que apareciesse vn hombre inutil, y estorvoso, y vn pecador  
 abominable, à esse passo ha impresso el Señor en todos vn con-  
 cepto tan grande, tan especial, y tan firme de su heroyca santi-  
 dad, que yo no puedo negar, están con él muy dispuestos los  
 animos para persuadirse à quanto sea, ò parezca maravilla obra-  
 da por medio del V.P. Hagome pues cargo de esto, y todavia  
 insisto, en que la comun-piedad, no obstante este especial con-  
 cepto, que la preocupa, tiene poderosos motivos para la per-  
 suasion, en que està, de que este singular buca olor, que de he-  
 cho se experimenta, es sobre todos los naturales, que conoce-  
 mos. Doy pues à V. Reverencias los motivos, Al

Al percibirle la primera vez este olor, la novedad misma hizo, que averiguásemos, si aquellos parches, ó trapos avian estado donde pudiesen tomar algun olor, ó mezcla de varios, ó si se les avia echado de proposito. Pero todos ofrecen jurar, que ni lo pudieron tomar del sitio, ni por casualidad, ó industria humana. Y esto se haze tanto mas verisimil, quanto ha sido mas constante, assi en el grado de su intension, como en su delicada suavidad; pues aviendo passado ya un año, y meses, se experimentan las mismas sin diminucion alguna. Es mas admirable esta permanencia á vista de la oposicion, no sé, si la llame piadosa, ó indiscreta, con que para allegarse mas, han lavado los trapos con feta agua puramente elemental, y los han puesto de proposito en sitios, donde se pudiese evaporar del todo aquel olor, si fuese capaz. A que servira de vigorosa prueba, que un vaso de los que servian al V.P. para sus menores necesidades naturales, sirvió despues, sin advertirlo, á otro sugeto por bastante tiempo; y reparandolo el Hermano Enfermero, movido de la veneracion al Padre lo recogió, y lavó con sola el agua natural, con que se lavan todos. Despues lo pidió con especial devocion uno de los Nuestros, y percibió en él la dicha fragancia; y porque padecia frequentes dolores de cabeça, se lo aplicaba por remedio, en que hallaba su alivio. Luego que yo lo oí, lo averigué, y recogí en mi apolento el vaso, percibí, y percibieron otros muchos el mismo olor, que oy se conserva. Y no obstante estas demasiadas experiencias, se mantiene en las dichas alhajas el olor con su primitiva intension, y suavidad. No poco se corrobora este motivo con la calidad del olor; pues es tan especial su fragancia, que no es parecida, sino superior á todas las que conocemos naturales. Con la singularidad de estar tan lejos de ofender, como suelen los olores, las cabeças, que aun las más delicadas experimentan confortarse con este. Uno de los Nuestros, á quien la continuada experiencia ha mostrado fatigarle la cabeça con qualquier otra especie de olor intenso, aunq lo es el de un escarpin, y otros varios parches, que guarda, y los ha tenido mucho tiempo exhalandos incesantemente fragancias junto al sitio de su estudio, nunca ha sentido molestia alguna, sino antes especial consuelo. Experiencia es esta, que la confestan muchas personas. Ni es menor prueba de lo prodigioso de este olor, que se percibe de una misma especie en todas las alhajas del V.P. que lo tienen: y de la misma especie es el que sale de unos guetos de azeroles, frusa, que lo hizie-

ron tomar en vna casa al V.P. para recoger los guafios, que oy guardan como Reliquias. Y siendo citas alhajas, parches, trapos, y hilas tantas, y tan repartidas en fugeros, y calastros distintas, no parece verisimil, que la casualidad, ò el estudio huviessen comunicado à todas vna misma especie de fragancia con la misma benigna suavidad, y con la misma permanencia, que ha resistido à tantas diligencias por quitarla para asegurarse mas en la experiencia. Ni es despreciable la circunstancia de aver al principio conteilado este fragante olor à vn mismo tiempo tantas, y tan distintas personas assi de los Nuestrs, como de los estraños, sin saber vnos de otros. Tengo pues por cierto, que no necesitaba la piedad de aquel gran concepto de santidad, que la preocupa, para tener por prodigioso, y de otra classe este suave, y benigno olor.

S. XIX.

**T**engo ya dado, aunque no en el todo, lo que à V. Reverencias ofreci, que fue estender con rústicas pinceladas el breve diseño de este hombre admirable, que dexo al principio mal dibujado. En esta parte, que contiene dos puntos, la extension de el diseño, y lo toco de las lineas, piento he estado cumplidamente à mi promessa. Aquel pequeño dibujo es fecundo de tanto espiritu, que aun no cabe en muchas delicadas grandezas, y aun en todas las lineas; pero el que queda esparido en esta copia es tanto, que no significa mas el diseño, aunque significa mucho. He estado tambien à mi promessa en lo rudo de las lineas, en lo muerto de los colores, y en el temblor del pincel. Chamo he deseado no cumplirlo; porque ay cosas, que el conocerlas molesta, y el cumplirlas fastidia. Y aun yo à mi mismo me he fastidiado tanto con este basto cumplimiento, que me ha hecho discurrir no poco, para encontrarle la verdad à aquella sentencia, *unum quemque fallunt sua scripta, atque filij etiam deformes delectant, sic etiam scriptorem indecoros formosus sui palpant*, en que tambien pintado està el ciego amor aun à la fealdad misma de los propios partos. No obstante digo sinceramente con San Bernardo, *valde gratum habemus, si vestra vobis forte in aliquo esse possit officiosa rufficitas*, me será muy gustoso este fastidio, que me causa, si sirviere mi rufficidad de algun honesto vtil.

*Conclusion.*

*D. Amb. Epist. lib. 8. Ep. 63.*

*Epist. 63.*

Pero no lo he cumplido en el todo; porque insinuè ser mas

breve, que lo que he sido. Si bien rō me pesa de contarme; si-  
quiera en esto, entre aquellos sabios, que mudan consejo, quan-  
do las cosas lo piden. Ni me han arredrado para mudar lo las  
leyes de el orden, brevedad, y estilo de vna carta; porque nun-  
ca pude contarlas entre las pocas privilegiadas, que no admi-  
ten excepcion. Si el objecto por si mismo se salio de estas co-  
munes leyes, no soy yo el que lo ha sacado. Me ha sucedido en  
mi Carta lo que à San Bernardo en vna de las suyas, *licet specia-*  
*liter quidem ad te, non tamen tam multa propter te. scribenda putavi.*  
Aunque la Carta va especialmente dirigida à V. Reverencias,  
no ha sido este el motivo de averla estendido tanto. Para V. Re-  
verencias, que conocieron, y aun trataron al V. P. bastaran sin-  
duda los perfiles para tener muy presente toda la copia. Otros  
pues han sido los motivos, que tuvieron para desearla mas ex-  
tensa aquellos sujetos, cuyos dictámenes debieron ser regla del  
mío, aunque por las mismas razones ya determinado à lo mis-  
mo. Ni era facil, ni oportuno hazer à todos presentes las razo-  
nes, que han hecho inculpable la detencion de vn año, y algu-  
nos meses en darla à luz; y de aqui ni avia otra satisfaccion à  
tan vivos, y universales deseos, que compensarles la dilacion  
con materia mas copiosa, en que hallassen sus logros mas cum-  
plidos. Añadese, que si al principio fue grande la expectacion,  
en que puso al Orbe Christiano la vida, y muerte de este gran  
siervo de el Señor; despues estendiendose mas, como sueltas,  
otras mas especiales noticias, causaron vna especie de expecta-  
cion, à que no pudiera corresponder la brevedad ideada en el  
principio. Ni han tenido menor parte en esta nueva extension  
las nuevas noticias, que han ido llegando, y llegan, de sus vir-  
tudes, de los rayos de el Cielo, del aprecio de su santidad, y  
de los prodigios, que se digna el Señor ir obrando por su medio.  
Reservarlas para vn libro de su vida, no se, si lo llevara en pa-  
ciencia la devocion, y se, que el tiempo, que tiene por seno el  
olvido, es vn voraz tragador aun de las mas dignas memorias,  
que el mismo suele hazer incautas por cogerlas desprevenidas.  
Aqui las hallará (ojalà, como ellas, se libren tambien del tiempo  
las que con frecuencia van llegando, y las que yo de industria  
he omitido) aunque como en vn montón sin orden, el que es-  
civiere despues la vida. En todas encontrará materia propor-  
cionada à aquella no trivial mezcla de utilidad, y dulçura, que  
regalando el oyo, conveçe al entendimiento para atraer la  
voluntad al amor de la virtud;

*Di Bern. Ep. 7.  
fo.*

Con corazon contrito, humillado, y gozoso debemos dar mil gracias à aquel Señor, que haziendole por su bondad tan admirable en este su Siervo, se dignò darnos tal Hermano, y con tan fundadas esperanças, de que en él se ha de mostrar todavia mas benefica su bondad para nueva gloria de su Iglesia, nuevo esplendor de España, nuevo lustre de nuestra Compañia, nuevo timbre de Granada, y nueva exaltacion de este Colegio, à quien diò el Señor la singular gracia de ofrecerle vn Siervo, que tan fielmente lo sirvió, vn Hijo, que con tan fino amor le obedeciò, vn Religioso viva norma de la observancia, vn Hombre Apostelico, en quien el amor Divino formò vno de aquellos Angeles, à quienes el mismo hizo espiritus, y vno de aquellos Ministros, à quienes hizo fuego abrasador, que avivado de el que vino à esparcir por el mundo, pareció quererle encender todo, dando en tan gran parte feliz logro à sus deseos de verlo arder. Suplicò humildemente al benignissimo Señor, que con tan largas bendiciones de dulçuras lo previno, lo acompañò, y lo siguiò, y que tanto lo ruva, lo ayudò, y lo exalrà con aquella diestra, en que estàn las eternas delectaciones, estienda tambien sobre nosotros esta mano tan llena de especiales beneficencias, para que admirando à gloria suya tanto como ay admirable en este su Siervo, imitemos tanto como ay en él imitable de virtudes Christianas, y religiosas, hasta la perfeccion de aquel puro amor, y ardentissima charidad, à que tiene Dios preparada aquella felicidad eterna, que ni los oydos oyeron, ni el entendimiento humano alcanzò à entender como es en sí: pues este es el fin de mi Carta, y el de proponer sus virtudes, despues de la mayor gloria de Dios, que guarde en su santa gracia. V. Réverencias, en cuyas oraciones, y sacrificios mucho me encomiendo, y ya encomendè el alma de nuestro V. Hermano, aunque juzgo no necesitaba de ellos. Madrid, y Agosto. 20. de 1726.

## PROTESTA

**A** Si concluye el Señor San Bernardo vna Carta, en que avia tratado de los puntos de los favores Divinos: *que autem dixi, absque preiudicio dicta sunt sanctorum sapientia. Romana prefertim Ecclesia auctoritati, atque examini totum hoc, sicut cetera, que eiusmodi sunt, universa referro: ipsius, siquid aliter san-*

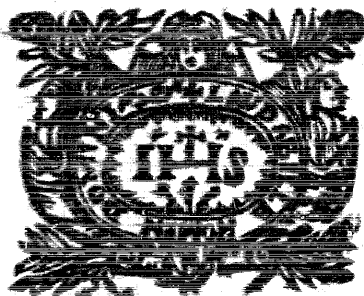
*Epist. 174. fin.*

244.  
*pio, paratus iudicio emendare.* Con la misma sumisión concluye la mia, expresando tambien, que no pretendo mas sè para las virtudes, favores, y prodigios de el V. P. que la que es debida à una prudente felicidad humana, que pura, y sinceramente ha deseado la verdad.

Muy Siervo de V. Reverencias.

Marcelino Gosalva.

En Granada en la Imprenta de Andrés Sanchez con todas las licencias necessarias, y à expensas de la devocion de el señor Don Joseph de Villota, y del Hoyo, Colegial de el Del Arçobispo, è Inquisidor mas antiguo en este Santo Tribunal, à quien Dios tenga en su Gloria.



no 21